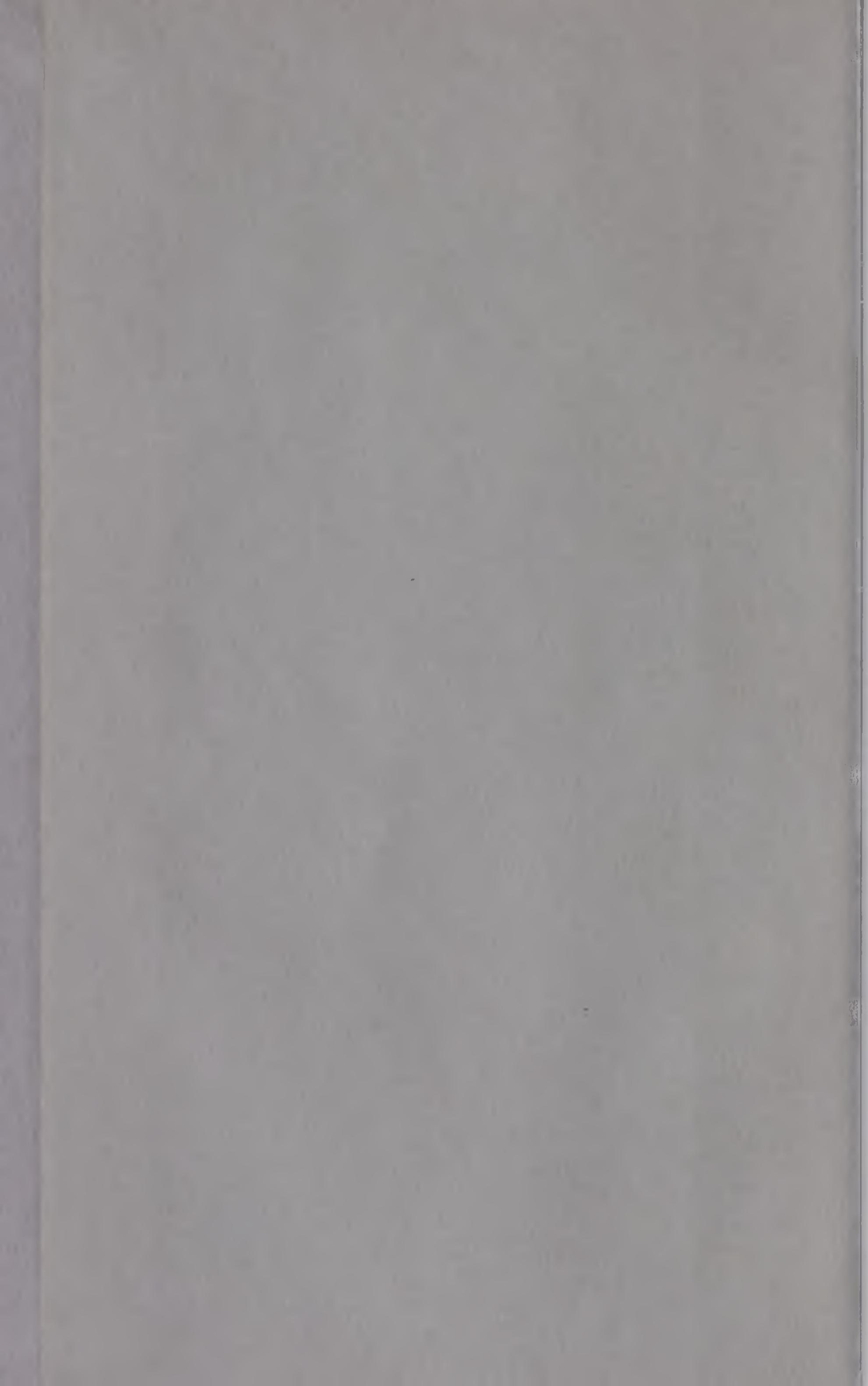


UC-NRLF



QB 677 374

LIBRARY
UNIVERSITY OF CALIFORNIA
DAVIS



BOLETÍN

DE LA

ACADEMIA ARGENTINA

DE LETRAS

Tomo XII. — N° 45



BUENOS AIRES

1943

LIBRARY
UNIVERSITY OF CALIFORNIA
DAVIS

BOLETÍN DE LA ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS

Director : Académico ARTURO MARASSO

Redactores : Académicos RAFAEL ALBERTO ARRIETA, ÁLVARO MELIÁN
LAFINUR, CARLOS OBLIGADO Y ELEUTERIO F. TISCORNIA

SUMARIO

ADVERTENCIA.....	VII
IBARGUREN, CARLOS, <i>El sentido nacional en nuestra literatura</i>	1
OBLIGADO, CARLOS, <i>Patria</i>	7
ÁLVAREZ, JUAN, <i>¿A quién corresponde el gobierno de nuestro idioma?</i>	17
ARRIETA, RAFAEL ALBERTO, <i>En un ejemplar de « Los Consuelos », de Esteban Echeverría</i>	25
BANCHIS, ENRIQUE, <i>Averiguaciones sobre la autoridad en el idioma</i> ..	29
CAPDEVILA, ARTURO, <i>El pintor Octavio Pinto</i>	57
DÍAZ, LEOPOLDO, <i>A Buenos-Aires</i>	63
ECHAGÜE, JUAN PABLO, <i>La mujer frente al varón en la literatura y en la vida</i>	69
FERNÁNDEZ MORENO, B., <i>Figuras del polvo y la garúa. El paisano García</i>	93
FRANCESCHI, GUSTAVO J., <i>Yo malé</i>	97
GIL, MARTÍN, <i>Nuestra Cruz del Sur</i>	113
GIUSTI, ROBERTO F., <i>Fernando de Rojas. Su obra de humanidad española y de arte renacentista</i>	121
HOUSSAY, B. A., <i>El hombre de ciencia</i>	143
MARASSO, ARTURO, <i>Melampo</i>	151
MARTÍNEZ ZUVIRÍA, GUSTAVO, <i>Esperar contra toda esperanza</i>	189
MELIÁN LAFINUR, ÁLVARO, <i>Colixto Oyuela y la crítica argentina</i> ...	215
ORÍA, JOSÉ A., <i>Stendhal y España</i>	233
PAGANO, JOSÉ LEÓN, <i>Rubén Darío en mis recuerdos. (Un soneto inédito del poeta)</i>	249
RAMOS, JUAN P., <i>Fantasia sobre un hombre vestido de poeta</i>	281
SÁNCHEZ SORONDO, MATÍAS G., <i>Interludio</i>	337
TISCORNIA, ELEUTERIO F., <i>Orígenes de la poesía gauchesca</i>	347
VEDIA Y MITRE, MARIANO DE, <i>En torno del monólogo de Hamlet. La vida y la muerte</i>	373
CARRIZO, JUAN ALFONSO, <i>El tema del ave, del suspiro o del papel mensajero</i>	387
DÁVALOS, JUAN CARLOS, <i>La leyenda del guía blanco</i>	413
RAGUCCI, S. S., RODOLFO M., <i>Apuntaciones sobre el Diccionario de la Real Academia Española</i>	425
TOVAR Y R., ENRIQUE, <i>Paliques filológicos. De la inextricable selva de los apellidos</i>	443

BOLETÍN

DE LA

ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS

BOLETÍN

DE LA

ACADEMIA ARGENTINA

DE LETRAS

—
N° 45
—



BUENOS AIRES

1943

ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS

ACADÉMICOS DE NÚMERO

Presidente : DON CARLOS IBARGUREN

Secretario : DON CARLOS ORLIGADO

Don Juan Álvarez
Don Rafael Alberto Arrieta
Don Enrique Banchs
Don Arturo Capdevila
Don Ramón J. Cárcano
Don Atilio Chiáppori
Don Leopoldo Díaz
Don Juan Pablo Echagüe
Don B. Fernández Moreno
Monseñor Gustavo J. Franceschi
Don Martín Gil
Don Roberto F. Giusti
Don Bernardo A. Houssay
Don Arturo Marasso
Don Gustavo Martínez Zuviría
Don Álvaro Melián Lafinur
Don José A. Oría
Don José León Pagano
Don Juan P. Ramos
Don Matías G. Sánchez Sorondo
Don Eleuterio F. Tiscornia
Don Mariano de Vedia y Mitre

ACADÉMICOS CORRESPONDIENTES

- Don Amado Alonso (España)
Don Narciso Alonso Cortés (España)
Don Alceu de Amoroso Lima (Brasil)
Don Eduardo Barrios (Chile)
Don Alfredo R. Bufano (República Argentina)
Don Néstor Carbonell (Cuba)
Don Juan Alfonso Carrizo (República Argentina)
Don Américo Castro (España)
Don Alfonso Danvila y Burguero (España)
Don Juan Carlos Dávalos (República Argentina)
Don Enrique Díez-Canedo (España)
Don Armando Donoso (Chile)
Don Arturo Farinelli (Italia)
Don Francisco García Calderón (Perú)
Don Luis de Gásperi (Paraguay)
Don Antonio Gómez Restrepo (Colombia)
Don Pedro Henríquez Ureña (Santo Domingo)
Don Rodrigo Octavio Laangard de Menezes (Brasil)
Don Luis López de Mesa (Colombia)
Don José Carlos de Macedo Soares (Brasil)
Don Augusto Malaret (Puerto Rico)
Don Ramón Menéndez Pidal (España)
Don Raúl Montero Bustamante (Uruguay)
Don Carlos María Ocantos (República Argentina)
Don Lucien Paul-Thomas (Bélgica)
R. P. Rodolfo Ragucci, S. S. (República Argentina)
Don Alfonso Reyes (México)
Don José de la Riva Agüero (Perú)
Don Baldomero Sanín Cano (Colombia)
Don Bernardo Sanvisenti (Italia)
Don Juan B. Selva (República Argentina)
Don Rodolfo J. Slabý (Checoslovaquia)
Don Enrique D. Tovar y R. (Perú)
Don Carlos Vaz Ferreira (Uruguay)
Don Carlos Vossler (Alemania)
Don Gonzalo Zaldumbide (Ecuador)

ADVERTENCIA

La ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS resolvió publicar este número extraordinario, sin ajustarlo a las normas a que se ciñe habitualmente, a manera de señal favorable, al cumplirse el décimo aniversario de la aparición del *Boletín*. Se han reunido en este volumen colaboraciones de miembros de número y correspondientes para celebrar esa duración — aun breve si se considera la vida de las instituciones — y obligar, si es posible, con más ahinco, la continuidad en la obra empezada. Poco dice una década, su multiplicación significará el crecimiento permanente que se fortalecerá con el esfuerzo común, inspirado en el trabajo mismo que sabe volver a sus raíces primeras y oír la voz de los mentores de la República y de los maestros del habla, de los forjadores de la palabra que encierra el tesoro de un idioma y le ofrece permanencia en el tiempo. Vínculo de una tradición esencial que compartimos con tantas naciones, la lengua no puede desintegrarse de esa unidad literaria que le dió estructura y la incor-

poró a la civilización entera. Sin desdeñar ningún aspecto del habla de nuestra tierra, de la necesaria expresión de usos y costumbres, la Academia tiende a mantener la lengua en la región esclarecida en que la colocan los ilustres cultores contemporáneos, emparentándose con quienes le dieron significación perenne. En este intento el *Boletín* no se circunscribe a un ámbito familiarmente americano, en su sentido local, sino a la amplitud que abarca mucho más y coloca en lugar eminente la insustituible vitalidad de las lenguas madres que estarán siempre presentes con su dignidad y su sabiduría en donde alguien alcance a lograr la expresión no contaminada por circunstancias temporales. En el río fluyente del idioma no puede tenderse a separatismo alguno, lo pintoresco, lo popular, conviven con lo definitivo de la adquisición lograda, con el caudal de humanismo clásico que hace posible la renovación y la creación expresiva. Al recordar la década pasada agradecemos vivamente a todos los colaboradores del *Boletín* la voluntad con que trabajaron para enriquecerlo. Esperamos verlos por mucho tiempo en sus páginas abiertas a la labor investigadora, labor que se mejora y se comunica constantemente y ávida de saber y descubrir nos conduce a la jerarquía intelectual imprescindible.

BOLETÍN

DE LA

ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS

TOMO XII

1943

Nº 45

EL SENTIDO NACIONAL EN NUESTRA LITERATURA

Nuestro país mantiene aún su fisonomía propia en las provincias del interior, a diferencia de las ciudades mercantiles del litoral y de sus puertos que recibieron una afluencia foránea que amenaza alterar nuestros rasgos originales. Lejos de mi ánimo repudiar al extranjero que se ha incorporado a nuestro medio arraigándose en nuestro suelo para fecundarlo noblemente con su trabajo y con su descendencia argentina. Bien venidas fueron y son esas masas que han cooperado en primera línea para desarrollar la riqueza y el engrandecimiento de la patria. Pero una avalancha exótica procedente de todas partes del orbe y recibida sin vigilancia alguna ha convertido a Buenos Aires y a otras regiones nuestras en una verdadera Babel, heterogénea y caótica, tanto del punto de vista étnico como del lingüístico; este fenómeno conspira contra nuestra integridad espiritual y puede modificar paulatinamente los caracteres de nuestra alma genuina. A esa alma debemos defenderla celosamente para forjar la unidad moral de todas las fuerzas sociales amalgamándolas con un

solo espíritu. En estos tiempos de convulsión terrible y trágica que sufre el mundo, ha llegado el momento de bregar por que un ideal nacional y un alma única — la auténticamente nuestra — impere en todo nuestro territorio y sea la base firme de la grande Argentina del futuro. Para ello es menester velar, en primer término, para que se conserven puras nuestras tradiciones.

El culto de la tradición no significa retroceso, ni estancamiento que detenga la evolución de la vida y de las cosas, sino venerar con amor ese acervo moral que nos legaron nuestros antepasados y que trasmitido de una a otra generación va modelando el alma nacional. Esa suma de recuerdos, de imágenes del pasado, de costumbres, de creencias, de sentimientos, de ideales y de glorias comunes constituye la trama esencial y recóndita de una tradición. Si borráramos ese lazo que nos une y perdura en el curso de los tiempos y que debe solidarizarnos en un todo coherente con individualidad propia, destruiríamos una de las más caras esencias de la Patria. La Patria no es sólo una representación material sino, sobre todo, un sentimiento basado en las tradiciones nacionales que hermana en una asociación eterna a una definida colectividad y a su stirpe. Cuando los pueblos pierden su tradición mueren para la historia. La Patria no es el organismo político del Estado que cambia con las evoluciones sociales sin que aquélla se modifique, ni es sólo el territorio en que se ha nacido ; ella está en el contenido espiritual de un pueblo. Así como la poesía no está en las cosas, en los hechos o en las palabras, sino en la emoción inefable y en las vibraciones de la vida interior que éstas despiertan, el sentimiento patriótico genuino anida en ese complejo moral creado por las tradiciones nacionales.

Otro de los aspectos morales de la Patria es la cultura. Cuando un pueblo está plenamente estructurado debe traducir sus pensamientos con formas propias que sean concordantes con las modalidades de su psicología. Esta peculiaridad de exteriorización mental da a su literatura una fisonomía particular y la caracteriza frente a la de otras colectividades. La expresión espiritual más acabada y completa de un país se manifiesta en los conceptos religiosos, morales, científicos, artísticos, económicos y jurídicos que fundamentan la vida de una sociedad en un momento dado de su historia. Cuando una nación no ha sido capaz de adquirir formas expresivas peculiares, o las ha perdido y se limita a reflejar las ajenas, carece de personalidad y no cuenta en el patrimonio de la civilización; será un conglomerado humano dueño de un territorio, una colonia intelectual, una factoría cosmopolita sin vida mental propia. La cultura es, pues, también, uno de los atributos esenciales de la nacionalidad, es la forma superior que contribuye a poner de manifiesto auténticamente el alma de la Patria.

La literatura como rama fundamental de la cultura y como manifestación de la vida de una sociedad que está en constante evolución y devenir, debe reflejar la idiosincrasia del pueblo que la crea. Las mismas escuelas literarias adquieren y presentan, según los países, contornos y matices distintos conforme al temperamento, más o menos original de cada pueblo. Solamente en las colectividades amorfas que no tienen ningún carácter típico ni rasgos espirituales propios, el fenómeno literario es un eco sin vibración.

La tarea de desarrollar nuestra expresión mental con nuestro acento característico es la que debemos cumplir empeñosamente en todos los terrenos de la actividad a que se aplique

nuestra inteligencia. Esta obra profundamente nacionalista es la que corresponde efectuar a la actual generación : crear cultura infundiendo en ella el espíritu de la Patria. Cuando nuestra producción intelectual y artística con los rasgos definidos que nos caracteriza se expanda vigorosamente e influya con fuerza fecunda fuera de nuestras fronteras, ese día la Argentina habrá conquistado su mayor grandeza y su mejor galardón. La gloria de los pueblos que la historia recuerda no finca en los grandes imperios, que se derrumban, ni en las riquezas, que se pierden, ni en el poderío material, que perece ; ella sólo brilla perdurablemente cuando se ha revelado a los hombres una verdad del universo, se ha suscitado una emoción superior en las almas o se ha deleitado a la humanidad con una imagen de belleza eterna.

El escritor argentino debe realizar una doble tarea para impulsar la cultura nacional : expresar sin imitaciones su creación literaria, y también perfeccionar y afinar el lenguaje que mana del pueblo. He expresado en otras ocasiones, sobre todo en la Academia Argentina de Letras, que en naciones de inmigración como la nuestra la tarea de velar por la pureza del lenguaje tiene una importancia mayor que en países de población homogénea y de larga historia. La corriente cosmopolita altera la lengua con voces extrañas que ensucian y afean el habla, lo que es necesario combatir con ahinco para conservar acendrado el riquísimo patrimonio idiomático que nos legó España. La gran labor de cultura literaria nacionalista de recoger del manantial popular la voz adecuada y bella y depurar el lenguaje en procura del giro preciso es la que primordialmente deben realizar nuestros escritores para hacer una literatura de carácter argentino y contener la ola exótica y arrabalera que en la metrópoli y en

nuestras populosas ciudades, repletas de forasteros, pugna por volcar su fango verbal.

Los escritores y los poetas argentinos que en las generaciones anteriores, hasta hace treinta años, habían absorbido la literatura europea y la reflejaban como un espejo sin dar a sus obras — salvo muy contadas excepciones — un carácter original o peculiar, ni un contenido nuevo para expresar nuestra realidad social con creaciones genuinas, se sienten en esta hora agitados por una inquietud profunda: ellos buscan hoy nuestra propia alma y la escrutan tanto en la vida urbana cuanto en la campesina para proyectarla en la producción intelectual. Nuestra cultura literaria en estos días de revolución mundial está perfilándose con caracteres argentinos y todos buscamos en nosotros mismos nuestra expresión literaria auténtica para dejar de ser un eco de literaturas extrañas. Cuando hayamos desenvuelto plenamente una creación artística original y propia, cooperaremos con un aporte argentino típico para enriquecer el tesoro de la literatura universal.

El problema literario es uno de los aspectos del problema espiritual de cada nación que debe ser resuelto interpretando fielmente la esencia compleja del alma de la patria. En este sentido la literatura argentina si bien debe tener la unidad del espíritu de nuestro pueblo, debe ofrecer también los diversos aspectos de la vida regional. Apoyo con simpatía el estímulo de la tendencia regional en nuestra literatura. Así como creo que el exaltado regionalismo político debe evitarse porque ello tiende a allover el sentimiento de la unión nacional que es necesario predomine, ante todo y sobre todo, para que la República Argentina pueda cumplir la misión de gran potencia que le corresponde y que debe realizar en el

porvenir, pienso que del punto de vista intelectual, sentimental y estético, cada zona de nuestro país está obligada a mantener su originalidad e independencia espiritual para valorizar nuestro patrimonio intelectual volcando plenamente su alma típica en las visiones y en las creaciones de sus poetas y de sus novelistas. Así propenderemos los cultores de la literatura a que se multiplique y se mantenga siempre abierta en nuestro suelo, perdurablemente, para deleite de los hombres, esa flor misteriosa de emoción y de ensueño que es la belleza, engendrada en la entraña de la Patria y nutrida de espíritu argentino.

CARLOS IBARGUREN.

PATRIA *

CANTO I

Y dijo así la Voz, íntima y grave :
« — Numen propicio os encamine a puerto,
Blanca y azul la enseña de la nave.

No os acongoje lo presente incierto :
Virtud fundamental es la esperanza,
Y lo futuro es horizonte abierto.

Mas, oh vosotros que en civil bonanza,
La Fecha secular visteis un día
Brillar a un sol de orgullo y de confianza :

Hoy que os amaga cerrazón sombría,
Pensad si esa Jornada esplendorosa
Fué un alto insigne en la segura vía,

* El autor aclaraba aquí en nota : « Cantos iniciales de un poema inédito ». Demorada luego, por motivos varios, la publicación de la presente entrega del BOLETÍN, corresponde señalar que este poema *Patria* (que consta de diez cantos) ya no es « inédito », si bien ha circulado casi exclusivamente en la Argentina. (*Nota de la Dirección*).

O ciega beatitud de quien reposa
En transitorio oasis, deparado
Por un azar de brújula engañosa.

Sí : claro el mundo y auspicioso el hado,
Erais salud, y esfuerzo, y optimismo,
Bajo el flotar del pabellón sagrado.

Quedaba lejos el transpuesto abismo
Que con vapor de sangre y de anarquía
Os ofuscó la tierra, el cielo mismo ;

Y en cada corazón resplandecía
La fe que en su Preámbulo blasona
El pacto generoso que os unía...

« Del Sur al Septentrión, de zona en zona,
Bueno es el hombre : un despertar fecundo
De humanitaria comprensión lo abona.

¡ Lléguese el paria, el triste, el errabundo :
Todos hermanos ! la Argentina sea
Portal abierto a la ansiedad del mundo !

Patria más grande el aluvión nos crea.
¿ Temer ?... Nada tememos, pues nos libra
De todo riesgo la sublime Idea !

Por tierra y almas el Progreso vibra ;
Y toda acción del pueblo soberano,
La Libertad pondera y equilibra »...

Oh argentinos que ayer, con recia mano,
Movisteis, en justicia y gloria expertos,
Contra Castilla, esfuerzo castellano :

Poblad de extensa vida los desiertos ;
Mas, ahora, escuchad clara sentencia :
Sólo es cabal la vida de los muertos.

¡ Mandan sin fin : nos rigen la existencia !
Pero en mezclada estirpe, son sus voces,
Contradictorias por fatal esencia ;

Y amores, odios, esperanzas, goces,
Son, en progenies varias, divergentes,
Ya animen plumas o aperciban hoces.

He aquí : la Patria, a quien rendís las frentes,
Si es íntimo ideal en la persona,
Es comunión raigal entre las gentes.

No a todo ensueño el porvenir corona,
Ni en el común ascenso, es lo pasado
Ya inútil escalón que el pie abandona.

¡ Pues qué, si al aluvión desarraigado
Honrais con presumir que será hambriento,
Mas noble, quien se llega a vuestro lado !

¡ Oh, entre quimeras, lóbrego y sangriento
Dogma, el que afirma la bondad humana
Contra experiencia y sano pensamiento !

¿Cuál fué su aporte, desde edad lejana,
A un mundo más feliz, ni en qué podría
Sino en horrores, frutecer mañana,

Si ante evidencia clara como el día,
Caída humana y Redentor divino
Niega a la par la trágica herejía?

Pues, ella fué en vosotros : ella vino
En un ocaso de héroes, y enherbola
Vuestro imperial, tradicional destino.

No que la vuestra, entre las patrias sola,
Se ostente pura, y las demás la vean
Ceñir la sien con célica aureola ;

Ni que los hombres que albergais no sean
Hombres y nada más : rebaño triste
Que esquivos lampos de ideal clarean ;

Sino que sólo una Nación existe
Cuando al vivir por sí, para sí tiene
La gloria y bienandanza que conquiste ;

Y es árbol armonioso, que previene
Sombra y fruto a quien labre en su campiña
Y a la canción que entre sus ramas suene,

Mas no da zumo ni sustenta viña
Para embriagueces gárrulas, ni ha sido
Atisbadero al ave de rapiña.

Y sabe, al sol o lluvia estremecido,
Que frondas son milagro de raíces,
Aunque honda abnegación comporte olvido.

Y así coronará ramas felices,
Bajo el propicio ardor y el vasto riego,
Con floración de espléndidos matices.

Así frondezca el tronco solariego ;
Hermoso y señorial como el seibo
Que acendra luz en pétalos de fuego,

Pero al erguirse en el arcén nativo,
Si ajenos tallos amparar consiente,
Con regia copa prevalece altivo :

Que él solo es dueño en su genuino ambiente ;
Nació a su clima, y a nutrir seguro
Pristina savia en la natal corriente.

¡ Grande árbol de la Patria : en lo futuro,
Renueven tu esplendor días risueños ;
Pero medita en el invierno oscuro :

« No hay florecer sin áridos empeños ;
Sólo es la tierra familiar, fecunda ! »

Tal escuché, como se escucha en sueños.
Mas prosiguió la Voz, grave y profunda :

CANTO II

« Clame la Patria, frente al mundo acerbo :
« — En fe cristiana y verbo castellano,
Tengo dos veces heredado el Verbo ;

Y no será, por mi ventura, en vano
Que así atesore certitud divina
E incomparable patrimonio humano ! »

— Y aun arraigas más amplio, oh mi Argentina :
Que en ti el alma ancestral no brilla sola,
Sino en radiante comunión latina.

Si esencia tuya floreció española,
La de Italia acogió, y es la de Francia
Mariposa gentil en tu corola.

Así a través del tiempo y la distancia,
Clara simiente al viento se desliza,
Y al fin renueva, allá, pompa y fragancia.

Y aun llegue el soplo que tu lumbre atiza,
Del Mar insomne que arrulló tu cuna :
Sólo el Mediterráneo civiliza.

No te ofusquen la gloria o la fortuna
De patrias que encumbró, merced a Roma,
El fosco Septentrión, una tras una :

Vital cultura, espiritual aroma
Nos deben, si más alta su riqueza
En turbio siglo, como el nuestro, asoma.

Mas, fué de Roma cenital proeza,
Dar vida a la Nación predestinada
Que al continente grácil encabeza.

¡ Oh excelsa Engendrada, así engendada !
¡ Mi España ascensional, mística y fuerte :
Señora de la Cruz y de la Espada !

¡ Cuánta aventura que debió perderte,
Y en que ante hispano arrojo temerario,
Desconcertada recejó la Muerte !

Pero, en quietud de celda o de santuario,
¡ Cuánta ocasión en que, al Amor vencido,
Rendíase el Misterio al Visionario !

¡ Y aquella lengua de ángeles, olvido
De todas las demás, en que cantaba
Sus raptos el vidente esclarecido !

¡ Y aquel descalabrar morisma brava,
Triunfante ya el titán, que al fin blandía
Por las columnas de Hércules su clava !

¡ Y aquella prez de doble Monarquía :
La áurea Isabel, la bíblica Varona
Que es voluntad, virtud, sabiduría !

Y al genio audaz, propicia la Corona ;
Y aviese, y emprenda, el Almirante,
La hazaña que los mundos eslabona.

Y el alto ensueño, y el bregar constante,
Y el indio hostil por selva y por montaña,
Y el Signo redentor mundo adelante.

Hielo es la altura, es fiebre la maraña ;
Todo lo vence la inmortal Conquista ; —
Y en España, entretanto ; arriba España !

¿Que un incremento terrenal se avista,
Que una grandeza espiritual fulgura?...
; No se dirá que al español resista !

Pues si es la mano prepotente y dura,
Nunca más libre y señoril la mente
Ni la esparcida santidad más pura.

Y éxtasis vibre o decisión aliente,
Siempre un estoico impulso de alegría,
Y un recio buen sentido, omnipresente.

Así te sublimaste, España mía ;
Que tanto monta y resplandece tanto
El sol que en tu heredad no se ponía.

Junto al guerrero se prodiga el santo,
Y abre a la cristiandad segunda aurora
El héroe juvenil desde Lepanto.

La lira con fray Luis, dulcisonora,
Es tuya ; y por Ignacio, la cristiana
Milicia, de los siglos vencedora ;

Y en Lope la facundia soberana,
Y la Vida en Cervantes, y en Teresa
La más grande mujer de arcilla humana...

Cuando en brumas del Norte, ya la empresa
De herética reforma, su misterio
Rasga, y en cruda rebelión progresa :

Aquel atlante que cargó hemisferio,
Tu Felipe el Prudente, a hierro y llama
Salva la Religión, salva el Imperio ;

Pues, católico y Rey, sabe y proclama
Que todo pueblo es turbia muchedumbre
Si la unitiva Fe no lo amalgama.

Y al cabo, Hispanidad es Certidumbre ;
Duda esencial le asfixia el pensamiento,
Águila de oro en la divina lumbre.

Y ortodoxa cruzó el Renacimiento,
Con su Juan de la Cruz, y su Granada,
Y su abeja platónica en el viento.

Y así, por dos centurias humillada,
Hoy resurge también, urgente al mundo :
Patria de redención y de Cruzada.

Y antes que declinara moribundo
Su viejo sol, por suelo americano
Señoreó tan vívido y fecundo,

Que aun os enciende con su ardor lejano
El Astro fiel, — substancialmente el mismo
Que en vuestra enseña resplandece ufano.

Porque al llamarte a vida tu heroísmo,
Bien resumiste en él, oh mi Argentina,
La libertad y el claro patriotismo.

Y pues que en siglo que propende a ruina,
Ya eres grande nación « que al mundo asoma »,
No española cabal, mas sí latina :

Por alta empresa irrenunciable, toma
La de salvar en ti la Fe sagrada,
La Raza ilustre y el vital Idioma ;

Puestos los ojos en la tierra amada,
En tu pasado, intenso claroscuro,
En tu presente inquieto, en la arriesgada
Maravilla que cabe en lo futuro. »

CARLOS OBLIGADO.

¿ A QUIÉN CORRESPONDE EL GOBIERNO DE NUESTRO IDIOMA ?

Desde Méjico al cabo de Hornos prima la convicción de que cuantos más habitantes del planeta nos entiendan, mejor será ; y como consecuencia, ninguno de los países integrantes de la América hispana ha intentado crear un habla nueva para exclusivo uso de sus hijos. Todos están conformes en seguir usando la heredada de España, y no otra : nada de partirla en diez y ocho trozos.

El mismo propósito ha servido de cimiento a esta casa. Cuando Juan B. Terán prologaba el primer número del *Boletín*, negó tuviese ella por objeto fabricar un idioma de los argentinos, « ni existente ni deseable » ; y años después, el ex-ministro Rothe hizo público que al fundarla en 1931 no había perturbado su espíritu la « peregrina reivindicación de un idioma nacional o americano diferenciado del español », ya que este último fué siempre condición necesaria de la expansión de nuestra influencia espiritual, y sin él, no sería posible instrumentar a corto plazo la solidaridad hispanoamericana ¹.

Velemos, pues, por la pureza del lenguaje común ; mas ¿ cómo lograrlo si cada uno de los condóminos le quita,

¹ *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, I, 5 ; VIII, 634.

pone o cambia palabras sin cuidarse de las que supriman, cambien o agreguen los restantes? Antes de atribuir excesiva importancia a tal objeción téngase presente que las deformaciones de tipo nacional o regional sufridas en América por el castellano, distan de comportar por ahora peligros serios. Modifican el vocabulario, dejando intacta la estructura; y si bien, por vía de pasatiempo, sería dable armar algunas frases con « argentinismos » ininteligibles en España, también pudiera construirselas rebuscando por el *Diccionario* de la Real Academia Española voces castellanas arcaicas, cuyo sentido ignoren hoy los habitantes de la propia Castilla.

Además, algunos de esos cambios mejoran al habla. Lejos de constituir innecesarios barbarismos que la empuerquen a manera de basura o roña, y estén pidiendo desinfectante, corresponden a nuevos modos de decir, permiten expresar las ideas con mayor brevedad o precisión. Aunque rica y sonora, nuestra lengua ofrece todavía imperfecciones, y nada obsta a que se las suprima o atenúe. No es menester recordar con qué amplitud de criterio ha admitido la madre patria galicismos. También admitió buena copia de americanismos que, en su hora, facilitaron la rápida asimilación del elemento indígena; necesidad esta última equiparable a la que actualmente experimentan algunas naciones de la unión idiomática hispana, con la afluencia de millares de inmigrantes. Pues el castellano creció absorbiendo palabras ajenas ¿por qué no habría de seguir desarrollándose mediante análogo procedimiento? El problema estriba en determinar a juicio de quién, y dentro de qué límites, hayan de adoptarse las novedades.

Descarto desde luego la hipótesis de que, por tratarse de materia absolutamente incoercible, vivamos condenados a Babel permanente o comunismo anárquico en cuanto respecta a regulación del idioma. Existen claves. Más aún : son obligatorias. Se las impone en el hogar, donde los niños aprenden un habla que no eligieron y reciben las primeras lecciones sobre conjugación de verbos irregulares ; rigen en escuelas, liceos y universidades ; y sufrimos sus efectos por el mero hecho de oír transmisiones radiotelefónicas o leer periódicos y libros, procedimientos mediante los cuales muchos hombres de letras influyen sobre nuestro lenguaje sin pedirnos permiso. Pues si lo consiguen individualmente, claro está que mayor resultado lograrán trabajando de consuno. Han nacido así oficinas de clave oficiales que prestan buenos servicios. Aunque el idioma no soporte endicamiento total, alguno admite.

Nuestra ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS, ensaya ahora facilitar la aplicación de sanciones a ese respecto, haciendo pie en el significado obligatorio que debe atribuirse a los vocablos utilizados en las leyes y decretos. Tal, y no otro, es el que el Estado garantiza. Paréceme no prestaron antes suficiente atención las academias a esta importante herramienta de trabajo. ¿Qué mucho hagan mañana fe en juicio sus dicámenes acerca del valor de las voces, si lo hacen ya los de la Bolsa de Comercio para los valores mercantiles? Nuestro más alto tribunal ha dicho alguna vez que las palabras, los tiempos y los modos de los verbos, tienen determinado sentido gramatical, y a él deben ceñirse los jueces ¹.

¹ *Fallos de la Suprema Corte Nacional*, 184 : 637.

Empero, si han de utilizar un mismo lenguaje todos los hispano parlantes y escribientes ¿resultará ajustable ese idioma a las decisiones inconexas, y acaso contradictorias, de múltiples oficinas de clave nacionales, vale decir, autónomas? O las autoridades de cada uno de los países integrantes de la unión idiomática adaptan su lenguaje a las normas dictadas por una oficina central común, o quedarán definitivamente castellanizadas, sin filtraje alguno y con el sentido que aquéllas quieran asignarles, cuantos vocablos o giros usen. Hétenos frente a un escollo.

A fin de orillararlo, desde tiempo atrás ha sido frecuente que algunos escritores americanos, aisladamente o agrupados en corporaciones doctas, propusieran a la Real Academia Española « americanismos » o « nacionalismos » : ella les otorgaría o no su *exequatur*. Catalogar voces locales debió constituir también parte de las tareas de la *Academia Argentina* fundada el 9 de julio de 1873, y disuelta años más tarde sin dar cima al proyecto. En mayo de 1910, otra *Academia*, correspondiente esta vez de la de Madrid, conceptuó razonable encaminar en igual sentido sus primeros trabajos, y como no se la invitara oportunamente a colaborar en la sección argentinismos de una nueva edición del *Diccionario*, decidió definirlos con prescindencia de España. Hubo asimismo quienes insinuaron por entonces la posibilidad de algún congreso de academias nacionales, y el poeta Rafael Obligado propuso formar un vocabulario hispano-americano¹. Empero, a nada definitivo pudo llegarse, el propio catálogo de argentinismos quedó a medio hacer, y no fué ensayado

¹ *Revista de Derecho, Historia y Letras*, XLI, 177 (Buenos Aires, febrero de 1912).

deslinde alguno de jurisdicciones entre las academias de América y la de Madrid.

La actual lleva hoy adelante el inventario de frases y acepciones nacionales comenzado por sus predecesoras, y además ha insinuado a la Española, por nota dirigida al académico doctor José María Pemán ¹, el mantenimiento de correspondencia entre ambas para informarse recíprocamente sobre los trabajos que realicen, así como el envío de sugerencias u observaciones, por parte nuestra, referentes al registro de argentinismos en las futuras ediciones del *Diccionario*. Esa nota motivó una carta circular del señor Secretario de la Real Academia, enviada a todas las americanas, invitándolas a tomar sobre sí « la responsabilidad y el honor » de revisar la parte del léxico correspondiente a los respectivos países, ora se tratase de excluir, incluir, definir o localizar lo que denominaba « provincialismos de América ». Invitó también a los miembros de esas corporaciones a colaborar en el *Boletín* de aquélla, y recopilar autoridades para un futuro *Diccionario* histórico de la lengua ²; propuestas que fueron aceptadas aquí en sesión del 29 de diciembre de 1941.

Si, como es de esperarse, la responsabilidad y el honor de revisar cierta parte del léxico equivalen al derecho de decidir, quedará muy disminuido el obstáculo a que antes hice referencia. La Real Academia Española incluirá en su *Diccionario* los vocablos que nosotros utilicemos, con la acepción que les concedamos, sin perjuicio de conservarles tam-

¹ *Boletín*, IX, 579, 28 de julio de 1941.

² *Id.*, IX, 823; y X, 223.

bién la distinta que tengan en España u otros países del grupo. Un paso más, y el convenio se amplía reconociendo a nuestra Academia jurisdicción exclusiva en materia de argentinismos.

Hecho esto, restará determinar qué intervención deba dárseles en el manejo de otros asuntos atingentes a lo que pudiéramos conceptualizar gobierno internacional del habla. Ese gobierno estuvo y sigue estando a cargo de la Real Academia Española, bien que ella jamás haya pretendido extenderlo más allá de sus fronteras. Dirige al castellano porque ése es su idioma; fué creada para encauzarlo mucho antes de que nacieran las actuales repúblicas hispano-americanas; y ha contribuído a formarlos con caudal muy superior al de cualquiera de los restantes condóminos. Maneja entonces lo propio, por derecho propio. Desde *ab initio* los nuevos países de América la respetaron en el carácter de autoridad central del lenguaje que ya ejercitaba; y si con la organización de nuevas oficinas nacionales de clave parece llegado el momento de ir pensando qué parte de dicha autoridad haya de confiárseles, ello no presupone expresar agravios contra el autorizadísimo custodio del tesoro común.

Mientras se tramitaba el convenio aludido, Pemán sugirió: defienda España lo tradicional, el patrimonio viejo, y tome Argentina a su cuidado incorporar los vocablos que vayan dando mayor universalidad al habla de Castilla. Paréceme que como esbozo de delimitación de jurisdicciones, esa atrayente fórmula no contempla del todo la circunstancia de haberse conservado aquí más celosamente que en la Península ciertos giros del castellano antiguo, ni tampoco, la de que España continúe adoptando abundantes neologismos, cual

lo hizo siempre. Con esto, la línea demarcatoria tórnase confusa. Ni es sólo América el sitio donde sufra modificaciones el lenguaje, ni la Argentina país tan joven que resulte poco aconsejable confiarle tareas directivas.

Por de contado, el reconocimiento de voto a muchos condóminos, en un gobierno común, tropezará con dificultades harto mayores que la de enriquecer al *Diccionario* con voces nacionales, de uso facultativo. El poder central, superior a los locales, pudiera imponerles normas obligatorias: y como hasta hoy hemos aceptado por espontánea auto-determinación y sin compromiso alguno las impartidas por el condómino principal, surge la pregunta de si realmente tiene objeto práctico cambiar de sistema mientras el idioma español no presente síntomas de estar deshaciéndose.

He aquí un problema digno de meditación. Organizar un gobierno internacional ofrecerá sin duda complicaciones, y entre ellas la muy importante de que no todos los condóminos podrían concurrir a formarlo con iguales aportes. ¿Ha de reconocérseles, no obstante, igualdad de voto en las decisiones de la asamblea general? Caso contrario ¿sobre qué bases de justicia se establecerán categorías y diferencias? Hablan hoy castellano ciento quince millones de personas, irregularmente agrupadas en diez y nueve países, exclusión hecha de Puerto Rico y Filipinas. La población de algunos de ellos no llega al dos por ciento del total; España misma, congregando alrededor de un quinto, resulta minoría; y queda por decidir si han de computarse los analfabetos, los extranjeros, u otros elementos de criterio susceptibles de motivar controversias. Empero, por compleja que resulte, bueno será ir planeando alguna solución para ese futuro gobierno, sea sobre la base de incorporar a la Real Academia

Española representantes de los países de América, sea sobre nuevas fórmulas. Felizmente, hay tiempo para pensarlo. No corre prisa resolver: la administración provisional se halla en buenas manos.

JUAN ÁLVAREZ.

EN UN EJEMPLAR DE « LOS CONSUELOS »

DE ESTEBAN ECHEVERRÍA *

Llegas a mí devuelto por los mares que un día
te llevaron proscrito
del suelo de la patria, fuente de tu elegía
y entraña de tu grito.

No te ha vejado el tiempo que huella y desarbola
las vidas y los actos.
En el fanal de un siglo mantuvo tu corola
sus pétalos intactos.

Y esta casual blancura que arropa a tu presencia
con el candor pretérito,
baña en la luz del claro blasón de su licencia
la gloria del emérito.

Porque en la pulcra veste miro un fervor custodio,
viviente relicario
que de los oleajes del olvido y del odio
salvó tu bien precario.

* Versos escritos en un ejemplar de la primera edición, hoy rarísima, recibido de Europa.

(A ti, sombra entre sombras, guardián desconocido
del viejo vaso, debe
mi espíritu este goce sutil, incompartido,
ansiado, en que se embebe.

Soñaba yo en el molde que recogió primero
la esencia impregnadora,
y el vaso que fué príncipe también del alfarero,
está en mi mano ahora...)

Cual de un naufragio vuelves, devuelto por marea
que tu derrota oculta,
libro sobreviviente, más que de tu odisea,
de una edición sepulta.

¡ Oh, secular volumen que en tu vejez retienes
la esencia primitiva !
Retornas con tus dones, liberados rehenes,
a la ciudad nativa.

Cosmópolis ignora, romántico venero,
tu pobre y triste cuna,
y no te reconocen el soplo del pampero
ni los claros de luna.

Mas no te hiera el frío de cambiados lugares
en la ciudad ingrata.
Con mi mano te acogen antiguos dioses lares
de la orilla del Plata.

Ellos me dicen cómo naciste, solitario
fluir de un corazón
que en tus señeras páginas fué lírico breviario
de su generación.

Ellos te vieron, frágil broquel, liviano escudo,
sobre el pecho viril,
acompañar los sueños y deshacer el nudo
del alma juvenil.

Y aletear en breves manos, prisión de seda,
con suave escalofrío,
besado en los crepúsculos lentos de la Alameda
por ráfagas del río.

Ellos vieron dorarse tu foliada blancura
bajo el épico rayo
que al sol de sus mayores pedía en su aventura
la Asociación de Mayo.

Y perseguido, oculto, doliente, en agonía
de horas de sangre y hierro,
buscar, al fin, te vieron, bajo la tiranía
las playas del destierro.

Libro de promisorio título, volvió en ellas
a ser ascua tu joya,
y abierto a los presagios del alma y las estrellas
te amó la Nueva Troya.

Después... ¿Qué importa? Hoy vuelves. Menos afortunado,
nunca volvió a esta orilla
tu poeta, ni tiene tumba cierta el puñado
de su amorosa arcilla.

Y aquí estás, libro errante, en mi anaquel, reunido
con viejos camaradas;
en panteón de voces que sólo son gemido
de sombras desgarradas.

(Mitre, Gutiérrez, Mármol... Oigo el rumor del viento
sobre sepulcros. Miro
con estupor los muros que me rodean. Siento
poblado mi retiro).

¡Oh, libro primigenio de la canción del Plata!
¡Humilde flor porteña
del parnaso naciente que el viento desbarata
llevándote de enseña! :

Aquí estás, en mi tabla de salvación, tesoro
de piadoso secuestro,
con la legión que un día te proclamara a coro :
duca, signor, maestro.

RAFAEL ALBERTO ARRIETA.

AVERIGUACIONES SOBRE LA AUTORIDAD EN EL IDIOMA

Una de las figuras más insignes y ejemplares de la cultura de mi país fué cierto día ingrato puesta a pública vergüenza, con menosprecio de su obra entera, por habérsele deslizado una menuda falta de ortografía. Si no con víctima tan ilustre, este incidente se repite con frecuencia, pues la cruzada por lo que se considera corrección del idioma tiene secuaces cada vez más numerosos —el gran número daña su calidad— y cada vez menos indulgentes. Un desfallecimiento de pronunciación o una tilde trastrocada suscitan epítetos tan desembozados como bárbaro, ignorante y bastardeador del idioma. No resultará esto que se acaba de decir tan exagerado como parece luego de tener presente que el más voluminoso de nuestros diccionarios, obligado por su peso a guardar compostura, califica de «abuso invasor del ignorante» cosa tan inocente como decir médula en vez de medula. Amparados por este ejemplo monumental, autores de gramáticas que son copias sumisas y desvaídas, lapidan sin piedad, por un desliz de sintaxis, la mejor asentada reputación literaria. Sin contar la turbamulta de francotiradores que compensando sus pocas armas con su saña grande, persiguen a la turbamulta de transgresores cotidianos, cuyas preocupaciones jamás se detendrán en el lenguaje. Muchos son ya los que estiman un error gramatical como signo de incultura total y peor que un lapso moral. La alarma y el

enojo, que tanto cunden, están originando, al parecer, una sustitución de valores superiores por otros, ciertamente útiles, pero inestables y subalternos. Pudiera ocurrir que el excesivo celo por la reglamentación de lo diminuto pretenda erigirse en juez de poderosas corrientes naturales del lenguaje y que, mientras se vigila y se discute el detalle ortográfico o semántico de una palabra, se descuide el aspecto general del idioma y se deje puerta franca a la irrupción del palabrerío tumultuoso y redundante, al léxico rebuscado y heterogéneo, es decir, a todo aquello que va contra la belleza proporcionada, la gracia, la precisión sobria y la claridad. Que, mirar tan de cerca, no dé ocasión a contemplar los problemas del idioma desde la altura apropiada para verlo de conjunto y en su aspecto permanente: con sólo lo cual se desvanecerían quizá muchos de esos problemas y se advertirían la transitoriedad o la vanidad de otros. Y que un celo tan pegado a lo menudo quite disposición para examinarlos en su comunidad de leyes y relaciones con otros idiomas, puesto que no es el nuestro un fenómeno aislado ni somos nosotros seres de excepción.

Es posible también que con esta facultad que todo el mundo asume de blandir reglas gramaticales y, a veces, sólo un par de curiosidades idiomáticas que usa para avergonzar a desprevenidos, se esté anublado una atmósfera de intimidación y de recelo que coarta la espontaneidad del habla, tanto de la persona inculta como del escritor mismo, quien, temiendo anatema, evita a veces el término más cabalmente expresivo, si no está en el Diccionario, o se aviene a emplear vocablos que tiene por falsos en su forma o en su sentido, por no desafiar el rigor del común dictamen que les da patente de buenos.

Sin duda es necesario ajustarse a reglas fijas, aunque no fueren todas razonables, y necesario velar por la forma única de cada palabra y por la uniformidad de las relaciones de las palabras entre sí, que en estos asuntos no ha de tener mano alta el arbitrio ni siempre la razón de cada cual; pero es también saludable considerar la relativa importancia de tales normas y reflexionar de vez en cuando en lo convencional, lo transitorio, lo ilógico y lo ociosamente minucioso de buen número de dogmas gramaticales. Quizá mediante esa reflexión se temple la fácil soberbia condenatoria y se aliente una actitud que deje insinuar un escepticismo suavemente generoso en terreno tan movedizo como el del lenguaje. Y también una tolerancia afable a la que llegan, según parece, los gramáticos viejos — cuando ya su reputación impide que los tachen de ignaros — y los filólogos que tras muchos años de investigación han acumulado tal suma de eruditas pruebas como para poder decir que muy poco pueden probar. Es de esto ejemplo preclaro don Rufino Cuervo que, en cartas escritas en 1902 y 1908 y recién dadas a luz, nos doctrina así: « Siempre he pensado que la historia de las ciencias es gran maestra de modestia y circunspección y, sin pensarlo, he llegado a una conclusión semejante con respecto a la gramática a medida que me he ido internando en la historia de nuestra lengua. Viendo que nada ni nadie es capaz de detener el movimiento del lenguaje, he comprobado que cada época tiene sus reglas y que lo que ayer fué disparate es hoy elegancia. La consecuencia me ha persuadido de que la gramática representa o debe representar el estado actual de cada lengua e indicar lo que en ese tiempo está bien o mal recibido por la mayor parte de la gente que puede « hacer moda » ». Y en otra carta recuerda don Rufi-

no que cuando redactó sus *Apuntaciones* era muy joven, lleno de fe en las reglas, « que en todo el libro se trasparentaba la férula del pedagogo »; que en ediciones sucesivas algo atenuó el tono dogmático y que acaso en la última desapareciera casi del todo, si hubiese previsto la refundición de la obra.

Es, por lo menos, probable, que la duda prudente y tolerante de que se ha hablado, no reconozca la autoridad del uso popular, proclive a burdas deformaciones, ni la autoridad del uso culto, propensa a crear un superidioma en parte artificioso; ni la de los lingüistas y los gramáticos, que no siempre deben formular reglas sino meramente registrar fenómenos; ni la de los llamados buenos autores, pues los más creadores y personales no han de ser necesariamente buenos hablitas. Es decir, que no reconozca a ninguna de ellas como absoluta, ni deseche a ninguna, sino que admita a todas, coordinadas equilibradamente y mitigándose recíprocamente. Y es también probable que, como corona de todos aquellos auxilios rectores, se guíe por el habla de las personas de buenas costumbres e ideas magnánimas, cualquiera que fuere su grado de ilustración, persuadida de que la delicadeza de sentimientos no tropieza con la expresión torpe y de que el juicio sano y justo encuentra frase precisa y clara.

Sin embargo, pudiera ser que esta tan vulgarizada y prolija persecución del solecismo responda a una grave necesidad de la época y que las pequeñeces que escudriña no sean pequeñeces. Pues los móviles de algunos movimientos populares — éste de la defensa de la lengua tiende a adquirir tal carácter —, sólo son visibles y comprensibles mucho tiempo después de realizados. Pero, por lo menos, podemos averi-

guar qué fuerza de razón o qué suma de razonamientos asiste a los censores, a fin de secundarlos según consciente saber, o a fin de dolernos de sus ataques y edificarnos y aprender remordimiento. Esto se lograría, quizá, con la respuesta a preguntas como las siguientes que, entre otras muchas semejantes, se presentan al común de las personas un poco curiosas de estas cuestiones. Preguntas no todas bien fundadas y aun erróneamente fundadas, pero tal vez por esto mismo útiles, porque lo que más estimula el juicio profundo no es la complacencia en reconocer verdades obvias sino el ánimo pugnaz que despierta ante la presencia del error evidente.

Si puede haber corrupción de un idioma, en vista de que no hay en nuestro tiempo ninguno corrompido, ninguno que no sirva, tal como es, y no menos que otro, para la expresión íntegra, vigorosa y bella del pensamiento. Y, en el caso de que la hubiera, si deberíamos alarmarnos, luego de considerar que de la descomposición y de la desintegración del latín surgieron estas ricas y ágiles lenguas romances como, según la creencia antigua, los enjambres de abejas del cadáver de un corcel.

Si cuanto más progresa un idioma no se independiza tanto más de sus orígenes y, por consiguiente si no debe ser tanto menos imperiosa la autoridad preceptiva de la etimología y mucho menor la validez que debió tener — y que no tuvo —, en los primeros períodos de formación del idioma. Si no convendría distinguir entre las comprobaciones etimológicas, sobre todo en punto a semántica, las que conservan utilidad práctica y aquellas que, postergadas por cualidades más vitales, son sólo inocente y decoroso entretenimiento de la curiosidad.

Si sería posible hablar de una manera gramaticalmente correcta. ¿No habría de ser necesario, para ello, eliminar los millares de idiotismos y modismos que son fuerza, gracia, donaire, emoción y personalidad del lenguaje? ¿No son los modismos lo que cualquier idioma tiene de más propio, de más intransferible? ¿No es fortuna que el nuestro sea tan fértil de ellos, tan gramaticalmente incorrecto, tan irreducible al razonamiento? ¿No habría de parecer mísero esquelito la obra de Cervantes si se la despojara de todos sus modismos y aun de los barbarismos?

Decir que « la gramática cambia y evoluciona » ¿no es una frase hecha, un tópico que sustituyendo el sustantivo, se puede leer en el prólogo de todo libro sobre cualquier rama de los conocimientos humanos? El plan de nuestra gramática, ¿cambia y evoluciona o es todavía, esencial y formalmente, el de la gramática latina que, a su vez, repetía el de la gramática griega? Si así fuese, ¿la nuestra no vendría a ser de segunda o de tercera mano, o dicho en otros términos, es, acaso, nuestra? ¿O se ha querido decir que la gramática que cambia y evoluciona es la que no está registrada en la gramática escrita que se nos presenta como cánón y que, por lo tanto, no todos los preceptos de esta última tienen valor real?

¿No se ha oído decir que la nomenclatura gramatical es jerga de una secta? ¿que prueba su vacuidad el hecho de que no dura en la memoria de aquellos que no pertenecen a la secta? ¿que sus términos griegos pueden ser sustituidos muy felizmente por vocablos familiares y de todos comprendidos? ¿que si el griego en griego es bellissimo — según afirman — el griego en castellano es, como todos lo ven, grotesco? ¿que parece contrasentido que quienes más pugnan

contra las palabras extrañas, incongruentes con el genio de nuestro idioma — el genio es lo espontáneo —, lo recarguen de grecismos a los que ni siquiera se da aspecto español y que los gramáticos sean tan españolizantes para los demás mientras no españolizan lo propio?

¿Tiene validez precisa y permanente la nomenclatura gramatical puesto que cada gramático, cuando adquiere eminenencia para hablar por sí mismo, no vacila en alterarla? Esta alteración, ¿produce prácticamente algún mal, a no ser en los establecimientos de enseñanza donde no vale, aunque valga, lo aprendido en un autor heterodoxo? ¿No sería indiferente llamar de otra manera al infinitivo, por ejemplo? ¿O es preciso seguir repitiendo a los retores latinos — con su superabundancia y su minuciosidad —, que tenían sus motivos de interés personal para alargar y complicar la enseñanza?

La esotérica nomenclatura grecista de la gramática ¿tiene siquiera valor instructivo? ¿decir que una palabra se modifica por *metátesis* o por *epéntesis* comporta explicación alguna?, ¿es algo más que decir, por ejemplo, que una caída se produce por caída? ¿Es defecto de saber que un niño de diez años no sepa qué es *hipérbaton* y que por ello se le reprobe en el examen y se le marchiten las vacaciones, si ese niño jamás, en su vida, tendrá que llamar *hipérbaton* a nada ni a nadie?

Si para ser enseñada la gramática tiene que ser necesariamente preceptiva y si el precepto, para ser asimilado, tiene que ser razonado, ¿posee la gramática mucho valor instructivo cuando, como parece, se resume en un solo porqué indiscutible, el mismo que reprime la curiosidad de los niños: el idioma es así porque es así?

Si condenar el fetiquismo de la gramática no nos conduce a otro fetiquismo: el del uso como suprema ley. O quizás al mismo, porque la gramática es, en gran parte, la beatificación del uso.

Es observación vulgar la de que buen número de palabras de aspecto irregular y, sobre todo, las formas verbales que hoy los gramáticos justifican como respetables excepciones, más válidas, desde luego, que toda regla, fueron, en su principio, groseros vicios del lenguaje inculto, de suerte que el pecado original se ha convertido en patente de privilegio. Si alguien intentara restituirlas a su debida forma normal y recta ¿no sería tachado de ignorancia?, ¿no se consideraría a tal fruto de inteligente y bien informado saber gramatical como un atentado contra la gramática?

¿No ha de ser conveniente la mayor extensión de una regla razonable, sobre todo cuando esa extensión ya ha sido adoptada instintivamente por el uso y es la más conciliada con el carácter propio del idioma? Y en términos inversos ¿no es mantener estorbos innecesarios obstinarse en considerar correctas, formas como *ultimátumes*, *memorándumes* con sus plurales bárbaros y cuando en nuestro idioma no existe terminación propia de neutros? Y si existe terminación propia de sustantivos femeninos, ¿por qué dar condición de participios y de adjetivos, si ya no lo son, a sustantivos como *cliente*, *pariente*, *presidente*? ¿O seguir considerando como comparativos a perfectos sustantivos, como *la menora* — que usó el español antiguo, más lógico por ser más libre, — mientras se acepta *la superiora*?

¿Es viril y caballeresco que la gramática ahinque un implacable ensañamiento en los transgresores ninúsculos y se incline ante la arrogante y avasalladora legión de los idio-

tismos? ¿No entristece la frecuente claudicación de los gramáticos que con exacerbado afán justifican, proclaman como cosa propia, recomiendan y enaltecen lo mismo que sólo ayer condenaron, cuando la gente no hace caso alguno de sus fallos condenatorios? ¿Y ese encogimiento que observan y que observarán hasta estar seguros de qué lado sopla el viento, ante la reciente y rápida invasión de siglas — *soviet*, *Gestapo*, *ovra*, *anzac* — vocablos bárbaros como ninguno, que no se someten a ninguna disciplina de nuestro idioma, ni congeñan con él ni traen ejecutoria alguna de nobleza?

¿No son más saludablemente puristas que los puristas profesionales aquellos sus adversarios que se empeñan en señalar cuánto que no es puro y cuánto que no es bello tiene el purismo?

¿Acaso el propósito de impedir que en nuestro país decaiga el castellano veda el propósito de educarlo más, de ver si puede ser mejorado lo recibido?

Si con nuestra acerba malquerencia a los extranjerismos no tiene algo que ver el desmejoramiento del arte de españolizarlos, arte otrora ágil, versátil y audaz; y si, por consiguiente, hay culpa intrínseca en las palabras o está la culpa en nuestra inhabilidad para asimilarlas.

Si se enriquece realmente el idioma exhuyendo voces antiguas que, empleadas, interrumpen la naturalidad y la sinceridad del habla y que aun en la pieza literaria no logran asumir la melancólica dignidad de lo pasado porque mezcladas con las voces modernas forman un extravagante indumento de prendas y retazos de distintas épocas. ¿No constituye también decoro del idioma la unidad de época, la armonía con su tiempo?

Si el corto número de palabras usuales, si la pobreza ver-

bal de la mayoría de las personas no obedece, sobre todo, a que el idioma se resiste a ser accesible por la abundancia de vocablos cuya comprensión reclama una erudición que nunca, en ninguna sociedad, puede ser general. O en otros términos, si no sería posible enriquecer el idioma de uso corriente y hacerlo, a la vez, más comprensivo para todos dentro de sí mismo y dentro de su presente; si en vez de imponer adjetivos derivados de nombres latinos que ya nada nos dicen se los formara de los correspondientes sustantivos españoles (por ej. *encial*, de *encia*, en vez de *gingival*) y si se crearan derivados de sustantivos usuales, sin recurrir a las lenguas madres ni al castellano anacrónico.

Un vocabulario limitado pero espontáneo y sincero ¿no puede ser más rico en valor expresivo — que es el que importa — que un vocabulario abundante, aprendido deliberadamente para uso literario y no práctico? Cuando se nos aconseja que empleemos palabras castizas más exactas y más variadas que las actuales, ¿se tiene presente que esas palabras antiguas no poseen ya su contenido emotivo de antaño y no corresponden con nuestra sensibilidad? ¿El significado de las palabras es tan simple, directo y ajustado como lo define el diccionario, o, en realidad, aún en las más corrientes, no percibimos su preciso y entero significado sino cuando conocemos el carácter de la persona que las pronuncia?

¿No nos engañamos demasiado en cuanto a la virtud asimilativa de nuestro idioma, o en cuanto a la tolerancia de nuestra conciencia, al admitir que se españoliza una palabra con sólo darle un leve afeite español y dejándole toda su traza extraña, con sólo decir *clubes* y *chaletes*? ¿No sería preferible, para dignidad de ésta y de la otra lengua, emplear tales palabras sin adulteración alguna y a sabiendas de que

no son nuestras y como señal de que las usamos a disgusto?

Si no se reponen las palabras anticuadas y aquéllas que insensible pero fatalmente hoy mismo caen en desuso ¿no se empobrece el idioma? ¿Y no contribuirá a ese empobrecimiento la aversión al neologismo y al extranjerismo?

¿Se puede afirmar que los tecnicismos, que hoy constituyen la mayor suma de palabras nuevas, representan verdadera riqueza del idioma puesto que no son de uso común y carecen de elegancia? ¿Es de esperar gran enriquecimiento del español de parte de sus hermanas las lenguas neolatinas, contra las cuales hay tanto recelo y que explotan la misma veta original que aquél?

Y si, como parece, la más abundante contribución ha de recibirla de las lenguas indígenas americanas ¿no será nuestro idioma cada vez menos neolatino, lo que es como decir, cada vez menos español?

¿No se diría que ha desfallecido en nuestro idioma su espíritu de aventura para crear palabras y que esto se debe al temor que inspira la policía de los gramáticos? ¿que ya no se atreve a crear una palabra arbitraria, por bella que pudiese ser? ¿que necesariamente ha de trabajar combinando y deformando materiales heredados y que una palabra no puede nacer de la imaginación sino de lo preexistente? ¿que si nace alguna sin antecedentes no es por obra del escritor o del pueblo, sino por imposición de la propaganda que difunde nombres de productos de comercio o siglas industriales, que así como aumentan el volumen del vocabulario injurian su belleza?

¿No ha desmejorado también el arte o la voluntad de formar palabras nuevas con los elementos corrientes del idioma, p. ej., con verbo y adverbio, como *catalejo*, con sólo verbos, como *correveidile*? ¿Y no es señal de pobreza la tendencia a

no salir de las terminaciones *ado* e *ido* para nuevos participios pasivos, olvidando los muchos llamados irregulares que, como los que vienen de la conjugación latina en *ere* dan variedad al idioma?

¿No hemos quedado en que el lenguaje es un milagro; en que nació estructuralmente perfecto, o, mejor dicho, imperfectible? ¿No posee el bosquimano, en el peldaño más bajo de la civilización, una lengua de flexión como la nuestra, es decir, con el mecanismo suficiente para expresar los más finos matices de una vida espiritual que es todavía en él una posibilidad remota y los datos más complicados de una experiencia técnica que ni siquiera sospecha? ¿No hemos quedado en que tampoco pueden modificar la arquitectura de la lengua ni el múltiple progreso material, ni la cultura, ni la rama de ésta más ceñida al lenguaje, como es la literatura, según lo enseña el admirable vascuense, lengua de un pueblo que apenas posee literatura? ¿Cuál es, entonces, el dominio de la gramática?; ¿en qué parte es ciencia si los fenómenos fundamentales del lenguaje eluden investigación y explicación lógica? ¿No es ese dominio sólo lo adventicio del idioma: el léxico y el arte de disponerlo y manejarlo? Y, ¿no es ésta, materia plasmable y susceptible de variado enriquecimiento y variada modalidad, objeto de arte, en fin? ¿No progresa el idioma sólo por el contenido y nunca por el rígido continente? Ese progreso, factible, ¿no es de volumen y forma más que de esencia? ¿Por qué, pues, establecer, en vez de generosos rumbos, moldes permanentes y normas inflexibles para materia que en ser plasmable, desplegable y acomodaticia tiene su condición de progreso? ¿Hay o no hay fuerzas evolutivas del lenguaje? ¿Son menos enérgicas en nuestro tiempo? ¿Existe razón para lo que parece ser una

vasta conjuración a fin de paralizarlas? ¿Se cree que nuestro idioma ha alcanzado ya una perfección absoluta? O siquiera — si no se admite el progreso, — ¿se cree que no son necesarios el examen, la depuración y el ordenamiento de lo que se tiene por definitivamente conquistado? ¿No hay en el pasado del idioma más problemas que en su presunta evolución futura?

La aversión a crear palabras nuevas, que no tengan antecedentes, así como a recibir modificadas otras en uso ¿no se inspira en algo que en el fondo de nuestro espíritu conserva concomitancias con la magia, como es la antigua creencia de que las palabras son imágenes de realidades, cifra de las cosas, formas de ideas y, precisamente, ideas en el sentido platónico?

Si es el nuestro un idioma ario o indoeuropeo, ¿debemos creer que sólo son puras las palabras cuyas raíces tienen ese origen y que, por lo tanto, en nada ofendería la pureza del idioma tomar de lenguas hermanas palabras del mismo origen e incorporarlas y naturalizarlas con el simple y fácil recurso de aplicarles desinencias españolas? ¿No hay dos modos de enriquecimiento del idioma: uno, cuya etapa está casi fenecida, que consiste en adquirir radicales, es decir, en crear por el cimiento, y otra, más reciente y activa, que consiste en aplicar sufijos, en crear por aditamento, sin preocuparse del origen de la palabra ni si congenia o no con nuestra lengua?

¡Tanta compunción por cómo hablamos aquí el español!: pero el francés que hablan los belgas y el inglés que hablan los yanquis, ¿los aflige tanto como a nosotros nuestro español? ¿Empecen o dañan su literatura? ¿Es su delito más leve o, simplemente, nuestra vara de medir más grande?

El verdadero significado de una palabra ¿ es el que tuvo o es el que tiene? Fundar la semántica en la etimología ¿ no es supeditar lo viviente a lo inerte y limitar la historia del lenguaje a un solo período cerrado? ¿ No es presumible que nuestro discutido idioma presente tendrá algún día autoridad etimológica, sobre todo en cuanto a los que hoy son neologismos resistidos? ¿ Y no es de creer también que esa autoridad será considerada como más legítima que la del español clásico por provenir de una cultura más afín, más cercana y más comprendida y generalizada?

El conocimiento que tenemos de palabras en uso en España, que nosotros nunca usamos y que recomiendan para nuestro léxico habitual ¿ no es siempre deficiente, puesto que no lo adquirimos directamente en la práctica sino por medio del diccionario y de la obra literaria? ¿ Podemos manejar con propiedad y soltura esas palabras sin haber conocido las cosas, los seres y los actos que designan? ¿ Puede gente de otro país captar matices de sentido como los que dan las circunstancias del ambiente en que nacieron esas palabras?

¿ Hasta qué punto es un extranjerismo una palabra de otro idioma que adoptamos con un sentido diferente del que posee en su lengua original? ¿ No es este nuevo sentido una obra de creación propia más importante que la de la forma? ¿ Y no hay otra penetración del extranjerismo más sutil, que es la que consiste en agregar a palabras perfectamente españolas en su forma otros sentidos que las correspondientes palabras tienen en otro idioma? Esta polisemia extraña, ¿ es insidiosa y funesta o enriquece el idioma y aun lo restaura a veces, como cuando damos a *conversar* el otro sentido que tiene en inglés — y en latín, — de *tratar*, *frecuentar*, *vivir juntos*, o a *sincero*, el de *íntegro*, *sano*, *intacto*?

¿De qué período histórico debe ser el significado de las palabras que ha de ser paradigmático? ¿No importa mucho determinarlo puesto que la semántica histórica enseña que ese significado se altera o cambia, a veces con profundas viradas, a veces con trastrueque total, de una época a otra?

Además de la semántica histórica ¿no hay una geográfica según la cual dos pueblos contemporáneos de la misma habla pero de costumbres distintas no atribuyen a una misma palabra igual significado? ¿Y ambos significados no tienen igual validez, es decir, cada uno para su pueblo? ¿Y no hay también una semántica de clases la que nos explica que las mismas palabras en un mismo pueblo tienen diferente significado en distintas clases de la sociedad y en distintas profesiones cosa que el Diccionario apenas distingue? ¿Y, precisamente, no es una de las causas de confusión o de imprecisión el desbordamiento en el resto de la sociedad de este lenguaje de clases, como ocurre, por ejemplo, con el lenguaje jurídico, poblado de antiguallas verbales?

Si no sería bueno llevar también al castellano antiguo la misma inquisición, la misma policía y el mismo afán purgativo con que castigamos al castellano de hoy.

Aun dejando a un lado los numerosos dialectos peninsulares que contribuyeron a la formación del español, ¿no hubo dentro del castellano conatos dialectales que contendieron entre sí, sin fundirse nunca, sin acrisolarse en común y que influyeron en el habla de distinta manera, de suerte que ni siquiera el núcleo castellano de nuestro idioma tiene unidad y fijeza?

Si no hubo en otro tiempo mayor concordia y semejanza entre el español y los idiomas de la familia neolatina y si al apartarse de ellos y al encastillarse cada vez más no ha em-

pobrecido su fonética, abandonando sonidos útiles que poseía y le eran naturales, por ej. el sonido suave de la *ch*, que conserva el francés y con distintos signos, el italiano, el inglés y aun en España, el bable.

Si accidentes políticos, extrínsecos al idioma mismo, impusieron al castellano como idioma nuestro o, por lo menos, como núcleo y rector de él, ¿no está permitido pensar que pudo serlo otro, acaso con mejores títulos, como el gallego, digamos, que lo aventajaba en evolución más uniforme y decidida, en carácter más propio, menos servil al latín y que posee fonética más rica?

¿No ha de medirse la riqueza de un idioma por la extensión en que lo comprende, lo siente y lo usa el mayor número de personas que lo tienen por suyo? ¿Es signo de riqueza que algunos raros coleccionistas de vocablos los acumulen en prodigioso número tras prolijas exhumaciones o eruditas elaboraciones si en gran parte nunca serán conocidos ni aliviarán la general penuria?

¿No abundan en los más insignes escritos del siglo de oro los vocablos extranjeros, no venidos de las dos lenguas madres de la nuestra y no se los tiene por castizos sólo en razón de haber sido vistos en ellos? Y a sus semejantes, si fueran recién llegados, ¿no los llamarían pústulas, simplemente porque todavía no son cicatrices? ¿Hay juego del todo limpio en esto de los barbarismos, a muchos de los cuales el Diccionario nos presenta con etimología latina, pero la historia literaria nos dice que no fueron legados por el latín sino tomados desenvueltamente del francés y del italiano, sobre todo del italiano y sobre todo en el siglo de oro?

¿No convendría examinar con cierto recelo los ejemplos de los autores clásicos españoles, justamente a fin de velar

por el genio de nuestro idioma? No es acaso por ellos que se admite — un ejemplo entre muchos, — la continuidad de dos sustantivos, como en *pájaro-mosca*, cosa contraria a la índole de nuestro idioma, cuyos sustantivos no tienen, como los latinos, desinencias que sustituyan a las preposiciones y que en cambio cohonesten la admisión de anglicismos?

El hecho de que las irregularidades, eventualmente legitimadas, hayan sido introducidas en mayor número y con mayores desviaciones en los verbos y sustantivos cotidianamente usados y no en las palabras poco conocidas del vulgo o de uso infrecuente ¿no está diciendo que obedecen a una razón de necesidad práctica general?

¿Y no responden ciertos errores — aparte de una tendencia a la analogía, — a una modalidad irreprimible, a una secreta exigencia del idioma, como, por ejemplo, ese injerto de la *r* en *estrella* de *stella* y en *balastro* de *ballast*? ¿O ciertas sinéresis vulgares, que también vigorizan la pronunciación y que se manifiestan iguales en grupos étnicos distantes, si es cierto que en Vizcaya dicen *máiz* y *páis*? ¿Y no es por alguna natural inclinación que decimos *veinte* y *reina* que fueron, primero, *veínte* y *reína*?

Si existe una exacta correspondencia entre la palabra hablada y su representación escrita o si ésta se ha quedado atrás y en tal caso si no es de prever que alguna vez se escribirá como correcto *cuidao* o *cuidau*, con eliminación de la *d* en el final de los participios y otros vocablos, que es la pronunciación más general tanto en España como en América y la que usan las personas cultas en el corro familiar.

¿No son muchas las palabras cuya acepción, aceptada y registrada oficialmente, nada tiene que ver con su etimología y que aun contradice otras acepciones de la misma palabra

o de la misma familia? ¿Y no procede esto de errores del vulgo, a veces groseros que luego, por generalizados, fué preciso aceptar? Hecha una cuenta de esta clase ¿no es probable que resulte que el enriquecimiento expresivo de nuestro idioma, su flexibilidad, su variadísima polisemia, debe más a la llana ignorancia que al cultivo versado?

En materia de lenguaje — y ¡ay! también en otras materias — ¿no parece que el vulgo está repartido en todas las clases sociales y que la esencia de la vulgaridad se halla lo mismo en el dislocado lenguaje de cualquier transeúnte como en las empinadas circulares de los directorios de las grandes empresas?

¿No es evidente que el habla de las clases ínfimas de nuestro país y de España mantiene una fidelidad de forma y sobre todo de pensamiento a la lengua noble, fidelidad admirable si se la compara, por ejemplo, con el habla plebeya de París, que se está convirtiendo en dialecto y en signo de una mentalidad y un espíritu cada vez más distantes de los que refleja el idioma nacional? ¿No sufre nuestro idioma deformación más seria — y más insidiosa por su apariencia de corrección — de parte del lenguaje periodístico y del lenguaje administrativo que de parte del habla popular?

¿No parece provechoso reflexionar que el latín culto, al que se nos remite como a lección perfecta para comprender y enderezar nuestro idioma, tuvo — y no ya en la baja latinidad sino aun en el siglo augústeo, — los mismos vicios, los mismos solecismos que hoy presenta el español y algunos otros males de que éste se encuentra inmune? ¿Estamos seguros de que cuando lo empleamos con aquel propósito correctivo no reemplazamos un vicio con otro vicio?

¿Sabemos bastante del valor exacto de las palabras latinas

si no las conocemos habladas, con todos sus elementos de significado, uno de los cuales es la entonación, reflejo del modo de espíritu y de las circunstancias? ¿Leer a Plauto es lo mismo que oír a Plauto o sólo percibir un fragmento de él?

¿Por qué remitirnos inapelablemente al latín para determinar el sentido de nuestras palabras? ¿No hay de uno a otro idioma fundamentales cambios de significado? ¿No es, por ejemplo, *altus* lo contrario de *alto*? ¿Llamáramos hoy *feroz* a un peñasco o a un cuerpo bien plantado, *ferox forma*, o *fútil* al recipiente que se vuelca o a la persona indiscreta que, como los *futilia vasa*, pierde su contenido; o emplearíamos esta misma palabra, *indiscreto*, en su exacto sentido de indistinto o confuso, que aun conserva el inglés clásico, el cual al decir *indiscrete trees* dice árboles que no se ven separados ni definidamente?

Al aceptar como superior la autoridad de la etimología, ¿no olvidamos que también completan el sentido de las palabras la presencia de las cosas y de los actos a que ellas se refieren y que el lenguaje, aun el más directo y concreto es en buena parte elíptico y poblado de alusiones a lo conocido familiarmente?

Cuando ahora incorporamos palabras latinas al español ¿no prescindimos de antiguas condiciones de asimilación, propias del habla popular, que ya no existen? ¿No saltamos etapas en la evolución del lenguaje? Por ejemplo, si tradujéramos *saeculum*, no sería por *sieglo*, y después *siglo*, como ocurrió primitivamente, sino por *século*. Abundan los ejemplos de esta clase en la nomenclatura científica de latín españolizado, porque esta traslación la hacen los eruditos del latín culto escrito, omitiendo las sucesivas modalidades de asimilación que tuvo la fonética popular.

Si las más de las veces, al pretender fijar la prosodia, el género y el sentido de un vocablo de origen griego por los que tiene el mismo vocablo en griego no incurrimos en una retrogradación históricamente falsa, puesto que recibimos esas palabras del latín — y algunas de ellas del francés — con prosodia, género y sentido distintos de los que poseían en griego. Con parecido criterio ¿no deberíamos restituir al género que tenían en latín a numerosas voces corrientes a las cuales el español cambió de género?

Si hubo en español, si persiste, alguna norma fija o siquiere una tendencia general para la diptongación o cambio de la vocal del antecedente latino, origen de tan heterogéneas irregularidades, en vista de que los diversos dialectos españoles diptongaron las vocales latinas de propias y arbitrarias maneras, diferentes entre ellos.

¿No está el español más difundido en América que en España? ¿No hay regiones de la Península en las que un dialecto suplanta al idioma nacional? ¿No es muy grande el número de los habitantes de España que ignoran el español y muy pequeño — sólo el de la reducida población indígena — el de los habitantes de nuestro país que se encuentran en el mismo caso?

¿No dicen los filólogos que no hay en América ningún vicio de pronunciación que no tenga su antecedente idéntico en alguna parte de España, sobre todo en Andalucía? Esta generalización ¿no da cierto motivo a suponer que esos vicios responden vagamente a algo inherente a la índole del idioma?

Si es tan grande, como aseguran, el número de argentinismos de uso favorito en nuestro Litoral que no son sino africanismos aportuguesados en el Brasil o lusitanismos abrasilados, de los cuales algunos ya han sido incorpora-

dos al español oficial y otros, con igual título esperan serlo, ¿no resultará que parte de la contribución de nuestro país al idioma común nada tiene que ver con nosotros ni con la fertilidad del idioma español?

Un americanismo de exacto sentido y de difundido uso ¿tiene o no tiene el derecho de desalojar y de suplantar a un vocablo impecablemente castizo que es preciso exhumar o que sólo se emplea en alguna parte de España? ¿Qué vale más: la cuna o la utilidad?

Si admitimos que la afluencia árabe es lo que da particular giro a nuestro idioma dentro de la familia románica y lo que lo desemeja, por ejemplo, del francés, que recibió más abundante la influencia germánica, ¿no vendríamos a decir que son las contribuciones extrañas aquello que, cuando importantes, da a un idioma características que lo diferencian de sus parientes y que con el tiempo se constituyen en orgulloso rasgo propio? ¿Y no llegaríamos también a pensar que la ingente contribución de las lenguas indígenas americanas dará al español una fisonomía que alguna vez tendrá por propia? Y sin embargo, ¿en qué son españolas esas voces americanas ajenas al grupo de raíces fundamental de las lenguas indoeuropeas y que al ser trasladadas pierden la relación sintáctica original? ¿No dan en el suelo con el casticismo? ¿Nos atreveríamos a decir que un idioma adquiere más firme personalidad a expensas de su pureza? ¿No vemos que la extensión de su dominio geográfico se gana también a expensas de su pureza?

El *lunfardo*, el caló, la germanía, el *argot*, el *slang*, el *gibberish* ¿no son todos lenguajes de breve transitoriedad y pronta caducidad? Si envejecen y desúsanse de un año a otro, si son efímeros ¿deben alarmarnos tanto? Sí, por lo poco

que de ellos queda ; pero lo poco que de ellos queda ¿ es lunfardo, o caló, etc. ? ¿ No persiste en razón de haber sido incorporado al lenguaje común y dignificado por la buena compañía en que sobrevive, como lo prueba el inevitable ejemplo de François Villon y el del *gibberish* muchas veces elevado por Shakespeare a la eterna nobleza del idioma inglés ?

¿ No hay términos francamente lunfardos que no tienen origen en las turbias capas residuales de la sociedad sino en las clases altas, por ejemplo, *copetin*, entre nosotros, y *je-menfoutisme* entre los franceses o nuestro *sifi*, que es un norteamericanismo, la sigla de *first families*, f. f. con la pronunciación inglesa de esta consonante ?

Además de nuestra consabida indignación, ¿ no merece el lunfardo una seria curiosidad científica considerando que, equivalente del caló o del argot, es un fenómeno filológico inevitable, que en todos los pueblos se produce y que tiene, al parecer, muy profundas raíces históricas y psicológicas ? ¿ No dicen que en el caló de los gitanos hay reliquias del sánscrito, del persa, del eslavónico, del romaico, como hay en nuestro lunfardo arrabalero vocablos de pura ascendencia griega, ¡ vocablos de Sófocles !, traídos sin duda por los inmigrantes sicilianos ? ¿ Y no suele acompañarse de algunos gestos, ademanes, señales y signos que son universales entre los individuos de la infraraza de los vagabundos, semejante en todos los pueblos ?

La aversión al galicismo ¿ puede hacernos olvidar que el español antiguo, el castizo, se asemejaba al francés más que al actual no sólo en vocablos sino en regímenes de construcción, en giros y aún en fonemas (como el sonido suave de la *ch* y de la *s*) ? ¿ Que esos curiosos adverbios franceses *y* y *en* son los antiguos adverbios castellanos *hi* y *ende*, empleados como

en francés? ¿que hasta el pronombre posesivo plural *leur* cuya falta solemos sentir, existió en algún dialecto español?

Si no tenemos extranjerismos y a la vez palabras españolas de correspondiente significado y, no obstante, preferimos emplear las primeras porque son de uso más corriente o porque el tiempo borra los escrúpulos puristas, por ejemplo, *centinela* en vez del *vela* castellano o del *vigía* gallego, o *canción* en vez de *cantiga*.

¿No es frecuente el caso de proscribir un galicismo, un italianismo o un anglicismo que no son tales porque proceden limpia y directamente del latín, es decir, de la estirpe del español y que este último no recogió a debido tiempo?

¿Por qué son masculinas en español todas estas palabras que en francés son femeninas: *ébene, écritoire, encaustique, épigramme, épitaphe, icône, oasis, omoplate*? ¿No ha de ser, simplemente porque las hemos tomado a la ligera del francés, idioma en que el artículo apostrofado que llevan esas palabras no permite distinguir su género? ¿Y no dice esto que la influencia del francés en nuestro idioma está más difundida de lo que parece y que no sólo nos ha dado francés sino también griego, como se ve por algunos de los ejemplos citados?

¿No encontramos a veces en otro idioma giros y construcciones que son correctísimos a la luz de la lógica y a la luz de principios gramaticales generales y que no existen en nuestro idioma o tienen en él equivalencias defectuosas? Y, en este caso, ¿no condenamos la posible intrusión de esa forma correcta en nuestro idioma y defendemos como cosa pura el solecismo propio?

¿No son también enemigos del idioma, más serios quizás que el *sermo plebejus* — que es su primera víctima, — la pedantería y la afectación, la palabra difícil y la expresión

retorcida, frecuentes en los documentos oficiales y en los editoriales de los periódicos? Ese idioma, que sólo se tolera escrito, ¿no es particularmente peligroso por cuanto asume la apariencia que para los incultos tiene la cultura?

Aparte de las peculiaridades de pronunciación regionales, que constituyen inequívocas desviaciones de una fonética general ¿se puede decir que existe en nuestro idioma una fonética única, definitivamente preceptuable? ¿No tienen las mismas vocales distintos valores en distintas combinaciones silábicas y una misma persona no da distintos valores a las vocales de una misma palabra según pronuncie a ésta en conversación familiar o en tono oratorio o según la adapte, inconscientemente, a grados emotivos o a matices de significado?

Si en materia de prosodia el patrón etimológico se sigue tan caprichosamente y con tantas excepciones que sólo el erudito cohonesta ¿no sería procedente tolerar, en los casos de duda, la acentuación por analogía, predilecta del uso, y admitirla al fin como regla predominante? Esos frecuentes errores en que incurre el vulgo al acentuar una palabra por su analogía con otra más usual ¿no han de resultar acertados para dar a nuestro idioma una prosodia propia y más regular que la convencionalmente correcta que tenemos remitiéndonos a remotas etimologías?

¿Hablamos con palabras aisladas o hablamos con frases? Y esto para venir a preguntar si no es inestable o indecisa la acentuación de las palabras habladas, y si no varía la de cada una según la que antecede o la que la sigue.

Si es valiente reproche no figurar en el Diccionario, en vista de que multitud de palabras bien nacidas y acostumbradas a buena compañía no están en él por la sola elemental razón de que no las han puesto. Y si no hay en el Diccionario mul-

titud de palabras para siempre condenadas que están en él por la única y concluyente razón de no haber sido quitadas.

El arte de escribir y el arte de hablar bien ¿no consisten sobre todo en la habilidad para usar palabras de una misma familia, de un mismo aire, de una misma naturalidad y de una elegancia concordante, en evitar, en fin, la promiscuidad? ¿Y no conspira contra ello el Diccionario al otorgar a todas las palabras la misma autoridad, el mismo valor jerárquico, igual derecho para figurar juntas sin distinciones de orden estético?

¿Es de imaginación aviesa suponer que si se multiplica la población de América y paralelamente se detiene el crecimiento de la de España — como es verosímil conjetura, — habrá en época no muy lejana un Diccionario de la Lengua en el cual las voces que designen usos y cosas propios de España serán señaladas con un *esp.* españolismo, de la misma manera que hoy se señalan los argentinismos y los chilenismos? ¿Y tal diccionario no pecaría de generoso o tolerante considerando que muchos de tales españolismos no tendrían uso y ni siquiera comprensión en todo el territorio, relativamente muy pequeño, de España?

¿Podemos proponernos una ecuánime vigilancia de la belleza del idioma si estamos tan familiarizados con sus tachas que no las notamos, como ocurre, p. ej. con los adverbios en *mente* y los sustantivos en *ción* cuya excesiva frecuencia destruye la armonía, el ritmo y la variedad del lenguaje? ¿No procede con más acierto, con más sentido de la gracia del idioma, que el estilo culto el habla popular al emplear en vez de aquellos adverbios sólo sus adjetivos correspondientes — *rápido* por *rápidamente*, — o simplificando aquellos sustantivos: *cese* en vez de *cesación*?

¿Acaso priva la sintaxis, acaso se la respeta en la forma más genuina, espontánea y natural del idioma, en lo que más típicamente puede ser llamado lenguaje, es decir, en las frases que pronunciamos en estado de emoción?

Dicho por los jerarcas de la gramática que la pronunciación de la *b* ya no se diferencia de la que tiene la *v* — aunque con ello se pierda un fonema definido que realmente existe, — ¿se sigue que no ha de ser transgresión grave escribir con *b* las palabras con *v* y viceversa? O se ha de mantener una grafía supérstite sólo destinada a recordar una etimología cuya existencia se niega en ese mismo punto? ¿No se podría decir lo mismo, en tono menor, de la *s* y la *z* y, en tono mayor, de la *h* inicial? Sin duda no tienen importancia estos vestigios de antiguas grafías — que ni tampoco son tales en casos como *hombre* y *honor*, p. ej., que en nuestro idioma comenzaron por escribirse *ome* y *onor*, — pero ¿por qué por tales detalles se descalifica a quien los descuida si se ve que en ellos el idioma escrito no corresponde con el hablado?

¿No se extrema la severidad con otras particularidades de pronunciación, como en la novísima moda, sólo seguida por los profesores que se vigilan mucho, de pronunciar la *ll* como prepalatal y no como fricativa? ¿Se concilia esto con el mayor uso culto o inculto? ¿Y qué ventaja reporta? ¿No habría quizás alguna, por lo menos la de no llamar la atención, en proceder de manera contraria a lo aconsejado, es decir, en pronunciar la *ll* como dicen que se debe pronunciar la *y* y la *y* como dicen que se debe pronunciar la *ll*?

En la época de formación de nuestro idioma, en las épocas de más señalados afianzamientos ¿existieron preocupaciones gramaticales como las que ahora nos aquejan, no obstante ser, entonces, más oportunas y necesarias? Segura-

mente que no ; se confiaba en que Dios es grande o se poseía un instinto más o menos acertado, pero acertado en resumidas cuentas, de la índole del idioma. ¿ Ese instinto ha muerto ? ¿ O esta angustiada preocupación por el mejoramiento del idioma tiene su causa en la indecisión, el capricho, la ignorancia y el desorden antiguos, más que en la indecisión, el capricho, la ignorancia y el desorden de nuestro tiempo ? ¿ No es el nuestro, sobre todo, un esfuerzo por sanear una herencia averiada ?

¿ No sería un error suponer que las precedentes preguntas tienden a promover una actitud de lenidad para los muchos vicios del lenguaje y a soltarlo en una libertad licenciosa ? ¿ No acertaría más quien creyese que, por lo contrario, parecen solicitar una vigilancia más ceñida pero encaminada a otros propósitos, como serían los de eliminar dogmas pueriles y *tabús* incomprensibles ; bajar un tanto la arrogancia de autoridades que justifican eruditamente visibles incorrecciones ; fiar, en esto del natural progreso del idioma, un poco más en la aptitud de nuestra generación y mucho menos en la infalibilidad de las que pasaron ; apartar estorbos en vez de creer que la acumulación de estorbos constituye ciencia ; no crear con minucias fantasmas terroríficos ; aligerar y disminuir reglas ; distinguir en el lenguaje lo que es viviente, útil y bello y preocuparse más de la sencillez, la naturalidad, la medida y la elegancia serena del espíritu, en la creencia de que, al fin y al cabo, todas esas cualidades se reflejarán en la forma del habla, o, como si dijéramos, que el idioma más se acrisola adentro, en la esencia de lo que quiere expresar que después, en la forma de lo expresado ?

ENRIQUE BANCHS.

EL PINTOR OCTAVIO PINTO

Un día, siendo todos muchachos, llegó a Córdoba Octavio Pinto. Era cordobés ; pero yo, por ejemplo, no lo conocía. Y muchos, como yo, le veían por la primera vez. Es que había estado muchos años en Santa Fe cursando estudios con los Padres Jesuitas. Venía, ya bachiller, para entrar en la Universidad. Con venir de colegio tan religioso como el de la Inmaculada Concepción, no daba señales de albergar un espíritu místico, ni nada semejante, el recién llegado, que, en cambio, se comportaba como un agradecido pagano, ebrio con el licor de la vida.

Tan bien vestido que tocaba en lo acicalado, paseaba por Córdoba su cuidada elegancia ; pero deteniéndose acá y allá, lo mismo ante un lindo patio con flores que ante mujer bonita que iba pasando. En el trato ordinario, tenía el aire físgón, la mirada escudriñadora y hasta solía hablar con retintín. Fuera del arte, no existía para él cosa estimable. A quien no tuviera una probada devoción por las musas o por lo menos el mayor respeto por poetas y pintores, él no había de recibir a perdón. Leyó él unos versos míos, en que yo hablaba de « mi bandera de arte perfectamente azul ». Repetía siempre ese verso, inconsolable de no haberlo escrito él : tan de lleno expresaba su sentimiento. Con todo eso en el alma, físgón como era, con un mirar que las andaba buscando y con los labios tan prontos al desdén como a la risilla inten-

cionada, no había más remedio que conocerle mucho para quererle bien.

En nuestra Córdoba estudiantil, superaba todo lo conocido en materia de fueros de la fantasía. Se había inventado, si es que no descubierto, una princesa. Una princesa, naturalmente, de arrabal. La llamaba Misterio.

— Adiós. Me espera Misterio, decía, iniciando el mutis.

— Pero, ven. Aguarda. Quédate.

— No puedo.

— Bueno. Pero ¿quién es? ¿Dónde vive?

— Misterio.

Y nos dejaba.

A ninguno de sus íntimos se la llegó a presentar. Misterio era positivamente un misterio. Sólo a Rafael Alberto Arrieta, por forastero, se la hizo conocer. Arrieta contará algún día esa andanza.

El rostro de pueril rubicundez, los ojos aterciopelados, fáciles al llanto, elemental el bozo, la frente casi nunca tersa sino ceñuda en la discusión frecuente (así fuese discusión consigo mismo); la voz quebrada en quejumbre cordobesa, que en los momentos persuasivos o sarcásticos de la controversia, recalaba, Octavio Pinto era un libre Ariel, sin ningún compromiso ni con beocios ni con filisteos.

Pero nadie se equivoque. Tratábase de sarcasmos inocentes, de graciosas malicias sin aguijón, de abstractas irreverencias. Porque en el fondo del alma de Octavio había, con seguridad, un niño; un niño enojado, es verdad; pero con eso y todo, un niño más niño aún; un niño bueno, pero enfadado, porque no lo dejaban jugar a su gusto; porque entre el arte y su voluntad se le cruzaba la Facultad de Derecho, para no citar más...

Era implacable (esto sí como un grande, ya no como un niño) con los falsos valores. Un agrio gesto esperaba a toda hinchada nulidad que se le arrimase ; un agrio gesto, o en el mejor de los casos, un hablar evasivo que cortaba los puentes. A este respecto, era lo más valiente que se ha visto. Capaz de dejar con el saludo al más inflado mandarín, si se ofrecía. En cambio, ponía sobre su cabeza y se hacía lenguas elogiando a todo aquel que sabía inclinarse ante los valores eternos. Y no se diga ante quien los representase, aun si era de humilde cuna.

Toca en lo portentoso que este verdadero sectario del arte pudiese aprobar, siquiera con ínfima nota, sus exámenes de Código Civil. En fin : fué abogado. Y desde ese punto y momento redobló su desdén por toda magistratura judicial. Pero podría ser cónsul, a menos que ganase una beca. Ha de ponerse en las cuentas de la divina bondad, que Octavio Pinto, flamante abogado, alcanzase de la legislatura provincial la beca que decimos, para trasladarse a Europa. Con este auxilio se fué a España. Lo merecía. En cuadros de violenta afirmación personal, como el desnudo paisaje serrano que tituló *El numen tutelar de Ongay*, había garra ; y quien quisiese gozar delicadezas de dibujo no tendría más que ver las ilustraciones que puso en la primera edición de mi *Poema de Nenúfar*.

Se iba a España en busca de la luz de Mallorca. Es cuando yo le digo (versos de *La Fiesta del Mundo*) aquello de

¡ Ay ! Ya el marino a navegar convida
y va al puente de mando el capitán.
¡ Cómo es seria esta cosa de la vida !
¡ Cómo crecen las barcas que se van !

¡ Largo el abrazo ! Singular la ciencia
de hablar aún, ya sin poder hablar.
¡ Tus sueños cumplas en fecunda ausencia,
y un dulce día te reporte el mar !

Aquel gran travieso que se nos iba del otro lado del mar, ¿ seguiría travesando en sus cartas ? ¿ Cultivaría en ellas, además, sus paradojas maravillosas ? ¿ Nos echaría fenomenales cuentos tártaros en sus crónicas epistolares, como solía, apenas nos descuidábamos, en inventos famosos ?

Se fué. Pero no había cómo no seguirle viendo en el recuerdo por esas calles de Córdoba, no muy aventajado de estatura, parándose acá y allá, ante patio con flores o doncella con gracia.

¿ Tendríamos cartas suyas ? ¿ Qué le dirían los paisajes ? ¿ Qué las ciudades ? Vinieron cartas. ¿ Y qué traían ? Noticias de hallazgos novelescos, de criaturas increíbles, o de fabulosas rarezas.

Pero, de pronto, supimos que había cambiado sus Madriles por no sé qué lejanas montañas, y que renunciando a Vinas y Parises, se había quedado a pintar en fragoso confín. En suma : que bajo rústico techo y en vecindad y contacto de humildes pastores, se había vuelto cartujo de la pintura. (Como también lo fué en Mallorca, entre los olivares, tiempo después).

Aquí tengo cartas suyas. A un amigo que se acaba de casar, le desea hijos, hijos, hijos... Pide así mismo « crónicas horribles y terribles del casamiento ». Entretanto, escribe sonetos. Y conoce a escritores. Se ha hecho amigo de Blanco Fombona, « el más prestigioso en Madrid de los autores de América » y ha quedado en ilustrarle a Nervo, *El Estanque de los Lotos*. El hará « una cosa de crepúsculo, aguas grises,

nubes... » A todo esto, « Amado Nervo tiene en su casa una sobrina de quien dice que es tutor. Es una muchacha de unos 17 ó 18 años, rubia, delgada, de una belleza formal y tranquila que enamora. Criatura nacida en Méjico, de madre francesa : un raro encanto ». ¿ Y sus telas ? « Mis cuadros son pequeños y éste es el país de las telas inmensas ».

« Pero volvamos — dice — a nuestra Córdoba. Me cuentan que también se casa X. ¡ Ay ! X, con hijos, y sus hijos con su herencia vagamente erudita, mezclado el Código Civil a Juan Ramón Jiménez... ¿ Qué irá a ser eso ?... »

Así sabía bromear y chacotear. Pero también ser muy serio ante las cosas serias. En Madrid, intimó con Julio Noé. He aquí sus palabras con motivo del encuentro con el joven compatriota. « P. S. Me olvidaba decirte que Julio Noé es un perfecto caballero y gran amigo ; algo como lo mejor que tengamos en Córdoba, muy profundo y observador. Espíritu exquisito, inquieto y cariñoso ».

España le pareció enorme ; y por desgracia lo que realmente vale en hombres, en cosas, en ideas, muy difícil de abordar. Pinta mucho, pero duda más. « Un día — dice — haré un auto de fe y quemaré cincuenta obras. Nunca he estado más desencantado de mí, de mis obras y de mis pinceles que ahora... Y tampoco me consuela pensar en la patria. Siento un irremisible desdén por ciertas colmenas universitarias. ¿ Nuevos y gordos zánganos deberán llenarla siempre ? Por lo demás, lo mismo pasa con nuestra pobre, triste y deshonrosa política... Que Alá nos quiera llevar por la senda silenciosa... »

Pasó un día todo esto, como los sueños. Y Octavio Pinto se hizo hombre. Y se casó con mujer cabal, y fué *pater*

familias de los irreprochables. Y entró en la diplomacia, y se olvidó del chusco que siempre retozaba en él, para ser solamente funcionario correctísimo, como lo fué en Tokio, en Río de Janeiro, en Montevideo, como primer secretario de la Embajada Argentina.

Y una tarde, a comienzos de 1942, — ¿« en una tarde triste de los más dulces días » ? — la muerte. Allá, en Montevideo, de un instante para otro, la muerte. No creo que la temiese, Octavio Pinto. Mejor sabía despreciar que temer.

ARTURO CAPDEVILA.

A BUENOS-AIRES *

I

Que lleguen a tu lado los rumores
Del cariñoso canto que te envío,
Patria del corazón, cuna de flores,
Que el sol baña con tibios resplandores
Y alza en sus ondas el soberbio río !

No las alas del cóndor necesito,
Hoy, que volar hasta tu lado quiero :
Me basta con mi amor, que es infinito,
Para que llegue mi entusiasta grito
A la tierra orgullosa del Pampero !

Al evocar tu nombre y tu memoria
Henchida el alma de entusiasmo siento,
Y me ciegan relámpagos de gloria
Cuando el libro gigante de tu historia
Recorre mi agitado pensamiento !

* Este canto fué leído por su autor, en la fiesta literaria organizada en Mendoza, el mes de noviembre de 1884, en honor de Domingo F. Sarmiento, que regresaba de los Estados Unidos de América. El autor y su hermano Benigno Díaz habían fundado en la nombrada ciudad el diario *La Palabra*.

La gran revolución armó tu brazo ;
Tú fuiste el denodado centinela
Que venciendo tiranos a su paso,
En la cima clavó del Chimborazo
De la patria, la azul escarapela !

¡ Ah ! cómo saludaban tus pendones
Los picos de la adusta cordillera,
Al paso de las bélicas legiones
Que dieron libertad a tres naciones.
Cubriéndose de gloria en su carrera !

¡ Reguero de laureles, tu pasado !
¡ Aurora sin crepúsculo, el presente !
La sangre de tus hijos ha regado
Cada palmo de tierra que han hollado,
Desde el Estrecho al Ecuador ardiente !

II

Como siguen las sombras tras el día
Cuando rápido el sol se hunde en ocaso,
Por gozarse en tu bárbara agonía,
Te clavaron sus dagas, patria mía,
Los tiranuelos de puñal y lazo !

En sus potros, revueltas las melenas,
Con sed de destrucción y de matanza,
Van en tropel, como implacables hienas,
Para beber la sangre de tus venas
Abiertas con la punta de su lanza !

¡ Ay ! de la turba vil ! Miró tu llanto
Y a tus lamentos respondió su grito :
Grito de turbación, grito de espanto,
Cuando en los aires resonaba el canto
Precursor de la vuelta del proscrito.

El tigre de Palermo en su sombrío
Palacio, remachaba tus cadenas,
Hogar y templos profanó el impío...
Y no rugió de indignación tu río,
Ni sepultó al verdugo en sus arenas !

Aquella noche pasó al fin, dejando
De lágrimas y sangre ancho torrente ;
Mármol, su lira varonil pulsando,
Fué del traidor en la cerviz grabando
El surco de su látigo valiente !

« No tendrán en América cabida
« Los huesos de Caín », dijo el poeta
Que escribió en su prisión ennegrecida :
« Aunque me arranques, bárbaro, la vida,
No pondrás grillos a mi mente inquieta ! ».

Se ha cumplido tu amarga profecía,
Inspirado y errante peregrino.
¡ Oh, tremendo poder de tu ironía !
Allá lejos reposan todavía
Los huesos del Calígula argentino !

III

¿Qué ha sido de tus leones altaneros ?
¿Porqué su pabellón ya no flamea
Ni fulguran, silbando, sus aceros ?
¿Dónde duermen los bravos granaderos
De Lavalle, Zapiola y Necochea ?

Ellos duermen al pie de las alturas
Que ascendieron triunfantes tus pendones,
Y a la orilla del mar ó en las llanuras,
Están sus ignoradas sepulturas
Para ejemplo inmortal de las naciones !

Herederos de tu alma gigantea,
Por redimir del yugo a sus hermanos
Se lanzaban sonriendo a la pelea ;
Valerosos cruzados de la Idea,
Que supieron morir como espartanos !

¡ Que descansen en paz, los que lucharon
Llenos de noble y esforzado aliento,
Los que el celeste pabellón alzaron
Y las cimas del Andes escalaron
Donde moran las águilas y el viento !

IV

¡ Ante el alma que admira tu grandeza,
Qué panorama inmenso se dilata !
¡ Cómo palpita la inmortal belleza,
Animando la gran naturaleza
Que con sus olas acaricia el Plata !

Para mostrarte al mundo, patria mía,
No faltaron colores, ni pinceles,
A Mármol, a Varela, a Echeverría :
Ruisseñores de mágica armonía,
Que entonaban un himno en tus laureles !

El sol de Mayo, sin rival fulgura,
De Ituzaingó, las sombras se levantan,
Como los astros en la noche oscura,
Y se yergue de Brandzen la figura
Cuando esos bardos tu heroísmo cantan !

Y si descorre el porvenir el velo
Que oculta tu destino soberano,
Tierra de promisión será tu suelo,
Adonde acudirán con vivo anhelo
Las caravanas del destino humano !

Entonces, al escudo y a la lanza,
El yunque del obrero habrá vencido,
Y símbolos de paz y de bonanza,
Dará flores fecundas la Esperanza
Junto al viejo cañón ennegrecido !

¡ Nunca dobles la frente generosa
Aunque te hiera el hacha de la suerte !
Cada vez, más gigante y luminosa,
Álzate, como Lázaro en la fosa,
Desgarrando su túnica de muerte !

¡ Que brillen inmortales, como ahora,
Para que templen tu virtud mañana,
De Mármol, la poesía vengadora,
De Belgrano, la espada redentora,
De Moreno, la fe republicana !

LEOPOLDO DÍAZ.

Mendoza, noviembre de 1884.

LA MUJER FRENTE AL VARÓN

EN LA LITERATURA Y EN LA VIDA

En la techumbre de la Capilla Sixtina, precioso joyel pintado por las geniales manos de Miguel Ángel, destácase un fresco que representa la Creación de la Mujer, allá en las primeras jornadas del mundo, cuando Adán no conocía todavía todas las maravillas del terrestre Paraíso. ¿Por qué ningún crítico ha pensado en interpretar, guiándose por su actitud y su expresión fisonómica, el sentir del primer hombre frente a la compañera, que al despertar de profundo sueño le presenta Jehová? Contempla Adán la figura de Eva con placentero pero alarmado asombro, y este recelo de nuestro primer padre ante su pareja, podría pasar por una simple interesencia del pintor. Mas acontece que las humanas experiencias posteriores, han comprobado la profunda justitud de aquel detalle significativo. En efecto: la desconfianza del Adán de Miguel Ángel, ha persistido a través de los tiempos. Véase sino, la condición opresiva, la maliciosa vigilancia que en todas las épocas hubo de soportar la mujer por imposición del hombre. Apresuróse éste a establecer autoritaria y dogmáticamente, desde los comienzos de la vida en común, la superioridad masculina en lo físico y en lo inte-

lectivo, y ello le comportó a su bella mitad una humillante dependencia, una sistemática depreciación de sus cualidades, una constante suspicacia respecto de sus palabras y sus actos.

Arguyen los filósofos, para justificar semejante prepotencia, que la cautela del hombre deriva del pecado original ardidosamente sugerido por la mujer, según la Biblia, y funesto — también según la Biblia, — para toda la descendencia. La mujer, que suele ser dialéctica sutil, podría contestar:

— ¿Y por qué acogió Adán a Eva recelosamente? Fué él quien creó el primer malentendido. Hubiérala recibido con una mirada de ternura, y no habría necesitado ella recurrir a ningún amaño para acortar entre ambos la distancia inicial...

El caso es que desde eras remotas, se vió la mujer tratada a veces como un animal doméstico, a veces como un niño peligroso, a veces como una sierva. Subalterna, y aun afrentosa, es la situación que los dogmas, los códigos y las costumbres le señalan en ciertos pueblos antiguos, al ponerla bajo la dependencia masculina, obstinada en no reconocerle personalidad. Fuera de los trabajos domésticos, cerrados estaban para ella los caminos de la iniciativa en los campos del pensamiento, del arte y de la ciencia. Y para cohonestar sus imposiciones alegó el hombre, no sólo la pretendida debilidad física y mental de su compañera, sino también su no menos pretendida flaqueza ante las sollicitaciones del mal.

¿Qué impulso profundo movió en realidad al varón, a encerrar a la mujer en esta especie de prisión consuetudinaria y legal? ¿Rencor ancestral por la artimaña de la manzana? ¿Desplante despótico de su vanidad y de su fuerza física? ¿Quién sabe si no fué más bien temor, reacción

altanera de una debilidad moral congénita, secretamente sobresaltada por el presentimiento de un gran peligro!

Objeto que podía ser vendido, canjeado o destruido era la mujer en las sociedades primitivas. En ocasiones se la consideró animal de carga. Ni estimación ni privilegio alguno atenuaban su constante servidumbre, y para evitar posibles rebeliones, a ella misma se le inculcó el convencimiento de su propia inferioridad, por órgano de los magos, de los oráculos y aún de los dioses. Sin hablar de las desapacibles admoniciones de Manú, que en la India condenaban a la mujer a perpetua sumisión, aquí en América los mayas la calificaban así: « Los dioses hicieron al hombre con la madera de los árboles, y a la mujer con la médula de los mismos. La madera es útil y resistente; la médula no sirve para nada... ». Y las morenas hijas de Anáhuac se inclinaban resignadas a su estigma. No muestran más alta ni más libre a la bella Brunhilda de las trenzas de oro las sagas bordadas por la poesía nórdica, pese a las tonalidades románticas que metamorfosearon después su antiquísima historia; y en Egipto, hasta la soberbia compañera del faraón soportaba una valoración social secundaria. Elocuentemente lo expresan los basaltos hieráticos, con que remotos artistas representaron a los monarcas del país del Nilo, en los cuales la reina aparece casi de talla enana al lado de su consorte, cuando no arrodillada a sus pies.

¡ Imperdonables agravios! ¿Cómo no intuyeron los sapientes, los filósofos, los profetas y hasta los imprevios dioses, una posible venganza del sexo escarnecido?

Religiones hubo, que le negaron alma al linaje de Eva; allá por las riberas del río Amarillo donde reinaron otrora los poderosos Hijos del Cielo, los sacerdotes afirmaban que

las ambarinas hembras de la raza, no poseían espíritu, y debían, en consecuencia, pasar por la vida « como una sombra o un eco ».

Pero prescindiendo de Asia, ¿acaso en el siglo VI de nuestra era no discutió laboriosamente un grave Concilio occidental la para él problemática existencia del alma femenina? Y si se la reconoció al fin, fué por escasa mayoría de votos. En perpetua tutela masculina, rigurosamente impuesta por las leyes, vivió la mujer en Grecia y Roma, y cuando un ingenio superior de aquellos tiempos se refiere al matrimonio se despacha así: « nos casamos a objeto de tener segura guardiana del hogar »; de donde se inferiría que para griegos y latinos la esposa desempeñaba funciones intermediarias entre las de un buen mastín y una criada distinguida. Catástrofe espantable y nefasta parciales a algunos de ellos el casamiento, y griego famoso en la historia del pensamiento humano hubo, que al recibir la noticia del de un amigo exclamó desolado:

— « ¡Cómo! ¡Pero si ha poco lo he visto en buena salud! » ...

Con ligeras diferencias, la situación era análoga en todas partes. El legislador Manú estatuyó: « si la conducta del marido es reprochable, si se entrega a otros amores o está desprovisto de buenas cualidades, lo mismo debe su mujer reverenciarle como a un dios » — y el criterio no fué muy disímil en sociedades posteriores.

Juana Seymour, una de las tantas esposas del Barba Azul inglés Enrique VIII, llevaba en su divisa estas palabras de aceptada desesperanza: « Hecha para obedecer y servir ». Tales eran los deberes que la legislación del hombre le asignaba como actividades únicas a la mujer, privándola de todo

derecho, imponiéndole severas normas de sujeción moral y física, y enrostrándole esa inferioridad de cuerpo y de mente que la supremacía masculina se apresuró a establecer como inviolable precepto, allá en los orígenes de la convivencia humana.

Desde que a título de máxima concesión se le permitía a la mujer velar por los Lares y por el hogar doméstico, sin inmiscuirse en asuntos superiores; desde que Aristóteles refundió aquello de que quizá se le pudiera otorgar « consentimiento para dar un consejo de vez en cuando »; desde las épocas en que se le negaba toda instrucción y todo oficio, la situación ha cambiado mucho, pero subsiste en ciertos puntos neurálgicos de lo fundamental. Adán sigue sin comprender por entero a Eva.

¿Ha de extrañarnos entonces que haya aguzado ella el ingenio para defenderse? Desde el Génesis hasta nuestros días, se aplicó a eso, y he aquí, que a la hora actual persiste en potencia, y como quien dice bajo cuerda, el eterno duelo de los sexos.

Supeditada a la monotonía de una condición mezquina, sintiendo en lo vivo la melancólica usura de su destino, buscó la mujer en los accidentes de su vida emocional, derivativo para su hastío inconfeso; y pues encontraba cerradas las rutas de la inteligencia, dedicóse a cultivar el sentimiento, no sin correlativo desmedro de sus posibilidades intelectivas. Su emotividad en constante vibración, pudo turbarle a menudo la visión de las cosas, y su sensibilidad se sobreexcitó a fuerza de escuchar a su corazón, no siempre lógico, y a su fantasía, nunca sosegada. Se hizo pronta a las lágrimas, asaltáronla crisis de melancolía, tornóse inquieta, apasionada, caprichosa, y sobre todo eso, descontenta. Existencia seme-

jante no respondía a sus secretas ansias. Sola, oprimida, despojada, herida en su orgullo, sintióse además aburrída. ¡ Aburrída ! La guerra entre los sexos quedaba declarada. ¡ Temblad señores amos ! Temblad, porque el aburrimiento de las mujeres ha provocado en el universo más catástrofes conyugales, y de las otras, que todas las pasiones desatadas...

¿ Cómo escapar a su posición falsa y deprimente ? ¿ cómo alcanzar la independencia ? ¿ cómo realizar sus secretas aspiraciones ? Muy sencillamente : adueñándose del tirano. La ley, la religión, la costumbre, el axioma de su aparente endeblez, les clausuraban todos los caminos. Pero ellas descubrieron un atajo : el amor. Por el amor, el dueño orgulloso se convertiría inadvertidamente en esclavo encantado de arrastrar su cadena. Su propia — y supuesta — debilidad debía darles el triunfo ; la naturaleza, maestra suprema, les mostraba el rumbo. ¿ No es la gracia opalescente de la espuma la que sobrevive al arrasamiento furioso de la ola ? ¿ No es el terciopelo de la nieve el que pulimenta el aborascado perfil de la montaña ? Roca tan fuerte no hay que resista a abrirle cauce al blando, tornátil y cantante hilo de las aguas. Por aquel sendero íntimo llegaría el encanto femenino a avasallar la voluntad del hombre engreído con su fuerza. Mientras más rudo es el árbol más seguro es el nido. Dominar al varón por la gracia y el hechizo, sería su victoria y su desquite.

El triunfo de Eva la fina, sobre la autoridad de Adán el desconfiado y el arbitrario, ha resultado siendo, como ellas lo previeron, el imperio del débil sobre el fuerte, la reivindicación del derecho femenino conculcado.

— No soy yo quien venció, diría acaso Eva ; fué el arquero

ciego... Tal vez. Mas para poner a éste de su lado en la contienda, se dió ella a esgrimir dos clases de armas de tremenda eficacia: una de las cuales — la belleza, — sólo la suerte podía proporcionársela, mientras que las otras — la coquetería y la astucia — a ella misma le era dado procurárselas por intuición, por experiencia o por ingenio. Separadamente, cada uno de esos instrumentos ofensivos era temible; todos juntos, invencibles.

A perfeccionarlos y aguzarlos se aplicó la contendora con amenazante pertinacia, y desde ese instante todo el aparato sojuzgador del hombre bamboleó. Pero ni siquiera fué necesario derribarlo: quedó en pie imponente, pomposo — e inútil. ¿De qué servía la jaula, si en adelante el pájaro podía colarse y alzar vuelo por entre sus barrotes? Como era de temer, usó y abusó de la franquicia.

¡ Ah, profetas iracundos, rígidos legisladores, filósofos atrabiliarios! ¡ En vano tronará vuestra ira impotente contra la arteria de las mujeres despreciadas, contra su malicia, contra su liviandad! ¡ Vuestros prudentes cálculos habían omitido el amor, y ellas lo han descubierto! ¡ Más os valiera ahora preservar el corazón en coriáceas envolturas, del fatal embrujo que os acecha! ¿Cómo habéis podido olvidar el somatén que os puso en guardia desde la mitología, al mostraros a Hércules hilando vestido de mujer a los pies de Onfalia, y desde la Biblia donde se narran las edificantes malaventuras de Sansón y de Holofernes?

Ser bella, ostentar su belleza y conservarla largo tiempo: tal es el desiderátum de la mujer. Para hacer estragos en el sentir de los hombres, se perfeccionó en el arte complicado del coquetismo, realce y anzuelo de su encanto físico. Si eran lindos los ojos lucirían mejor con una sombra propicia y

una sabia administración de la mirada. Armas auxiliares del arsenal : euritmia de la figura, flexibilidad del talle, brillo y opulencia de la cabellera, transparencia de la piel, inteligentísimo acicalamiento integral.

Ellas le ayudaban a gustarle al hombre, es decir, a dominarlo. Parte integrante de su yo pasó a ser el espejo, y los artistas les cincelaron finísimas lunas, que las muertas jóvenes en Creta, en Tirinto, en Egipto y en Micenas se llevaban a la tumba como el guerrero sus armas o el rey sus tesoros. La ciencia de borrar imperfecciones y destacar atractivos, le enseñó también a estudiar sus gestos, a verter oportunamente sus lágrimas, a distribuir con certera puntería sus sonrisas. De la virtud de tales recursos pudo dar fe, entre otras mil, aquella Esther bíblica, que adornada con joyas y deshecha en sollozos, obtuvo del áspero Assuero la salvación de su pueblo.

¿Quién dijo que nunca hubo mujeres de genio? Todas ellas han revelado poseer uno por lo menos : el genio del tocador. En las tribus bárbaras se manifiesta rudimentario, pero la africana salvaje que se cuelga al cuello una sarta de colmillos o se adereza extrañamente la pelambarrera, obedece al mismo impulso que movió a las damas del tiempo de Luis XV a torturarse el busto con el corset y hacer pininos sobre tacones desmesurados. Las chinas, que se quedaban inválidas al deformar sus pies para convertirlos en aquel monstruoso « lirio » tan admirado por los hombres de su país, obedecieron al mismo incentivo que las venecianas del siglo XVI, cuyos cabellos espolvoreados de oro trastornaban el seso de sus contemporáneos. Que compruebe una mujer la influencia turbadora de tal o cual rasgo de su belleza, y la veréis hacerlo valer, tanto como un buen abogado a su ar-

gumento más sólido. Para realzar el encanto de su piel tomaba Poppea baños de leche de burra; para poner de resalto lo fino de su cintura se embutía Margarita de Navarra en un guardainfante piramidal; para lucir sus brazos marsileños impuso Ana de Austria en su época la moda de las mangas cortas. ¿Y qué otra cosa perseguían las romanas del Imperio cuando se envolvían en los estudiados pliegues de sus túnicas purpúreas, o las « merveilleuses » del Directorio, cuando por la hendidura lateral de la falda descubrían generosamente la pierna escultural? Razón tenía Sócrates al exclamar mirando a las atenienses: « la belleza es una tiranía... ». Una tiranía que a los hombres, déspotas nominales, los convierte en esclavos efectivos. Siempre impelida por un mismo propósito, la mujer ha sabido vestir con dúctil elegancia a través de los tiempos, los peplos del Ática, los mantos bizantinos, las sederías del Medioevo, las extravagancias del rococó, las audacias del Imperio. ¡Hasta del estrafalario polizón sacó partido su triunfante gallardía!

Este ajeteo de modistas, telas, bordados, plumas y perifollos, inquietó siempre un poco a los hombres. Era sin duda un homenaje más o menos directo a su sexo, y por lo mismo halagaba su vanidad; pero tras él barruntaron aquéllos una ofensiva de guerra, contra la cual Charles Nodier protestó con esta cuchufleta: « los animales que pierden más tiempo en su « toilette » son los gatos, las moscas y las mujeres ».

¡Desahogos jocosos! Ellas, imperturbables, siguen perfeccionando su táctica y enriqueciendo su arsenal. Han aprendido por ejemplo que la más hermosa no siempre suele ser la más amada (si Helena, belleza clásica, desató catástrofes, Cleopatra, beldad imperfecta, las desencadenó peores): por eso a las galas del traje siguen añadiendo las del espíritu

y las maneras : ingenio en la expresión, musicalidad en la voz, gracia en el gesto, prestancia en el talante. Nadie como ellas para manejar una conversación mostrándose tiernas, distantes, dulces, francas, espontáneas, displicentes, moderadamente caprichosas, según las conveniencias del momento psicológico y las condiciones del adversario. Supieron desde los primeros días administrar sus lágrimas, y ya Ovidio las acusaba de llorar a capricho. El hombre encolerizado grita, ordena, amenaza, quiere imponer violentamente su voluntad. Ella solloza ; y desarmado por su llanto, el déspota se siente de súbito un verdadero monstruo de crueldad.

Fué sin duda en el siglo XVIII cuando la coquetería femenina alcanzó su más alto grado de refinamiento. A tal punto usufructuaron las mujeres los recursos del tocador, que entre el fru-fru de las sedas, la riqueza de las blondas y la insinuante picardía de los lunares, todas ellas parecieron hermosas. Eva no dejó por eso de ser infinitamente múltiple, ni olvidó que un traje monacal, unos ojos bajos y una sonrisa angélica, inflaman también la imaginación del hombre.

En la Edad Media, hartas ya de infanzones denodados y rudos, se dedicaron a domesticarlos. A su influjo los fieros justadores de lanza y de mandoble tornáronse corteses, tiernos y devotos, se dedicaron a las prácticas idealmente exaltadas de la caballería andante, y dieron en estimar como el más precioso galardón de sus hazañas, no ya el botín de guerra ensangrentado, sino la delicada rosa tendida por manitas blancas, el lazo de seda arrancado de una veste, o el sencillo atavío de una cabellera blonda. ¿No se dice acaso en el *Roman de la Rose* que « quien ama debe ser cortés » y perfeccionar su porte por el « servicio de amor » ?

Cuando tras el Medioevo el paganismo triunfal del Renacimiento se impuso, ellas se convirtieron en musas inspiradoras de los genios que fundaban la cultura nueva. Se sobresaltó, sin embargo, el hombre en aquel tiempo ante las rendidoras artes de embrujo desplegadas por su adorable y peligrosa antagonista, e intentó desarmarla, induciéndola a una despojada simplicidad en el vestir y al abandono de sus prácticas de seducción. Entonces las mujeres, que habían sobrellevado estoicamente los anatemas de la Biblia y los apóstrofes de la mitología, que no se resistieron ni a las imposiciones ultrajantes de las costumbres, ni al rigor de las leyes, ni a las mal disfrazadas groserías de los filósofos, se alzaron furibundas. ¿Inmiscuirse los hombres en el terreno vedado de su aliño personal? ¡Jamás! Era nada menos que pretender privarlas de la más filosa de sus armas, e intento tan avieso provocó en diversas ocasiones rebeldías tremendas. Lo demostrarán dos casos famosos ocurridos bajo distintos cielos y en épocas lejanas.

Roma acababa de aplastar a Cartago: la República vibraba a compás con los bronce resonantes del éxito, cuando he aquí que un día calles, basílicas, peristilos y palacios, se estremecieron con insólita agitación. Cuchicheaban los viandantes en las calles; rumorosa preocupación reinaba en los triclinios; llevaban y traían mensajes los esclavos. ¿Qué ocurría? ¿Se planeaba el asesinato de César? ¿Volvía a estar en peligro la patria? ¿Eran funestos los augurios? No: las romanas se resistían airada y estrepitosamente al acatamiento de una ley que les concernía — la ley «Oppia», — defendida en el Senado por Catón el Censor, y la cual les prohibía el uso de las túnicas de púrpura, lujo supremo e insustituible marco de su belleza. Otros alicientes de su gracia

personal les vedaba también, al exigirles absoluta sencillez en el atuendo.

¿Tolerar las mujeres reglamentaciones de su equipo de guerra? ¿Renunciar a su armamento? Lo que no hicieron antes para librarse de la tutela legal de los hombres, lo harán ahora para defender sus recursos combativos. Por eso alborotan la ciudad entera. Arrogantes matronas y núbiles muchachas recorren las vías denostando contra los temerarios reguladores de sus arbitrios ornamentales. Se entrevistan con los jefes de la oposición y les exponen la razón de la sin razón que a su razón se quiere hacer, con alternada elocuencia de protestas, de sonrisas y — argumento supremo — de lágrimas. Doscientos años antes de Cristo, organizan el primer movimiento revolucionario femenino, y esgrimen para ganarlo todos los razonamientos, es decir, todas las seducciones imaginables. ¿Hay necesidad de decir cuál fué el resultado de esta asonada? No más ley Oppia; «ellas» siguieron vistiéndose como les dió la gana. Catón el Censor se vengó de su fracaso con un discurso: «Las mujeres — vociferó — deben guardar en su exterior la simplicidad que conviene a su sexo, hecho únicamente para aceptar las órdenes del marido. Sus intentos para hacer abolir esta ley, la indiscreta gestión individual promovida en el hogar frente a los jefes de la familia o las súplicas colectivas con que han importunado a los tribunos, a los cónsules y a los senadores, muestran en ellas un desco ardiente de subir hasta el lugar reservado a los hombres, y quién sabe si también el propósito de desplazarlos. Sepa la mujer que no tiene otra función que la de obedecer».

¡Elocuente e ingenuo Catón! Lo único que consiguió fué hacerse derrotar: primero por las levantiscas y ladinas hijas del Lacio, y luego por el galante tribuno Valerio, que,

catequizado por ellas, asumió su defensa en el Senado.

Este fiasco del famoso repúblico romano preludiaba ya el de un Concilio que pretendió, en el Perú, negar a las chispeantes limeñas el uso de la saya y del manto, para ellas infalibles instrumentos de seducción, mientras lucían su *do-naire* y travesura por las calles de la Ciudad de los Reyes, agazapadas bajo sus enigmáticos rebozos. Ni órdenes ni amenazas le valieron al citado Concilio, que debió dejar en suspenso su ofensiva, en presencia de la formidable alharaca promovida por las lindas peruanas. Si ellas se sabían irresistibles dentro del traje en discusión, no habría virrey capaz de impedirselo. Las mujeres de América defendieron, pues, en 1561, su indumentaria — es decir, su armamento — tan intrépida y victoriosamente como sus hermanas de Itálica diez y siete siglos atrás. Y también esta vez un varón — obispo, por más señas, — las secundó en la brega.

No habían pasado cincuenta años y ya las beldades de Lima le suscitaban otro escándalo por igual causa, nada menos que a su Majestad Cristianísima don Felipe II, quien había resuelto expulsar del guardarropa femenino el guardainfante y los escotes, por considerarlos, según decía la prosa real: « traje costoso y superfluo, feo y desproporcionado, lascivo y ocasionado a pecar, así a las que los llevan como a los hombres por causa de ellas... ».

Demás está decirlo: también esta vez la victoria, que por algo es mujer, estuvo de parte del bando femenino. Tras resonantes grescas, guardainfantes y escotes siguieron en boga.

Tediosa prolijidad fuera el detallar los innumerables episodios de esta índole relatados por la historia; los citados bastan para poner de manifiesto lo inconvencible de la tenacidad femenina cuando se trata de preservar los elementos

auxiliares de su belleza y de su gracia. Anacreonte, que amaba a las mujeres, dijo una vez: « la naturaleza dotó a los animales de la creación de múltiples medios de defensa y ataque: duros cascos, veloz carrera, crueles garras, recia cornamenta, fuerza muscular; pero reservó para la mujer los más poderosos y certeros; justamente esa gracia y esa belleza que tanto se afana ella por sostener y realzar ». Tal vez al referirse a la panoplia femenil, el clásico cantor de la alegría omitió algunas piezas... Así lo pretenden por lo menos incontables poetas y moralistas, que acusan al sexo de enfrente de saber fingir como la actriz más consumada. Sobre este rasgo del carácter femenino, los hombres han discutido mucho sin llegar jamás a ponerse de acuerdo. Para tratar el punto afirma Diderot: « fuera menester mojar la pluma en el arco iris y salpicar luego lo escrito con el polvo de oro que irisa las alas de las mariposas ».

Pero desconfíen las señoras. Los exordios líricos suelen conducir a conclusiones agrias. Son, como si dijéramos, precauciones oratorias, después de las cuales Homero, Menandro, Plauto, Montaigne y La Rochefoucauld, por ejemplo, se atreven a proclamar que a la mujer le ocurre frecuentemente faltar a la verdad con portentoso aplomo, y que la práctica asidua de la astucia y el doblez, ha concluido por crearle una segunda naturaleza. ¿Ha de condenársela sin atenuaciones por ello? No. Seamos ecuánimes. Veamos en la mentira su coraza; la reacción ancestral de la esclava en guardia ante el absolutismo del hombre. La malicia que le enrostraron los teólogos, esa simulación ocasionada a degenerar en perversidad y falla del espíritu, se originó también en la degradante tiranía por ella sufrida en la infancia de las sociedades humanas. Su impuesta inferioridad se desquitó con la arti-

maña, y la responsabilidad de tal resultado debe ser compartida por aquel que asumió, temprana y arbitrariamente, las funciones de educador y de guía. ¡Cuántas veces el hombre que — aun cuando su belleza lo fascine — la acusa de todas las discordancias espirituales, desestima por incomprensión, la recóndita armonía vibrante en aquella alma, frecuentemente compuesta de nobles aspiraciones, de ensueños puros, de caridad, de efusión sentimental, de sacrificada devoción! Cuando el mismo Diderot aseguraba que las mujeres « son bellas como los serafines de Klopstock y terribles como los diablos de Milton », olvidaba agregar : « han sabido también vivir en ocasiones como ángeles en el infierno ». ¿Que la perfidia femenina destruyó imperios y aniquiló vidas e ideales? Sea ; pero su ternura infinita manifestada en el corazón de Antígona, en la piedad de Cornelia y en la devoción de Alceste, perdura eterna en hijas, madres, hermanas y enamoradas de todos los siglos. ¿Por qué recordar tanto a Cleopatra, y tanto olvidar a Juana de Arco?

Escapar a su situación subalterna o ganar sagazmente la voluntad del hombre : he ahí empresas en cuya realización no traiciona a la mujer ninguno de sus recursos. Si es ignorante, su clarividencia suple al saber ; si hermosa, por el sutil arte de gustar acrecienta su atractivo. Más sentimental que cerebral, sólo ella conoce la ciencia de razonar y meditar con el corazón. Pasmosa es su fortaleza para afrontar situaciones y dolores extraordinarios, aunque de costumbre lance chillidos de espanto ante un ratón ; lo que, por lo demás, suele ser sólo otro expediente de su coquetería. Puede, si lo quiere, domeñar su cólera y sus celos, y si trama una venganza, nadie alcanzará la hondura ni el hermetismo de su intención. Bachilleras y nerviosas las han llamado los hom-

bres ; pero jamás les arrancarán palabra que ellas no quieran pronunciar, ni penetrarán hasta su tumulto interior, si se proponen disimularlo. Su capacidad de fingimiento hubiera dejado absortos a los mismos estoicos.

La mujer se divierte charlando ; pero en la aparente negligencia de su cháchara, noticias y comentarios van saliendo cuidadosamente fiscalizados, y como quien dice « dirigidos ». Aseguran que su vanidad la arrastra. Yo tengo para mí que la vanidad de las mujeres se asienta sobre un fondo crítico de intuición, servida a maravilla por la desconfianza. Y sucede a veces que, después de todo, estas laboriosas combinaciones de artes maquiavélicas se les deshacen como copo de nieve, en amargor de lágrimas. Será su corazón el que en casos tales las traicionó. Su armadura jamás.

¡Curioso fenómeno de solidaridad instintiva! Existe entre ellas un acuerdo tácito, una como trabazón de esfuerzos tendientes a un fin único : la subyugación más o menos encubierta del adversario común. Forman parte de una cofradía universal, cuyos preceptos de ataque y defensa conocen todas a la perfección, sin que en lugar alguno los hayan estudiado.

En vano advierte el Eclesiastés que « la mujer es más amarga que la muerte » ; no hay hombre que no quiera verificarlo por sí mismo. Y por eso en todos los rincones del mundo y de la historia, asistimos al eterno duelo, del cual casi siempre sale descalabrada la facción masculina.

Ved a lo lejos, sobre las arenas cálidas de Arabia, las ciudades donde alzan su esbelto minarete las mezquitas, mientras en las lindes del desierto las palmeras mecen su penacho. Allá la mujer se compraba. Era una esclava recluida en el harem con las otras favoritas, y sin embargo

encontró manera de gravitar sobre la voluntad de su señor, por virtud del hechizo personal y la fantasía amorosa. Tanto, que el guerrero árabe en marcha a la batalla le cantaba a la amada : « Por amor de tus ojos negros voy a la lucha y a la muerte », y hasta el fiero beduino, al plantar su tienda móvil en el silencio de la noche azul, suspiraba en monótonas melopeyas por « la morena joven de ojos de gacela ». Allá vivieron en siglos remotos heroínas tan peligrosas por su genio como por su belleza, y del imperio que solían alcanzar desde su retiro perfumado, habla el ejemplo de las mujeres de Mahoma o la soberbia Zobeida de Harum-Al-Raschid. Califa hubo que pagó seis millones por una canción de su idolatrada. Otros sacrificaron a las suyas el poder y la vida. Intrigas de serrallo urdidas por ellas en Turquía, tuvieron trascendentales consecuencias en la suerte del Estado, pues las astutas y ondulantes « kadinás » sabían torcer el rumbo a los asuntos públicos entre dos sonrisas y una caricia, mientras tintineaban ajorcas y collares en la suntuosa cámara del sultán. Las viejas piedras de Estambul podrían relatar hechos sangrientos o procelosos episodios políticos, secretamente propulsados desde el harem. Hafissa, la madre de Suleimán el Magnífico, o « Rosa de primavera », la madre de Bayaceto, pasaron a la posteridad incorporadas al historial de sus hijos ; y la sanguinaria Roxelana, cuyos encantos funestos tiñeron con matices demenciales el reinado de un déspota, duerme ahora su sueño sin fin bajo los plátanos, en el jardín de una mezquita, no lejos de la sádica Esma, la que hacía arrojar al Bósforo a sus amados de unas horas. Muchas de ellas no pertenecieron siquiera a una clase superior : fueron esclavas georgianas nacidas en miserables cabañas y llegadas hasta los palacios de Oriente después de una adoles-

cencia equívoca ; o circasianas de esplendente belleza sabiamente avalorada por casquetes de oro y sederías azules. Destinadas en principio a ser solaz de unas horas, convertíanse luego en reinas de corazones, revolucionaban gineceos, manejaban caudillos, provocaban dramas, acuciaban venganzas, y desde el fondo de sus almohadones y sus tapices desataban vendavales de suspiros.

Si nos adentráramos por los caminos de Asia, tal vez escuchásemos aún en las montañas de Persia la historia de aquella belleza llamada en la Edad Media « remanso de los ojos », tan avasalladora en su embrujo, que convertida a un nuevo credo religioso, conquistaba para él prosélitos con sólo mostrar el rostro a las miradas absortas de los hombres. En el Turquestán o entre los tártaros, donde el nómada brutal compraba su mujer por algunas ovejas o un caballo, la existencia azarosa y las costumbres semibárbaras no les impedían a ellas cuidar su tocado y aderezar su rostro, a fin de imperar también por el amor, que sabían despertar mezclando con crines de corcel sus crenchas oscuras, coloreando con raíces sus mejillas y manipulando sobre su cuerpo velos flotantes.

Más lejos todavía, por donde corre el Indo legendario, la ley le vedaba a la mujer pronunciar el nombre de su marido ; y sin embargo, aquellas pálidas y ondulantes hindúes inspiraron las artes, conmovieron los tronos y, según la leyenda, hasta encendieron el corazón de los dioses. Para hablarles de amor, los khanes despóticos se tornaban humildes como el verso mismo del Bhaminivilasa que traducía su sentir :

— « ¡ Estás lejos de mí, ¡ oh divina ! y yo me siento como un mísero grano entre el polvo del suelo ! ».

La bayadera hindú — que inspiró a Goethe una preciosa balada — rindió a famosos autócratas de las riberas del Gan-

ges, ondulando lúbricamente ante ellos al son de tambores y de címbalos; mas si se hizo adorar no fué únicamente por su plástica serpenteante, sus mantos vaporosos y sus pupilas miliunanochescas, sino también porque su mansedumbre y su idealismo alimentaron el ensueño de los hombres y sublimaron la poesía visionaria de la raza.

¡ Cuántos preceptos acres sobre el sexo femenino acumuló la filosofía del Celeste Imperio! Le negó alma, voluntad, rango, derechos. Casi como una desgracia era considerado en China el nacimiento de una niña. Casada, ni siquiera podía sentarse a la mesa con su marido e hijos: debía servirlos de pie, calladamente. Menuda, frágil, trabada por su traje complicado y sus pies contrahechos, pero hija de Eva al fin, por el amor encadenó, según la tradición genérica, a su dueño altanero. Encantó su fantasía y halagó su orgullo mostrándole en sus plantas torturadas por el borceguí deformatario, cómo, para gustarle, era capaz de someterse hasta a la invalidez. Hizo del amor una ciencia sutilmente oriental, y a fin de complacer la ensoñación fastuosa de su compañero, envolvió su grácil figurita en sedas multicolores, exornándola luego de oro, madreperla, sándalo y marfil. Fué la eterna obediente. Pero ni los ojos bajos ni los gestos resignados de pueril monería, le estorbaron el rapto pasional en el propicio abandono de los « jardines flotantes ».

El estado semisalvaje de las mujeres de Melanesia ¿ les habrá paralizado la sagacidad para contender con el varón? ¡ Vana ilusión! Ellas son, justamente, quienes han conseguido incorporar a la religión melanésica este dogma impresionante: los hombres solteros no tienen acceso al paraíso; una deidad femenina armada de flamígera espada los expulsa sin misericordia hasta de los alrededores. Naturalmente;

los célibes se apresuran a sacar con tiempo la entrada.

La universalidad de Eva se manifiesta hasta en el África misma, si hemos de creer en sus leyendas. Cuenta una de ellas que sobre el rey de Dahomey habían las mujeres alcanzado la más despótica predominancia. Prevalecía en torno suyo una guardia de amazonas señoreadas, así del monarca como del reino entero, y allí nadie sino ellas gobernaban. Eran invencibles en el combate, ¿cómo acabar con su ominosa tiranía? Amenazado por las ambiciosas doncellonas, que codiciaban sus tierras, el avisado jefe de otra tribu rival, imaginó, para defensa propia y venganza de su sexo apabullado, una perspicaz estratagema. Se dió a requisar por toda la extensión del Sudán a los mancebos más hermosos de la raza; con ellos organizó una falange, antes apolínea que marcial, y le mandó enfrentar a las walkirias imbatibles. Ver éstas a los efebos y rendírseles a discreción, todo fué uno. Los negros de Dahomey, en nombre del sexo que llaman « fuerte », se apuntaron un tanto...

¿Para qué recorrer la historia inventariando las hazañas de las mujeres a lo largo de esta pugna milenaria? Forman legiones; y — vivas o muertas — presentes están ellas en la literatura, en la música, en la lírica, en los fastos épicos y políticos, en la evolución integral de nuestro mundo. Fueron las grandes inspiradoras, en bien o en mal, de los hombres que algo hicieron sobre la tierra; se asoman a todas las obras maestras; templan el estro de los poetas; intervienen en los actos de los grandes capitanes; influyen en las especulaciones de los pensadores y en las inquisiciones de los sabios. Reinaron por prerrogativa de su sola gracia; estimularon el arrebatador de las inteligencias. Musas sombrías y fatales fueron algunas, como aquella María Duval de Baudelaire;

pusieron otras un toque de luz en mentes sombrías, tal así Clotilde de Val en el gélido pensar de Comte, o Victoria Colonna en el espíritu atormentado de Miguel Ángel. Es la mujer quien pule las aristas ásperas del carácter varonil, ella quien consuela sus desencantos, aplaca sus amarguras, sostiene sus esperanzas y encanta su intimidación. Enamorada o madre, impele la actividad del esposo, o plasma el corazón del niño. Y si en dramática contraluz vemos a veces existencias destrozadas por su devastadora frivolidad, pensemos que, de todos modos, de ella se deriva o a ella converge, la vasta y rumoreante inquietud de la colmena humana. Pues de esclava desdeñada, de prisionera legal, ha sabido la mujer elevarse por el amor a una función suprema: acompasar furtivamente la acción y el pensamiento de los hombres.

Muestra en último análisis la eficiencia de sus arbitrios para alcanzar tal fin, una anécdota famosa, reproducida figurativamente en estampas y vitrales antiguos. Nada menos que a Aristóteles, el sabio de los sabios le ocurrió. Es el caso que su discípulo Alejandro Magno, preso en el ensalmo amoroso de Campaspa, beldad sutil, recibía diarias admoniciones de su preceptor, quien le representaba los funestos peligros de la fascinación femenina y lo exhortaba severamente a resistirlos. Enconóse al saberlo la hermosa y decidió castigar al gruñón impertinente.

« ¡ Filósofos a mí ! » se dijo.

Y el estagirita vió cierta mañana por su ventanal, una armoniosa figura de mujer envuelta en transparente túnica, que recogía flores en el jardín. ¿ Fué la provocativa languidez de sus movimientos ? ¿ Fué el desgaire de la vestidura ? ¿ Fué la diáfana luz matinal que destellaba sobre perfiles

esculturales mal velados? Ello es que el austero pensador, gloria del entendimiento humano, conturbado e imantado por la visión, corrió hasta ella. Era Campaspa que agudizó su trastorno, acogiéndolo ingenua, familiar y sonriente. ¿Si diesen juntos una vuelta por el jardín? Pero ella estaba cansada... Si él quisiera servirle, por broma, de cabalgadura, ella haría de jinete para divertirse... Un momento más, y Alejandro, previamente convocado al espectáculo, podía ver a su maestro ¡al faro del pensamiento heleno! galopando a cuatro pies, en los « parterres » triunfalmente cabalgado por la cortesana...

¡ Aleccionador ejemplo ! Pero aquel hecho memorable y grotesco, fué venganza antes que triunfo.

Más dulce y más noble es en verdad la victoria positiva de la mujer sobre el hombre.

En la última de las mil y una noches que pasó el torvo Schabriar escuchando a la gentil Scherezada, cuando ya las luces de la aurora venían a besar los cabellos esparcidos de la hermosa narradora en la cámara regia, el Califa contempló un instante a aquella que, destinada un día a morir de bárbara muerte, hallábase ahora ligada a su alma con los lazos del amor y de la fe. Y con honda emoción le dijo :

« ¡ Oh Scherezada, mi sultana docta y elocuente ! ¡ He aquí que escuchando noche a noche tus palabras, mi ánimo se ha sentido alegre, feliz y clemente. ¡ Gloria a ti, oh hija bendita de mi Gran Visir, que me volviste bueno y justo ! ¡ Gloria a quien te hizo tan bella ! ¡ Gloria a quien puso la inteligencia en tu frente ; la dulzura y la bondad en tu pecho ! ¡ Alma y compañera mía ! ¡ Gloria a ti ! ».

Y así proclamó el poderoso monarca su igual a Scherezada, solemnizando el triunfo auténtico de la mujer: el de su corazón generoso en lucha perenne con el destino, por alcanzar la felicidad y el perfeccionamiento del hombre.

JUAN PABLO ECHAGÜE.

FIGURAS DEL POLVO Y LA GARÚA

EL PAISANO GARCÍA

Ignoro cómo aquel hombre había llegado a tan miserable estado. Era una figura achaparrada, nerviosa. Usaba una camisa que, desde la nuez a la cintura, dejaba ver un triángulo de pecho tostado, peludo, revuelto; una bombacha ceñida a los tobillos y, entre la atadura y el borde de la alpargata, el cuello del pie hinchado, roñoso. La cabeza era pequeña. La barba mal cortada, de alambre: un alambre gris, un alambre blanco. Los labios violáceos y tumefactos. Desdentado. El aliento alcohólico. Era Dionisio Martínez, *el paisano García*.

Tenía semanas de vida ordenada. Entonces se le veía con algunos compañeros, azada en mano, por las afueras del pueblo, cortando yuyos, tapando baches. Daba gusto ver cómo, detrás de él, los hierbajos yacían marchitos al sol, rascados los ladrillos, y cómo el camino, compuesto y abovedado, se iba levantando en suave loma hacia el centro. Todo para que, a la primera tormenta y a la primer tropa, volviera a convertirse en un puro pantano.

En estos períodos de cierta regularidad, al crepúsculo, y sólo con unas copas, se le podía ver por la calle Buenos Ai-

res. Se apoyaba en un tronco, se agachaba y echaba una mirada persistente y magistral al liño de tipas que sombreaba las aceras. Si encontraba alguna fuera de línea, procuraba graciosamente enderezarla mientras le dirigía tales o cuales palabras suasorias.

Pero, cuando abandonaba el trabajo, era insoportable, pegajoso, peleador. A las dos de la madrugada se le oía gritar, delante de los cafelines espesos de humos y de bufandas, sus denuestos contra las autoridades, sus insultos contra uno u otro vecino. Según él, bebía para ahogar penas. Uno lo imaginaba en mitad de la calzada, la faja desceñida, elevando, como un cuchillo mellado, su alarido de protesta, baboso, la pelambarrera al aire, turbando la paz de los jugadores de tute con pozo.

La máxima habilidad del *paisano García*, era la improvisación. Largas tiradas de versos salían de sus labios: loas políticas, alabanzas personales, octosílabos a la patria y a la tradición. Los transeúntes, entre burlones y embobados, se apiñaban a su alrededor en las esquinas. Los socios del club solían llamarle y darle algunas monedas. En los carnavales, a él le estaba destinada la tarea de sostener el honor de las guitarras lugareñas, con los payadores forasteros, en los negros y rojos corrillos de gauchos románticos que se organizaban a ambas márgenes del corso.

Habitaba, a la sazón, una casilla de madera hacia el final de la calle Lastra, cerca de la laguna. Allí tenía su refugio entre álamos, eucaliptos y sauces. En las noches calurosas dormía al aire libre, dorado de luciérnagas. Gozaba del magnífico espectáculo de las hojas y los astros, del doble rumor del viento y del agua. Todo lo que había de poeta en su alma oscurecida se dilataría dulcemente en las tinieblas. Las

hojas y las estrellas son hermanas: brillantes, inquietas, sonoras, innumerables.

Aquel año, un año entre los muchos, se habían adoquinado treinta cuadras más en el pueblo y hubo que echar abajo la casilla del *paisano* García. El pobre hombre defendió su habitáculo con una dignidad de rey, con una rabia de can, pero no le valieron ni súplicas, ni amenazas. Tomó entonces una determinación heroica: se fué a vivir al cementerio viejo, a una fosa vacía. El cementerio viejo es eso, precisamente: una serie de fosas huera, mas no tanto que no se vean en ellas astillas de ataúdes, huesos porosos, mechones opacos y secos. Blanquean entre las hierbas restos de cruces y lápidas y, por lo alto, silban las casuarinas con ese silbido característico que, más que de árbol, parece de un pajarraco agorero. Yo le dejé en esa situación, y por algunos años no supe nada de él.

Hoy, de paso, quise averiguar algo del *paisano* García. Me dijeron que había estado muy atrasado y pasado una larga temporada en el hospital, triste, casi mudo. Hacía encargos de las Hermanitas y arreglaba, de vez en cuando, el jardín. Se pasaba las horas sentado en una silla baja, con un pucho en los labios, gruñendo, contemplando las baldosas blancas y negras del patio. Decía que el hospital no le sentaba. Un día se fué del pueblo. Se ignoraba su paradero y yo tampoco he querido indagar más.

B. FERNÁNDEZ MORENO.

YO MATÉ...

En aquella mañana invernal y lluviosa estaba la capilla poco menos que desierta. Visto desde el fondo del confesionario en que el padre Lorenzo, aguardando improbables penitentes, rezaba el rosario, y a través de la abertura de la puerta, el cuadro era reducido: dos columnas de la nave central, tres o cuatro bancos en escorzo, alguna que otra mujer y un joven hincado en ellos. La luz caía desde los ventanales, gris y pobre. Llegaban hasta los oídos del joven sacerdote un murmullo de Ave Marías que señalaban el terminarse de la misa de ocho, los pasos de alguna persona que se retiraba del templo, la bocina de un auto que cruzaba por la calle y, muy apagado y haciendo fondo a todos los demás ruidos, el caer del aguacero sobre los techos y el atrio.

Una sombra se interpuso en la ventanilla derecha del confesionario, que levemente crujió. Cerró la puerta el padre Lorenzo, e inclinóse hacia la abertura oscurecida por la rejilla metálica y el velo de percal morado a través de los cuales había de llegar la voz. Y ésta se dejó oír algo sorda, vacilante al buscar términos adecuados.

— « Padre », dijo, « aunque los hombres suelen confesarse en la puerta, prefiero hacerlo por la ventanilla. ¿ Puedo ? »

— « Sí, señor », respondió el sacerdote.

— « Además, padre, no vengo propiamente a confesarme sino a... desahogarme. ¿Puedo sin embargo contar con el silencio absoluto? ».

— « Nosotros, sacerdotes », contestó el padre Lorenzo, « estamos obligados al sigilo completo no sólo acerca de todo lo que oímos en la confesión o con motivo de ella, sino también en el lugar normalmente destinado a la confesión, como lo es éste. Tenga Ud. seguridad, por lo tanto, del secreto total ».

— « Padre, no lo conozco a Ud., he entrado en esta iglesia como podría haberlo hecho en cualquier otra. Hay horas en que se experimenta la necesidad de hablar; me encuentro en una de ellas. Me hace falta una alma fraternal... ».

— « Creo poder decirle sinceramente que cuente conmigo ».

Hubo un brevísimo silencio, que luego rompió el penitente :

— « Está bien, padre... Estoy resuelto a decirlo todo, pero no sé por dónde empezar, ni cómo... ».

— « Mencione lo central, lo más importante; luego vendrá sin esfuerzo lo demás. Y dígalo sin retórica, como se lo dice a sí mismo ».

— « ¡ Padre, yo maté ! ».

— « ¡ Pobrecito ! ».

— « ¿ Me compadece? », interrogó sorprendido el hombre.

— « ¡ Con toda el alma ! », exclamó el sacerdote. « He estado gravemente enfermo, amo naturalmente la vida, y sé cuánto cuesta encarar su pérdida. ¡ Pero aun peor es quitarla ! ¡ Para llegar hasta ahí la perturbación del espíritu ha de ser terrible ! ».

— « Padre, compréndame bien », continuó hoscamente el

desconocido, « hice más que matar ; obligué a la otra a matarse ».

— ¿ A la otra ? ».

— « A mi esposa ».

— « ¿ Por qué ? ».

— « Me fué infiel. Pensé luego en matarme, pero algo me rechazó hacia la vida ».

— « Una suprema misericordia de Dios le impone la obligación de vivir ».

— « No sé, quizás tenga Ud. razón. Estoy en la oscuridad, por esto acudo a Ud... Creo que la amaba... ¡ Pero ella era mentira ! », prosiguió con violencia el hombre, « ¡ tengo asco de ella, de mí, de todo ! ».

— « Cállese, mi pobre amigo. ¿ Cómo hizo esto ? ».

— « Sí, le voy a contar mi historia. Veré de comprenderme con la ayuda de Ud... Pero tenga paciencia conmigo, porque si de aquí salgo sin un rumbo creo que voy a la demencia ».

— « ¿ Cómo no voy a tener con Ud. esa paciencia fraternal que reclamaba hace un instante ? Pero ante todo es preciso que vea Ud. con toda claridad dentro de su alma. Por esto le pregunto ¿ fué Ud. católico ? ».

— « Sí, padre ».

— « Entiendo por católico el unirse a Dios en la oración, el dar un sentido cristiano a la vida »...

— « No comprendo bien, padre. Iba a misa algunos domingos, no me confesé desde mi matrimonio hace ocho años. Nunca hablé mal de los sacerdotes, sostuve la necesidad de una fe para el pueblo. No perjudiqué a los demás ».

— « Creo ver su caso. Permítame otra pregunta. ¿ Tuvo Ud. una juventud casta ? ».

— « Hice lo de todos : no fuí un corrompido, pero corrí algunas aventuras sin trascendencia ».

— « ¿ Sin trascendencia ? », preguntó el sacerdote. « Perdóneme si lo rectifico, porque hallará Ud. aquí una de las raíces de su falta mayor. Prescindiendo de lo que es pecado en sí y de su trascendencia como agravio inferido a Dios, y de todo lo que consiguientemente destruye en el alma, Ud. se habituó con tales aventuras a falsear la perspectiva. El acto que tiene por función primaria y orientadora de todas las demás, el dar la vida, se acostumbró Ud. a trasformarlo en simple manantial de placer. Como por otra parte Ud. prácticamente no oraba, quebrantó su resistencia espiritual y adquirió el hábito de dejarse arrastrar por los impulsos instintivos ».

— « Quizás, muy probablemente esté en lo cierto, padre », contestó el hombre después de reflexionar un instante ; « pero amé muy de veras a mi novia, me pareció que el matrimonio sería una renovación de mí mismo, y me casé con ella para ser buen marido ».

— « ¿ Lo fué en toda oportunidad ? ».

— « Sí ; nunca dejé de querer a mi esposa, nunca la privé de nada de lo que estuviera en mi mano darle ».

— « ¿ Le fué siempre, siempre fiel ? ».

— « Algunas cosas transitorias hubo, pero nunca una vinculación permanente, ni cosa que comprometiera el nombre mío, ni la pusiera en ridículo a ella. Arrastres sensuales, pero el amor a ella permaneció intacto ».

— « De modo que Ud. hizo primero lo que ella hizo después ».

— « ¡ Padre !... La falta de la mujer tiene consecuencias mucho más graves que la del hombre ».

— « Éste es el concepto social, impuesto por la ley del hombre, y que era hasta cierto punto verdadero cuando no se suprimían los hijos del pecado. Pero en realidad tanto lo uno como lo otro constituyen fundamentalmente una mentira, una infidelidad a la promesa solemnemente formulada, una sustracción hecha a la otra parte, el sacrificio de todo lo sagrado a un antojo sensual. Le ruego me perdone si hablo con lo que Ud. juzgará rudeza ; no llevo propósito de mortificarlo, pero mi deber es decirle toda la verdad. Hace falta que Ud. considere su vida desde un exacto punto de vista : tal es la condición de su libertad futura... Su señora ¿ sospechó la infidelidad de Ud. ? ».

— « No lo sé, padre, puede ser que sí, aun cuando nada me dijo ».

— « Su esposa, ¿ era verdaderamente cristiana ? ».

El hombre se detuvo un instante, como ante pregunta inesperada. Luego respondió : « Padre, lo dicho por Ud. hasta ahora me hace entrever un cristianismo en el que no había pensado. Mi esposa fué educada religiosamente, perteneció a las Hijas de María, no a la Acción Católica. Le gustaba enormemente *salir*. No faltaba a misa cuando novia, ni tampoco después de casada. Pero eran misas tardías, de diez en adelante. Me llevaba a ellas consigo, y ahora recuerdo que en los últimos tiempos no ponía gran empeño en que la acompañara, y que rezaba poco. Esto no dejó de llamarme la atención, pero después otras preocupaciones me distrajerón. Ahora me doy cuenta de que disminuyó su piedad cuando consintió en la falta. Al casarnos me pidió que me confesara, y lo hice, sin ningún fervor y sobre todo por complacerla. Sin embargo, no creo haberme confesado mal. Después insistió en lo mismo alguna vez, pero hace ya unos tres años

que no volvió a sacar el tema. También durante los últimos tiempos protestó contra algunas cosas de la Iglesia, lo que antes nunca hiciera. Leía novelas, y jamás le vi libros propiamente religiosos. Hacía limosnas e ingresó en una asociación benéfica. Era generosa. Le gustaba vestir bien, como a toda mujer, y seguía muy puntualmente la moda, sin ser derrochadora ni exagerada. Al recapacitar, comprendo ahora que no era gran cristiana ».

— « ¿Tuvieron hijos? ».

— « Uno, que murió seis meses después de nacido. Fué una crisis tremenda para mi esposa. Un médico distinguido le dijo que con su temperamento no le convenía tener más hijos. Y no los tuvimos ».

— « ¿Quién no quiso, Ud. o ella? ».

— « Los dos. Yo fui el primero. Ella tenía carácter más blando que suave, fácilmente sugestionable. Aceptó sin dificultad mi opinión ».

— « Su esposa, ¿tenía alguna fortuna? ».

— « Muy poca cosa : una casita heredada de sus padres. Yo era quien proveía a todo : poseo bienes, y además trabajo : soy ingeniero ».

— « ¿Descubrió Ud. repentinamente el pecado de su esposa? ».

El hombre comprendió que había llegado la hora de narrar el acontecimiento capital de su vida. Tuvo un estremecimiento, lo venció, y entró de lleno a su relato. « Sí padre », dijo, « todo lo supe de golpe. Uno de los hombres con quienes me encuentro en relación de trabajo y que era amigo de mi casa. Es soltero. Fui a su estudio porque necesitaba urgentemente unos datos. No estaba, pero me dijeron que probablemente lo encontraría en su domicilio particular.

Telefoneé. Tampoco se encontraba allí ; su mucamo me dijo que debía de llegar de un instante a otro. Como me eran indispensables esas cifras, y sentía deseo de moverme, para hacer tiempo fui caminando : unas doce cuabras. Cuando me encontraba a menos de media, vi bajar de un auto una mujer que sin duda ya llevaba el dinero listo : pagó desde dentro del coche, saltó y entró rápidamente en la casa. El traje, la manera de andar, todo me hizo reconocer a mi esposa. Quedé fulminado. Al cabo de unos instantes reaccioné. Soy hombre habituado a ir al fondo de las cuestiones. Llamé un taxi vacío que pasaba, y me estacioné oculto en él, a la espera de que saliera la mujer. Hízolo a la hora y cuarto. Era ella. Cuando volví a mi casa aun no había llegado. Le dejé unas líneas diciendo que tenía un negocio urgente, y que debía comer con un amigo. Algunas veces lo hacía así. ¿ Por qué se iba a inquietar ella si no me amaba ? Durante cinco horas, padre, circulé por las calles, recordando mil pequeños datos en los que no había puesto atención antes, rumiando ahora mi vergüenza. De vez en cuando entraba en un café, me sentaba, pedía cualquier cosa. Y luego volvía a caminar. Ud no sabe lo que es esto, y por lo que me ha dicho de la vida cristiana no puede comprenderlo ».

— « Se engaña Ud., mi pobre amigo », respondió el clérigo, « aprobarlo no puedo, comprenderlo sí. Es lógico que habituado Ud. a dejarse dominar por el instinto, ante la atroz ofensa recibida surja el de la venganza. Y es explicable que siendo Ud. un hombre de carrera, mundano, culto, habituado a *guardar la línea* como ahora suele decirse, la imagen concreta de esta venganza que durante su mucho andar fué formándose inconscientemente y que luego Ud. aceptó, no haya sido brutal e inmediata como la de un

salvaje, sino sutil e invisible para los ojos de los hombres ».

— « Ahora creo que Ud. tiene razón. Volví a mi casa cerca de las once. Ella estaba acostada, leyendo un libro, un volumen de versos de no sé quién. Me pareció verla así, semidesnuda, en brazos del otro. Sonriendo me dió las buenas noches, y me preguntó qué había hecho yo de bueno aquella tarde ». *¿ De bueno ?* Esta palabra me sacudió, hincó en mí la resolución implacable que ya estaba formada. Si me hubiera acogido de otra manera, si la hubiera encontrado dormida, presa de un malestar cualquiera, o indiferente y fría, quizás no la habría muerto. ¡ De bueno ! ¡ Ah, ah !... Le contesté que había ido a mi escritorio, que había revisado unos planos, y luego marchado al estudio de... mi amigo, y que no lo había encontrado. La miraba en los ojos, y ella estaba perfectamente serena ; ni siquiera se le agitó un poco la respiración... ¡ Traidora ! Seguí diciendo que fui luego hasta la casa particular de él, pero que de lejos vi entrar apresuradamente una mujer, y que no quise ser indiscreto. Me detuve. Ella tuvo fuerza para sonreír y contestarme que nuestro amigo era soltero, y que entonces ciertas cosas resultaban explicables. Calló, y yo también por un momento. De golpe hubo ella de sospechar algo, porque fué con voz un poco apagada que me preguntó : *¿ Y después, qué hiciste ?* Respondí que me dió el capricho de averiguar quién era esa mujer, y que la aguardé hasta que saliera... Padre, ella me conocía, y se dió cuenta de que en mí no cabía perdón. Por lo demás, yo no levantaba la voz, y ella tampoco se atrevía a hacerlo... ¡ Oh, es horrible !, la obligué a envenenarse con cianuro que teníamos para las hormigas del jardín, y que estaba encerrado allí para que nadie pudiera imprudentemente usarlo. Yo »...

— El sacerdote interrumpió: « conozco ya su pecado ; no es necesario que me diga más ».

— « Quiero libertarme », suplicó el hombre, « necesito desahogarme. ¡ Déjeme decir, padre, tenga piedad ! ».

— « Sí, mi pobre amigo, tiene razón. Descárguese de todo lo que le pesa ».

— « No levanté la voz, no grité. Le dije lo que era, una adúltera sin excusa. Al principio quiso defenderse, pero luego calló. Nunca supo resistirme. La puse frente a la disyuntiva. Le pinté el escándalo ante el cual yo no retrocedería porque se me consideraría como marido justiciero. Le describí cómo la expulsaría de casa, cómo quedaría reducida a pobreza, privada del lujo que tanto le agradaba, y cómo sería la comidilla de sus relaciones. Ella se contentaba con llorar, y yo insistía siempre, sin hacer ruido... Padre, déjeme descansar un momento »...

— « Sí, hijo mío, calle un poco »...

Oíase el anheloso respirar del hombre. El sacerdote pasó su pañuelo por la propia frente, que estaba sudorosa, y luego pidió luz a Dios, en una rápida plegaria, para hallar los términos de que había menester el desdichado. El jadeo se aplacó, y el penitente volvió a su relato.

— « Padre, le recordé que nada debía esperar del otro porque era un simple tenorio ; le manifesté que ni siquiera podía imaginar que me batiera en duelo con él porque le expresaría públicamente que no lo hacía más que con caballeros y que él, traidor a la amistad, no lo era. Insistí en pintarle los días que la aguardaban, y que no le quedaba más que esto, o la muerte. No sé cuánto tiempo hablé : quizás media hora. Una fuerza que no sé cómo describir me movía, ponía en mi boca las palabras ; era ya casi un autómatas. Le mostré el

frasco de veneno que había sacado del armario, le dije que esto no dolía, que era cuestión de un momento. La obsesioné, padre, la enloquecí ; yo también estaba loco. Leí en sus ojos la elección de la muerte. Saltó de la cama y se fué al cianuro. Sin mirarla me retiré a mi escritorio, y tomé unos papeles. Ella bebió, y tuvo fuerza para tocar la campanilla. Agonizaba cuando llegó la mucama, que me llamó a gritos. Cuando la vi, fijos ya los ojos, desperté. Mi dolor fué sincero. Nadie logró explicarse el suicidio, nadie imaginó la verdad. Yo no pedí cuentas al otro porque todo se habría descubierto. Han pasado tres semanas. Quizás haya leído Ud. la historia en los periódicos, tal cual ellos la conocían. Hice todos los gestos necesarios : había que salvar su honor y el mío : de ella se dijo que padeció un momento de locura, y yo aparecí como un viudo que tiene desgarrado el corazón. ¡ Desgarrado sí, pero por otra cosa !... ¡ No puedo más con la carga de mi crimen, padre ! He pensado en acusarme, pero no hay pena en los códigos para mí, y está el buen nombre de ella. He pensado en matarme, pero no puedo hacerlo, porque lo hizo ella. ¿ Comprende Ud. esto ? ».

Había en la pregunta una indecible amargura.

— « Sí, hijo mío, lo comprendo », respondió el sacerdote.

— « Y ahora ¿ cómo vivir ? ».

— « Ha visto Ud. un comienzo de la verdad, pues no me pregunta *si* hay que vivir, sino *cómo* vivir ».

— « No sé, y me desespero. Ni puedo morir, ni puedo vivir ».

— « Escuche, hijo mío, serene un instante su espíritu. Lo que he de decirle brota del corazón de un sacerdote que, él también, tiene que pedir a Dios todos los días el perdón de sus faltas, y además el de las ajenas. Atienda a lo que he de

explicarle. El mundo, en una situación como la suya, brinda dos soluciones, y el cristianismo una tercera. Aquél le dirá : procura distraerte, olvidar ; busca otra mujer que desaloje el recuerdo de la primera, y hazla, si no tu esposa, tu amante. Con esto, un poco de arte, algún viaje, y tu trabajo, lábrate una vida. Y caso de no poder soportarla, tienes la otra salida : pide si es necesario la energía al alcohol, y pégate un tiro. La solución cristiana es distinta : su fórmula es vivir para reparar ».

— « ¡ Reparar ! ¿ Acaso puedo devolver la vida a la muerta ? ».

— « ¿ Lo haría si pudiera ? ».

— « No lo sé. La repugnancia física, el ver en sus labios los rastros de los besos del otro, me sería insoportable. Pero he hecho mal en matar. ¡ Soy un criminal y un enloquecido ! ».

— « Vuelva a la calma, hijo mío. La muerta, muerta está. Hay Dios tenido misericordia de ella arrancando en su última hora el alma al pecado en que estaba sumida. También ahí tiene Ud. algo que hacer, y luego le diré qué. Pero empleo la palabra *reparar* en un sentido más amplio. Hay que entenderlo ».

— « Dígame en qué consiste », exclamó el hombre ; « si Ud. me da un modo de soportar la vida lo bendeciré todos los días de ella ».

— « Los juristas contemporáneos consideran casi todos nada más que las relaciones de derecho entre hombres, y olvidan que toda justicia establecida entre éstos carece de base suficiente si no descansa en un orden moral, una regla de actividades superior a toda norma humana. Si ésta no depende de una autoridad más alta es esencialmente muda-

ble, y por lo tanto nace de las conveniencias, las teorías en boga, cuando no de la fuerza. Dejemos esto de lado como discusión doctrinaria, y vayamos a su aplicación concreta al caso de Ud. Si con su acto no violó más que una ley humana que en este caso no puede herirlo, todo está extinguido. Hay pueblos bárbaros, y también algunos que se precian de civilizados, que otorgan al marido el derecho de obrar así. Es el grito de Dumas « ¡ mácala ! ». Ni siquiera puede aplicarse a Ud. la teoría de la peligrosidad, porque ninguna probabilidad hay de que repita su gesto y el horror mismo que siente lo preserva de violencias. Para el mundo, aun jurídico, su falta es de las que relativamente tienen menos gravedad ».

— « Pero ¿ y el cristianismo ? ».

— « Según él ha violado Ud. un orden superior, establecido por Dios. Y a Dios es a quien debe Ud. reparación, por encima de la sociedad, y por encima de su esposa muerta. Ha ido Ud. contra el plan divino al destruir una vida antes del término natural fijado por Dios. Esa existencia podía haber sido empleada para el bien, y era deber suyo, de marido, encaminarla, pues la superioridad del esposo no es simplemente de coacción exterior. Cuando San Pablo dice que el varón es cabeza de la mujer, significa entre otras cosas que es en gran parte su pensamiento, su criterio. Este vínculo, Ud. lo tornó ineficaz con su carencia de cristianismo verdadero, lo cortó con sus infidelidades. No hizo lo necesario para preservar a su esposa de la caída, y después de producida ésta, en lugar de tener en cuenta la parte de responsabilidad que le tocaba a Ud. y de levantar a su mujer para entrarse ambos por un camino de reparación del orden moral violado por uno y otra, tronchó bruscamente su vida, la empujó a la desesperación, la sumió en la locura, y suprimió por parte

de ella toda posibilidad de reparar. He aquí el atentado contra esa justicia, contra el plan divino. Frente a ello no puede Ud. permanecer inerte ».

— « Pero ¿hay posibilidades para mí? ¿Existe alguna salida para un hombre que llegó al punto que yo alcancé, o debo entregarme a la desesperación? ».

— « Cuando Cristo agonizaba en la cruz, moría a su lado un salteador de caminos. ¿Qué no había hecho? De seguro sus manos estaban manchadas de sangre, como habían estado colmados sus bolsillos de dinero ajeno. La embriaguez y la impureza eran inseparables de su género de vida, y se albergaba en su conciencia el menosprecio de la ley y el orgullo de su fuerza. Odiaba a sus verdugos, y en la miseria de su patíbulo comenzó a escarnecer a Cristo. Pero al volverse una vez más hacia Él, percibió algo que lo redujo a silencio. El tremendo dolor que lo torturaba no le impidió pensar. La gracia de Dios, ésa que a nadie falta en cierta hora, descendió sobre él. Y su grito se elevó otra vez, para proclamar Dios a Aquél a quien un pueblo entero había rechazado. La respuesta no se dejó esperar: « en verdad, en verdad te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso ».

— « Sí, padre, pero este ladrón murió inmediatamente, y yo tengo que vivir ».

— « Con su ejemplo he querido recordarle tan sólo que ni la cantidad de los pecados ni lo tardío de la hora son motivos para desesperar. Otros hay que vivieron, y le confieso, hijo mío, que siento por ellos gran simpatía. Pienso en Pedro, el Papa que había sido tres veces apóstata; en Pablo, el apóstol que había desempeñado una función capital en el asesinato del primer mártir, Esteban; en Agustín que cuando joven y según él mismo nos lo manifiesta, se avergonzaba de que otro

le llevara ventaja en número y calidad de faltas. Quisiera penetrar más hondo en estas almas, o en la de una María Egipciaca, que antes de ser santa fué prostituta. Encontraban motivos de arrepentimiento, pero también dulzura no sensual sino espiritual en el recuerdo de su pasado, y con la carga de él avanzaban heroicamente a través de la vida, logrando en el perdón de ayer fortaleza para la obra de mañana ».

— « ¿ Quiere Ud. que yo sea como ellos? ».

— « No que marche a par suyo, pero sí que ingrese por el mismo camino. Compréndalo bien, su crimen lo ha arrojado fuera de la banalidad y del adocenamiento. Ud., que mató, no puede ser cualquiera. O hacia la muerte, o hacia la vida. ¿ Destruyó una existencia? : desfiéndala física y moralmente en los demás. ¿ Incurrió en terrible injusticia? : sea soldado de la justicia. ¿ Atentó contra el plan divino? : tome puesto entre sus defensores. Hay que elegir entre esto, o lo otro : los fáciles amores, el enlodamiento progresivo, la abyección ; en adelante le están prohibidos los climas templados. No ha menester para ello abandonar ni su ciudad ni su profesión ; en cualquier parte se consigue ser grande : en un trono, haciendo paquetes detrás de un mostrador de tienda, en la mendicidad. Hay una frase de los salmos que recuerdo constantemente : pon tu confianza en Dios, obra varonilmente, y tu corazón será fortalecido... ».

— « Pero ¿ y el ayer? ¿ Y cuando caiga la exaltación de los primeros días? ».

— « El ayer será para su recuerdo como una enfermedad dolorosa, mas sobrepujada ; días terribles que irán esfumándose. Y en el terreno en que se halla se transformará esencialmente. Porque le queda a Ud. un deber para con su esposa : el de orar por ella. Ud. la precipitó a la muerte en

las peores condiciones morales, no quiso darle lugar a arrepentimiento, la impulsó a cometer un último pecado : el suicidio. Pero en la hora postrera la gracia no falta, y la culpa de esa pobre mujer fué hija más de la flaqueza que de la malicia. Ore por ella, y hágase digno de orar : el recuerdo se teñirá de un amor sobrenaturalizado ; podrá vivir con él. Y por lo que toca a la exaltación en las primeras horas, no ha de haberla. Es serenamente como va el cristiano hacia un bien cada día mayor ».

— « ¿ Debo, pues, elegir entre Cristo y la muerte ? ».

— « Lacordaire lo ha dicho : en ciertas horas no quedan más que dos extremos : la boca de un revólver o los pies de un crucifijo. Lo primero sería el colmo del delito ; queda lo segundo, el amigo que no engaña ».

El hombre guardó silencio por un minuto, y luego preguntó con gran sencillez : « Padre, ¿ puede confesarme ? ».

.

Y trascurrida media hora, mientras los pasos del hombre iban perdiéndose a la distancia, el sacerdote, vuelto sobre sí mismo, repelía por lo bajo la frase del Padre nuestro : *no nos dejes caer en la tentación, mas libranos de mal...*

GUSTAVO J. FRANCESCHI.

NUESTRA CRUZ DEL SUR

No pretendo ocuparme aquí del símbolo del dolor, de la redención, ni del martirio. Es decir, no hablaremos de la cruz de madera, de hierro o de marfil, pues no aspiro a sublimar los ánimos deprimiéndolos dulcemente. Es ése un arte envidiable, pero muy difícil, sin duda.

Al contrario, trataremos de esa cruz luminosa de sencillez encantadora que planea serena y dulcemente alrededor de nuestro polo austral.

Hablaremos entonces de las cuatro estrellas del Dante: « non viste mai, fuor ch'alla prima gente » — tan sólo vistas por los primeros hombres, — frase que hizo cavilar tanto a los comentaristas del gran poema del dolor. Hablaremos de la « Cruz maravillosa », según Pigafetta, compañero de Magallanes, del « Trono de César » según Plinio, aunque él no pudo verla desde Italia, pero sí de Alejandría.

Es bien conocida por los eruditos aquella larga discusión respecto a la interpretación del célebre terceto del Dante, refiriéndose a la Cruz del Sur, sin haberla visto nunca y sin poder verla desde allí, ni aún saliendo del Purgatorio con su ilustre acompañante Virgilio.

*Io mi volsi a man destra, e posí mente
All'altro polo, e vidi quatro stelle
Non viste mai, fuor ch'alla prima gente.*

« Giré hacia la derecha y puse mi imaginación en el otro polo y vi cuatro estrellas, no vistas más que por los primeros hombres ».

Esas cuatro estrellas, decían los comentaristas de entonces, simbolizan las cuatro virtudes cardinales, practicadas y respetadas tan sólo por los primeros hombres.

Non viste mai, fuor ch'alla prima gente.

Pero en verdad, al Dante no se le ocurrió esa broma. Su alusión era directamente astronómica, exenta de todo simbolismo. El Dante, como toda persona decente, fué un apasionado de la astronomía y un erudito en el sistema astronómico de Ptolomeo. Hasta era fuerte en meteorología. La explicación que formula de la lluvia, no puede ser más científica actualmente considerada. Ahora bien : sabemos que Ptolomeo colocaba a la Cruz del Sur — aunque sin darle ese nombre — en la constelación del Centauro.

Sabemos también que el Dante cultivaba relación con algunos astrónomos árabes. Ahora, dada la latitud de la Arabia, la Cruz del Sur, al culminar, es visible desde allí.

Pero prescindiendo de la supuesta amistad con aquellos astrónomos, el hecho es que el Dante conocía los globos celestes dejados por los árabes en Italia y en cuyos globos estaba dibujada la célebre Cruz. En el museo de instrumentos antiguos de astronomía en Florencia, aun debe encontrarse uno de esos globos celestes construído en el año 1080 ; y otra en el museo Cardenal Borgia, ahora museo nacional de Nápoles, construído en el año 1225. Una de las pruebas más convincentes de que el Dante, en su célebre terceto alude a la Cruz del Sur, sería ésta a mi ver : relacionaba la constelación del Carro u Osa Mayor con la visión *in mente* de la

Cruz del Sur ; pues tanto la Osa Mayor como la Cruz del Sur, distan más o menos igualmente de ambos polos celestes, y tienen en conjunto, cada una, más o menos la misma ascensión recta y la misma declinación con signos contrarios. Ahora, por el hecho de corresponderles una *ascensión* recta muy parecida, ambas constelaciones tienen que culminar forzosamente más o menos al mismo tiempo para sus respectivos horizontes. Por lo tanto, es muy lógico, que al imaginarse el Dante esas cuatro estrellas del otro Polo, no vistas más que por los primeros hombres, se dirigiera inmediatamente después a la constelación que hace *pendant* con aquéllas, en oposición diametral, como es la Osa Mayor o el Carro, que había desaparecido en ese mismo momento.

Quien haya leído al Dante recordará sus descripciones exactísimas, a base de peso y de medida.

Es bien sabido que sus comentadores de la primera época no supieron qué pensar de aquel misterioso terceto que nos ocupa.

Esas cuatro estrellas — decían — « no vistas más que por los primeros hombres » deben ser las cuatro virtudes cardinales olvidadas ya en aquella época, y tan sólo respetadas y cumplidas por los primeros hombres.

Más de una vez los comentaristas de la *Divina Comedia* encontráronse en aprietos.

Sin duda no es una mala salida esa de las cuatro virtudes cardinales, pero no pasa de una salida piadosa.

En cambio, la alusión del Dante con su enigmática frase « no vista más que por los primeros hombres », refiriéndose a las cuatro estrellas de la Cruz, es de un concepto científico muy hondo, revelador de su gran erudición en astronomía para aquellos tiempos. No hay duda que conocía muy bien

el sutilísimo fenómeno astronómico llamado « precesión del equinoccio », descubierto por Hiparco y bastante difícil de ser interpretado en la práctica. Sabemos que tal fenómeno se debe a la rotación lentísima del eje del mundo alrededor del eje de la eclíptica. Tal rotación se cumple en casi 26.000 años en sentido inverso al movimiento aparente del Sol en la eclíptica, por cuya razón las dos intersecciones que al cortarse engendran los planos del ecuador y de la eclíptica, llamados « equinoccios », se desplazan constantemente y lentamente, deslizándose, resbalando diré, a lo largo de la eclíptica, círculo o elipse que, para nuestro caso, debemos considerarlo en posición invariable.

Esos dos puntos de contacto o de entrelazamiento llamados « equinoccios », podríamos imaginarlos como dos nudos corredizos, siendo el círculo del ecuador el que resbala en sentido retrógrado. Tal desplazamiento engendra algo así como un majestuoso balanceo de la bóveda celeste, cumpliéndose en casi 26.000 años. Uno de los efectos más sensibles de tal movimiento es el cambio o relevo de la estrella polar.

En estos momentos la estrella que presta los servicios de tal en el hemisferio norte, « alfa » de la Osa Menor, discrepa en un grado y diez minutos del polo celeste. Cada vez irá siendo más polar hasta el año 2100, distando entonces tan sólo veintisiete minutos y medio de arco (27,5).

Después de esa época comenzará a retirarse, hasta que, dentro de trece mil años, distará cuarenta y seis (46) grados del polo. Para entonces habrá sido reemplazada con gran ventaja desde el punto de vista estético, por la hermosa estrella Vega de la Lira, aunque no tan polarmente.

Bueno, pues ; en virtud de tal movimiento, trece mil años

antes del Dante, la Cruz del Sur ya comenzó a ser visible desde Europa, o, mejor dicho, desde cualquier punto situado a cuarenta y cinco grados de latitud norte, pues en esa época la declinación austral de la Cruz era casi de cuarenta y tres grados.

El momento de mayor visibilidad de la Cruz del Sur desde el hemisferio norte, tuvo lugar ocho mil trescientos años antes del Dante. Entonces la declinación austral de la Cruz era tan sólo de veintinueve grados y medio ($29^{\circ}30'$). Por lo tanto, era visible desde más allá de lo que hoy se llama Francia, el centro de Inglaterra, etc.

En fin : hasta cuatro mil años antes del Dante, la Cruz fué visible desde la latitud « cuarenta y cinco » norte (45°) a la altura de seis grados y pico sobre el horizonte, es decir, desde el norte de Italia, sur de Francia y toda España.

Ahora bien ; dadas las creencias religiosas del Dante, la época de la creación del mundo y por lo tanto del hombre, no debía superar a ocho o diez mil años ; desde luego, fueron los « primeros hombres » quienes tan sólo vieron las cuatro estrellas : « non viste mai, fuor ch'alla prima gente ».

Sin embargo, faltaría averiguar dónde aparecieron los primeros hombres ; no todas las ventajas han de ser para el hemisferio norte. Los antiguos persas conocieron muy bien la célebre Cruz, tanto que le dedicaban una fiesta. Después, cuando en virtud del fenómeno indicado, esa constelación desapareció de su horizonte — exceptuando la región extrema sur de Persia, desde donde aun puede vislumbrarse y culminar, a poca altura sobre el horizonte — la substituyeron con la constelación del Delfín, sin duda por su forma romboidal, aunque perdiendo mucho en el cambio, pero de acuerdo con aquello de que a falta de pan...

Iguales consideraciones mereció la Cruz del Sur en la India y en China. Desde una gran parte de la India todavía puede contemplarse muy bien, lo mismo que desde el sur de la China.

Antiguamente la Cruz del Sur figuraba como parte integrante de la constelación del Centauro.

Su separación e independencia parece debérsele a Roger en 1679, aunque tal cosa no esté bien aclarada. Un siglo antes de esa fecha, don Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés — la ociosidad es propicia para los apellidos largos — obtuvo de Carlos V. el lujoso aunque inocente permiso de usar como emblema de sus armas y en premio de su larga estada y sufrimientos en América, « esas cuatro estrellas en cruz ».

Américo Vesputio, en carta a Lorenzo de Médicis, le cuenta que ha visto las cuatro estrellas del Dante, pero no dice en forma de Cruz, sino de una almendra.

El autor Minsheu, en 1617, es decir, sesenta y tantos años antes que Roger, habla del « Crucero » refiriéndose a la Cruz del Sur.

Ahora bien; desde que la invisibilidad de la Cruz del Sur para Europa, o hemisferio norte, no será eterna, ¿cuándo volverá a ser contemplada desde allí? Tomando como punto de referencia a la estrella más austral de la Cruz, y por lo tanto la que más se hace de rogar para ser vista desde el otro hemisferio, y también la más hermosa, la que forma el pie del símbolo, « alfa Crucis », el cálculo de las coordenadas ecuatoriales de esa estrella nos dice que hace unos « tres mil quinientos » años que dejó de ser vista desde latitud 45° norte, es decir, desde el centro de Francia, norte de Italia, etc.

Las otras tres estrellas, « beta », « gamma » y « delta » de

la Cruz, pudieron ser vistas durante un buen tiempo después de desaparecer la estrella « alfa », pues todas ellas tienen menor declinación austral que ésta. Sin embargo, estrictamente, no hace más de dos mil años que la Cruz aun podía ser vista desde el confín sur de España, desde Gibraltar, por ejemplo, rozando el horizonte, pues la declinación de « alfa Crucis » era entonces de cincuenta y dos grados (52°). De lo que se deduce que España es el pueblo que vió la Cruz del Sur hasta el último momento y el primero de Europa que volverá a verla.

Pero si tomamos como valor medio de latitud norte, « cuarenta y cinco grados » ($+ 45^{\circ}$), más o menos, el centro de Francia, toda Italia, buena parte de Austria, etc., la Cruz del Sur volverá a ser vista desde allí el año doce mil trescientos (12.300), permaneciendo visible durante doce mil años. Su altura máxima sobre el horizonte europeo o boreal, tendrá lugar seis mil años después de aquella remota fecha, esto es, el año diez y ocho mil trescientos (18.300), culminando a « quince grados y medio » ($15^{\circ}30'$) sobre el horizonte de la latitud media indicada, pudiendo ser visto entonces desde toda Inglaterra y extremo sur de Suecia. Indudablemente hay sobrado tiempo para que todos esos países proyecten y preparen una fiesta nacional que esté a la altura del celeste acontecimiento.

En fin ; no dejará de ser interesante la siguiente advertencia : dado el lentísimo movimiento propio de las estrellas que componen la Cruz del Sur, dentro de doce o trece mil años su forma habrá cambiado muy poco ; pero, en cambio, habrá ganado mucho en esplendor y belleza, debido a la amable incorporación de una hermosísima estrella que va en marcha con rumbo hacia ella, a razón de un grado en mil

años : me refiero a la célebre estrella Alfa del Centauro que hoy dista más o menos trece grados de la Cruz. Por lo tanto, en la época indicada, ese astro se proyectará sobre el símbolo del dolor, como una enorme gota de sangre iluminada.

Mientras tanto no faltará quien diga ; ¿ y para qué se ocupará este señor de cosas tan remotas y sin ningún valor positivo ?

Es verdad ; estoy conforme con la observación. Pero convengamos también en que estas cosas, por más remotas que sean, siempre resultan más interesantes que muchas otras de actualidad.

MARTÍN GIL.

FERNANDO DE ROJAS

SU OBRA DE HUMANIDAD ESPAÑOLA Y DE ARTE RENACENTISTA *

Ya no estamos ante el fantasma que la erudición procuraba en vano aprisionar todavía a principios de este siglo. Ya no es lícito preguntar, como lo hacía en 1900 el acre hispanista francés Foulché-Delbosc, marchando según su costumbre de contramano y mofándose de la credulidad de los críticos españoles: «¿Quién es ese Fernando de Rojas nacido en Montalván? ¿Dónde ha vivido, qué ha hecho, qué ha escrito y cuándo ha muerto?». Ahora tenemos ante nosotros un cuerpo humano; sabemos ya más que «su nombre, su tierra, en la casa y quizás se hiciera en Sevilla Alonso de Rojas, poeta que había en el corral. Allí, y en los libros que encabezó el libro, grandes y chicas, de las que a través de documentos notariales auténticos, se alinean en lo que va de este siglo, conocemos su linaje, condición y costumbres y hasta podemos penetrar en la intimidad de su vida cotidiana. Así nos fue ignorado el autor de *La Celestina* como ignoramos los

* Esta disertación — inédita hasta ahora — fué leída en 1941 en el aula magna de la Facultad de Filosofía y Letras, en el homenaje a Fernando de Rojas, organizado por la Institución Cultural Española y su presidente don Rafael Vehils en el IV centenario de la muerte del autor de la *Comedia de Calisto y Melibea*.

del *Poema del Cid*, del primitivo *Amadís de Gaula* y del *Lazarillo de Tormes*, cualquier hora sería oportuna para recordar y celebrar esta obra maestra del ingenio español, en la cual confluyen tantas venas castizas y primores forasteros del arte del Renacimiento; pero ciertamente es más grato hacerlo en un acto de agradecimiento al autor, quien, por razones ignoradas, apenas levantó el velo del incógnito, desinteresándose de aquélla como de cosa baladí, juzgada impropia de su condición de jurista, o desentiéndose por peligrosa, por sus puntas heréticas.

Vivamos, pues, con él unos minutos, ya que nos es dado hacerlo, antes de pasar a lo que en verdad importa, su impercedera creación. ¡Quién nos diera poder hacerlo del mismo modo con el Arcipreste de Hita, del cual todo se nos escapa de entre las manos a no ser el nombre y el título eclesiástico!

Vestido con el hábito de San Francisco, el mismo que vestía Cervantes en el ataúd de los priores de abril de 1541, el bachiller de Talavera, vecino de Talavera, los frailes franciscanos, Madre de Dios, a cuya cofradía de Talavera él pertenecía. Su casa no estaba lejos de la iglesia. Adosada al mismo muro de la villa, colindante con la del maestro Rodrigo, el boticario, pagaba anualmente al cabildo de la colegial en enfiteusis perpetua, dos mil maravedís y cuatro gallinas. A través del inventario de sus bienes, hecho y jurado el mismo año por su mujer Leonor Álvarez, su albacea y testamentaria, documento que en 1929 publicó el Marqués Fernando del Valle Lersundi en la *Revista de Filología Española*, pode-

mos asomar en la interioridad doméstica del finado. Azorín, que tan finamente ha imaginado la casa de Calisto y Melibea, a quienes fingió casados, debiera ser el que nos evocase ese interior talaverano del siglo xvi. Había buenas prendas de cama en la casa, viejas algunas, como sus dueños, traídas todas: colchones, almohadas, acericos, frazadas, colchas, mantas, sábanas de hilo, de vitre, de sedeña; buenos manteles en la mesa, lisos, alemanescos, bordados; y en las arcas muchas varas de lienzo y libras de hilado. Al despertar, el bachiller alzaría los ojos al cielo de la cama, de estopa algo raída, pero alegre todavía con sus tres colores amarillo, verde y colorado. En las arcas y costales se apilaba la ropa de vestir, sayuelos de raso o de velarte, chamarras de estameñas, capas, velos a la usanza mora, alguna tira de terciopelo. Una encerraba las conservas, que las criadas prepararían bajo la mirada vigilante del ama. En otras, pequeñas, se guardaban la cera y las candelas. Leonor, más joven que el marido, cuidaba de que en la cocina todo estuviera en orden y no faltaran los enseres necesarios. El pan debía de amasarse en la casa y quizás se hiciera un poco de vino en la lagareta que había en el corral. Allí, y en los cuartos de atrás, las tinajas, grandes y chicas, de las cuales algunas contenían hasta sesenta arrobas, se alineaban de a docenas. Guardaban la harina, el salvado, el vino, el aceite, el agua del pozo. Después de la muerte del bachiller, la viuda vendió cincuenta fanegas de trigo, y aun conservaba en una de sus viñas cuatrocientas treinta de vino blanco. La romana vigilaba los pesos junto con los amos. No faltaba una balancita de pesar sedas, y otra para el oro. Todo muy limpio, aunque viejo, con muchas señales de uso en los muebles y enseres. De aquéllos solamente era nueva, adquirida de poco tiempo,

un arca de nogal grande. En cuanto a ropas, ningún lujo : lo preciso y conveniente. ¿Qué otras necesitaban para andar entre casa o descender hasta la vecina iglesia de Santa María a oír misa y rezar las horas? Alhajas casi no las había en el hogar : dos sortijas de oro, un cerquito de plata, y además, para la toca de Leonor Álvarez, una lanternica y dos prendedorcitos, asimismo de oro. Las cucharas, no más de siete, eran de plata ; y el lujo de la mesa, el salero, de plata dorada.

Debían de vivir solos en la vejez, el bachiller y su esposa, o con la hija menor, soltera, pues en la casa no había más de dos camas. De sus siete hijos, cuatro eran varones. El mayor, Francisco, licenciado, heredó todos los libros de leyes del padre, entre los cuales, tal vez por error, está inventariado un Petrarca, en latín, acaso la edición de Basilea de 1496, de donde extrajo el bachiller las más bellas sentencias con que enfloró en sus años mozos, la *Comedia de Calisto y Melibea*. De las mujeres, Catalina, la mayor, era viuda ; María, casada ; y Juana, soltera. En la casa se conservaba una cuna vieja, quizás aquella en que durmieron los siete.

Mientras Leonor devanaba los hilos, bordaba en el bastidor o hacía guarniciones en los telares, podemos figurarnos a Fernando relejendo sus viejos libros en romance o de leyes, cubierto hasta los pies en invierno con su usada capa de Valencia. Ciertas veces, en el año, iba a la Puebla de Montalván, de donde era natural, a visitar algunos bienes que allí tenía, de los que conservaba en la hora de morir una viña en el pago de Terumbre, arrendada a un vecino. En la Puebla, en la iglesia de San Miguel, estaba enterrado el padre, Garci González Ponce de Rojas. Su madre fué Catalina

de Rojas, de la misma familia del padre. Fuése de su villa natal el bachiller, porque hidalgo e hijo de hidalgo, y vecino libre, exento de pechos, no pudo sufrir, lo mismo que otros de su condición, los malos tratos y exigencias del señor de la Puebla. En Talavera casó con Leonor, y fué por breve tiempo alcalde mayor, pocos años antes de fenecer. En la vejez vivía de las rentas de sus ciento sesenta y tantos mil maravedises de censo al quitar, como eran llamados entonces los préstamos hipotecarios, dados sobre casas, viñas, majuelos, colmenares, molinos, que le redituaban poco más del ocho y medio por ciento, y aun prestados mano a mano, muy honesta inversión del capital, común en aquellos tiempos de economía rudimentaria. Al atardecer o después de cenar, quizás echase el bachiller una partida de ajedrez con su mujer o algún vecino. Un viejo tratado, puede suponerse que el de Luis de Lucena, impreso en Salamanca en 1497, que él guardaba en su librería, lo haría lucirse con alguna jugada maestra. Lo heredó la mujer, junto con sus demás libros en romance, algunos muy viejos, todos gastados, y no pocos rotos del mucho uso.

No era pobre librería la suya para un particular, con su centenar de volúmenes, en aquel tiempo. Además de los *Evangelios* y las *Epistolas*, trasladados por Gonzalo de Santa María, de una *Flos Sanctorum*, en romance, de los *Diálogos Cristianos* y algún otro libro de religión, había en ella la *Caída de Príncipes* y las *Mujeres ilustres* del Boccaccio, los *Triunfos* del Petrarca, las *Epistolas* de Séneca, las *Metamorfosis* de Ovidio, las *Fábulas* de Esopo, un Flavio Josefo, la *Crónica Troyana* de Guido de Columna, la reciente traducción del *Cortesano* hecha por Boscán, el tratado *de Consolación* de Boecio y la *Iliada* puesta en romance por Juan de

Mena. Figuraban los más famosos autores castellanos: la *Crónica del Rey don Pedro* del canciller Ayala, la del *Rey don Rodrigo* de Pedro del Corral, los *Proverbios* del Marqués de Santillana, la *Vida de Cristo* de Juan de Padilla, la *Visión delectable* de Alfonso de la Torre, la *Crónica de España* de Diego de Valera, la *Cárcel de amor*, varias obras de Fernán Pérez de Guzmán, las *Trescientas* de Juan de Mena con la glosa de Fernán Núñez, la *Propalladia* de Torres Naharro, el *Reloj de Príncipes* de Antonio de Guevara, el *Anfitrión* de Pérez de Oliva. Algunos de éstos, en ediciones incunables, el bachiller debía sabérselos de memoria desde los días en que compuso su libro, exprimiéndoles en él la substancia. Después vinieron otras lecturas. En biblioteca tan selecta no podía faltar una edición del *Cancionero General* de Hernando del Castillo. También había un tratado de Erasmo sobre la paz, traducido por el arcediano de Sevilla Diego López. Fue el bachiller en su madurez aficionado a los libros de caballerías — ¿quién no lo era entonces? Había leído con otros varios, el *Amadís*, las *Sergas de Esplandián*, posiblemente el *Amadís de Grecia* y el *Palmerín de Oliva*, el *Primaleón*, el *Caballero Platir*, el *Guarino Mezquino*. No se cuentan entre estos volúmenes otros que retenía de su colega el bachiller Cáceres, empeñados por éste en doce ducados, todavía recordados en la hora de la muerte.

Había además en la biblioteca un tomito indicado en el inventario bajo el título de « el libro de Calisto ».

He aquí un motivo de espinosa meditación. El año que murió Fernando de Rojas ya existían del libro que, según todas las pruebas y por no desmentida tradición consignada en documentos contemporáneos él compuso, no menos de

veintidós ediciones, impresas en las más apartadas ciudades: Burgos, Salamanca, Sevilla, Zaragoza, Valencia, Barcelona, Toledo, Medina del Campo, Venecia, Amberes, Lisboa, una traducción italiana, ya antigua, y otra francesa. Eran los mismos años en que el bachiller Alonso Martínez escribía en la *Suna de doctrina cristiana*, de 1555: « No se tiene por contento el que no tiene en su casa cuatro o cinco *Celestinas* ». Sin embargo, Fernando de Rojas no guardaba más que un ejemplar, tal vez de la primera edición, y parecía haberse desentendido de todos los derechos que podía alegar sobre su libro — con ser éstos tan aleatorios en aquellos tiempos — sin hacer mérito de haberlo escrito, pues ninguna constancia de ello hay en el testamento ni en el inventario de sus bienes, tan escrupulosos en el detalle.

El argumento de Foulché-Delbosc de que la atribución de *La Celestina* al bachiller Fernando de Rojas nació de una falsa jactancia suya, argumento inocente porque complica el problema antes que resolverlo, queda plenamente destruido por la indiferencia dicha. Ya no hay ningún motivo para dudar que el bachiller compuso en sus años mozos el famoso libro. El autor no dió su nombre; pero lo declara el acróstico puesto por el editor Alonso de Proaza a la segunda edición conocida, la de Sevilla de 1501, todavía en dieciséis actos; consta la paternidad de la obra, como hecho cierto y sabido, en el proceso formado por la Inquisición de Toledo al suegro de Fernando de Rojas, el converso Álvaro de Montalván, y aparece como tradición constante en varios documentos del siglo XVI, incluso en la probanza de hidalguía de sangre, ofrecida por un su nieto medio siglo después de la muerte del abuelo, publicada también en fecha reciente por el marqués del Valle Lersundi, descendiente de aquéllos.

Aparte de esto, todo es misterio en la elaboración de la obra. Ramiro de Maeztu pretendió ver en la condición de judío converso de Fernando de Rojas la explicación del pensamiento profundo de *La Celestina*. El autor habría descargado en la obra los sentimientos que le indujeron a abandonar la fe de sus mayores, sin adoptar tampoco de corazón la nueva fe. Esto es lo que se dice freudismo *avant la lettre*. Había dejado de ser judío; pero su espíritu aun no era cristiano. Sobre esta hipótesis y sobre el supuesto temor de que la Inquisición penetrara en lo hondo de su pensamiento, podía asentarse la explicación de por qué procedió tan cautamente en todo el proceso de las primeras ediciones de la obra, escondiendo primeramente su nombre, declarándolo luego en el acróstico y desviando parte de la responsabilidad sobre los dos ilustres autores, Juan de Mena y Rodrigo Cota, a quienes el prólogo de la tercera edición atribuye dubitativamente el primer acto, que él habría continuado.

¿Pero era en verdad converso Fernando de Rojas? Tal lo nombra la Inquisición de Toledo, rechazándolo, por sospechoso, como abogado del suegro. Sin embargo todas las demás probanzas notariales nos dicen que nació y casó en el seno de la iglesia, así como casados cristianamente fueron sus padres. Más verdadero parece ser, pues, considerarlo de linaje de conversos, admitiendo que tales fueron aquéllos. La hipótesis de Maeztu se debilita, y pierden fuerza de convicción las consecuencias morales que de ella quiso sacar el ilustre ensayista, con más razón si se las confronta con las cordiales protestas de acendrada fe que hizo el bachiller en su testamento y con las muchas disposiciones piadosas contenidas en éste.

Queda inconvencible, no obstante, el hecho de que la obra

nació rodeada de misterio : primeramente es la *Comedia de Calisto y Melibea*, en dieciséis actos, en la edición de Burgos, de 1499 — la primera, a no dudarlo, — sin versos preliminares, ni prólogos ; después la de Sevilla de 1501, con los acrósticos y la carta del autor a un su amigo, donde dice cómo y por qué la compuso, continuando una ficción hallada inconclusa en unos papeles anónimos ; por último, la de Sevilla de 1502, con el título cambiado por el de « tragicomedia », alargada hasta veintiún actos con la intercalación de muchos pasajes nuevos, la adición de otro prólogo y la atribución, manifiestamente amañada, del primer acto, a Juan de Mena o Rodrigo Cota.

Nunca sabremos qué parte tuvo el autor en estas refundiciones. ¿Deberemos aceptar que él compuso solamente la comedia primigenia, encubriendo su nombre y desentendiéndose luego de ella, habiendo corrido los demás agregados por cuenta del editor Alonso de Proaza, o bien que intervino directa o indirectamente en las modificaciones posteriores? La discusión del punto no está agotada. La atribución del primer acto a un autor distinto, fuera éste quien fuese y fuera quien fuera el que la inventó, es una superchería patente. Los débiles argumentos de orden más gramatical que estilístico o fundados en las fuentes con que se ha querido validarla, no alcanzan a conmover la impresión viva que se recibe de una obra que tiene una perfecta unidad. La *Comedia* en dieciséis actos fué compuesta por Fernando de Rojas con posterioridad a la toma de Granada, probablemente después de 1496, cuando él ya había leído y ampliamente aprovechado la edición de las obras latinas del Petrarca, como ha probado Castro Guisasola, y por otros diversos indicios, hacia 1498. Cuanto a los añadidos posteriores es más difícil

dar un juicio seguro ; porque aparte de no ser artículo dogmático sino impresión puramente personal, que la obra extendida hasta veintiún actos, tal como la leemos ahora, con la poética escena de la cita postrera entre Calisto y Melibea, sea estéticamente inferior a la primera redacción, nada impide admitir que los desarrollos retóricos de ciertos parlamentos, si bien un tanto enfadosos por demasiado prolijos, sean obra del mismo autor. No habría sido Rojas el primero ni el último que retocó su obra con diversa fortuna. A mí me contenta la conjetura más sencilla : que la *Celestina*, salvando ciertas intervenciones de escasa importancia de los impresores, fué concebida por un solo autor y ejecutada en dos tiempos inmediatos.

Aquél era un hombre joven, hoy lo sabemos con certidumbre. Que la escribiese o no en quince días de vacaciones como lo dice la carta-prólogo, si bien no lo creo, no puedo negarlo rotundamente ; pero que fué compuesta por quien era todavía escolar, « distraído de los derechos », por « recreación de su principal estudio », no choca a la razón ; ¿Qué experiencias de la vida hay en *La Celestina* que no pudiera conocer un estudiante de leyes a punto de aprobar el bachillerato universitario ? Esto ya lo preguntó Menéndez y Pelayo, contestándolo satisfactoriamente. Lo demás es fruto de lecturas : en cada uno de sus frases, en cada una de sus escenas está presente la literatura humanística de la época, que aquellos estudiantes devorarían. Calisto, si atrevido y ardiente como mozo, es un hombre formado. Tiene, sin embargo, veintitrés años. Se lo dice la madre Celestina a Melibea, para engolosinarla. ¿Le habrá dado Fernando de Rojas su propia edad cuando lo echó a rodar por el mundo ?

Probablemente, un estudiante salmantino, con la cabeza

llena de comedias latinas e italianas, de versos, de mitología, de sentencias morales; que tiene fresca la lectura de la *Fiameta*, de la *Cárcel de amor*, del *Tristán de Leonís*, de la pecaminosa historia de *Eurialo y Lucrecia* de Eneas Silvio, el cual también deseaba olvidar su obra juvenil cuando ocupó la cátedra de San Pedro bajo el nombre de Pío Segundo. No ignorante tampoco de los encuentros furtivos con doncellas y casadas y con los goces más fáciles que ofrecían las mozas « enamoradas », como Areusa y Elicia, las pupilas de la madre Celestina. La Puebla de Montalván estaba a cinco leguas de Toledo. Con reminiscencias de la ciudad Imperial y de la docta compuso Rojas la ciudad ideal donde se desarrolla la acción de la *Tragicomedia*. Los frescos aires de la ribera que Pleberio invita a ver a su hija desde la alta azotea de la casa, nos recuerdan los del Tajo, sin necesidad de recurrir al Guadalquivir, como pretendió Blanco White; desde aquella torre se gozaba de « la deleitosa vista de los navíos », las embarcaciones menores que ya entonces navegaban el río aurífero. Las tenerías en la cuesta del río, donde tenía Celestina su casa, lo mismo pueden ser salmantinas o toledanas; y referencias a calles y lugares las hay de las dos ciudades en la *Tragicomedia*, creación de ambiente realistamente español, por más que quede sin definirse.

Obra libresca, escrita acaso con los textos por delante o muy frescos en la memoria, de los cuales el autor extraía moralidades y sentencias, pudo resultar igual a tantas comedias del Renacimiento italiano, imitadas de las latinas, convencionales, retóricas, sin vida auténtica, y nació en cambio, por virtud del genio creador, una potente creación humana, inconfundiblemente española, un drama verdadero y amargo, rico de contrastes, como Shakespeare, que también era

ducho en apropiarse ajenos dichos e invenciones, supo componerlos un siglo más tarde. Trascendiendo la imitación formal de los clásicos, se afirma en él una visión libérrima de la vida, a la vez gozosa y trágica, tan amplia y varia que no tiene par en ninguna obra castellana precedente, tampoco en la triunfante exaltación del amor loco del mundo cantada por el Arcipreste de Hita, fragmentario y limitado por la intención satírica y didáctica, y no es superada sino por el mundo cervantino, el teatro de Tirso y de Lope o la novela galdosiana.

El cuadro de la acción lo había ofrecido el *Pamphilus* del anónimo imitador de Ovidio del siglo XII, ya humanizado por Juan Ruiz en la amena historia de don Melón y doña Endrina. Pero si « doña Endrina e don Melón en uno casados son », Melibea y Calisto acabarán su corta aventura de otra suerte. *La Celestina* es el *Pánfilo* vuelto a lo trágico. El amor es fuente de pesar y de muerte en la tragicomedia de Rojas y el destino es cruel con los hombres. La lamentación del padre acongojado en el último acto es el fúnebre comentario de la desdichada historia. Hace las veces del coro en las tragedias de Esquilo. El pesimismo de Jorge Manrique es el del cristiano que sabe que este mundo es el camino para el otro, que es morada sin pesar, donde descansamos al morir; pero ¿qué espera Pleberio de este « laberinto de errores », « desierto espantable », « morada de fieras », « laguna llena de cieno », « huerto florido y sin fruto », « río de lágrimas », « mar de miserias », « trabajo sin provecho », « dulce ponzoña »? No hay consuelo para él. Para Mácbeth la vida es « un histrión que pasa por el teatro y a quien se olvida después, la vana y ruidosa fábula de un necio ». Para Pleberio, « un juego de hombres que andan en corro », « vana

esperanza, falsa alegría, verdadero dolor ». Verdad que aquí repetía al Petrarca; pero hay algo más que un aplicado esfuerzo de traducción de sentencias ajenas en este pasaje: el autor se ha compenetrado con ellas, las ha hecho suyas, les ha comunicado el calor de la persuasión, las ha confirmado con la aciaga muerte de los dos amantes. La obra concluye con una desesperada interrogación: ¿qué hará Pleberio, triste y solo en este valle de lágrimas?

No es la experiencia de la vida la que puso en la pluma de Rojas estas amargas invectivas, eternas cuanto el mundo de los hombres, sino precisamente su juventud. Los jóvenes, cuando llevan algo adentro, son inclinados al pesimismo, siquiera intelectualmente. Si es verdad que el *Werther* fué causa de suicidios, lo fué, sin duda, de hombres jóvenes. Chatterton se mata a los diez y siete años. El « Amaro e noia la vita e fango é il mondo » leopardiano ha sido gustado más por los que empiezan a vivir que por los viejos, quienes van haciéndose una caparazón filosófica a las asperezas de la existencia. Posiblemente, en el anciano abogado que vegetaba en su casa propia de Talavera entre sus usados libros y la vigilancia de sus rentas, y moría asegurando la salvación de su alma con abundantes mandas piadosas, ya no quedaban sino resabios del mal sabor de boca que sintió el escolar salmantino no bien hubo gustado los frutos amargos de la sabiduría antigua. Para él los hechos de la vida no estaban regidos por ningún orden: para el bachiller talaverano las cosas ya habían entrado cada una en el marco que les forman la costumbre y la resignación. Pero no es la filosofía, no son las sentencias morales, que tienen algo o mucho de cosa prestada, lo que hace el valor de *La Celestina*. Antes que mirarla como una obra filosófica, debemos ver en ella una acción

dramática animada, colorida, palpitante. La lengua fluye natural, sabrosa, rica de donaires. Saltando los parlamentos retóricos, alargados fastidiosamente en la redacción definitiva, y aquellos pasajes en que la prosa cortesana del Renacimiento ahoga la espontaneidad del habla popular, no hay prosa más ágil ni más varia en ningún libro español hasta llegar a Cervantes. Rojas había de forjársela con muy escasos antecedentes: el más inmediato, su coterráneo el Arcipreste de Talavera en algunos pasajes felices del *Corbacho*. El habla viva, tratada artísticamente en prosa, llega de golpe con Fernando de Rojas a la perfección. Él encuentra el ritmo del diálogo, flexible, cortado, incisivo. Heredó un bien escaso y dejó una riquísima herencia, de la cual aprovecharon el naciente teatro español, la novela picaresca, Cervantes, Lope de Vega, Quevedo. La forma de la prosa dramática española queda fijada en este primer ensayo.

Hay todavía afectación en ciertos discursos, redundancias que caen en la verbosidad, cultismos, frecuentes inversiones al modo latino; pero estos que ahora parecen defectos, y ya lo eran algunos para Juan de Valdés, si mirados con criterio histórico son primores en que se adiestraba la prosa de aquel tiempo, para elevarse del « rudo y desierto romance » — como lo llamó Juan de Mena — a la altura del supremo modelo, la lengua latina. Fernando de Rojas lo hizo con felicidad incomparablemente mayor que la del poeta del *Laberinto*, con más arte que el Arcipreste de Talavera, con mayor discreción que el artificiosísimo Antonio de Guevara. Las elegancias latinas de su estilo responden a una noble aspiración artística que es la del Renacimiento; y si enriquecer la lengua, enjoyarla con dicciones y reminiscencias cultas de ilustre abolengo, pulir y redondear la frase, volverla en todos sen-

tidos hasta descubrirle un ritmo cadencioso y sonoro fué pecado, antes que Rojas pecaron los italianos, sus otros modelos, y con ellos todos los escritores de la Europa occidental del Quinientos y aun los del Seiscientos, hasta alcanzarse la depuración y equilibrio convenientes. Contemplando estos fenómenos literarios como afanosos procesos en busca de la perfección de la lengua literaria, Fernando de Rojas ocupa preeminente lugar en el que se desarrolló en España en la época de los Reyes Católicos y de Carlos V.

Nada certifica mejor el valor artístico formal de *La Celestina*, su anticipada modernidad, superior a la de cualquiera otra obra de su tiempo, italiana o francesa — me refiero a las de literatura amena — que el placer con que aun hoy es leída. No celebramos esta tarde una pieza de museo o de clase de retórica, sino un libro vivo, que todavía despierta ecos en nuestra sensibilidad. Esto, porque fué una obra de plenitud renacentista, que apenas muestra débiles ataduras con la Edad Media. En ella ha penetrado el sentido humanista del Renacimiento; su inquietud y curiosidad ilimitadas; su jovialidad. Por un lado mira a revivir en la elocución la belleza clásica y se enriquece con sus sentencias brillantes o profundas; por otro, vuelve los ojos a las expresiones espontáneas, universales, sin dejar de ser castizas, de la vida y el espíritu humano, recogiendo de aquélla las esencias más sutiles y de éste la sabiduría contenida en el refranero y en los villancicos del pueblo.

Por la expresión viven las obras literarias. El arte no es otra cosa. Por eso he hablado de ella, no sólo como forma, sino como animadora de un contenido vital. Calisto, Melibea, la madre Celestina, sus pupilas, los criados, son seres de carne y hueso y no entes abstractos, porque las palabras

que fluyen de sus labios se pliegan dóciles a sus más escondidos pensamientos y pasiones. A través de ellas se expresa el tumulto cómico del mundo, un hondo sentimiento trágico de la vida y la intuición penetrante de los conflictos del corazón. La seducción de Melibea, que lleva a cabo Celestina en el cuarto acto, es una obra maestra de destreza psicológica, que no necesitaba para cumplir su propósito, la impertinente invocación al diablo de que con razón se burló Azorín. Los diálogos de los rufianes y las mozas son de un crudo naturalismo que no admite retoques. La escena del acto décimosexto en que Melibea oye, avergonzada, las alabanzas inmerecidas que de ella hacen sus padres, es de una finura psicológica excepcional. Los acentos ardorosos de Melibea y Calisto en las dos citas de amor, aun los desgarrados de Melibea en la segunda, que críticos y anotadores tercicos quisieron negar a la pluma de Rojas, achacándoselos al corrector, son de una magnífica fuerza pasional y sensual.

« Todo se goza este huerto con tu venida. Mira la luna cuán clara se nos muestra, mira las nubes cómo huyen. Oye la corriente agua de esta fontecica cuanto más suave murmullo su río lleva por las frescas yerbas! » — gime Melibea, yendo al encuentro de Calisto. No digáis: retórica. Si lo es, no lo es menos el diálogo profuso, enjoyado de imágenes, de Romeo y Julieta en el jardín de Capuleto. Es la poesía del amor estilizada por un arte sabio, cuya opulencia desdeñó la comedia realista del siglo XIX, divorciando el teatro de la literatura para ofrecerle a aquél un más estrecho enlace con la prosa cotidiana. Es una verdad poética de otra esfera que la desnuda verdad del diálogo ordinario, que tampoco ignoraba Fernando de Rojas, según vimos.

Se ha escrito mucha metafísica del amor a propósito de

Calisto y Melibea. Nada hay, sin embargo, de complicado en su tragedia. Es la pasión fogosa, desatada en la carne y el corazón de dos mozos, gallardo él, de gentil apostura, de noble linaje; blanca ella más que la nieve, de rubio y crinado cabello, pecho alto y redondo, labios gruesos y sensuales, ojos verdes, rasgados, sombreados por largas pestañas, — concebida esa pasión por quien acaso no tenía más años que Calisto y se quemaba en un fuego semejante. Pasión de la carne, sin reconditeces psicológicas, que oficia un solo rito y, cuando no se agota en la saciedad, mata a sus devotos, si les falta el cáliz donde beber sus delicias. ¿Cuál muerte más natural que la de Calisto, despeñándose de la escala por donde había ascendido a la gloria? ¿Cuál más natural que la de Melibea, doncella de alta sangre, bruscamente privada de su honra y su amor? Hablen por ella las incontables mujeres que eligieron el mismo camino. Allí estaban además, a mano, los ejemplos clásicos, que justificaban el suicidio: el poema de *Hero y Leandro*, cuya traducción latina era de 1494, o mejor, la *Fiameta* de Boccaccio, traducida en Salamanca en 1496, cuya vehemencia retórica se refleja asimismo en el discurso postrero de Melibea. Solución pagana, no cristiana, en verdad: apoteosis del amor triunfante por sobre las leyes humanas y divinas, que flotaban en la literatura en boga en la época de los Reyes Católicos desde la *Fiameta* al *Eurialo y Lucrecia*, desde el *Tristán de Leonís* a la *Cárcel de amor*.

Pero hay algo en el libro que celebramos, de más subido valor que la apasionante tragedia de Calisto y Melibea. Es la figura de la vieja tercera, que desde la traducción italiana de Alfonso Ordóñez, de 1519, dió nombre a la *Tragicomedia*, relegando a un segundo plano a los dos infelices amantes. Si

la más alta gloria de un autor dramático es crear seres vivos, caracteres más verdaderos que todos aquellos que nos movemos por el mundo como sombras huidizas, en seguida desvanecidas apenas proyectadas, Fernando de Rojas la alcanzó, colocándose al lado de los demiurgos geniales que inmortalizaron a los hijos de su fantasía. Es un lugar común que la madre Celestina podría figurar sin desmedro en la galería de las criaturas shakespirianas. La vieja tercera, que tenía larga progenie en la literatura latina, ya prefigurada pintorescamente antes de Rojas en la poesía castellana por la Trotaconventos, cobra vida imperecedera en la *Tragicomedia de Calisto y Melibea*. No hay creación humana sin precedentes. Otros *Juicios finales* habían sido pintados antes del de Miguel Ángel; Shakespeare no inventó a Romeo y Julieta, como tampoco Goethe al doctor Fausto. Pero el modelo definitivo oscurece o borra por siempre a los precursores. Tal ha sido la suerte de Celestina. Todas las « lenas » del teatro latino e italiano se amontonan en confuso tropel detrás de su figura inolvidable de vieja embaucadora y zurcidora de voluntades desconcertadas. No aumentamos de un dedo su estatura estética, haciéndola ministra satánica del mal. ¿Por qué no verla como es a esta gozadora de la vida, labradora, perfumera, curandera de niños, profesora de « beauté » y de otras cosas más escondidas, remediadora de enamorados y un poquito hechicera? Por lo demás una agradable persona: devota, bastante amiga de empinar el codo, codiciosa, un poco lasciva; amiga de todos, aunque a todos sospechosa. Astuta y bonachona, conoce las innumerables sendas de la seducción, que le enseña su experiencia de sesentona corrida y no su diablo de mentirijillas. « A las duras peñas promoverá e provocará a lujuria, si quiere »

— dice Sempronio. « En naciendo la mochacha, le explica ella socarronamente al criado, la hago escribir en mi registro, e esto para saber cuantas se me salen de la red ». De eso vive. « ¿ Habíame de mantener el viento ? » — pregunta. « ¿ Heredé otra herencia ? ¿ Tengo otra casa o viña ? ¿ Conócesme otra hacienda, más deste oficio ? ¿ De qué como e bebo ? ¿ De qué visto e calzo ?... Quien no supiere mi nombre e mi casa, tenlo por extranjero ». Su lenguaje, sentencioso, elíptico, pintoresco, lleno de imprevistos, es un regalo para quien lo oye. Para cada uno encuentra la palabra necesaria, que habrá de ablandarle el corazón o descorrerle la bolsa. No es un ser monstruoso y diabólico, sino cabalmente humano. Ella hace su oficio. « Vivo de él, como cada cual oficial del suyo, muy limpiamente — dice sincera. A quien no me quiere no le busco. De mi casa me vienen a sacar, en mi casa me ruegan. Si bien o mal vivo, Dios es el testigo de mi corazón ».

Cervantes la habría aprobado por boca de don Quijote, cuando el hidalgo dice del ejercicio terceril « que es oficio de discretos, y necesarísimo en la república bien ordenada, y que no le debía ejercer sino gente muy bien nacida ; y aun había de haber veedor y examinador de los tales ». Es lástima que dejara para otra ocasión, como lo prometió, dar las razones de tan extraño juicio, que no sabemos si va de veras o de burlas ; lo cierto es que siendo el oficio « necesario » en aquellos tiempos de encerradas y separación de los sexos, no podía andar « entre gente idiota y de poco entendimiento... de pocos años y de poca experiencia ». Lo que no podía decirse de la vieja barbuda, el más perfecto ejemplar que salió de manos de escritor, de la madurez y sabiduría en sanar a los afligidos de mal de amores.

El tipo, convertido en un carácter viviente, quedaba definitivamente fijado. En su molde serían modeladas sus innumerables sucesoras en la novela y el teatro españoles. Pero ¡qué diferencia entre el ser vivo y la copia de taller! La Gerarda de *La Dorotea* es una impertinente bachillera al lado de Celestina.

La influencia ejercida por la *Tragicomedia* sobre la literatura posterior no es su menor gloria. Una obra de arte vale no sólo en sí, sino por su irradiación. La historia literaria, que es la de las excelencias del espíritu humano, atiende muy especialmente a las influencias de unas obras sobre otras, ya por imitación, ya por reacción. En este sentido la fecundidad de *La Celestina* da la medida de su valor estético y significación histórica. Quizás no haya en la literatura española ningún libro que ejerciera más dilatado influjo. Las imitaciones que suscitó desde su aparición ocupan un largo capítulo de esa historia. Apenas hay obra teatral de la primera mitad del siglo XVI donde no se descubran reminiscencias de la *Tragicomedia*. Desde Juan del Encina, su primer imitador en el teatro, hasta Rey de Artieda, su filosofía pesimista del amor domina en el drama español. Después éste siguió por otros rumbos; sin embargo, el de Lope abunda en caracteres, situaciones, ideas, diálogos celestinescos. *La Dorotea* nace de *La Celestina*. El refrancro de Sancho Panza es hijo del de la vieja zorra. Muchos gérmenes de la novela picaresca se descubren en la *Tragicomedia*. El bellaco fanfarrón y cobarde, el *miles gloriosus* de procedencia plautina y terenciana, tantas veces repetido después en comedias, pasos y entremeses; el tipo del rufián que tan briosa expresión halló en las jácaras de Quevedo, tiene su más antigua manifestación en la literatura castellana en el Centurio de Fernando

de Rojas. ¿Y cómo medir la influencia vivificadora de su prosa, la más castiza y valiente en el diálogo dramático, igualada a veces por Lope de Rueda y por Cervantes, nunca superada?

Tal es la gloria del bachiller talaverano que moría serenamente, encomendando su alma a Dios, en un día de primavera de 1541. Al dictar días antes su testamento, él no esperaba otra gloria que la que es dada « en galardón a los buenos que bien obraren ». ¿Tendría presente en ese momento, mientras su esperanza volaba al cielo, allá en el secreto de su corazón, la amonestación de la Muerte al Maestro en la copla de Manrique?

No se os haga tan amarga
la batalla temerosa
que esperáis,
pues otra vida más larga
de fama tan gloriosa
acá dejáis...

¿El se ha llevado el secreto consigo. ¿Alcanzó la trascendencia de su obra? Escéptico, apartándose de los quebraderos de cabeza que da el cultivo de las letras ¿puso por encima de éstas otros intereses terrenales? El caso no sería único entre los escritores de cualquier tiempo.

Pero nadie escapa a su destino, y el suyo, bien merecido, fué el de durar en nuestra memoria. Digno de tal juzgó él al supuesto autor al cual dijo continuar, anticipándose al juicio de la posteridad sobre la obra entera.

Si pudiera alargar esta disertación más de lo discreto, convocaría ahora en torno de él, en los Campos Elíseos, donde, según antigua tradición literaria, dialogan los muertos, o bien,

en la morada de los santos, a la cual el bachiller ambicionó subir como cristiano, las sombras ilustres de sus pares. Por supuesto no faltarían ni Lope ni Cervantes, admiradores suyos fieles; ni el Arcipreste de Hita, su liberal acreedor. ¡Qué hermoso diálogo lucianesco podría escribirse por quien supiera hacerlo! Shakespeare consolaría al bachiller de los agravios que la crítica le ha hecho, hasta negarle la paternidad de su obra, ofreciéndose como ejemplo de desconsideración e ingratitud aun mayores. Y perdóneme la Santa de Ávila si me atrevo a imaginár que, sin mezclarse a la tertulia profana — aunque no era mujer gazmoña — miraría a Fernando de Rojas con ojos amigos, perdonándole las blasfemias juveniles del impetuoso Calisto, siquiera porque hizo hablar la prosa castellana con esa llaneza y facilidad, esa deleitosa elegancia que ella tanto amaba y en que fué involuntaria maestra.

ROBERTO F. GIUSTI.

EL HOMBRE DE CIENCIA

Hombre de ciencia es quien se dedica en forma exclusiva o preponderante a investigar la verdad, hallando conocimientos nuevos, y no el simple erudito que repite lo ya conocido. Lo que lo distingue y caracteriza es su consagración a la investigación original y la profundidad de sus estudios.

La investigación científica consiste en la búsqueda permanente de la verdad por métodos objetivos adecuados y precisos. Las diligencias para tal pesquisa deben llevarse a cabo concienzudamente, en forma continua y sin interrupción, como lo expresa muy bien la palabra inglesa *research*, que literalmente significa una búsqueda incesantemente repetida, o sea, buscar y volver a buscar para aclarar cada vez mejor.

La necesidad de investigar obedece a razones múltiples, entre las cuales :

1° Psicológicas : satisfacción de la curiosidad, ansia de adquirir conocimientos, jerarquía y poder.

2° Racionales : deseo de comprender al hombre y al mundo exterior ; el conocimiento previo es base de toda acción acertada.

3° Sociales : aplicar el conocimiento al mayor bienestar físico y mental del hombre, y a mejorar sus condiciones de vida.

4° Patrióticas : deseo de aumentar la cultura, la jerarquía, el poder y hasta la independencia de su continente, país, región, ciudad o escuela, lo cual se obtiene por el adelanto cultural y técnico mantenido por la investigación permanente.

El conocimiento previo correcto es la base indispensable de toda acción humana acertada y benéfica. Para llegar a él debe realizarse permanentemente la investigación original desinteresada, puesto que el cultivo de las ciencias puras es la base de la que derivan todas las aplicaciones prácticas y el adelanto técnico. Las ciencias viven y progresan mediante la investigación.

A la investigación no la realizan los laboratorios ni los hospitales, sino los hombres competentes que trabajan en ellos. La mayor falta que suele cometerse es la fe ciega en los edificios e instrumentos y la ignorancia de que lo más importante es formar hombres dotados y sobresalientes y luego apoyarlos. En la investigación las ideas son más importantes que el dinero, la instalación y el equipo de los laboratorios. Nada es tan valioso y fundamental como el hombre, pues sin un cerebro descollante solo se conseguirán realizar gastos, pero no se obtendrá un rendimiento.

Se reconoce al hombre de ciencia auténtico por una serie de rasgos característicos. En primer lugar por su entusiasmo por la ciencia, pues está enamorado de la verdad y dedica su vida a encontrarla y luego hacerla triunfar. Su gloria es verla resplandecer respetada por todos.

Es un rasgo distintivo del investigador verdadero su consagración constante y devota a la investigación, a la cual dedica todo el tiempo disponible, robado a menudo a otros compromisos.

Su desinterés es profundo, pues lo único que busca es poder trabajar bien. Se satisface con realizar un descubrimiento o establecer una ley, porque más que el amor a la gloria o a la fama, lo inspira una devoción religiosa por la ciencia, pasión dominante a la que suele consagrarse con fidelidad definitiva y sin detenerse por las mayores dificultades. En mi concepto, sólo cuando llega a hacer sacrificios estamos seguros de que la vocación de un hombre de ciencia es firme y sincera.

Una de las más bellas virtudes que me ha sido dado comprobar en eminentes investigadores ha sido la generosidad. He visto en ellos el ansia de apoyo paternal a los que se forman, el deseo de ayudar a las investigaciones con la sola recompensa de hallar algo nuevo, sin preocuparse mucho de figurar como autor del trabajo. Pienso que hay que dar ampliamente todo lo que se sabe, sin reticencias ni ocultamientos, porque es correcto y agradable hacerlo así. Por otra parte, estimo que sólo puede dar el que posee, y considero bien pobre al que no prodiga sus ideas, pues parece que teme cederlas y no llegar a tener otras nuevas.

Curioso e insatisfecho con el conocimiento actual, el hombre de ciencia se resiste a aceptarlo como definitivo, y procura reinvestigar sus fundamentos y examinar su solidez y sus proyecciones posibles. Por eso, un buen investigador debe poseer la mayor libertad intelectual y tener mucha independencia frente a las doctrinas y sistemas reinantes.

Ya hemos explicado que el hombre de ciencia propiamente dicho es el que se dedica a la investigación original, entendiéndose por esto último el buscar verdades aun desconocidas. No es hombre de ciencia el que practica un arte aplicado: ingeniería, medicina, abogacía, mecánica, química o electri-

dad, a pesar de la errónea creencia tan difundida. Estos profesionales son hombres de ciencia cuando realizan investigaciones originales y no realizan solamente las aplicaciones prácticas o inmediatas.

El investigador debe estar dotado de prendas intelectuales y morales destacadas: espíritu de investigación y capacidad de observar bien; imaginación creadora, para tener audacia en las hipótesis y rigor en las demostraciones; inteligencia clara, para comprender bien y seguir a fondo los razonamientos; capacidad de síntesis y de generalización, y aptitud de seguir las deducciones hasta su último extremo; espíritu de crítica riguroso, pero sin que una tendencia hipercrítica lo lleve a la inacción; sentido de la responsabilidad y horror a lo sensacional y a los éxitos ficticios; devoción fiel a la verdad y firme espíritu de justicia.

Para tener éxito en la investigación hay que tener perseverancia, tenacidad y energía. Aplicada a un solo punto la llama del soplete perfora al metal más duro, pero paseada incesantemente de un lado para otro no alcanza ni a entibiario. Para lograr grandes resultados hay que tener suficiente tranquilidad de espíritu para poder concentrar la inteligencia, con consagración absoluta, en un ambiente estimulante en lo espiritual y limpio en lo moral.

El investigador debe tener laboriosidad y ser capaz de desarrollar una acción tenaz y continua, hasta realizar lo que se propone. Debe tener fe y aspirar hasta a aquello que parece imposible, pues si es perseverante lo conseguirá alguna vez. Hay que hacer las cosas bien y sin perder el tiempo, trabajar sin intermitencias, y mantener igual vigor al principio, en el medio y al final de la labor. He comprobado que la falta de vigor en el trabajo malogra a muchas mentes bien dota-

das, y que hay un mínimo de velocidad por debajo del cual los trabajos no progresan debidamente y pierden vuelo. Digo siempre que no sólo hay que hacer hoy lo que nos toca hacer hoy, sino también lo que nos tocará hacer mañana y pasado mañana. Cuando oigo decir que alguien es inteligente, pero que no trabaja, pienso que no es bastante inteligente, porque si lo fuera comprendería su deber de trabajar, porque la verdadera inteligencia aguijonea el deseo de investigar la verdad. El investigador no debe descansar jamás, pues como dijo el poeta, la luciérnaga sólo brilla cuando vuela, y como ella, la mente humana se apaga cuando descansa.

El trabajar intensamente es la manera de corresponder a las esperanzas y los sacrificios que han hecho toda la colectividad y cada uno de sus miembros para sostener instituciones y puestos destinados a la investigación. El ocuparlos significa una responsabilidad seria, un honor muy grande y la obligación de trabajar.

En general conviene que el investigador esté bien informado acerca del estado actual de los conocimientos sobre el tema que va a estudiar. Si bien el exceso de erudición puede perjudicar a la libertad espiritual de algunos, más pernicioso es ser ignorante y estar atrasado, lo que expone a investigar larga y penosamente cosas ya conocidas y sobrepasadas.

El conocimiento de un asunto no es la simple compilación pasiva de datos, es discriminar y establecer un sistema de ideas que muestre claramente lo ya conocido y lo aun desconocido. No basta la erudición y la ingestión copiosa de lecturas, sino que es preciso digerirlas y asimilarlas para llegar a una síntesis clara y crítica del estado de los conocimientos.

Al investigador le conviene el contacto frecuente con la

juventud, que es estimulante, da ideas nuevas y muestra inesperadamente la debilidad de algunas explicaciones clásicamente aceptadas.

Tarde o temprano el que ama verdaderamente a la ciencia y se dedica a cultivarla con pasión profunda, sentirá el ansia de continuidad y proselitismo y buscará de ayudar con fervor paterno a los que demuestren amarla sinceramente y quieran dedicarse a ella, con lo cual creará una escuela.

El hombre de ciencia moderno está dispuesto a despertar vocaciones, a ayudar a los jóvenes y a colaborar. La falta de capacidad de colaboración es un tremendo defecto de algunos individuos y hace que rinda poco su inteligencia. En verdad resulta un vicio mezquino y una falta de patriotismo.

La capacidad de cooperar, además de ser útil o aun indispensable, es un rasgo superior de cultura intelectual y moral. El aislarse es un rango de inferioridad mental o de vanidad subalterna. Pasó ya el tiempo en que un solo hombre aislado podía realizar investigaciones completas. Hoy debe trabajarse en grupos (en *team*) y con espíritu de colaboración y ayuda. Pero este trabajo en cooperación debe ser tal que estimule y no aplaste a la iniciativa individual.

Conviene que el investigador exprese los resultados de sus estudios en lenguaje claro y preciso, y si es posible con elegancia y fuerza. La belleza de la forma no es fácil de conseguir en el lenguaje técnico, pero en cierto modo le confieren dicha cualidad la exactitud y la sobriedad.

La formación de investigadores es un deber para los gobiernos y dirigentes, para llenar la imprescindible necesidad de cuidar la salud de los habitantes, mejorar la agricultura, la ganadería y la técnica, y también para asegurar la defensa nacional. Un país previsor y con moral cívica no puede es-

perar decentemente que sus sabios surjan por milagro, ni acostumbrarse a la desconsiderada explotación de su vocación y heroísmo.

En la etapa de cultura científica incipiente que atravesamos se hallan tres categorías de investigadores : 1° los héroes abnegados y casi mártires, que son muy raros ; 2° los que tienen vocación y una fortuna personal, que son un poco más frecuentes ; 3° los seudo investigadores, mucho más abundantes. Estos últimos publican mucho, sin idea clara de la responsabilidad y firman los numerosos trabajos superficiales de sus colaboradores, con lo que creen o hacen creer que son investigadores originales, porque les parece decorativo o distinguido aparecer como tales.

En nuestro ambiente, todos saben que una variedad de trigo o un toro de raza refinada sólo se obtienen después de un largo tiempo de esmerado cultivo o por una selección prolongada mediante cuidados perseverantes. En cambio, es común la idea errónea de que un hombre de ciencia puede improvisarse u obtenerse con facilidad. En realidad para formarlo es necesario mucho esfuerzo inteligente, darle una preparación básica sólida y someterlo a un trabajo metódico prolongado con maestros eminentes.

Un país que no forma hombres de ciencia y no mantiene la investigación original desinteresada, no ha alcanzado aún una jerarquía cultural de primera clase y no tiene calidad superior ni es poderoso moral, intelectual ni técnicamente. Considero como un rasgo de buen gobierno y como índice de que un país posee ya una cultura superior, el que existan organizaciones para formar buenos investigadores y apoyar sus actividades.

B. A. HOUSSAY.

MELAMPO

Desde el umbral paterno que está junto al olivo,
Pisandro ve acercarse, cual venerable aedo,
a Melampo ; la mano de un niño lo conduce,
con el báculo tienta la senda pedregosa.

PISANDRO

Tú eres Melampo, hablaba de ti mi padre, fuiste
de un buen abuelo amigo, de Antenor ; yo era joven ;
hoy, tan anciano, apenas manejo los martillos
y tenazas ; la ciencia conocí del artífice.

MELAMPO

Soy Melampo, he andado lejos, oí tu fama,
en tu umbral un momento descansaré ; el reposo
gusté bajo este olivo ; que mis manos lo toquen ;
nudoso, áspero, inmenso, creció en los luengos años,
con albas, verdes hojas, negro en otoño ; amigo,
nuestro coloquio oías con callado murmullo.
Pisandro, noble artífice, no podré ver tus obras.

PISANDRO

Nielé cráteras, vasos, escabeles de oro,
monté en sólidos ejes carros de ágiles ruedas.
Chispea ardiente hierro, se tuerce al hábil golpe,
resuena el yunque ; en fraguas rojas, al impetuoso
aire, crepita el leño y el bronce está encendido ;
en el escudo el rayo de viva luz fulmina,
eriza la Discordia la crin de los corceles.
Allá quedó en el tiempo la maestría, el gozo
de contemplar la obra concluída ; soy viejo ;
hoy medito y añoro ; busco el ocio, el amigo
sabio, las dulces pláticas. ¡ En tu mansión te encuentras !
Ven, siéntate y el niño que te acompaña juegue.
Quédate aquí en mi casa, son tan largas las noches ;
hablemos de otros tiempos ; el recordar remoza.

MELAMPO

Fuí predilecto amigo de Antenor ; solitario,
amó los viejos bosques, la incesante corriente
de las aguas ; moraba ya dado a sí y alumno
de su alma, anheloso de paz, jardines áureos
donde nada se teme, donde nada se espera,
conoció ; las costumbres de remotos abuelos
que oyeron las palabras proféticas, los muros
de ciudades derruidas, el ya cambiado cauce
de los ríos. Las sierras de anchas grutas ofrecen
hogar al que medita ; fué allí hermano y maestro
de amigos y discípulos ; oró en culto serviente,
vió en su valor lo humano ; y enseñó al que navega,

los días favorables ; al labrador, la útil
noción del año ; todo debe hacerse a su tiempo ;
el tiempo es el tesoro mayor de cuanto existe,
de ciencias y obras, padre ; cada instante nos trae
un don ; mira, el ocioso, crecer la vid ajena.
« Que estrictos al labrarnos, esta voz nos albergue,
decía ; árbol colmado de frutos, demos sombra
y noble ejemplo al joven ; sea el maestro, espiga
madura ; los antiguos, alumnos de las Horas,
tejieron y esculpieron, fundieron los metales
y crearon las forjas ; hallaron norma oculta.
El tiempo, sabio, incita, trabaja, el día deja
su sazón en el mosto y en la harina, y el jugo
de las frutas aroma ; sin su ley inviolable
no se sostiene el muro, ni el acero desgaja
la piedra ; voz y oído descubren lo secreto
de la arraigada vida, y en una mano experta
el martillo, el arado, la nave, tienen alma ».

PISANDRO

¡ La virtud de la oliva, de las mieles y el loto,
del nepente ! Si halláramos la virtud que se entraña
en nuestro ser, acorde con la idea divina,
ya no vería términos la breve edad dichosa.

MELAMPO

He trazado en la piedra la salida y la puesta
del sol ; conté los días cuando Tauro aparece ;
vi en su rueda los años suceder a los años,

cómo de un duro hueso nace y crece el olivo
y en el peñasco anuda retorcidas raíces.
En esta maravilla visible, educadora,
despierta el alma, estudia, da en el pulsado ritmo ;
dueña, la vista fija, la regula en el orden
imperante en las obras cuando la ley ligaba
el paso y la conciencia, y era principio y guía,
sin ceder al arbitrio de error, de inestable cetro.
El mismo fiel señale propios o ajenos bienes.
Trastrueca, el poderoso, sanción inquebrantable,
no la justicia ; pueda, quien recto juicio busca,
infundirlo en los actos ; no irritará a las diosas
guardianas, vigilante razón de cuanto existe.

PISANDRO

Vuelven al cauce el río ; con dura mano vencen
las desencadenadas fuerzas. El orden rige,
ley suprema, las cosas ; su norma está en la piedra
que cae, en el retoño creciente ; hace, en los años,
madurar, con la obra, la inteligencia. Próxima,
llevada a sitio insigne, ve lo cierto y descubre
la causa, la encamina y a ley no escrita agrega
bondad. Es mies inútil el saber sin justicia
entrañada en el orden que acrisoló en la roca
el oro. Antiguamente, cual ves que el mar se encrespa
y ennegrecido brama, hiere la sombra el rayo,
espesa lluvia arrecia, crece el torrente, arrastra
peñascos, muros, árboles, así el orbe era hirviente
tempestad de elementos. Mira la vid brillante,
el roble erguido, el fresno ; nacen, viven, ignoran

el caos ; coronaron designios en edades
remotas, de las grutas nacieron los palacios ;
el hombre hendió la tierra, y halló en labor fructuosa,
el hogar, los graneros henchidos de cosechas.

MELAMPO

Vi el mar, el cielo claro, los peñascos musgosos,
la luz, en hondonadas los huertos de membrillos,
de manzanas purpúreas, de racimos maduros,
los buscan las avispas, las asiduas abejas.
El otoño se aroma y en la paz no turbada,
padre amoroso, albergue, su amparo ofrece el mundo ;
quien le entiende y escucha penetra en la armonía
y en puro amor renace ; solitario en la noche
miré el cielo de estrellas, región incorruptible ;
vi surgir del Océano las huidoras Pléyades,
de Tauro el pelo cándido, violento el encendido
ojo ; graciosos nuncios del fuerte Orión fulgían,
y cuando la armadura del osado gigante
por sobre el mar brillaba, ya el Can, sol reluciente,
emergía ; hijos bellos, bienhechores hermanos,
los Dioscuros guiaban al intranquilo nauta.
Astros y cosas moran en amistad concorde.
Las Pléyades encuentran maduras las espigas,
las borrascosas lluvias retornan con las Híades,
con el ardor de Sirio los ruiseñores cantan,
las alondras ; en noches estivales de luna
brotó el gimiente acento, se eleva, en el arrobo
acaricia y más alto parece que se uniera
al insondable ritmo, y allí nos acercara

a la grandeza etérea. ¡ En cuanto existe hay algo divino, alado anhelo, y en la noche radiante la voz tímida nace, con sed de bien eterno, de un ansia misteriosa ! Quien vive en la montaña, cuántos signos admira, cuántas voces escucha ; en las cumbres descienden las nubes del Océano, manan entre las rocas las cristalinas aguas, esparcido el cabello las ninfas allí habitan en las grutas y en huecos de los musgosos árboles ; allí el cítiso aroma y está en flor la retama.

PISANDRO

Así Antenor hablaba, y al persuadir, traía deleitosa enseñanza ; seguro en el consejo y en la razón más sabio ; caudal de aguas profundas en su alma nos veíamos ; en los velados ojos advertí la fatiga de meditar tan arduos y cambiantes misterios ; le hallaba bajo el pino amado ; oía el viento, contemplaba la estrella. Conoció hombres antiguos de palabra famosa, de acción que al bien nos guía ; guerreros en tropeles salvajes ; la discordia que desquició el cimiento del hogar ; vió el rehecho muro, buscó la calma de la montaña, amante de encontrar nuestro origen ; está a un paso la pena, se mezcló a su sonrisa ; no he de olvidarlo, siempre retornará al silencio de la casa, a mis días de ocio, va conmigo ; era entonces inmensa la fe, la vida indócil y amiga de las nubes, del río ; vanas sombras pueblan años fugaces, si todo no fué sueño.

MELAMPO

Por entre piedras donde trazó el tropel de cabras
el camino a la cumbre, llegué un día a lo alto ;
yo era niño, vi el valle y el río, las colinas,
los viñedos y bosques, el brillo del Océano
sonante en la ribera ; viajé, conocí pueblos,
inaccesibles montes, el Pelión y el Olimpo ;
torné ; en mis ojos ciegos se anima el sol, la tierra,
la noche ; cruel el hado, me dió el hecho futuro,
me alumbró lo pasado, me entregó lo presente,
; y ese don de los númenes no nos vuelve felices !
Las horas se apresuran, huyen, el año vuela,
van en rápido soplo ; las canas en mis sienas
hundidas, densa nieve que en las oscuras noches
esparcen invernales ventiscas, no son rosas
que en el festín perfuman la frente, son la seca
hojarasca en la ráfaga ; entre lluvia y tumulto
de impetuoso Bórcas, se eleva, cae, gira,
y el agua, en turbios vórtices, arrastra muerta gloria
de antigua primavera. Unce al carro los ágiles
corceles, ve, en gozoso cortejo, a la morada
de altos pórticos ; suenan la música y las risas ;
eres joven, el rostro de las jóvenes luce
entre rubios cabellos y floridas guirnaldas ;
iza el mástil y surque la nave la onda trémula ;
¿ no ves que desvaría ya este viejo adivino ?
Pisandro, fueron cuerdos los que comieron loto ;
pacíficos moraban en la mansión excelsa,
la salida y la puesta de los veraces astros
jamás los inquietaban, y amantes del olvido

inmortal, no halló grietas ni dardos la amargura ;
en el palacio, el último, me ofreció, tembloroso.
solo en la ilustre mesa, la copa hospitalaria ;
de haber bebido el néctar quizá yo allá morase,
allá, junto al Océano, absorto y sin recuerdos.

PISANDRO

Amé los viejos bosques, el río entre raigones
de encinas, el estruendo de rocosas riberas.
¿De la movable calma salobre, escuché el sueño
que balbuce algún labio turbador ? En peñascos
de espeso liquen y algas, — emergen entre espumas,
las grutas subterráneas sorben la onda y resuenan —,
la oí, la ví ; sonoro crecía el oleaje,
llegaba el sol al fúlgido mediodía y verde
era el mar ; repentino terror me dejó inmóvil ;
onda en delirio en antros de las rocas abría
sus racimos nevados ; cesó el trueno marino ;
lejos, brotaban islas verdosas entre argéntea
lumbre ; rumor de canto, de voz del agua, acento
de cósmica entelequia, vibró templando el éter,
y en la piedra, en el brillo de olas y de brumas.
Aun te ignoras, solo, y olvidas y en ti ajeno,
me oyes, absorto, en hora ya extinta ; nuevos pasos
se exaltan, nueva espuma cubre la roca, alienta
el tiempo renovado y eterno en el retorno
de estaciones y seres y en este andar del agua ;
llamado irresistible te impele. Ven. En lábil
nave el nauta contempla la guiadora estrella ;
ve en el mar el vidente diosas de blancos hombros ;

la oceánida hiende glaucas ondas, sonríen
los claros, grandes ojos, y en el vórtice esconde
la cabeza florida de violas y amarantos.

La voz innumerable del mar puebla el espíritu ;
genio sapiente anima la piedra, el agua, el aire.

MELAMPO

Pasan las blancas nubes sobre azules colinas,
crecen, viajan, adquieren raras formas ; de noche
cruzan el cielo, oscuras, centellean. En hueco
árbol, reposo y oigo caer la lluvia espesa,
abrigado entre hojas ; si el mar está cercano
retiembla el tronco añoso ; caminante, conmigo
va el día, lo que enseñan las incansables Horas.
La memoria, que es madre de las ciencias, anima
cuanto veo y escucho ; los ojos, el oído,
son maestros, retienen la fugitiva imagen ;
hallan sitios del sueño seres que ya no existen,
se acercan y nos hablan las amadas visiones,
preguntan y nos llevan hacia extinguidos tiempos ;
cuántas veces, en noches de quietud, me despiertan
palabras de cariño que oía cuando joven ;
tendemos nuestros brazos y las sombras fugaces,
inasibles, se alejan. ¡ Qué misterio es la vida,
Pisandro ! ¡ Si pudiéramos volvernos, o el tesoro
de tanto amor, tornara ; si este insomne deseo
de imposibles, no fuese tan hondo, y siempre unidos
a la natal ribera, contásenos mirando
el árbol que ha crecido con nosotros ! Nos lleva
el ansia insatisfecha de un no sé qué distante,

Cólquide nunca hallada. No vale el vellocino una hora indiferente de nuestra tierra ; vuelve tardío el pie viajero ; y audaz el vano, hostiga, injuria, hiere, y ávido de riqueza, sediento de placer y de honores, destruye y se envilece. Mas si medido, alcanza bondad, la igual justicia, si es laborioso artífice y en sí llevó el maestro, se conoce y le instruyen los más nobles estudios, la verdad embellece ; le contemplan los jóvenes como al que brinda, espléndido, néctar en áurea copa. Yo los males innúmeros curé, la medicina es sabia ; escucha, y ciencia más buena alivia el alma, nos liberta y nos guía, sostiene al abatido, al enfermo conforta, nueva vista da al ciego : las palabras hermosas en la aflicción serenan. Y en todo, un bien se encierra ; cada hierba atesora una virtud. El ánimo, alegre en bellos días, con cuanto existe goza. Contrarios pensamientos al ser mezquino turban, la verdad no distingue. Cincele, atento orfebre, nuestra parte su dicha.

PISANDRO

El hombre es siempre idéntico, será así en lo futuro ; mas el que ansioso busca la esencia de las cosas y medita, se interna más allá del instante caduco, llega adonde renace gloria antigua. La razón logra el fruto de la vida perfecta, y ambula incierta acaso ; sólo el niño no ignora ; ¡ afable crece el ámbito riente de la infancia ! La santidad del gozo de ser, sin daño injusto,

está en el árbol ; hijo de la tierra, perduran
en su alma silenciosa quién sabe qué tesoros ;
perdimos, siempre inquietos, la sagrada ignorancia.
¡ Si en paz común del fruto maduro y las vendimias
viviéramos, de mieles que acendran las colmenas,
de harina y leche y hierbas ; no del cortante hierro
que mata ! Me conmueve la gemidora víctima.

El animal amemos ; perseguido se esconde,
se irrita si le hostigan ; enseñémosle normas
justas ; el ciervo tímido, pintado niño, es bueno,
amigo de las fuentes, de los prados herbosos.
Cuando estoy solo escucho pasar cabras silvestres,
y, por entre espesuras de encinas, jabalies,
onagros fugitivos ; las garzas en el claro
cristal de los remansos, el susurro de aguas,
hojas, gritos de pájaros, el rumor del enjambre ;
de pronto se confunde la selva, ágiles perros,
torbellino en las patas de caballos veloces,
espanto y muerte traen al animal que mora
en la bondad del soto, y ama la hierba, el árbol.
¡ Que nunca oculto intento malvado nos impulse,
y nunca el hierro enturbie, con humeante sangre,
el agua donde bebe la manada tranquila !

MELAMPO

Fuí pastor. La vacada cruzaba a nado el río,
entre hábiles jinetes, bestias y ladradores
molosos ; el becerro pequeñuelo temía
el agua, retornaba la madre con balido
amoroso. En verano, los rebaños sestan

bajo copudos olmos ; y el pastor de esa Arcadia
guarda en las ricas trojes los quesos aromáticos ;
entre el heno las frutas, don feliz del otoño ;
fluyen de pétreas urnas las frías, densas ondas.
¡ Si en esa paz de bosques pudiera ver la fuente !

PISANDRO

Yo que nací en estéril región de roquedales,
sé qué bien es el agua ; mana en la piedra, corre
por selvosa quebrada ; las grandes ramas se unen ;
hay un rumor de ríos, de viento, en mi memoria.
De cavernosa roca nació un agua clara,
llenaba el hueco ; bellas jóvenes con el ánfora
llegaban a la fuente sombreada de álamos ;
eran tres verdes álamos entre enjambres de hijuelos ;
tocados por la ráfaga, los gráciles retoños,
para huir, se inclinaban, tropel de inquietos niños ;
yo, en la infancia, creía que traviosos jugaban,
conocía sus nombres ; la anciana iba a la fuente,
asido de su túnica le hablaba en el camino ;
tendido gusté el agua, bebía a largos sorbos ;
cantaban las cigarras y en la corriente móvil
brillaba el sol de estío y el temblor de hojas verdes.

MELAMPO

Los ríos son sagrados ; se encrespan en las ásperas
gargantas de los montes, cavan pétreos cauces,
grutas ; toros furiosos, ruedan, y en los abismos
remolinea espuma ; con los brazos abiertos

se remansan y, en blando país de luz, reflejan las nubes y los árboles ; si crecen, con oscuro color, corren potentes, llenan el lecho, cubren las márgenes boscosas, desarraigan los robles, y en turbios remolinos abren fosos, y arrastran, con estruendo, peñascos que en la corriente chocan ; el rumor incesante monte y valles conmueve.

PISANDRO

No entra el cierzo en el tibio portal donde reposo, mientras nieva, en invierno ; substraído se entrega mi ser ; afuera, lóbrega, la noche al lobo irrita ; vago a mi agrado ; muerde las ramosas retamas la cabra ; las abejas liban romero y cítilo, reverdecen los álamos y el claro río corre en el sopor ; la siesta se aroma de resinas, de frutas ; el pie ausente mi genio busco ; halago de voz que al sueño al niño llama, entra en mi sentido con el son del lejano manantial en la piedra.

MELAMPO

Ve el mar tranquilo, verde, promontorios rocosos, la onda apenas cubre de espuma los peñascos que emergen y negrean. En olivos silvestres chirrían las cigarras sobre el rumor de olas ; el sol abruma. Lejos, el balido, la flauta, se extinguen ; en umbrosa concavidad de peñas el cenit me adormece. Proteo, dios benigno, tú lo futuro alcanza ; yo sé que es siempre el móvil

igual ; huí del fatuo que los placeres ama ;
la paz, en suave bálsamo, de mi conciencia fluye,
fluye el vital misterio ; contemplo, indago, olvido.
Pisandro, en las riberas y en los bosques, la dicha
encontré, y en los palacios vicios, envidia y odio ;
aquí, en la luz, las hojas vierten néctar purísimo,
corre la fuente, baña la piedra, el pie desnudo
moja ; escucho, medito ; pasan el agua, el tiempo.
Vivir es acendrase, cincela el fuego el oro,
y alcanzar recto juicio que en su equidad se ilustra,
maestro que interroga y el defecto señala.
La palabra y el acto, ¿ por qué han de ser distintos ?
Ve en la acción la doctrina, y en la belleza, el ápice ;
superarse en los años, vivir la fe, el anhelo
más alto, es miel que agrada, prenda de ánimo heroico ;
la virtud es un árbol que con el tiempo crece,
y a nada es comparable la sazón de sus frutos ;
no ignoras que los reyes, insaciables mendigos,
buscan honra y riquezas ; más sabio es el artífice
al esculpir la estatua, o el que inspirado infunde
en la palabra el soplo de inextinguible vida.

PISANDRO

Al fugaz rayo hermoso dió albergue en la memoria
quien inventó las letras ; gozamos el presente
imponderable, encanto que el hondo instante puebla
de airosas hayas, de héroes, de resplandor, de mares
remotos ; cristal límpido, hace visible el mundo.

MELAMPO

« Para ti el primer premio, dijo a Néstor, Aquiles, no podrás ya en la lucha triunfar ni en la carrera, eres viejo ». Nosotros, vencidos por la carga de los años, hallamos el premio del antiguo valor. Fama incesante corona a los varones insignes ; aunque tarde, los despierta y los lleva, con renovadas voces, hacia el verdor futuro ; no mueren las espléndidas palabras, en silencio nos hablan y perduran, el tiempo las ahonda ; constantemente vuelven del alto, indemne brote, a esparcir en el ánimo su tranquila nobleza. En la sagrada Delos oí el preludio augusto, la gran voz adivina del aedo de hundidos ojos ciegos ; vivía ya en claridad radiante ; y al animar ciudades, dioses, héroes, carros de guerra, el bronce vívido, la paz que ilustra al joven, nobles esposas, madres y varones prudentes, el estruendo de olas, la fértil tierra, el cielo, el valor, la justicia, la ternura y la lumbré viviente en tanta estrella, clavó en mí las vacías órbitas. Sentí un hálito que estremeció mi entraña. Ya vendrán nuevos ímpetus, y en el mar, el deshecho vuelo dirá cuán alto queda el sol, lo insondable. Yo esa riqueza guardo, y en soledad nocturna veo, evoco y escucho. ¡ Cuando me siento inútil y suplico a la tierra me esconda para siempre, las palabras preciosas descubro avaro, quiero que no se acaben nunca ! No sabrán los que el oro adoran, lo que otorgan las musas si les place ;

me amaron ; de Melampo, quizá escuchaste acento
ya olvidado ; en el lóbrego instante la amargura
expresé ; todo es vano y es sombra y sueño, dije.

PISANDRO

Oyó Antenor a Orfeo : llevó esa voz la fama,
habló al oído ansioso. Cuando alzó Anfión pesados
muros, el son de lira daba alas a la piedra,
y en Orfeo, el oído pasmoso, imán potente,
nos unía a los númenes, nos despertaba, el aire
tornaba luminoso ; lo ignorado decía ;
contempla huído el ciego, si la vista recobra,
la nube, la montaña, las formas descubiertas,
y cree que le llama la hoja inquieta del álamo,
y el ánfora labrada, de figuras purpúreas,
admira, los palacios, las jóvenes de rubios
cabellos y ojos vivos, y ve lucir la estrella,
y el mundo, que en tinieblas parecía pequeño,
se extiende a los confines remotos y a los astros,
así la luz divina puso en abiertos ojos,
mostró los bellos dioses nacer de tierra y cielo,
y descender los mares a lo hondo de sus cuencas,
y el misterio que esconde la voluntad ignota
en la hierba, en el ave, y en el bruto y la lumbre ;
cuando ágiles levantan los cierzos repentino
soplo, avientan los pétalos rojos, las hojas verdes ;
las orladas palabras, en el aire lucían.

MELAMPO

Oí la voz de Orfeo junto al templo de Apolo.
Ya vendrán, nos decía, lejos del mal los siglos ;
tendrá el oculto nombre del numen nueva lumbre,
de la extrema amargura nacerá la esperanza ;
igual en la desdicha y en la fortuna, goza
el ánimo sereno de bien inextinguible,
ni el rencor le ensombrece, ni injusto error contrario
le espanta ; en paz, disfruta los dones de la tierra
con la común familia ; pena y placer comparte ;
las manzanas, los frutos del follaje aromado,
le ofrecen las primicias de almibarada nieve ;
doradas las espigas se estremecen al viento ;
poda la viña, sabe la virtud de la malva,
del hinojo, destapa polvorientos toneles,
en honda cueva herencia del abuelo, el perfume
de los vinos añejos la dura arcilla impregna ;
en amistad, familias concordes y vecinos
hospitalarios, hallan con la unión la ventura ;
el prado herboso pacen bueyes de muchos dueños.
Deja el niño los juegos, se abraza a afable anciano,
y aquél se acoge tímido al seno de la madre ;
instruído en lo bueno, crece, aprende, prospera ;
de ejemplares maestros la heredad es nodriza,
la honradez y el trabajo nobleza nos otorgan ;
mas de los dioses vienen ingenio y hermosura,
suerte feliz ; son dotes que no todos poseen ;
pero nunca el orgullo del propio brillo, aparte
del oscuro, al ilustre ; regalos de los númenes
gócense con modestia ; la templanza en los actos,

la verdad, la entereza, tornan gratas las horas,
no la ira ; el insensato desdeña, insulta, humilla ;
quien grande espacio aspire se pregunte en sí mismo.

PISANDRO

¡ Si yo hubiera forjado también en largas noches
— no lo quiso la Musa —, lo que pensé en silencio,
meditabundo, cuántos con deleite oirían
sentencias y relatos que algún secreto tienen !

MELAMPO

Sembré, guié los bueyes, predije, fui maestro
de jóvenes, consejo di al errado, los males
curé, vi renovarse generaciones, muros,
quise saber ; los héroes no ignoran qué de Néstor
rival, en la carrera le igualé ; en los combates
descollé entre los fuertes con Metón, con Ificlo ;
¡ y amaba silenciosos albergues donde brota
la paz ; pensar, amigo, qué ventura no entraña ;
más grato vuelve a solas, sonoro el pie medido,
queda, en guardada letra, presente y siempre hermoso !

PISANDRO

Para oír labré el mástil, el freno ; de varones
sabios, la buena fama, nube errabunda, vuela,
fija estrella conduce ; no hay piedra de más brillo
que un pensamiento insigne, despierta y enriquece
y en alto fin nos habla ; da a la pena consuelo,

moderador del ánimo, quieta vista adorable ;
el dulce labio funda patrimonio de todos,
escuela en que se alcanza la voz nunca extinguida.

MELAMPO

Quirón vió la impaciente proa, habló al argonauta :
Dichoso aquel que busca difíciles empresas,
vencedor de sí mismo, sin temer a la muerte,
con su virtud ilustra la tierra en que ha nacido :
lámina el orbe, escribe su memoria en el tiempo ;
y si es sabio, con rara medicina nos cura
del mal de la ignorancia ; su palabra conforta ;
el peligroso brillo ciñe el héroe, apoyo
del débil, la corona de torreados muros ;
y hoy, amigos, la audacia y el valor os impelen
a costas escarpadas, a comarcas ignotas,
águilas incansables cruzaréis la onda inquieta,
volváis o no, habrá alas de gloria en vuestro nombre.

PISANDRO

El artífice forja joyas ; paciente el sabio,
la joya más preciada, su extremo ser, cincela ;
atento al bien, el áspero instinto amansa y vence,
el vulgo no lo atrae con su juicio inconstante
que ya aplaude o desdeña sin discernir lo cierto ;
no hay nada más variable que lo que piensa el hombre,
por un cauce ignorado va la verdad eterna
y en secreto remoto la justicia se oculta ;
más no es bella la rosa porque el labio lo diga,

la hermosura trasciende de misterioso origen
la engendra el bien y goza de su perfecto encanto.
Sólo el que da ha gustado la dicha de ser rico ;
buen mentor, el aedo, da el deleite de dulces
relatos y evocadas visiones ; el sosiego
renace y nos infunde la virtud que mejora,
bondad, designios nobles ; despierta, en nueva vida,
y roto el lazo tocas el esplendor divino.
No alargues el silencio, tú que en tu ánimo oíste.

MELAMPO

Cuando la voz amiga penetra en el sentido
y lo regala, el íntimo coloquio nos reúne
en el rumor del pino ; la lumbre de la tarde
se apaga, y ya la estrella fulgura en la colina,
cantan grillos nocturnos en las musgosas piedras,
nos oye el árbol, viene, cual remoto mensaje,
una palabra oscura ; quedamos pensativos,
del mal y el odio libres, en silencio turbado
de amor ; dulces memorias la noche absorta pueblan
de diáfanos jardines, de figuras queridas.
Siempre he vivido donde mi anhelo vagabundo
me ha llevado. No importa que esté en prisión oscura ;
mi alma mira el torrente pedregoso, el olivo,
senderos de montaña, y el mar, las altas islas ;
así, despierto, puedo volver donde ya estuve,
y ver brotar del cáliz intacto la belleza,
ir y quedarme en horas de dicha inextinguible ;
los años incesantes en su raíz perduran,
todo hombre es una historia, todo ser es un mundo.

PISANDRO

Siempre espera intranquilo, ya ve lo que imagina ;
en ociosos instantes, anima hogar lejano,
lo imposible ; construye los palacios, las barcas,
tiende velas, navega ; y escucha amadas voces,
y rey entre riquezas innúmeras despierta
de su visión ; le basta creer para que alcance
lo que quizá tan bello, si existiera, no fuese ;
yo también devaneo, y en muchos me transformo,
el ocio, juegos, naves, me finge en leves horas
que tornadizas vuelan ; en noches invernales,
la lluvia recia asedia, me representa el muro
de antigua casa, bosques, y allí sigo viviendo ;
se encenizan las brasas y se cierran mis párpados.
Me decía una ciega : « Veo el agua, las guijas,
la genciana, los juncos, un pájaro ». Miraba
la púrpura, el lucero ; cuanto amó siendo joven,
y un deleite añorado renacía en la sombra.

MELAMPO

Ciego, veo la piedra y el buey que vi en la infancia,
las hojas amarillas del árbol en el viento,
las lluvias del otoño, la grulla entre las nubes,
los caballos del carro sonoro ; el remo hiende
la ola ; las mujeres, desde húmedo peñasco,
ven las señas, la ingente proa ; el blanco velamen
se aleja y se confunde con la bruma ; en remoto
mar, halló estirpes, ruinas, la nube y solitaria
luna, en islas desiertas ; se hundió en golfo ignorado ;

de lo incierto otras tornan con éxtrañas riquezas.
Surquen las olas, busquen el vellocino audaces
navegantes ; condúzcanlos las estrellas lucientes ;
en donde el sol se pone, miren brillar la aurora.
Blanca en la roca espuma de espesos remolinos
de invernales borrascas, oculta las riberas
felices, las mansiones del gozo, estable reino
de venturosos campos ; los boscajes perennes
donde a la flor se junta verde y maduro el fruto.
Aquí, audaces, y lejos de la tierra materna,
damos la mano al remo tenaz ; nuestra es la barca,
nuestro el impulso, el brío de diestra siempre pronta
a evitar el escollo, o el pernicioso vórtice,
o a salvarlo imprudente ; difícil es la gloria,
inícuo ; libre el hombre, y ante el duro destino,
la piedad providente tuerce el rumbo a la quilla.

PISANDRO

Gusto en silencio el sorbo de dicha, el día vuela,
en tempestuoso invierno se conmueven los bosques ;
después, sobre el hundido cimiento, instable muro
hospedará a la gente venidera y extraña ;
deshojemos las rosas y vertamos el vino
de los felices días ; en conseguido instante
la delicia se esparza y el cuidado disipe.
Nuestra adversa fortuna no estremece una hoja
del árbol, otro curso no da a la nube el viento,
late en la tela, trae la nieve y riza la onda,
el dolor de los pueblos a la araña no inquieta,
hila en paz, y la hormiga no tuerce su camino ;

no esperes ; en los años malos huye del triste
la mano amiga ; he visto los semblantes risueños,
las rubias cabelleras, los suntuosos vergeles,
de esas hermosas llamas afligen las cenizas ;
en retirado gozo, mientras la vida dura,
hay jardines más bellos, hay sonrisas más gratas,
amores y caricias que nunca enfria el tiempo ;
en la vejez, el mundo me acompaña ; está vivo
en mí el sagrado aroma de inmortal primavera.

MELAMPO

No desdeñé la estatua, los jardines y pórticos,
el palacio, los juegos, la cítara, guirnaldas
ni festines, las pláticas que la risa embellece,
los relatos nocturnos, la luz del breve día ;
; son tan pocos, Pisandro, los que del error triunfan !
Y la copa del viejo vino da a la palabra
otro encanto ; el olvido de la pena ; quien goce
la hora de ambrosía, sea dichoso, — el tiempo
corre — ; y amargo el néctar se volverá ; no mire,
niebla huyente, lejanos días felices ; joven
habló de los placeres ; lo que espera no torna,
lo que anhela no llega, lo que creyó es mentira,
y es sueño lo que ha sido. Yo vi el árbol de oro
floreecer en la aérea dicha del cielo claro,
quedó, rama desnuda, tembloroso en la nieve ;
tronchado, fué rojiza brasa, miseria fría.

PISANDRO

Paso a un encuentro, genio sutil, anima el mármol,
impregna la palabra, da lúcida elocuencia,
la rara maestría ; sin él es sombra el orbe ;
instruya al dócil niño, lo acerque a rama altísima,
le enseñe y un venero de amplitud le descubra,
le haga, en sí mismo, libre ; no encienda transitorio
brillo. Quien triunfa en auge vano, dueño del resto
se cree ; enjaezado de oro, el bien no emula ;
orgullosa en la pompa, gimiente en la desgracia,
no halla la fortaleza, — cimiento de ciudades —,
del sabio incorruptible que sin temor disfruta
la virtud no enemiga del capitel de jase.
Goce, en joviales horas, quien paz y olvido encuentre,
goce, en la margen firme, la maternal ternura.

MELAMPO

Después postrera, larga, la noche nos recoge,
y crece el musgo, el árbol ; los niños juegan, fácil
el mar les da riberas, a isla luciente llama,
y en los alegres días, la esperanza es inmensa ;
piedra cedida al agua nuestra suerte se ha hundido ;
la lumbre del instante presente es el tesoro
más cierto ; la sonrisa de la joven se apaga,
la lucha vence el pacto, la tregua ; y vi la dicha,
existe, aun quisiéramos que no se acabe nunca ;
¡ si « detente », pudiésemos decir a la hora bella,
y del seno insondable retornar a esta vida !
Esperan los que vienen a ver la luz, y pasan ;

oh cuantos arrojaron al mar vacía copa
 del escanciado néctar, llenóla onda salobre ;
 de cuántos seres ávidos de poder hoy se dice :
 Vistió el preciado manto, descolló, fué temido,
 temió ; el palacio espléndido, con estatuas y fuentes,
 no existe ; el fausto oscuro se fué con la hoja incierta.
 En mansiones felices la verdad pura colma
 la mente de los justos, siempre claros maestros.
 En polvo inanimado se hundió el poder inicuo.

PISANDRO

Licidas me enseñaba : « En el ojo del perro
 te contempla un amigo. El ingrato se hospeda
 en el cuerpo del lobo y en la raposa el hábil,
 en la incansable abeja la mujer industriosa ;
 quién sabe en cuántas formas estuve en otros siglos ».
 En los distintos seres hay almas diferentes,
 adherida en los unos a la tierra que nutre,
 y en nosotros, Melampo, sagaz y vagabunda.
 Iris alada vuela del Olimpo al Océano,
 de la isla a la nube, de la nube a la estrella,
 así va el pensamiento, sutil demonio alígero ;
 tres veces nace y muere quien halla eterna vida
 donde la flor perenne siempre fresca se aroma.

MELAMPO

Yo viví muchos años ; no había aún nacido
 tu padre cuando, mozo, me instruí ; antiguos reyes
 que hoy son dudosa fábula consultaron mi ciencia ;

vi los coros de Dédalo, el prodigio, el icario
mar ; me adiestró Tiresias ; ya sólo espero el último,
fatal reposo ; ¿ adónde ? Mi ciencia eso no alcanza.
Dichoso quien aguarda junto a sacra columna,
dichoso si ha entrevisto las islas venturosas.

PISANDRO

Allí en paz no turbada, bajo frondosos plátanos,
dialogan y recuerdan los amigos ausentes,
nos esperan ; la lumbre de ese país remoto
de nuestro sol les habla, del hogar no olvidado.

MELAMPO

La amistad, bien precioso, y el fiel amor, son una
atracción misteriosa ; muy lentamente engendran
las raíces hondísimas ; luce el fulgor de Pólux
y anuncia, en el Océano, el del oculto Cástor ;
así habla, en la presencia del amigo, el amigo ;
lo fuí de Glauco ; mora ya en escondida linde ;
llega a mi incierta sombra, siempre aparece joven ;
modesto, la pregunta le nacía en los labios,
el consejo atinado, la respuesta elocuente.
Amó las cosas bellas seguro en sí y ansioso ;
meditaba a la orilla del tiempo, en el ocaso
dado al aura ; escuchaba las estruendosas olas,
vagaba en los boscajes, de noche ; ausente gime
el ruiñeñor ; las nubes velan la luna, brilla
en el mar, a lo lejos, la claridad inquieta.
Era como si un numen familiar, al oído

le dictase conceptos no alcanzados ; quería penetrar en la hondura del estelar silencio. Así hablaba en la cumbre de la colina : el hombre, Melampo, opuesto al daño, busca, inquiere el origen de la cosas, se ingenia y en sí mismo se forja un mundo diferente del que encierran los otros. Contemplo los pastores dormidos en el musgo, el perro ; corre el agua ; canta, al sol, estridente cigarra ; olmo y retamas de flores amarillas, entre vides de negros racimos, en el viento, se estremecen ; yo vago, siento el saber del liquen, de la arvejilla, escucho vibraciones remotas, convida al sueño el haya, queda el son del enjambre ; feliz el que allí encuentra, con la herencia paterna, el rebaño, la casa, la sombra del peñasco. Admiramos países que aparta el horizonte, en Arturo, en la Osa, vemos vivir el cielo ; en morado jacinto y en la violeta oscura, y en la flor de la viña, de aroma delicioso, me quedo enajenado como si un dios me hablase ; contemplo en la hendedura de las peñas el musgo, las abejas, corolas minúsculas de hierbas que brotan en el tronco del árbol desgajado ; designio incognoscible se oculta en cada cosa ; constelan, tras la lluvia, millares de albos lirios, los prados, nieve alada, florecen y se extinguen ; comparo el brote frágil con este amado anhelo, con mi vida. Eres sabio, reposas ; yo ignorante, vario en el ver, me asombro ; me entiendes y sonrías.

PISANDRO

No olvidaré mis años de mozo, osado vuelo
no turbó la conforme luz de otorgado espacio.
Vi los grandes follajes, rosas bermejas, violas,
acanto, loto, el blanco cáliz, candor de almendro,
cabelleras doradas entre las verdes ramas
de los mirtos, y túnicas ligeras en el brillo
matinal ; la creciente, dulce estación, corolas
y gorjeos esparce, las risas, los amores ;
del mascarón de piedra cae el chorro de agua ;
viene del mar la nube, del azul la alegría.
Vago escuchando la onda ; bella joven espera
ver brotar de la espuma la nereida gozosa ;
invita el mar, la ráfaga trae olor de jacintos.
La luna, en la bahía, se eleva sonrosada.

MELAMPO

Hay visiones benéficas o de astucia fatídica.
Los engañosos filtros, mezclan tésalas magas
en erizadas rocas, al conjuro siniestro,
luce helado el menguante ; quien los bebe se torna
esclavo y pasa adentro la voz de las Sirenas.
Hechizo irresistible le atrae ; y odia y ama ;
cede al avieso impulso, contrarias intenciones
le arrastran. La impureza de artera vida, pune
justa ley. La soberbia, la ambición sin decoro,
son maléfico filtro. Se engaña a sí quien miente,
se condena el que oprime ; y abrazan simulacros
del placer en la nube. ¡ Qué tesoros, el agua,

los sueltos días puros que la altitud alumbra !
; Feliz quien a la estéril vejez no llega solo,
ve, en la anciana, la niña de mirada riente,
en los cabellos canos contempla el oro crespo,
tembloroso en el cuello gentil ; y con ternura,
ante un mismo recuerdo, se unen dos manos fieles !

PISANDRO

Las mujeres moderan los odios y la espada ;
acarician la frente pensativa de un niño,
con bondad hacen fácil la obra más difícil ;
labran, abejas dóciles, la miel feliz del año.
La buena entre otras brilla, luna clara en el cielo,
será al hollar el éter ala que el mal mitiga.
Vive en perpetua gracia la que escuchó a Demódoco,
la amaron dioses y hombres, se llamaba Nausícaa,
en su bordado peplo lucía el amaranto.
Y no olvidada, Antígona, joven heroica, al padre
miserable, errante ciego, conduce ; escruta el duro
camino ; ánfora llena su piedad se derrama.

MELAMPO

En el hombro de una hija ya no apoyo mi mano,
y en mis tinieblas creo sentir la voz ausente.
La juvenil delicia, nube ligera, fácil
retoño de jardines que ofrece al mar la aurora,
ve la danza de ninfas de vaporosos velos
allá, en flotantes islas de oro, donde anuncia
fanal de altiva plata, luminosos corceles,

entre las vivas rosas y los desnudos brazos,
las cabelleras húmedas y el tropel de delfines.

PISANDRO

En remotas mansiones busca el joven al padre,
en la postrera bruma ; y halla siempre la onda,
el cielo ; ama la gloria, y en días impacientes,
no le arredra el naufragio, de aliento y fe se viste ;
injusta ofensa olvida, fraternas manos se unen ;
no rompió la disputa los generosos lazos
que, más allá del tiempo, nos vuelven a la infancia.
Liba nectáreos cálices la abeja del recuerdo.

MEIAMPO

En tumulto de trémulas vestiduras se erguían,
hacia mágica lumbre, las rumorosas juvenes
que hoy, ancianas, se encorvan con la rueca y el uso.
Bajo frondosos olmos, viejecitas temblonas
hilaban : de la piedra manaba el agua fría ;
la radiosa mañana del estío luciente
fulgía entre las hojas, en cumbres de montañas,
tocaba el mar ; alado mensajero de áureos
talaes, sus preciosas manos posó en los hombros
por la edad agobiados ; dieron flor los narcisos,
las ruecas transformáronse en rosas perfumadas,
las raras hebras níveas en negros, rubios bucles ;
un peplo fino, oliente, cubrió los bellos cuerpos,
y calzaron labradas sandalias pies hermosos.
Como se unen en ramos los racimos de pétalos,

caricia de la lumbre dorada, así dichosas,
se enlazaron las jóvenes con brazos fraternales.
Sin atinar, decían : « La golondrina vuelve,
torne y entre la ausente, la ventana está abierta,
viene la primavera, vuelven los dulces días ».
Hablaban y la brisa llevó la gracia errante.
¿ Viste, en las noches claras, la ronda de los niños,
negro el chopo, en la luna ; manso el mar, en la arena ?
¡ Quién allí despertase, quién tornara a esos años,
a cantar en la unánime amistad de los corros !
Cincela en bronce, esculpe, las rondas infantiles ;
los ancianos añoran y los niños recogen
de los gajos purpúreos las granadas maduras.
Toca en la vida, y brote lo amado en nuevo triunfo.

PISANDRO

Admiró, el sabio aedo, mansiones donde estatuas
inmortales, dotadas de amable voz, caminan ;
de plata, ladradores perros, fieles guardianes,
sin la vejez que cubre de tinieblas los ojos ;
contemplé en la pintura vivir juegos y danzas,
canes de largas patas, con hocicos feroces,
tras hoscas jabalíes de afilados colmillos.
La deidad al artífice infunde audaz ingenio ;
la piedra, los metales, experta mano anima ;
resuena el son de cítara, la clara unión del canto.
Y la letra recobra los frisos ya sepultos,
da egregia voz al héroe, eterniza el instante.

MELAMPO

Al escuchar al órfico maestro entré en olvido
de injusto daño ; verde musgo crecía en árboles
antiguos ; el sol lúcido brillaba en las colinas,
difundía el sosiego del vasto azul del éter.
Destino adverso, oscuros odios y rencorosa,
peor sierpe la envidia, no ahogan el anhelo
sagrado ; el amor puro vence ; y el alma libre,
lee ganada en lo íntimo, en la verdad despierta ;
tímida, se recoge y halla un tesoro oculto
de bien que apenas sabe quien en sí no lo goza ;
sigue al pastor alígero adonde el ramo de oro,
igual que Orión brillante, que las marinas Pléyades,
en boscajes de elíseos jardines resplandece.

PISANDRO

Con ardientes palabras, Antenor me decía :
Allí virtud, justicia y amor son lumbre cierta,
de la ávida impureza, limpia, el alma renace,
la fatiga del áspero camino encuentra gloria ;
el dios al abatido levanta, y al soberbio
y al malvado condena ; ya en la tierra su fallo
se cumple ; los ancianos, en los postreros días,
disfrutan del tesoro de las acciones justas.
Melampo, cuando te oigo, siento en ti la presencia
de santidad incólume que anticipa lo eterno.
Tiendes la mano, alcanzas el aromado fruto,
te ensalza la constante rectitud de tus actos,
aunque el dolor te hiera tu ánimo está sereno ;

y ahora en el aliento de brisas del Océano,
— brillante luce Véspero y anuncia las estrellas —,
creo sentir el Céfiro que hace crecer los ramos
floridos de jardines donde los sabios moran,
donde Antenor espera nuestra ansiada visita.
¡ Quédate, aquí en mi casa, Melampo, para siempre !

MELAMPO

Me quedaré esta noche ; voy a mi dulce patria ;
quiero pisar la tierra natal, morir en ella.

PISANDRO

No irás a pie ; poseo carros, corceles ágiles ;
te llevará Manalcas, fiel y prudente auriga ;
el don hospitalario te doy : manto, tejido
por hábiles mujeres, un brasero de bronce ;
para el niño dos túnicas y un carretón con mulos
de fresno ; artista rodio se lo vendió a mi padre ;
que lo conserve y quiora recordar a Pisandro
si, en la vejez, a un niño de nuevo lo regala.
Nos separan rocosas montañas, ríos, bosques ;
quizá allá te visite, quizá muy pronto vuelvas ;
así podremos juntos indagar el destino,
penetrar, ya concordes, la voluntad ecuánime,
vivir en el refugio que está en nuestra memoria.

MELAMPO

Óyeme, quizá nunca tornes, Pisandro, a verme,
no logran los ancianos cumplir largas promesas ;

los jóvenes adoran los días venideros
y buscan, en futuros años, nobles tesoros ;
nosotros ya los campos segamos ; las avenas,
la amapola purpúrea con el trigo maduro ;
somos la breve nube bermeja del ocaso.
La estirpe justiciera de los hombres felices,
grata cordura alcance y otros tiempos contemple,
cuando torne la aurora que alumbró encinas áureas ;
en los velados ojos del anciano es sombrío
el sol, la estrella es pálida, la flor se descolora ;
dichoso el que no sabe, si ignora la ternura,
si a sí acaso se ignora ; pasa, olvida, se extingue ;
los árboles no esperan el hacha que los hiere,
y el temor en nosotros se anida ; el fuerte sólo,
de miedo y males triunfa, se entrega al brazo cierto.
Retorna al mar el agua ; fuimos ; vemos, Pisandro,
la antigua empresa, en sueños ; mi edad mejor parece
una isla abandonada, la pueblan los alciones.
¡ Allá quedó en las hojas del olivo y del olmo !
Una ansia inenarrable nos lleva, el pie en peligro,
y el mal su engaño junta. Volvemos y no existen
ya el amigo, los seres amados ; somos otros ;
es la misma la tierra donde arraigó el cariño.
El padre de los dioses, de intento inescrutable,
que ve en la íntima esencia del ser y el universo,
el que habita las cumbres del Olimpo nevoso
y en las fúlgidas urnas de la luz se difunde,
— en las montañas dora las nubes, el relámpago
rasga el lluvioso cielo —, y en las claras mañanas
ve nacer los corceles del sol en el Océano,
el que en licor sin penas posa el labio insaciable,

y se alegra en celestes mansiones con dichosas risas que se complacen en festines y gozos, pudo el arcano origen y el fin de cuanto existe saber ; vió, con espanto, la hondura del destino ; cesó el sonoro vuelo de la templada música ; la frente poderosa se anubló, la ancha copa resbaló de la mano, rodó el cetro ya inútil, la incontenible lágrima en la sombra ; y de niebla invernal se cubrieron los montes y los mares. « Olvidemos », se dijo, y el canto de las Musas reanudó al instante ; Hebe, en copas labradas, vació néctar. « Gocemos »; y brotaron las rosas, se animaron las gracias y las risas volubles.

PISANDRO

Pienso, el desvelo, en larga noche, mi ánimo hiere ; en apacibles horas duermen los niños ; brilla la luna en tenues coros de estrellas ; el lucero, nuncio encendido, asoma. La madrugada es pura. La esperanza en la llama de la aurora renace. Saludo el alba en ígneas ondas del mar, en cumbre rosada ; brilla el árbol, el sol está en mis ojos. Si nuestro andar iluso, guarda en la sombra eterna el recuerdo, esta dádiva feliz del sol añora. ¡ Maestra de las ciencias, espejo de los bienes, manantial de alegría, luz que todo lo sabes !

MELAMPO

El sol, antes visible, que hoy palpo y acaricio, queda en mí cual la tarde posada en roja nube ;

y, a veces, me deslumbra, despierta en mis tinieblas,
pinta el cielo, las selvas, los mares y los ríos.
Ya he tocado los límites del postrer occidente,
el oscuro silencio de la noche me alberga.
Y hora incesante escucha jubiloso murmullo
de existencias nacientes ; Pisandro, el sabio ignora,
ignora el ave, ignora la fina flor de lino ;
el árbol deshojado da al viento del otoño
minúsculas simientes donde laten raíces
y frondas ; todo brote de la vida es sagrado ;
vislumbre el ocio excelso la oculta obra divina ;
yo, en lo alto del camino, nada sé ; me detengo.

PISANDRO

El obrero concibe, ya hecho, el edificio
al abrir los cimientos, mas, en el tiempo escaso,
teme, no alcanza, a veces, a concluir el muro ;
vemos la inmensa nave de cielo y de montañas,
y ¿ quién su orden penetra ? Siempre indomable el ánimo,
siempre tenaz, con Ícaro ensaya el frágil vuelo ;
en los húmedos ojos nueva atracción seduce ;
hacia otras manos pasa, vivaz, la eterna antorcha ;
y allá, quedan, la senda luminosa y ya oscura,
promesas y memorias, la amistad y el cariño.
Melampo, miro añosos los árboles que joven
planté ; moro en la casa donde nació el abuelo ;
viajé, viví ; hoy quisiera reunir en la mesa
paternal, las queridas sombras, nunca olvidadas.

MELAMPO

Cual la madre, en el sueño, contempla el hijo amado
y extinto, y el deseo de llorar la despierta,
así vemos la imagen de lejanos amigos,
se acercan y nos hablan en los remotos tiempos.
Supieron nuestras penas, vivimos en su mente,
nuestro gozo acogieron con dichosa sonrisa,
vagamos por las playas y pórticos, en años
de mocedad ; pensábamos en un futuro idéntico ;
era tan vasto el mundo, luciente el horizonte,
rizaba la onda inquieta la barca voladora ;
y atrás, atrás quedaron ; otras voces oímos,
no tienen las palabras ya esa bondad fraterna,
ya no hay manos cordiales. ¡ Volved desde el reposo,
oídme, no os olvido ! La ofrenda exorna el ara.
Esperadme, estoy libre. Quiero, con alma limpia,
recogerme en el seno maternal de la tierra.

ARTURO MARASSO.

ESPERAR CONTRA TODA ESPERANZA

I

BELÉN PROMETE DEFENDERLO ¹

Fuenterrabía es una vieja ciudad, que en el siglo xvi soportó heroicamente un largo sitio de los ejércitos franceses, y triunfó de ellos con tanta gallardía que mereció que el rey de España le otorgara solemnemente el sobrenombre de Leal e Invicta, que aun hoy se lee en un mármol en la puerta principal de su recia muralla.

En su recinto se hiergue aún el negro castillo del emperador Carlos V, inhabitable por haberse derrumbado algunos techos y no pocas paredes interiores, pero imponente y lleno de gloriosos recuerdos.

Cuesta abajo, y fuera ya de las murallas, en la costa del mar Cantábrico, sobre la desembocadura del río Bidasoa, límite natural entre España y Francia, está la Marina, el barrio de los pescadores de Fuenterrabía, que por la dulzura del clima y la hermosura de la playa se ha hecho uno de los más aristocráticos balnearios españoles, y afronta con ven-

¹ Primer capítulo de la nueva novela, aun inédita, de Hugo Wast (G. Martínez Zuviría), que aparecerá con el título *Esperar contra toda esperanza*.

tajas diversas la concurrencia de dos vecinos famosos, San Sebastián, balneario de reyes y Hendaya, en tierra francesa, orilla derecha del Bidasoa.

Oriundo de Fuenterrabía, y de puro linaje vasco, era don Casto Aguinagalde, conde de Utrera.

Si bien esta raza es prolífica en extremo y sus familias tienen tantos hijos, que han podido llenar de apellidos vascos las veinte naciones hispanoamericanas, la familia de los condes de Utrera constituía una dolorosa excepción y había ido extinguiéndose hasta concluir en don Casto Aguinagalde, viudo, sin hijos ni más parientes cercanos que su sobrina, María Belén condesa de Bazán.

Aunque el conde de Utrera había enviudado relativamente joven, pensó que el matrimonio es una hazaña que no se debe repetir y se olvidó de que aun había mujeres en el mundo y prefirió dedicarse a los negocios.

El famoso Banco de Utrera, que tiene sucursales o agentes en todas las capitales, pertenecía exclusivamente a don Casto, y era a la vez fuente de pingües ganancias y de tanta ocupación y distracción que no echaba de menos las que a un buen padre de familia suele proporcionar una casa con mujer e hijos:

Su sobrina Belén, huérfana de padre y madre y sin más arrimo que él, que era su tutor, había terminado los estudios en un colegio de monjas de Brighton (Inglaterra) y vuelto a España, al comenzar la estación veraniega, que el conde de Utrera solía pasar en su palacio de Fuenterrabía, frente a la playa.

El mar Cantábrico, bravo y oscuro, y lleno de historias de pescadores y de piratas, fué el primer amor de aquella muchacha.

Muchas veces ella pensó que de haber sido hombre hubiera huído de la casa de su tío a los quince años, a fin de enrolarse como grumete en cualquier navío que partiese para mares remotos.

Mala suerte que fué mujer y debía refrenar los ímpetus de su imaginación, y esperar la hora de casarse...

Tenía por cierto que en el cielo donde se escribe el destino de las gentes, estaba escrito que ella, María Belén, condesa de Bazán, y futura condesa de Utrera, se casaría con un pescador o con un pirata.

Prefería un pirata cien por ciento, claro está; pero como en los prosaicos tiempos modernos, resulta difícil encontrar a mano un pirata, sentíase capaz de transar por un pescador, al cual le insullaría un alma de filibustero.

¡Qué de historias sabía! Mientras sus amigas bebían cocktails, bailaban o devoraban films de amor, ella leía libros de viajes, naufragios y piraterías.

Un día leyó la historia extravagante, pero verídica, de dos mujeres piratas del siglo xvii, María Reed y Ana Bonn, inglesa aquélla, irlandesa ésta.

Vestidas de hombre, cada cual por su lado, capitaneando a marineros sin ley ni rey, libraron terribles combates, apresaron buques, ahorcaron a sus tripulantes, robaron sus tesoros, compraron y vendieron esclavos, se enamoraron de algún prisionero, y finalmente María murió en la horca y Ana, condenada también a la misma pena, se escapó de la prisión y pereció de hambre en los bosques de Jamaica...

Belén suspendía la lectura, cerraba el libro, manteniendo un dedo entre las páginas, y dejaba vagar sus ojos soñadores sobre las cabrillas verdes y espumosas que brincaban en lontananza y venían persiguiéndose hasta estrellarse en el

acantilado vasco, sobre cuya cresta se erguía la ermita de la Virgen.

¡ Qué enorme atracción ejercía sobre ella el mar ! Pero ya no existían buques de madera, con abigarradas velas de lona ; y Belén hallaba inconcebible que un pirata de verdad pudiese tripular un buque de hierro, movido por una odiosa máquina.

Un año antes de terminar sus estudios se imaginó que ya sabía bastante y notificó a su tío que no volvería más a Brighton, y que se enrolaría en un buque, para ser marinera. Tenía diez y nueve años y mirándose al espejo se hallaba tan hermosa como María Reed, la cual, según cuentan sus historiadores, fué un portento de belleza, especialmente en su traje de pirata.

Su tío, acostumbrado a sus caprichos, que duraban poco, pues la chica en fin de cuentas, era muy razonable, escuchó su notificación con mucha calma. Dejó correr las vacaciones del verano, y a fines de agosto la interpeló así :

— Te pido una cosa y te prometo otra.

— ¡ Ya sé ! Eres capaz de pedirme...

— ¡ Exactamente ! Soy capaz de pedirte, y te lo pido, que vuelvas al colegio por un año más, y concluyas tu curso ; y mientras tanto, durante el invierno, yo mandaré construir en un astillero de Guarnizo un yate que estará pronto para el verano y te lo regalaré.

Belén quedó callada un buen rato.

— ¿ Qué rey dijo : París bien vale una misa ?

— ¡ Ya ves cómo no sabes tanto como creías ! — exclamó el conde triunfalmente. En un año más no necesitarás preguntar a nadie para saber que eso lo dijo Enrique, el rey de Navarra, que era hugonote, al convertirse al catolicismo para ser de rey de Francia.

— ¡ Bravo ! Pues yo como Enrique... ¿ qué número tenía ese Enrique ?

— ¡ Cuarto !

— Yo como Enrique IV diré : un yate bien vale volver a mis monjas : pero ha de ser un cúter de madera, con...

— Con un motor Diesel, y una radio, y una nevera... — interrumpió don Casto y su sobrina le tapó la boca horrorizada.

— ¡ Lo que estás diciendo es una blasfemia ! Yo no quiero un artefacto en esas condiciones : eso no es un verdadero buque... ¡ motor Diesel ! es decir oliendo a petróleo... ¡ Y radio, y nevera y luz eléctrica ! ¡ qué espanto !

— Bueno, que sea como quieras...

— Lo quiero con un mástil bien largo, con una gran vela cangreja, y un bauprés y dos foques y que pueda navegar con viento de proa, y que tenga una cámara para seis pasajeros, y un camarotillo para el capitán, que seré yo y...

— ¡ Acordado ! ¡ todo lo que quieras y como lo quieras ! Pon por escrito tus condiciones y mandaré hacer planos, y encargaré la embarcación a cierto astillero de Guarnizo, que ahora está en decadencia, pero que desde hace doscientos años trabajó con una misma familia.

Ese mismo día Belén puso por escrito las características que había soñado para su buque y el conde lo encargó tal cual.

El antiguo astillero que recibió el pedido quiso corresponder a la confianza de don Casto, que lo prefería a los grandes y modernos talleres del Ferrol o de Bilbao.

Su labor fué tan excelente que había podido compararse con las obras ejecutadas en los mejores tiempos de la industria naviera.

Efectivamente, Guarnizo, distante de Santander un par de

leguas, tuvo en siglos pasados un Real Astillero, donde se construyeron navíos de alto bordo y aún de guerra, como el *San Fernando* de 64 cañones, o el *San Juan Nepomuceno* que llevó al tope, en la batalla de Trafalgar, la insignia del almirante Churruca.

La nobilísima industria de las construcciones navales, que tanto honor y provecho reportan a las naciones, ha decaído allí de tal modo, que apenas la mantienen algunos tenaces artesanos, empeñados en no abandonar un oficio, que es una ciencia y un arte, aunque ya no les permita hacer fortuna, sino apenas vivir.

Dos condiciones impuso el conde a su sobrina para hacerle el precioso regalo: primero, que no había de ver el cúter sino concluido; segundo, que lo bautizaría con el nombre que él le indicara.

Temía el buen señor que si la muchacha visitaba la obra antes de su término, se empeñara en recargarle de notas pintorescas, a costa de las comodidades y de la seguridad.

Ella aceptó lo primero, comprometiéndose a no ir a Guarnizo sino el día en que se hiciera cargo de su buque, para izar la vela y conducirlo a la ría del Bidasoa, donde con meses de anticipación se le preparó un fondeadero.

La segunda condición, la de darle un nombre, desbarataba sus planes.

— ¿Cómo quieres bautizar mi barco?

— Quiero que lo llames *San Jorge*.

— ¡*San Jorge!* — exclamó ella con un mohín que lo mismo podía ser de sorpresa, que de inquietud. — ¿Por qué *San Jorge*? ¡Yo tenía otro nombre mejor!

— Comparémoslo... ¿Cuál era tu nombre?

— Yo lo habría llamado *El Dragón*, porque así se llamó

el buque con que el pirata inglés Drake, sir Francis Drake, en el siglo XVI, assoló las Indias españolas...

— ¡ Me asombra tu erudición, niña ! ¿ Tú, que no conocías a Enrique IV, conoces a Drake ? Pues por la misma razón de haber sido un cruel enemigo de los españoles tu barco no puede llamarse como el suyo.

— Pero por qué *San Jorge*... — preguntó ella, y otra vez le advirtió en su cara la inquietud.

El conde respondió sencillamente :

— Porque tal fué el nombre del último navío de gran porte botado en Guarnizo, hace setenta años. Quiero restaurar la antigua prosperidad de una industria de tanta tradición en esa costa.

— ¡ Serás complacido ! — exclamó ella — pero tendré que explicarle a Jorge que no nos hemos acordado de él en esta ocasión.

— ¿ Quién es ese Jorge de quien no quieres acordarte ?

La muchacha se puso roja, como pillada en culpa, y se apresuró a responder :

— Jorge de Balcázar, marqués de Manrique, y no sé qué otros títulos más. ¡ Tú lo conoces, tío !

— ¡ Ya lo creo que lo conozco ! Fuí amigo de su padre, aquella bala perdida que se llamó el marqués de Balcázar ; pero del hijo tengo buenas noticias...

— ¡ Psch ! — hizo Belén con desdén — ¡ Podrían ser mucho mejores tus noticias, si él quisiera !

— ¿ Te festeja, acaso ?

— Un poco sí, como todos...

— ¿ Un poco no más y como todos ? ¿ Te quejas de ello ?

— ¡ No hablemos más ! Acepto el nombre y no le explicaré nada. ¡ Que se imagine lo que quiera !

¡ Los recovecos que tiene el corazón de una colegiala, en vísperas de terminar sus estudios !

Aunque había hablado en contra de aquel nombre, para su embarcación, la verdad es que secretamente no le disgustaba, ni siquiera ante el peligro de que las gentes pensaran que lo había tomado de aquel joven sevillano, que le escribía a Brighton una carta cada tres días, a hurtadillas de las buenas monjas, firmándolas con un seudónimo lleno de sortilegio : San Jorge...

¡ Pero qué frías y extrañas parecíanle aquellas cartas, a ella que tenía corazón de heroína cortada por Byron o por Zorrilla ! ¿ Si no la amaba por qué le escribía con tanta puntualidad ? ¿ Y si la amaba, por qué no se lo decía con las palabras románticas e impetuosas, que ella le hubiera dictado y que él debía descubrir ?

No la aburrían las cartas de él, más parecían escritas pensando en otras cosas que las realidades de su pequeño mundo, y lo peor pensando no en otra persona, sino en otro destino.

Belén sentía al leerlas como que él la tomase a ella no por destinataria, sino por confidente de sentimientos inaccesibles, de que él mismo no tenía conciencia clara y formal.

Así y todo, las cartas de Jorge de Balcázar eran las que más le agradaban de las muchas que recibía. Los otros amigos, todos enamorados de ella hasta la muerte, según decían, le hablaban de cosas tan estúpidas — nuevos bailes, nuevas fórmulas para hacer un cocktail o un *ice-cream*, nuevos films, nuevos trajes, nuevos chistes, — y a menudo las rompía sin abrirlas, porque antes de leerlas se las sabía de memoria.

Decididamente, ella había nacido con cuatro siglos de retardo.

En el siglo XVI no le hubiera sido difícil encontrar un aventurero gallardo, noble y valiente, a quien entregarle su corazón y su mano, y... nada más. Belén era pobre como una hermana de San Francisco. No tanto, porque poseía, en el fondo de su roperito, una pacotilla de alhajas y dinero que iba reuniendo con los obsequios de su tío.

Al año siguiente, el día que abandonó para siempre su querido colegio de Brighton, primeramente lloró sobre el hombro de la Reverenda Madre Superiora, prometiéndole volver para perfeccionarse en el inglés; después lloró sobre las rosadas mejillas de la Prefecta de estudios, jurando que le enviaría sus hijas cuando Dios quisiera dárselas. Después se enjugó las lágrimas y se fué al correo en busca de las últimas cartas que podían haberle llegado, y como no hubiera ninguna de « San Jorge » y sí de otros amigos, las quemó sin abrirlas.

Ya ellos, de viva voz, en Madrid, le dirían las mismas cosas; y en cuanto al otro, a Jorge de Balcázar y Manrique, estaba resuelta a no verlo nunca más, y a rogar a su tío, de rodillas, que eligiera un nombre mejor para su cúter.

Como había comenzado la temporada veraniega apenas desembarcada en Boulogne fué a París, a renovar su guardarropa; y pasó directamente a Fuenterrabía, donde su tío acababa de reclutar tres marineros para la maniobra del cúter, eligiéndolos de entre los más seguros y capaces que podían hallarse en aquella costa vasca, donde todos son bravos y fieles y templados para las luchas del mar.

Uno de ellos, Pedro Urquiola, verdadero lobo de mar, sería el segundo a bordo, y otro el cocinero. Los tres se alojarían en el sollado, es decir bajo el puente.

En la cámara, que ocupaba gran parte de la cubierta,

había dos alcobas, capaces para tres personas cada una ; y un pequeño comedor decorado en el estilo del siglo xvi.

— ¿ Cuántos amigos vas a invitar para el primer viaje ? — preguntó el conde a su sobrina al mostrarle los planos del cúter.

— Seremos tres chicas y tres muchachos.

— ¿ Quiénes son ?

Ella letaneó los nombres lentamente.

Don Casto arrugó el ceño, como si no le gustara la compañía.

— Vas a tener que suprimir a uno de tus muchachos — le dijo —. Al que menos quieras, y darme el sitio a mí.

— ¿ Vas a acompañarnos ? ¡ Encantada ! ¡ Cuándo partiremos para Guarnizo ?

— Mañana. Iremos primero a Santander y de allí en un cuarto de hora al astillero. ¿ Vais a ir vestidos de adfesio ?

— ¿ De piratas, quieres decir ? ¡ Naturalmente ! Es decir... pienso que para el primer viaje, tal vez, conviniera no vestirnos así.

Desde hacía tiempo, Belén había entregado a su sastre de San Sebastián unos dibujos para que le hiciera doce trajes de piratas del siglo xvii, diciéndole que eran para una representación teatral.

El vestuario estaba completo y sus invitados conformes en vestirse de aquel modo. Pero a ella le habían entrado dudas, de si convendría profanar tan hermosos trajes vistiendo con ellos a mequetrefes desabridos y tontos.

— A mí también me parece — contestó el conde — por lo menos para el primer viaje... Cuando llegué el carnaval...

— ¡ Bien pensado ! Dejaremos los trajes para entonces. Además, tú no querías verte de pirata.

— Si me lo ordenaras, — replicó el conde, — yo te obedecería aún en eso ; donde manda el capitán...

— Vales un Perú, tío Casto.

— Pues si valgo tanto, déjame hacerte una pregunta : ¿ por qué no has invitado a Jorge de Balcázar y Manrique ?

— Es verdad, no lo he querido invitar... Me imagino que a él no le gustan estas andanzas. Es un hombre tranquilo...

— Yo en cambio estoy seguro de que le ha sorprendido el que lo hayas olvidado...

— ¡ No lo he olvidado ! No he querido invitarlo ; — recalcó ella — es otra cosa.

— Todavía peor... Sí que lo ha notado y está triste.

— ¿ Quién te lo ha dicho ?

— Lo han difundido por radio — contestó él riendo — . Todo el mundo lo sabe.

— Mejor si lo ha notado. Pero si quieres explicarle algo, mándale decir por radio o por teléfono, que no lo he invitado, porque lo creo poco aficionado a paseos de esta clase, con niñas y gente joven...

— La enmienda me parece peor que el soneto, — observó don Casto. — Es como pasarlo a la categoría de viejo...

— Si no te agrada, puedes decirle de mi parte lo que tú quieras.

— ¿ Lo que yo quiera ? Está bien, si es así me encargo del mensaje.

Se dió cita a los invitados, en Guarnizo, para embarcarse al día siguiente ; y muy temprano salieron de Santander en automóvil, el conde y su sobrina. Ésta advirtió en el asiento una tercera maleta que tenía por iniciales J. B. M.

Antes de que preguntara a quién pertenecía, apareció su dueño : Jorge de Balcázar y Manrique...

— ¿Tú ?

— Yo... Tu tío me ha dado tu mensaje y me ha invitado en tu nombre. Te doy las gracias.

Belén no halló qué contestar. Don Casto llegó con un aire de picardía en los ojos entornados, que le hizo hervir la sangre.

— ¿ Por qué te ríes — le dijo ella en voz baja.

— ¿ Quién dice que yo me río ?

— Lo has invitado sin acordarte de que no tenemos dónde meterlo a bordo, como no sea en el sollado con los marineros.

— Hay un camarote en que no habíamos pensado.

— ¿Cuál ?

— El del capitán. Yo lo ocuparé y él tendrá en la alcoba de los muchachos la cama que me habías destinado.

— ¡ Es verdad ! — respondió ella enfadada, porque había proyectado alojarse en el camarote del capitán. ¡ Mala suerte ! Tendría que cederlo a su tío.

— ¿ Te resignas, pues ?

— ¡ No puedo hacer otra cosa !

Balcázar, que se ocupaba en colocar su valija en el baúl trasero del coche, no oyó el diálogo, pero viendo luego la cara enfurruñada de la chica, sospechó que el tardío mensaje fuese invención de don Casto y se entristeció. En llegando a Guarnizo buscaría un pretexto para no embarcarse.

Mas ella se arrepintió durante el viaje de su malhumor y sin excusarse con palabras trató de hacerse perdonar ; cambio que él pareció no advertir, pues siguió silencioso hasta el fin. En Guarnizo, sobre el muelle de los pescadores, donde estaba amarrado el cúter, reuniéronse todos los invitados, que habían venido en otros coches.

La tripulación estaba ya a bordo del barco empavesado, pronto para la ceremonia de la bendición.

Iba cayendo la tarde cuando llegó el sacerdote, con su sacristán. Se revistió del blanco roquete, se echó al cuello la estola; y pocos minutos después, el *San Jorge* quedaba bendito según el santo ritual de la Iglesia y definitivamente listo para izar las velas y partir.

El sol se había hundido ya en el mar, dejando una barra color de púrpura. El sacerdote contempló el ocaso, con ojos marineros, y dijo al despedirse del conde, citando un pasaje del Evangelio:

— Mañana hará buen tiempo, porque el cielo está rojo.

— Dios lo oiga, — contestó Belén, — porque he dado orden de partir al alba.

Ya estaba ella en funciones de mando, lo que hizo reír a sus huéspedes.

Con las últimas luces del crepúsculo, recorrieron el barco, desde la sentina hasta el puente, comieron los manjares guisados a bordo y antes de las diez de la noche ya dormían todos, hasta los marineros, confiados en la solidez de sus amarras nuevas.

Buenas serían las camas, pues al siguiente día sólo Belén se levantó a la hora en que el contraestre mandó izar las velas, para aprovechar el viento fresco del naciente. La embarcación se dejó arrebatarse por su gran vela blanca, escorada y rayando las olas con el extremo de su botavara.

Cuando Belén apareció en el puente, ya el *San Jorge* iba internándose en el mar, para alejarse de la bravia costa cantábrica.

Halló al contraestre en la rueda del timón y absorbió en la maniobra.

Al ver su negra blusa de lana y sus calzones manchados de brea y su vieja boina azul, pensó Belén cuánto más pin-

toresco sería si consintiera en endosarse el precioso traje de pirata que ella le había destinado. Pero ese día no se animó ni a mandárselo poner, ni siquiera a hablarle del asunto.

Con un mar picado como aquél, en que las olas rompían en la proa misma, sacudiendo al *San Jorge*, que no parecía pesar más que una flor, no era el tiempo de malquistarse con su segundo.

Pero el día que ella supiera todo lo que él sabía, y no tuviera necesidad de sus consejos, mandaría a sus marineros que se vistieran al gusto de ella, es decir: chupa a la moda del siglo XVII; pantalones cortos, cinturón erizado de puñales y pistolas, hacha de abordaje y bonete encarnado... ¡Ah! Y una bandera al tope, negra, con una calavera y dos tibias blancas.

La romancesca dueña del *San Jorge* dió los buenos días a su contramaestre, que tocándose la boina con un dedo, le hizo esta prevención:

— Tenga cuidado la niña, al andar sobre cubierta, y cójase bien de los obenques, para no caerse al agua en un bandazo de esta balandra que es fina, pero inquieta.

— No pase miedo por mí, — le contestó ella amoscada, considerando una falta de respeto aquella lección que le impartía su segundo.

Mas como el cabeceo de la embarcación hacía difícil quedarse de pie, se tendió sobre el puente a proa y se puso a contemplar el océano, herido por los primeros rayos del sol rasante.

Sentíase orgullosa de ser la única del pasaje despierta a esa hora.

Bien se advertía que ninguno de sus compañeros tenía alma romántica. Ni siquiera sabían el nombre de una vela,

ni de un cabo, ni de una tabla. Cada objeto a bordo tenía un nombre distinto. La verdad es que ella tampoco lo sabía y era el caso de aprenderlo todo...

Tenía que aprender también los recovecos de la costa cantábrica, donde a cada paso podía encontrar escollos en que se deshiciera su barco y se ahogara su tripulación.

El día en que lo supiera todo y pudiera reemplazar a aquel lobo hirsuto que la miraba con ironía y con lástima, se largaría mar adentro, con muchas provisiones y llegaría hasta Inglaterra o hasta América, si se le antojaba.

¡Cómo la embriagaba el pensamiento de navegar a su arbitrio, llevando ella misma la rueda del timón y sintiendo la frente azotada por la brisa de altamar!

Pero si despedía a sus marineros de calzones embreados, ¿con quién los reemplazaría?

Aquellos mequetrefes, que no sabían ni siquiera lo que sabe un *barman*, evidentemente nunca le servirían para dar la vuelta al mundo. Le consumirían las provisiones, pero no serían aptos para izar la vela, ni menos para arriar un foque...

— ¿En qué estás pensando, Belén? — dijo alguien a su espalda; y ella sin tomarse el trabajo de volver los ojos, a ver quién le hacía la pregunta, respondió desabridamente:

— Estoy pensando en que si a todos mis compañeros los moliera juntos en un almirez, no sacaría material suficiente para hacer un grumete. No saben ni el nombre de los palos de un buque, ni a qué mano quedan babor o estribor, ni cómo se maneja el timón...

— En todo caso, Belén — contestó la voz a su espalda, — no me metas a mí en el mortero con los otros, porque yo sé todo eso y mucho más...

Atónita de oír eso volvióse rápidamente y se halló cara a cara con el invitado de la última hora.

— ¿Tú, Jorge, sabes, por ejemplo, cómo se llama el palo que lleva a proa nuestro barco?

— ¡Vaya si lo sé! ¡Y mucho más! Yo fui marinero desde los diez años a los diez y seis. He servido como grumete o aprendiz en los barcos de mi padre, que navegaban desde Cádiz a las escalas del Levante...

— ¿A qué le llamas escalas del Levante?

— A las puertas del Mediterráneo oriental, infestadas antaño por tus queridos piratas.

— ¿Y tú sabes eso? ¿Tú has sido grumete? ¿Sabrías manejar un buque?

— ¿Por qué quieres que te lo jure? ¿Por tus ojos azules como el mar? Mal que te pese Belén, amiga mía, yo he sido por años un buen marinero.

Ella se volvió completamente hacia él, dispuesta ya a admirarlo y le preguntó dulcemente:

— ¿Qué me decías de los barcos de tu padre?

— Mi padre tuvo una gran compañía naviera, cuyos buques navegaban en el Mediterráneo y que algunas veces tomaban también el derrotero de nuestras posesiones de África, y hasta llegaban a Cuba y Puerto Rico. La pérdida de nuestras colonias de América, fué el comienzo de la decadencia de la compañía. Yo la conocí asaz menguada ya. Mi padre quería que yo, su único hijo, le devolviera el antiguo esplendor, y me obligó a navegar durante seis años y cuando murió, hace dos años, me hizo jurar que conservaría su título y proseguiría sus negocios.

— ¿Temía él acaso, que renunciaras al marquesado? — preguntó ella con sorpresa.

— Yo tenía otra vocación, — respondió él, ruborizándose ligeramente y vacilando en proseguir la conversación, recelando un secreto muy íntimo.

Ella, con audacia, lo obligó a poner todas sus cartas sobre el tapete. Algún rumor le había llegado de que él, en cierto tiempo, quiso entrar a un seminario, para ser religioso, y que su padre se opuso, no queriendo que se extinguiera la estirpe y menos que el marquesado pasara a una rama colateral, con cuyos miembros estaba reñido.

Quiso saber qué había de cierto, y remachó su anterior pregunta :

— ¿ Por qué tu padre te hizo jurar que conservarías el título y seguirías sus negocios ?

— Tal vez tú hayas oído algo de eso, — respondió él, vacilante.

— ¡ Hombre ! He oído que quisiste ser sacerdote... ¿ Es cierto ?

— Sí, es cierto... No me place hablar de ello, porque la gente frívola entiende mal estos asuntos delicados y lo echa a mofa.

— ¿ Tengo yo cara de « gente frívola » ? — interrogó ella, mirándolo de frente.

Era una chica hermosísima, de cabellos indóciles y rubios, de tez asoleada, color arena de mar y de ojos claros, resplandecientes a ratos, profundos a ratos. Hacía con él la mejor pareja del mundo, según pensaba su tío, porque él, era un guapo mozo, en sus veintitrés años, garboso y aventajado de estatura ; y atezado, como quien ha vuelto de la guerra.

Conservaba la dulzura y la moderación en los modales, indicios de su vocación primitiva, abandonada por cumplir la voluntad de su padre.

— Cuéntame, tú mismo, ya que lo sé por otros, eso de que nunca me has hablado.

— Pues bien, sí, fui seminarista varios años, en la Congregación de las Misiones Extranjeras, en París, calle de Bac. Entonces vivía mi madre y ella fomentaba lo que consideraba el mayor don del cielo: la vocación religiosa.

Se detuvo, porque una ola rompió sobre la proa y salpicó de espumas los rubios cabellos de la muchacha.

— ¿Te has mojado?

— No te preocupes. ¡Habla, que quiero saber tu vida!

Cierta especie de ternura refrenada con que ella dijo esto, lo conmovió a él.

— ¿Por qué quieres saber mi vida? ¿Es simple curiosidad?

Ella se repuso y replicó severamente:

— Quiero conocer tu foja de servicios para anotarla en el rol de la tripulación. ¿Quién manda a bordo? ¿Tú o yo?

— Tú, pero en la maniobra del barco, nada más — repuso Jorge, con la casuística del alcalde de Zalamea.

— ¡En la maniobra y en todo! Cuando tu madre vivía contigo en París, ¿dónde estaba tu padre?

— En Sevilla, la sede de sus negocios, que no podía abandonar.

Belén había oído decir que el marqués no se entendía con la marquesa y se habían separado amigablemente. Pero no quiso tocar aquel punto doloroso.

— ¿Dices que ella fomentaba tu vocación?

— Así fué. Vivía en la calle de Rennes, a pocos pasos de la casa matriz de la Congregación. Visitaba con frecuencia a mi maestro, el Padre Nassoy, un santo, antiguo misionero en la India, en el Tonkin, en China, que me refería maravi-

llosas aventuras de misionero. Él me hizo conocer el divino y oculto esplendor de aquella existencia. Llegué a creer que para un corazón abnegado no podía encontrarse vida más llena de santas emociones que la de difundir la verdadera religión y bautizar a los pobres paganos en el nombre del Padre, y del Hijo...

— ¡ Y del Espíritu Santo ! — concluyó Belén con vivacidad. Pensaste muy bien, demasiado bien para un marqués dueño de una compañía de buques. También yo, si hubiera sido hombre me habría hecho misionero...

— ¡ O pirata ! — agregó él.

— Efectivamente, misionero o pirata. Pero ¿ por qué dejaste de pensar que esa vida era tu verdadera vocación ? ¿ Qué tentación te desvió de ella ?

— Regresó mi madre a España, sintiéndose morir, y me llevó consigo. Al poco tiempo murió, y yo quedé con mi padre, que había vuelto a las buenas prácticas de su piadosa niñez. Un día me declaró que lo atribulaba el considerar que se extinguiría con él una de las casas más ilustres de España, y se arruinarían los negocios que tanto bien hacían a Sevilla. Yo le prometí permanecer siempre a su lado. Empecé a tomarle gusto a la empresa. Volví a navegar,...

— ¿ Siempre como grumete ?

— No, ya no como grumete, sino como segundo oficial...

— ¡ Bravo ascenso, hijo !

— Te aseguro que lo gané en buena forma. Así pasaron algunos años, hasta que murió mi padre, muy consolado porque yo le juré que no se extinguiría nuestra casa, ni se abandonarían sus negocios ; y que me casaría...

— ¿ Y te casaste ? — preguntó ella con inocente picardía.

— Ya lo ves, todavía no.

— ¿Y a qué esperas? ¿O estás menos seguro de tu nueva vocación para casado que lo estuviste de la otra?

Él demoró la respuesta. La embarcación iba navegando de bolina, casi contra el viento, y el mar que se picaba más y más, rompía sobre la roda salpicando el puente.

Una ola apagó la pipa del contra maestre, que se la guardó en la faltriquera, refunfuñando, y movió un cuarto la rueda del timón, para evitar los maretazos. Guiñó un ojo a la muchacha y le dijo, sin malicia, pero no sin impertinencia:

— Puede la señorita estar orgullosa de su *San Jorge*. Nunca he visto un barco que ciña mejor al viento.

Dado que « ceñir al viento » significa en lenguaje marino navegar casi en contra del viento, puesta la proa sobre él, formando el menor ángulo posible en su dirección, la muchacha creyó advertir en la frase una pícaro alusión al otro *Jorge*, que aun contrariándola iba ganándole la voluntad.

Se quedó callada, buscando un motivo para alejarse. Dió-selo otra ola que rompió a su lado, como se entreabre una madeja de seda y cristal celeste.

Belén exclamó en alta voz:

— Mi *San Jorge* ciña muy bien al viento, pero ya me han caído varios chubascos... Me voy a popa, donde se está mejor.

Se levantó y Jorge le ofreció la mano para que se sostuviera al caminar sobre el puente escurridizo, pero ella no la aceptó.

Al pasar por frente a los camarotes observó que sus compañeros seguían durmiendo, a juzgar por las persianas bajas.

— Ya ves que no puedes contar con ninguno de ellos para la maniobra, — le dijo Jorge; — si algún día quieres salir

de aventuras en el mar, y buscas quién te secunde, no encontrarás otro marinero que yo...

— ¿De veras, me acompañarías si me hiciera pirata? — preguntó Belén, poniéndose al socaire de la vela, para que no la salpicasen las olas.

Él se le sentó al lado, y le dijo así:

— Llámame cuando quieras que vaya contigo y verás cómo acudo.

— ¿Irías al otro lado del mar, por ejemplo? ¿En un barco pirata? ¡ No puedo creerte! ¡ De fraile a pirata! ¡ Eso sí que se llama cambiar de amuras!

— ¡ Cuidado! — gritó a ese tiempo el contra maestre, viendo avanzar una ola gruesa. Movi6 el tim6n, la proa del c6ter se orient6 hacia otro rumbo y la botavara de la vela cambi6 bruscamente de banda y pas6, rozando con su extremidad el hombro de la chica, que se agach6 a tiempo, doblada por la mano firme de Jorge.

— Te he salvado de un buen porrazo, amiga mía.

— Este otro Jorge tambi6n ha cambiado de amuras, — dijo Bel6n con ironía.

— Pues yo no me arrepiento — respondi6 Jorge, — de haber modificado mi derrotero; y le doy gracias a Dios que me hizo ver a tiempo que mi imaginaci6n había puesto su nido en una peña a donde no alcanzaban mis pobres alas. Yo no soy para cosas tan altas y divinas...

— ¿Y c6mo hiciste para explicárselo al buen Padre Nassoy?

— Fu6 una humillaci6n ciertamente, pero la acept6 gustoso. Un día, que volví a París, antes de la muerte de mi padre, le expliqu6 lo acontecido. É1 que había pensado que yo sería en su congregaci6n como su santo inspirador, el

beato Teófilo Venard, misionero y mártir, sufrió la mayor decepción, pero comprendió y me abrazó con la ternura con que se abraza a un hijo que va a la guerra...

La voz de él era dulce y triste. La chica se quedó mirándolo. Jorge daba la impresión de un hombre que se jacta de conocer su camino, y sin embargo, en el fondo de su pensamiento, no está seguro de él. Apenas sabe algo del presente, pero ignora todo el porvenir.

— Muchos que se van a la guerra, — observóle ella, — vuelven después a sus antiguos trabajos. ¿Nunca has pensado que una vocación puede desaparecer momentáneamente, por obra de alguna circunstancia, y reaparecer algún día con fuerza mayor?

— Yo he rogado mucho a Dios antes de resolverme a abandonar lo que el Padre Nassoy llamaba « las vías de Dios », para que no me dejase apartar de ellas, si realmente su divina voluntad era que yo lo sirviera en el altar. Si me ha dejado partir, es porque Él no me llama por esos caminos, demasiado difíciles para mis pobres fuerzas. Estoy seguro de esto.

— ¡ Pues yo no estoy segura de tus seguridades! — exclamó Belén empecinada en arrancarle una confesión más clara. — Tengo de ti algunas docenas de cartas. ¿Quieres que te diga la verdad? Todas tus palabras son demasiado serias, y a veces demasiado tristes... ¿Qué sentías al hacerme esas confidencias?

— ¿Lo que yo sentía? — dijo él inmutándose, como alguien a quien le sorprenden un secreto, muy querido y muy oculto. — Tú no lo has comprendido, y yo no sé explicarlo. ¡ Es lo inefable!

Quedaron silenciosos, contemplando el mar verdinegro,

que se abría en madejas de espuma blanca, sobre la que volaba el cúter como una gaviota rasante.

Jorge vió la mano de la niña agarrada a un obenque. La cubrió con la suya, como si fuese un pajarito que pudiera escapársele y habló así :

— Tú, que eres mi amiga...

— ¿Tu amiga ?

— Sí, mi única amiga... Si algún día yo me enamorase...

— ¿ De quién ?

— De *alguien*... ¿ Me permitirías que te lo contase ?

— ¡ Ya lo creo ! ¡ Me encantan las confidencias !

— ¿ Aunque ese *alguien* no fueras tú ?

— Sí, aunque no fuera yo ; pero tendrías que decirme su nombre.

— ¿ Y aunque... fueras tú ?

— ¡ Entonces no tendrías que decirme el nombre !

— ¿ Por qué ?

— Porque yo lo habría adivinado.

Al decir ella esto, su mano se escapó de la prisión, y sus ojos se volvieron profundos y se fijaron en el remoto horizonte. Luego, retornando a él, se posaron dulcemente en los oscuros ojos andaluces del mozo.

— ¡ No me mires así, Belén !

— ¿ Qué te pasa ?

— No sé explicarme ; pero me haces sufrir y sin embargo me entran ganas de esconderme en mi pieza y hacer versos...

Otra vez callaron ambos, hasta que él retomó la conversación, sin mirarla y como si no hablase para ella, obedeciendo a un irresistible impulso interior, tal una fuente que brota sin saber si de su agua beberán los pájaros, las fieras o las gentes.

— Si tú quisieras seguirme, por mis nuevos caminos, me

iría al fondo de los bosques, lejos del mundo que me aturde ; y te llevaría en mi zurrón como un pedacito de pan...

Belén se sintió deslumbrada y conmovida, y suplicó en voz muy baja :

— ¡ Sí, sí ! Llévame por tus nuevos caminos, como un pedacito de pan en tu zurrón.

En ese instante el contraamaestre puso de nuevo la proa al viento y llamó a un marinero con un estridente toque de su silbato de plata.

— ¡ Riza, cangreja !

Jorge de Balcázar de un brinco se apoderó de la cuerda y realizó él mismo la operación de aminorar la superficie de la vela recogiendo una mano de rizo.

Con menos trapo al viento, serenóse el andar de la embarcación. Los hombres se quedaron boquiabiertos ante aquel competidor que les salía al cruce. Luego volviéronse ellos al sollado y él junto a su compañera, que ahora lo admiraba.

— Si tanto sabes de cosas marinas, — le dijo, — no me lledes por caminos de tierra ; llévame al otro lado de los mares en un barco nuevo, que yo mandaré construir a mi gusto.

— Si me confías tu barco, te llevaré a los mares remotos, donde hay estrellas que ni tú ni yo conocemos.

— ¡ Hecho el trato ! — respondió Belén alegremente, devolviéndole la mano que antes le quitara. Y de pronto, asaltada por una desconfianza, le dijo :

— ¿ Y si algún día descubrieras que tu antigua vocación no estuviese muerta, y que viviese agazapada en tu corazón, aguardando su hora... ?

— Pero alma mía ¿ no estás viendo que nunca tuve esa vocación ?

— ¡ No nos engañemos ! Lo que estamos viendo es que hay

personas que nunca saben, a ciencia cierta, ni lo que son, ni lo que quieren.

— Es verdad, — consintió él. — Como Dios no nos favorezca con una luz especial, no somos capaces de conocer nuestro propio corazón de hoy, cuánto menos nuestro corazón de mañana.

— ¿Has visto? Contéstame, pues, lo que te he preguntado. Si mañana descubrieras que tu vocación no estuviese muerta y fuera demasiado tarde para cambiar de rumbo ¿qué harías?

Él se echó a reír.

— Siempre nos quedaría un recurso, a ti y a mí...

— ¿Cuál es?

— Nos separaríamos de común acuerdo. Yo me haría misionero, por mi lado, y tú... entrarías a un convento.

— ¡Estás loco! ¡Bonito recurso y triste amor!

— El amor siempre es triste, — repuso él. — Kempis dice: « No hay amor sin dolor ».

— Escúchame, porque hablo en serio : cualquiera idea que tenga tu Kempis sobre estas cosas, yo tengo las mías. Llévame a los bosques profundos, o llévame al otro lado de los mares. Yo me iré contigo. Pero acuérdate bien, tú, que sabes tu catecismo : lo que Dios junte, nadie en el mundo podrá separarlo, nadie, ni el rey, ni el papa...

— ¿Qué más querría yo, sino que nadie te alejara de mí y que tú me defendieras contra todos?

— Sí, te defenderé contra todos y especialmente contra ti mismo, porque si me llevas contigo, será para siempre...

Se levantó y se fué a golpear las persianas de la cámara, pues era tiempo ya de que todos despertasen.

GUSTAVO MARTÍNEZ ZUVIRÍA.

CALIXTO OYUELA Y LA CRÍTICA ARGENTINA

Al reeditar en su Colección de Clásicos Argentinos los estudios literarios de Calixto Oyuela, la Academia Argentina de Letras rinde debido homenaje al que fué — y con cuanta dignidad — su primer presidente, a la vez que realiza un acto de justicia póstuma con uno de los críticos y hablistas más ilustres de nuestra literatura. Después de publicar algunas de las páginas principales de Juan María Gutiérrez y mientras llega la hora de incluir en esa biblioteca a otros escritores de la misma índole, correspondía por cierto dar paso a este docto humanista, a este maestro genuino de las letras patrias.

La obra de Oyuela no es muy extensa ni variada. No ofrece tampoco elemento alguno de relumbrón. Pura y serena, permanece como escondida en el pasado inmediato, celando su virtud esencial de cosa cumplida y perdurable. En realidad, se ciñe tan sólo a dos géneros: la poesía y la crítica, o el ensayismo que con ella se identifica en cierto modo. De lo que pertenece a la poesía, no cumple que se hable en esta oportunidad. Sólo recordaré a su respecto un juicio que así por lo reciente, como por lo justo y hondo, puede ser conceptualizado una autorizada contribución a la ardua sentencia de la posteridad sobre el noble lírico de los *Cantos*. Me refiero al

que pronunció el Académico don Rafael Alberto Arrieta en el seno de nuestra compañía con motivo del quincuagésimo aniversario de la aparición del primer libro poético de Oyuela.

No cultivó este autor la literatura de imaginación en prosa, ni el arte dramático, ni otros géneros literarios aparte de los ya mencionados. Pero todo lo que produjo dentro de éstos, se singulariza por la alta calidad de su contenido y de su forma. La excelencia de los estudios que motivan estas líneas procede de un sano criterio y de una sabia cultura admirablemente depurada y asimilada, como asimismo de un sentido y dominio insuperables de la lengua castellana. Todas las ideas y opiniones del escritor, conforme a la indefectible honradez consubstancial con su espíritu, emanaban de un conocimiento cabal de la materia sobre la cual ejercitaba su examen concienzudo y penetrante. Si hacía la crítica de las versiones horacianas de Osvaldo Magnasco, era porque sabía bien su latín y conocía a fondo a Horacio y a todos sus traductores castellanos. Si escribía sobre Tamayo y Baus con admirativo entusiasmo, era porque, aparte de haber estudiado el teatro universal desde griegos y romanos hasta nuestros días, pasando principalmente por el clásico español, se había especializado en la crítica dramática, practicándola asiduamente en grandes tribunas de la prensa. Si componía sobre el célebre pianista Vianna da Motta un estudio de maravillosa precisión técnica y de exquisita propiedad de lenguaje, discriminando lo que el arte de aquél tenía de mera virtuosidad, por oposición a lo que significa sensibilidad genial, era, no sólo porque sabía de música cuanto se puede saber, sino porque él mismo era un eximio ejecutante, que interpretaba a los grandes clásicos, sobre todo a Beethoven,

con rara maestría. Sus juicios aparecían así respaldados siempre y dondequiera por una versación insuperable, por un conocimiento de causa llevado a términos exhaustivos. Y esto sólo constituía ya una lección de dignidad intelectual en un medio donde no eran raros los eruditos a la violeta ni los opinantes tan temerarios como desaprensivos.

No se metió nunca de rondón en dominios que le fueran ajenos. Nada más lejano de la improvisación, de la ligereza, que su obra sería, concentrada, paciente. Sin duda todo eso hace que su producción sea limitada y circunscripta a determinados campos. Pero en cambio, qué solidez, qué vigor, qué metal de buena ley hay en cuanto escribió. Eso explica que sin incurrir en dogmatismo ni mucho menos en pedantería, pudiera hablar siempre con el tono seguro y hasta retador, a veces, del que se siente bien plantado en sus conocimientos, principios y convicciones.

Ofrece Oyuela uno de los casos de más firme vocación y de más esmerada aptitud en nuestra historia literaria. Doctorado en Derecho en 1888, no ejerció la profesión de abogado sino accidentalmente, ni derivó hacia la política como muchos de sus contemporáneos. Tampoco procuró nunca el cargo público. Su misión a Estados Unidos en 1889, en carácter de secretario de la delegación argentina a la primera Conferencia Panamericana, en que tuvo por jefes a Manuel Quintana y a Roque Sáenz Peña, pareció y pudo ser el comienzo de una brillante carrera pública, como la que siguieron, en la diplomacia o en distintas esferas, otros hombres de su época: Cané, García Merou, Wilde, Montero, etc. De aquel viaje — que él extendió a los grandes países europeos — sólo resultó cierta prevención suya hacia algunos aspectos de la civilización yanqui y su hermoso *Canto al Niágara*, que

no le cede en mucho al de Heredia. Eso parece un signo característico de su destino. Quería ser y fué solamente un hombre de letras. Desde entonces sus ocupaciones consistieron en la literatura, el periodismo como crítico de teatros y la cátedra. Iniciador, con otros, del Instituto Libre de Segunda Enseñanza, profesó en sus aulas, como antes lo había hecho en el Colegio Nacional de Buenos Aires. También lo hizo en la Escuela Normal de Profesores y, por muchos años, en la Facultad de Filosofía y Letras. Quien, como yo, haya escuchado en este último instituto sus sabias lecciones de literatura española o de la Europa meridional, no olvidará las virtudes de su docencia. Ya destacara las bellezas del Romancero, explicara el significado de *le goût* en las letras francesas o, penetrando en más altas esferas filosóficas, expusiera la doctrina del jansenismo y su influencia sobre el pensamiento del siglo xvii, su palabra clarificaba las nociones más abstrusas, tornándolas fácilmente accesibles para el auditorio. Hablaba en forma pausada, como conviene a la exposición didáctica, dejando que el concepto emitido penetrara bien en el oyente antes de pasar a otra cosa. Y todo ello aparecía realzado por la naturalidad y la elegancia de su nítida elocución castellana.

Su aspecto físico correspondía a la selección de su espíritu. Flaco y espigado, tenía el gesto expresivo y el ademán nervioso. En los últimos tiempos conservaba, aunque un tanto encorvado, la esbeltez antigua. Pero cuán distinta su fisonomía de la lozana y rozagante que aparece en el retrato de los años de su viaje a Norte América. La cabellera, ya blanca y como flamígera, semejaba, en verdad, una llama que coronara aquella naturaleza siempre ardiente. Demacrado por la vigilia y el dolor, su rostro, de rasgos finos, cobra-

ba una palidez marfileña. En medio de la sencillez del atavío y la llaneza de las maneras, trascendía de su figura algo de esencialmente aristocrático. Y del conjunto se destacaban, aparte sus ojos oscuros, de mirada vivaz, aquellas manos afiladas y algo trémulas, que sabían arrancar del teclado sonnes primorosos; aquella diestra que manejaba la pluma con tanto nervio y gallardía.

El mismo dijo de un altísimo poeta americano que había tenido gran sello individual, pero que « le faltó generalmente *el de casa y raza*, completamente indispensable para dar arraigo y robustez natural al genio poético; cumbres solariiegas desde las cuales se alcanzan a entreoír mejor el clamor de la humanidad y las voces de lo infinito ». Prescindiendo de que esa observación fuera aplicada con justicia o no al genio de Rubén Darío, no hay duda de que ella encierra, en general, una verdad profunda. Declara, por lo demás, una convicción infundida a más no poder en la mentalidad de Oyuela. Era éste demasiado artista para admitir que la poesía deba adscribirse a la expresión proselitista o militante de determinadas ideas o sentimientos. Ya veremos cómo postulaba, muy al contrario, exclusivamente, *el arte por la belleza*. Pero quería, sí — y con razón a nuestro juicio, — que el poeta apareciera siempre arraigado en un linaje, en una patria, en una moral, en una religión, y que en su obra se transparentara ese sello de cosa castiza y gentilicia que viene de lejos. De ahí que tuviera en horror a lo descastado y vagabundo, al cosmopolitismo y al diletantismo irresponsable tan en boga en su tiempo. Sensible y apasionado, conoció en su existencia borracas sentimentales y dolorosas vicisitudes. Pero su naturaleza moral propendía al orden y a la vida decorosa y austera. Seguramente lo irritaba

la bohemia frecuente en sus días, y su alma, fuertemente viril y cristiana, no estaba hecha para entenderse muy bien con tanta *animula vagula blandula* como poblaba la literatura de esa época.

Desde joven tuvo ya una orientación determinada por el culto del clasicismo y del hispanismo, de los que nunca renegó. Esas predilecciones le hicieron ser a menudo un disidente, un disidente altivo y desdeñoso. Así cuando la guerra de Cuba y a pesar de la mayoría adversa, tomó partido por España, llevado de lo que consideraba conforme a la justicia. Fué neoclásico junto a simbolistas y decadentes, entre quienes debía sentirse un poco como Ovidio entre los sármatas. Antes se había mostrado también retraído en cierto modo con respecto a los jóvenes postrománticos de su generación. Eso lo mantenía algo aislado y hacía que sobre él se tuvieran impresiones equivocadas, atribuyéndose a soberbia y vanidad lo que era una posición natural e indeclinable. Martín García Merou lo ha reconocido en sus *Recuerdos Literarios*. Había creído entonces que Oyuela adoptaba esa postura por un mero afán de singularizarse, enquillotrado dentro de sus personales preferencias. Más tarde le hizo justicia, reconociendo lo sincero y entrañado de sus convicciones y actitudes y formulando en definitiva un gran elogio de su personalidad de escritor consciente, reflexivo y vigoroso.

Una de las primeras y más relevantes manifestaciones de Oyuela como crítico, fué su defensa y elogio de Menéndez y Pelayo — a la sazón tan mal conocido aquí — ante una apreciación imprudente lanzada por alguien que probablemente no lo había leído. Esa actitud demostraba ya varias cosas: su amor nunca desmentido a la gran cultura española, representada insuperablemente por el insigne polígrafo; su valen-

tía para sostener aquello que conceptuaba verdadero y justo y sus extraordinarias cualidades de polemista. Esto último tornaría a evidenciarlo otras veces a lo largo de su carrera, inducido por un ánimo combativo y enérgico, incapaz de disimulos ni transigencias. Tenía en su panoplia todas las armas. La vasta y minuciosa información, la destreza dialéctica, una flexibilidad mental que no sospechaban quienes le reputaron por estrecho y enmohecido y cierta agudeza y vena satírica que sabían acertar con la frase certera y urticante. Todo ello asistido por esa su « lengua sana y robusta, fuerte como una roca sobre su sintaxis granítica », según le dijo con verdad Miguel Cané en el prólogo a sus *Nuevos Cantos* de 1905. Con tales medios se batió contra contrincantes terribles como Groussac y salió siempre airoso de la prueba. En las sesiones del viejo Ateneo, del que fué fundador y presidente, actuó con un singular brillo, listo siempre para el debate oral en pro de sus arraigadas convicciones literarias.

Mediante ésa y otras manifestaciones similares en favor de los valores hispánicos y del culto a la nación progenitora, fué Oyuela uno de los iniciadores, entre nosotros, de la reacción en pro de las tradiciones de estirpe que tanto ha prosperado felizmente en tiempos posteriores. Rompió así con aquella absurda prevención hacia lo español que había privado en la generación anterior a la suya y que atenuada y con algunas excepciones, perduraba aún entre sus contemporáneos.

Hemos aludido a la oposición entre Oyuela y los modernistas. Fué injusto con ellos como ellos lo fueron con él. En esto de los conflictos entre escuelas literarias suele suceder que las manifestaciones combativas no correspondan a las

proporciones de la disidencia originaria. Ni los innovadores inteligentes — y de los otros no vale hablar — pueden negar la razón de ser de ciertos principios y normas tradicionales, ni los partidarios de éstos pueden desconocer, a su vez, lo legítimo y por otra parte fatal de la evolución estética. Lo que pasa es que hay siempre, determinado por las exigencias polémicas, un coeficiente de exageración en los términos que agría la disputa y concluye por tornar imposible todo entendimiento. En el calor de la contienda se avanzan proposiciones muchas veces desmesuradas y en el fondo paradójicas. A menudo la argumentación se resuelve en peticiones de principio o en sofismas de *ignoratio elenchi*. Cada uno tiene a honra sostener su posición a toda costa y de palabra en palabra se cae en la invectiva, la caricatura, el epigrama y la diatriba, que enconan los ánimos y alejan de la verdadera cuestión que se debatía en un principio. Tratando de una cuestión más trascendental como fué la lucha entre el romanticismo y el clasicismo, Juan María Gutiérrez vió muy bien, en sus días, lo que suele haber de artificioso, de equívoco, en esta clase de guerrillas de escuela. « Algo de pueril y de contradictorio en los términos — dice — había en realidad en aquella famosa querrela literaria, en la que, como en toda cuestión, sólo una parte de la verdad estaba a favor de cada uno de los contendores. Pretendían sacudir unas reglas para someterse a otras reglas, emanciparse de griegos y romanos, para unirse al yugo de la Inglaterra y de la España románticas ». Digamos, entretanto, por nuestra parte, que felizmente, de esa oposición entre tesis y antítesis — para usar el lenguaje hegeliano — surge luego una síntesis que sin destruir lo esencial de ciertas normas basadas en las condiciones de la naturaleza y del hombre, no deja de incorporar

nuevos elementos y substancias que integran y enriquecen el arte.

Entre Oyuela y los corifeos y conmlitones de las nuevas tendencias literarias, había una discrepancia efectiva, pero ella cobró caracteres de animosidad debido a esas exageraciones y susceptibilidades a que me he referido. El maestro llegó a ser así para los *nuevos*, en un momento dado, la representación de lo caduco y preterido en materia de arte literario: una terca supervivencia de cosas definitivamente superadas, cuya oposición a las corrientes frescas y renovadoras del modernismo, constituía poco menos que una impertinencia. No se le ahorraron al insobornable crítico, ironías ni sarcasmos, a los que él no dejaba de retribuir con eficacia. « Todos en él pusimos nuestras manos », decía, hace poco, con enternecido arrepentimiento, uno de los jóvenes de aquella época. A fin de cuentas, todo eso, mirado ahora a la distancia, sólo redundaba en pro del severo escritor, pues únicamente quien tiene verdadera personalidad y hace sentir su presencia con certeros golpes, suscita tal clase de resistencias y esa hostilidad sistemática.

Por lo demás, la crítica de Oyuela, ya se esgrimiera contra esas manifestaciones novedosas y subversivas o se ejercitara respecto a otras expresiones literarias de muy distinto significado, aparecía informada por una sólida doctrina, cosa que no les sucedía siempre a sus adversarios de ocasión. Amante fervoroso del arte clásico, en el que había penetrado profundamente, participaba del idealismo platónico de Fray Luis de León. Encontraba en la esencia de ese arte la íntima armonía y perfecto equilibrio de todos los elementos que concurren a la creación poética, sin el predominio excesivo de uno de ellos sobre los demás, introducido por otras formas

artísticas posteriores. El culto de ese arte produce el apacible concierto de los afectos del alma, la beatitud espiritual, esa serenidad, esa templanza que los griegos llamaban *sophrosyne*, lo cual viene a ser el supremo fin del arte y de la belleza. Oyuela distinguía muy bien lo exterior y lo interno de ese arte clásico y por eso desdeñaba ciertas imitaciones de poesía helénica, puramente superficiales, muy comunes entre los poetas de su tiempo. Para él la cuestión no residía en utilizar los mitos y nombres de los griegos, sino en adoptar el concepto, o mejor dicho la posición espiritual de éstos ante las cosas. No se debía, a su juicio, imitar de modo servil las antiguas formas brotadas por modo natural y espontáneo del espíritu, las creencias y costumbres de los pueblos que las habían creado, sino que era menester infundir en las que surgieran naturalmente de nuestro corazón y de nuestra inteligencia, el espíritu o sea las cualidades y virtudes que dieron a aquellas formas primigenias su clara y perdurable belleza. No de otra manera Lessing, «el espíritu de la crítica encarnado y hecho hombre» como le ha llamado Menéndez y Pelayo, explicaba de qué modo se ha de utilizar el precioso legado helénico, en dilucidaciones que el maestro español resume con las siguientes palabras: «el consejo que se ha de dar a los artistas no es que tomen asuntos de Homero, sino que se nutran con su espíritu, que empañen la imaginación en sus más sublimes rasgos, que se calienten al fuego de su entusiasmo, que vean y sientan como él, y de esta suerte sus obras se parecerán a las de Homero no como se parece un retrato a su original, sino como se parece un hijo a su padre : semejantes pero diferentes».

Lejos de atenerse a fórmulas retóricas, a preocupaciones

artificiosas, a principios dogmáticos y preceptos pedantescos, como parecería desprenderse de algunas objeciones que se le oponían, Oyuela postulaba la actitud más espontánea y natural del artista ante la naturaleza y la vida, que es lo que caracterizó el arte de los griegos, en quienes él veía su dechado. Creía que las cosas deben ser contempladas con ojos puede decirse virginales, para extraer así los motivos y elementos que el espíritu transformará luego en la obra de arte. A este respecto cabe recordar cómo explicaba en sus disquisiciones estéticas, el verdadero sentido de la *mimesis* aristotélica. Es evidente que el arte no puede consistir — y seguramente Aristóteles no quiso significar tal cosa — en una mera y directa imitación de la naturaleza, que carecería de todo valor e interés, como observa Hegel, al ser la duplicación inútil de algo ya existente e insuperable como tal. Lo que el estagirita muestra es que el artista toma de la naturaleza los componentes de su obra, que combinados luego libremente por él según su capacidad de invención y de ejecución artística, dan por resultado una cosa nueva, una verdadera creación. Al arte no le es dado prescindir de la naturaleza, pero tampoco puede ser una simple copia de la misma sino una combinación de elementos extraídos de ella y transfigurados por la llama del ideal estético.

El amor de Oyuela por el arte clásico y su compenetración con los fundamentos que lo sustentan, no implicaba desde luego una predilección exclusiva que hubiera sido absurda en un hombre de su época y de su cultura. ¿Cómo había de desconocer él, los valores del arte romántico? Y así, según ha dicho Roberto Giusti, aceptaba de éste « la vivacidad de la inspiración, la diversidad de las formas, la espiritualidad cristiana, la intimidad del sentimiento, el liris-

mo, la pasión, la melancolía, el ensueño, el color local, el nacionalismo artístico », es decir todos esos preciosos ingredientes con que el romanticismo ha ampliado y enriquecido la esfera del arte en general. De acuerdo con esto puede advertirse la importancia que concede, por ejemplo, a los dos últimos elementos mencionados, en estudios como *La Raza en el arte*, *Del espíritu nacional en la lengua y en la literatura* y en su elogiosa crítica a la obra de poetas vernáculos como Rafael Obligado.

Lo que detestaba era la existencia de capillas y fórmulas literarias convencionales y falsas. No admitía tampoco que el arte fuera desnaturalizado por finalidad alguna ajena a su peculiar esencia. En este sentido era más puro que muchos de sus contemporáneos. Repudiaba ese hibridismo que consiste en asignar a la obra poética fines utilitarios de orden social, moral, didáctico, etc., salvo en aquellas especies como la fábula por ejemplo, que los comportan naturalmente. Acerca de este punto lo mejor es oír sus propias palabras, tan categóricas y definitivas como credo de pureza y libertad estética: « Soy, he sido y continuaré siendo hasta el último instante, sustentador declarado, entusiasta e intransigente del *arte por la belleza*. Creo que el arte tiene su fin dentro de sí mismo y que no necesita andar a caza de mendrugos científicos ni filosóficos; creo, asimismo que el simple resplandor de la hermosura, alza y dignifica inmensamente más al espíritu que todos los sermones de moral, todas las disquisiciones científicas y todos los *documentos humanos* en el árbol de la belleza, con los cuales sólo se consigue prostituirla, encadenarla y obscurecer su mejor timbre, que consiste en el misterioso poder con que nos embarga y lleva tras sí, sin que nos espolee ningún estímulo de utilidad. Con

efecto, ¿cómo podrá negarse que el arte, puesto al servicio de la filosofía, no es otra cosa que la desviación de la *idea* y la *forma* en el acto creador, las cuales deben brotar a un tiempo mismo de la mente del poeta? ». Y hablando del espíritu docente que algunos quieren ver infundido en las obras poéticas, a propósito de la poesía de Carlos Encina y José Arnaldo Marques, rimadores impregnados de la ciencia de Darwin y de Spencer, dice: « Esta enseñanza ha de nacer de suyo y ha de sacarla el espectador por sí mismo, sin que las ideas del autor se manifiesten a modo de lección disciplinaria... Los pensamientos filosóficos y trascendentales deben ser, a las obras artísticas, lo que los nutritivos jugos de la tierra para las plantas: han de venir de muy hondo y en silencio y por ocultos caminos, sin que se echen de ver en los pétalos, ni en las hojas, ni en el aroma de las hermosas flores ».

Munido de tales principios y provisto de excepcionales conocimientos literarios, asumió Oyuela su función de crítico con autoridad, entusiasmo y valentía. Poco sería decir que era un digno continuador de los que hasta entonces habían ejercitado entre nosotros ese magisterio, con más o menos constancia y eficacia. En justicia puede afirmarse que por la firmeza de la vocación, la continuidad del ejercicio, la independencia de criterio, la claridad y precisión de los juicios, para no aludir ya a otras superioridades, aventajaba a la mayor parte de sus antecesores y coeláneos.

La crítica y la historia literarias nacieron entre nosotros, según es sabido, con la generación romántica, lo cual se explica si recordamos que en Europa fueron los románticos quienes transformaron y enriquecieron esos géneros — hasta entonces tan limitados — con obras de tanta amplitud y pro-

fundidad como la de Sainte Beuve. Prescindiendo de algún antecedente aislado, por ejemplo la sátira de Lavardén sobre el ambiente poético de su tiempo, o algunos conceptos de doctrina literaria que sea dado encontrar en la enseñanza de maestros de retórica o elocuencia, como Lafinur y Alcorta; dejando de lado asimismo algún ligero juicio crítico de Juan Cruz Varela o de José Joaquín de Mora, es indudable que la dilucidación de principios estéticos y el examen de obras literarias aparecen aquí con el grupo de los proscriptos. Echeverría enuncia su doctrina sobre *Clasicismo y Romanticismo* y sobre *Fondo y forma en las obras de imaginación*, etc.; aparte de su *Ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata, desde el año 37*. Además son sus producciones las que originan los primeros comentarios bibliográficos producidos aquí acerca de obras nacionales. Alberdi, Sarmiento, Vicente Fidel López, Mitre, Mármol, al azar de sus escritos, formulan opiniones, exponen accidentalmente — o con método, como López en su *Curso de Bellas Letras* — su concepto de lo bello literario y aprecian composiciones de sus contemporáneos. Pero el maestro en tales disciplinas, por su dedicación y su especial competencia es sin duda Juan María Gutiérrez, verdadero patriarca de la crítica argentina. Aunque su formación intelectual y sus convicciones hacían de él un espíritu clásico, no fué naturalmente ajeno a la influencia del romanticismo. Admitió todo lo que en él consideraba legítimo y sobre todo aquello que venía a favorecer la génesis de un arte nuevo en el territorio americano. El hermoso libro sobre Juan Cruz Varela, la introducción a las *Obras* de Echeverría, la *Historia de la Enseñanza Pública* y los estudios que publicó en la *Revista del Río de la Plata*, o sea la parte más considerable de su labor, contiene ideas que evidencian su

criterio equilibrado y su gusto seguro. Estaba lejos de oponerse a una razonada libertad en las manifestaciones artísticas, pero rechazaba las exageraciones de escuela, como lo mostró censurando algunas desviaciones de la musa romántica al hablar de Echeverría. Para él, en medio de todas las mutaciones del gusto, debían permanecer incommovibles ciertos fundamentos de lo bello, según lo expresó alguna vez en un pasaje que puede considerarse como el resumen de sus ideas estéticas :

« Hay siempre que considerar dos cosas, decía, en los productos del arte: la manera externa de manifestación, que puede llamarse la forma y el estilo y la creación en sí misma, compuesta de la idea, del sentimiento, de la pasión. La una pertenece al *gusto*, la otra exclusivamente a las dotes intelectuales y afectivas del ser racional. La primera anda siempre movida por la corriente de los tiempos y se amolda al estado social que es transitorio. La segunda es constante y para que sea eternamente verdadera y bella es menester que sea también expresión del corazón y de la naturaleza racional del hombre, que no mudan esencialmente sino que, cuando más, se modifican. Si en una obra de arte no existe más que la *manera* que es como el atavío del gusto del día, o de la escuela en boga, esa obra caducará como la moda de que fué cortesana. Pero no cabrá esa suerte a las producciones del artista que al crear y sentir recibe la inspiración del alma y oye el idioma de la verdad al interrogar a la naturaleza para que le revele su belleza eterna ».

Sin apartarse de estos principios para él esenciales en la creación de la belleza literaria, fué Gutiérrez de los primeros en propugnar la autonomía espiritual de la literatura americana. Anhelaba que ella alcanzara un carácter propio y dis-

tintivo y que se realizara así, en las manifestaciones intelectuales, una tarea emancipadora que complementara la independencia política y social ya alcanzada. Es por lo tanto uno de los verdaderos fundadores de nuestra tradición espiritual y el iniciador de un movimiento de reflexión sobre nuestros valores intelectuales. Por otra parte impulsó generosamente la labor ajena y aparte de muchos otros testimonios, podemos recordar acerca de esto el de uno de sus más eminentes contemporáneos, Alberdi, de quien son estas justicieras palabras: « Estimuló, inspiró, puso en camino a los talentos con la generosidad del talento real, que no conoce la envidia. Buena o mala, yo soy una de sus obras ».

La influencia de Gutiérrez fué profunda y fructuosa y toda su actuación constituye un venerable ejemplo de amor a la cultura nacional. Después de él vinieron otros autores cuyo ejercicio de la crítica fué más o menos ocasional o continuado. Nicolás Avellaneda participó de esta actividad representando el romanticismo de sus maestros Chateaubriand y Sainte Beuve, como puede notarse en la polémica sobre Jorge Isaacs, sostenida con Santiago Estrada. Este último, crítico ya profesional, escribió muchos estudios de cuidado estilo y abundante doctrina sobre la literatura y el teatro de su tiempo. Sus críticas a Zola y a Andrade le muestran afiliado a una posición intermedia entre el idealismo y el realismo, tan ajeno a las posibles vaguedades del uno como a las probables crudezas del otro. Un espíritu igualmente ecléctico se encuentra también en Pedro Goyena, que en sus días fué considerado como un maestro de la crítica. Sobre la misión de ésta entre nosotros él mismo formuló una vez estos nobles conceptos: « Conviene estimular a nuestro público a leer los autores nacionales. Hacerlo es practicar obra de jus-

ticia y de patriotismo porque se propende así a que se consagre a nuestros escritores la atención que merecen y a que los lectores argentinos se habitúen a fomentar el desenvolvimiento de los talentos literarios... ». De acuerdo con Cousin, de quien arrancaba su ideario estético, quería que en la obra de arte se realizara el trinomio de lo verdadero, lo bello y lo bueno. Su obra es reducida, pero por la calidad del pensamiento y la excelencia de la prosa, muestra que había en él un escritor de altos quilates, a quien perjudicó su preferencia por la palabra hablada, en la cátedra, el Parlamento o la conversación.

Muy estimable es asimismo la labor de otros autores más o menos contemporáneos de los ya citados, pero que prolongaron hasta más tarde su magisterio y su influencia. Así Miguel Cané, que insuperablemente dotado por su vasta cultura, su buen gusto y la elegancia de sus formas para el ejercicio de la crítica, fué un animador de nuestra literatura y nuestro arte en todas sus manifestaciones. Martín García Merou, en cierto modo discípulo del anterior, cultivó la alta crítica en sus libros sobre Alberdi y Echeverría y en *El Brasil Intelectual*. Sus preciosos *Recuerdos Literarios*, abundan sobre hombres y obras de su tiempo en juicios muy importantes para la historia literaria, pues proceden de un testigo directo y de un espíritu lleno de ponderación y de cultura. A la par de ellos Ernesto Quesada se distinguió por sus estudios enjundiosos y metódicos. Desde un plano distinto y revestido de su temible prestigio, Paul Groussac asumió en la época a que nos estamos refiriendo — fines del siglo pasado y comienzos del presente — una suerte de pontificado crítico, cuyas manifestaciones, no siempre exentas de error o excesiva rigurosidad, fueron en muchos aspectos saludables para la depuración de nuestra cultura.

En medio de ese movimiento, Oyuela se distinguió por una actuación más continuada y extensa dentro del género a que nos referimos, pues hasta en sus últimos años produjo trabajos tan interesantes como sus cursos de historia y crítica literarias dictados en la Institución Mitre. Los estudios que ahora reedita la Academia Argentina de Letras, con ser tan cuantiosos y variados, están lejos de agotar la obra del escritor en tales dominios. Sin contar muchos artículos que yacen dispersos en distintas publicaciones, hay que tener en cuenta muy principalmente, las valiosas notas biográficas y críticas que integran su *Antología de la Poesía Hispano Americana*, editada en 1919 y 1920 y que en muchos casos — los de Rubén Darío, Amado Nervo, Rafael Pombo, José Hernández, etc. — constituyen verdaderos estudios, no por lo relativamente breves, menos completos y substanciosos.

Pero, sin duda, en la presente colección están contenidas las piezas más características y valiosas del maestro. Junto a la nutrida serie de críticas sobre teatro español y francés, tan llenas de erudición y sagaces observaciones, se encuentran sabias dilucidaciones estéticas, juicios luminosos sobre obras y autores argentinos o extranjeros, ensayos medulares y eruditos sobre temas de alto valor espiritual y artístico. En todas esas páginas podrán admirar los lectores el saber auténtico que atesoraba la mente del insigne escritor, su indefectible culto por la belleza y el bien, su paladina franqueza en la exposición y defensa de sus ideas y por fin, ese manejo magistral del idioma, que hace de él uno de los prosistas más puros, vigorosos y elegantes de nuestra literatura.

ÁLVARO MELIÁN LAFINUR.

STENDHAL Y ESPAÑA

Con razón recuérdase siempre el fervor de *Arrigo Beyle, milanese*, hacia esa Italia elegida por él como patria adoptiva y residencia predilecta. Olvídase, en cambio, con harta frecuencia, que ese mismo escritor manifestó sentir « una inclinación natural por la nación española », « amar con pasión » a los habitantes de la misma y que aquel gran tornadizo fué tanto o más fiel a su entusiasmo por lo español que a su culto por lo italiano.

Y este olvido es lo único que puede explicar, sin justificarlo, el hecho de que no existan sobre *Stendhal y España* estudios monográficos comparables a los superabundantes consagrados a *Stendhal e Italia*, o siquiera a los nada escasos sobre *Stendhal e Inglaterra* o *Stendhal y Alemania*.

Sorprende, asimismo, el realizar otra comprobación, al recorrer los repertorios bibliográficos de Paupe, Cordier, Thième, Lanson o Jourda : y es la de no hallar estudios, artículos, notas siquiera, en los que algún crítico o investigador ibérico recoja o comente las manifestaciones de amor a España tantas veces hechas por Stendhal.

Muestran esas bibliografías la falta de rencor, por parte de los británicos, hacia el viajero y corresponsal de periódicos londinenses que tuvo a menudo la humorada de hablar pes-tes de Inglaterra ; establecen, de igual modo, que los tudes-

cos no menosprecian al ex funcionario imperial que ha escrito incendios de Alemania; y que los italianos — D'Ancona, Matilde Serao y Croce, entre otros —, recuerdan con gratitud y admiración al escritor que tanto los quiso. Pero no consignan — lo cual puede muy bien ser omisión de esas bibliografías —, nombre hispánico alguno al pie de estudio sobre lo que Stendhal dijo y sintió por España.

Beyle descubre a España. — Desde niño consideró Beyle a España como a solar europeo de la grandeza de alma y de la dignidad espiritual. Dividía ya entonces a los suyos según tuviesen algo de « español » o carecieran de ese fermento enaltecedor de la personalidad.

Resume todos sus agravios contra el propio padre con estas palabras: « No ha existido nada menos español ni menos alocadamente noble que aquella alma, por eso era tan antipático a mi tía Isabel ». Y ese mismo niño prefiere a la tía Isabel, « mujer de una excepcional elevación de carácter » y de la cual « proceden todos los sentimientos elevados y altivos de la familia » porque « tenía el alma española. Su carácter era la quintaesencia del honor ». Stendhal declara « adorarla », a pesar de que ella « le contagió plenamente esa manera de sentir », causa de la « serie ridícula de necedades cometidas por delicadeza y grandeza de alma », en el trato con gentes vulgares.

A esos sentimientos « españoles » atribuye Stendhal « el vivir en las nubes », el no pensar sino en el honor, en el heroísmo, el carecer de pequeñas habilidades y de dulzona hipocresía. Defecto del cual no ha podido corregirse ni por la reflexión ni por el escarmiento de la infinidad de engaños en que su *españolismo* (él es quien subraya) le ha hecho caer.

¿Cómo llegó Stendhal a adquirir esta manera de ser de que se enorgullece?

Pues en contacto con lo que, dentro de Grenoble y de la propia familia, podía darle la ilusión de España o hacérsela conocer como realidad. Fué, en primer lugar, el trato afectuoso con aquella romancesca tía Isabel, para la cual lo realmente hermoso « era bello como el « Cid » ; debió ser luego la representación de ese mismo *Cid* de Corneille, por cuya obra dramática, tan impregnada de « españolismo », sintió Stendhal constante admiración ; fué, finalmente, el encuentro con el más excelso y eficaz de los embajadores del espíritu hispánico ante el extranjero : el encuentro con Cervantes, mediante la lectura del *Quijote*.

Ese hallazgo hace época en el período infantil de la vida de Stendhal, momento bien sombrío, por cierto.

Vivía bajo la férula del abate Raillanne, el más odiado de sus preceptores, y en medio de un círculo familiar no menos hostil que cordialmente aborrecido. Es menester acordarse del Vallès de *L'Enfant* o del Julio Renard de *Poile de Carotte*, para hallar algo que se parezca en crueldad y angustia a lo que Stendhal nos refiere de su pasado infantil.

Desde años atrás aquel niño sin juguetes, sin alegría, ni compañeros siquiera de su edad, ha desaprendido la risa y ha comenzado a formarse un carácter « malévolo y socarrón ». De improviso, en la quinta suburbana donde pasa sus vacaciones de prisionero, descubre un manoseado libro de páginas gastadas, láminas mugrientas y lomo desvencijado. Comenzó por sentir hacia su hallazgo la inquina que tenía « por todo lo viejo », pero las láminas lograron conquistarlo ; años después reproducía algunas de memoria. Y luego,

insensiblemente, de las láminas pasó a la lectura, y por la lectura a lo que él mismo nos dirá : « *Don Quijote* me hizo reír a mandíbula batiente. Téngase en cuenta que yo había dejado de reírme desde la muerte de mi pobre madre y que era víctima de la educación aristocrática y religiosa más cerrada. Mis tiranos no se descuidaron ni un instante... Fácil es suponer entonces el efecto que me produjo la lectura del *Quijote*, en medio de tan horrible tristeza. Leído bajo el segundo tilo de la alameda, junto al pasillo cuyo terreno tenía una hondonada en la que solía sentarme, el descubrimiento de ese libro constituye quizá la mejor época de toda mi vida. ¿Quién lo hubiera creído ? Mi padre, al oírme reír a carcajadas, venía a reñirme, amenazándome con quitarme el libro, cosa que hizo varias veces ».

De este modo, al amparo del que llamó luego Darío « rey de los hidalgos, señor de los tristes », tuvo un respiro la existencia oprimida del chicuelo y adquirió éste una noción del honor y del heroísmo de la que nunca pudo olvidarse. Quizá entre los « galcotes » libertados por el hidalgo manchego, y entre los que nunca olvidaron el beneficio recibido, conviniera incluir al muchacho Beyle que descubría :

... como el destino
hace que regocije al mundo entero
la tristeza inmortal de ser divino !

El *Quijote* reveló al niño una España « alocadamente noble » y sublimemente heroica, que grabó, en su espíritu, una tabla de valores humanos imborrable y un tenaz concepto de ciertos recursos psicológicos.

Bardon, con mucho ingenio y no poca eficacia persuasiva, ha intentado mostrar lo que conservan de reminiscente las

intrigas de Beyle, con respecto al perfil argumental con que se desenvuelve la trama del *Quijote*.

Más evidente aparece todavía otra deuda de Beyle hacia Cervantes.

Sábese que los héroes de Stendhal cultivan la energía, velan por el desarrollo de la propia personalidad y sienten, frente a los ánimos apocados, el mismo desprecio que tuvo Nietzsche, medio siglo después, por las gentes desprovistas de « voluntad de poderío ».

Ahora bien, ¿qué entiende Beyle por « energía »? ¿Cuáles son, según él, los personajes que realmente la poseen?

La expresión, en su sentido corriente, aparece en los *Recuerdos de Egotismo*: « No concibo a ningún hombre sin un poco de viril energía, de constancia y de profundidad en las ideas ».

Pero si esa « constancia en las ideas » no puede faltar en ningún hombre, para configurar al héroe, al hombre de veras, al personaje representativo de la energía stendhaliana, se requiere otra cosa. Lo dice con toda claridad la Matilde de la Mole de *El Rojo y el Negro*. Se le acaba de describir a un conspirador español como grotescamente fracasado en una intentona desatinada, y Matilde exclama: « ¡ Muy absurda! — dijo, como si hablase consigo misma —, pero eso no le impidió acometerla. Preséntemelo — dijo al marqués desconcertado —. Quiero conocer a un hombre ».

Esa energía « alocadamente noble », desdeñosa de lo vulgar y fácilmente realizable, « quijotesca » para decirlo todo en una sola palabra, es la requerida para la cabal configuración del héroe stendhaliano.

Y la misma Matilde insiste: « ¿Cuál es la gran acción que no pareció una locura, en el momento de iniciarla? ».

Concepto de lo heroico y de lo grande, adquirido por Stendhal en la lectura infantil de la obra española por excelencia, a la cual debe, quizá, « la mejor época de toda su vida » y, sin duda, algunas de sus ideas principales como hombre y como escritor.

Por eso no extraña la compenetración operada en su espíritu entre los conceptos de español y de heroico, de noble y de quijotesco, que le hace escribir en su *Vida de Enrique Brulard*: « 1. Alejo de mi vista y de mi memoria todo lo rastrero ; 2. El cuento español más vulgar, si en él hay alguna generosidad, me llena los ojos de lágrimas, mientras los aparto del carácter del Chrysale de Molière y más todavía, si cabe, del fondo insidioso del *Zadig*, del *Cándido*, del *Pobre diablo* y de otras obras de Voltaire ».

Y una vez sentado que la verdadera hombría reside mucho más en el ánimo con el cual se acometen las empresas que en la suerte que las acompaña — concepto típicamente quijotesco —, poco importa a Beyle la buena o mala fortuna final de sus personajes principales, y menos aun si en ellos le es doble reconocerse. Julián Sorel puede fracasar como ambicioso, por aciago conjuro de las circunstancias y por la poquedad anímica del medio social ambiente, pero no ha retrocedido nunca en la línea de conducta elegida, ha sabido atreverse a todo, fuera lo que fuese, y conserva hasta más allá de la tumba el amor de las mujeres conquistadas y la estimación del autor que con él se complacía en identificarse.

A primera vista, nada hay más distinto que Julián Sorel y Alonso Quijano el Bueno ; aquél, todo cálculo, egoísmo y perfidia ; éste, abnegado hasta el heroísmo, sincero hasta la alucinación, generoso hasta la locura. Pero algo vincula sus destinos : la conciencia y la angustia de vivir en momento

inadecuado para la libre expansión de su personalidad y de sus aptitudes. Julián lee el *Memorial de Santa Elena* y los libros napoleónicos imperialistas, a él legados por un veterano médico imperialista, como Alonso Quijano leyó el *Amadís* y los rimeros transtornadores de las novelas de caballería.

Y a los dos pudiera servirles de excusa, en su común fracaso, la disculpa hallada por el hidalgo manchego, después de la grotesca aventura de los batanes: « ¿ Paréceos a vos — dícele a su socarrón escudero —, que, si como éstos fueron mazos de batán fueran otra peligrosa aventura, no había yo mostrado el ánimo que convenía para emprenderla y acabarla? ».

¿ De haber sido distintos los tiempos de Julián, y de haber vivido éste, no en los de la postración Borbónica y de Luis XVIII, sino en los de la Revolución y del Imperio, o en los de Luis XI y Julio II, no había mostrado también de sobra este otro fracasado los arrestos que pudieron granjearle las charreteras de general o las prebendas otrora discernidas, galardoadas a los prelados a la jineta y a los humanistas más esclarecidos? »

Háyalo querido Stendhal o no, ciérrnense siempre sobre sus obras, sobre sus personajes y sobre la propia vida, resplandores transpirenaicos.

Lo que Stendhal creía saber de España. — El creador de la ingeniosa teoría que hace del amor un largo esfuerzo de « cristalización », de embellecimiento imaginativo, « cristalizó » no poco respecto de España. No porque España fuese menos hermosa ni noble de lo que él la vió, sino porque, enamorado típico, la sintió a su modo, desconoció lo que en ella no se avenía con sus preferencias, la enjoyó, embelleció tan de acuerdo con sus fervores de apasionado, que puede

hablarse de una España de Stendhal — todavía por estudiar —, no menos de lo que se han mentado las Españas de Chateaubriand, de Mériméc, de Gautier o de Barrès.

Beyle viajó poco por España, y no sabemos si su entusiasmo por ella se habría mantenido de haber hecho Beyle la guerra en la península, en vez de corresponderle hacerla en las llanuras de la Lombardía y en las estepas rusas. Pero lo cierto es que no conoció a sus expensas los horrores de las « guerrillas », ni el fanatismo patriótico que levantó a toda España contra la invasión francesa.

¿ Cuándo y cómo visitó Beyle realmente por primera vez tierra española ?

Pregunta poco fácil de responder a ciencia cierta.

En el tratado *Del amor*, aparecido en 1822, ocúpase ya Beyle de España como de comarca que le fuera conocida, así como las modalidades peninsulares que allí reviste la pasión estudiada en el libro.

En el capítulo XLI compara a ciertas profesionales españolas con las francesas de igual índole ; a propósito de Italia, cita la opinión de Pecchio sobre el carácter de los españoles ; al considerar lo referente a Arabia, afirma : « fuimos nosotros los verdaderos bárbaros frente al Oriente, cuando hicimos nuestras cruzadas, pues debemos lo que hay de noble en nuestras costumbres a lo que en esas cruzadas aprendimos y a los moros de España ».

Cosas todas que pueden decirse sin con ellas dar a entender que se ha visitado a España y se la conoce personalmente.

Pero el tono de las consideraciones cambia al formular las que prosiguen.

Por el capítulo XLV sabemos, sin que tal revelación re-

sultara indispensable, que el autor ha frecuentado poco antes a las bailarinas del teatro « Del Sol » de Valencia. Se nos explica la castidad de algunas de ellas por motivos que nada tienen que ver con la virtud y se nos da el horario de sus ensayos. Todos estos recuerdos se acompañan con la impresión tonificante de respirar a plenos pulmones « la voluptuosidad sobrehumana de la brisa » mediterránea, « bajo el cielo valenciano, en presencia de las estrellas refulgentes que parecen tan cercanas », voluptuosidad desconocida « en nuestros países brumosos ». Y el capítulo, correspondiente a Inglaterra, termina con este dictamen de sociología amorosa: « Por lo tanto, no tan sólo el clima, sino también la organización de la vida resultan en España e Italia tan favorables al amor y a la música, como les son contrarias en Inglaterra ».

Poco después llegamos a España, con Stendhal de guía, que se las da de cabal conocedor de la comarca visitada.

Algo, sin embargo, llama inmediatamente la atención. Hubo dos capítulos para Francia, tres para Italia, dos para Inglaterra; y para esa España, « tierra del amor y de la música », puesta siempre en el aprecio y el elogio de Stendhal al lado de Italia, sólo habrá un capítulo, el más breve y superficial de todos... ¿No es curioso, desconcertante, si se quiere?

Hasta la sección del libro destinada a esa Alemania, cuya lengua pretende Beyle, en carta a Balzac, haber olvidado por desprecio a los que la hablan, hasta sobre esa Alemania se dicen cosas más densas de experiencia, menos vagas, más interesantes que las expuestas sobre España. Y no es de extrañar, pues en Alemania sabemos sin duda posible que Stendhal había residido.

De creérsele, conocería aun mejor a España que la mayoría de los otros países descritos por él.

Comienza por revelarnos que « Andalucía es una de las más amables moradas que la voluptuosidad ha podido escoger sobre la tierra ». Y se nos advierte que allí se cumplen a la perfección las ideas fundamentales del autor sobre « los tres o cuatro actos de locura cuya reunión constituye lo que se llama amor ». Tiene Stendhal la demostración de todo ello al alcance de su mano ; consistiría en referirnos algunas anécdotas de subido sabor español... Pero renuncia a contárnoslas, debido a la ridícula pudibundez de sus compatriotas franceses.

Por igual motivo, omite el mostrarnos más completamente a « esos seres celestiales », que son las andaluzas, « mujeres de tez pálida y de ojos en los cuales se pintan los matices más fugitivos de las pasiones más tiernas ».

A falta de ello, se nos dan apreciaciones generales sobre ese pueblo español, en el cual ve el autor « a una supervivencia de la Edad Media » y al que elogia por hallarse « totalmente exento de puntillosidad de honor estúpida y de lo que hay de estúpido en el honor mismo » ; en el que admira la desdeñosa indiferencia por las renovaciones de uniformes y de armamentos militares, así como la fidelidad a un « general » cuyo nombre escribe Beyle en español : « El general *no importa* ».

Lamenta luego la imposibilidad de hablarnos, « en la lengua de Madame de Sévigné », de las costumbres legadas a España por los moros, pero para no defraudarnos del todo describe para nosotros la arquitectura morisca, en su rasgo principal : « consiste en que cada casa tenga un pequeño jardín circundado por un pórtico elegante y esbelto... En medio del jardinillo hay siempre un chorro de agua cuyo ruido uniforme y voluptuoso es el único que turba aquel retiro en-

cantador. La fuente de mármol está rodeada por una docena de naranjos y de adelfas. Una tela espesa, en forma de tienda, recubre el jardinillo para protegerlo de los rayos del sol y de la luna, no dejando penetrar más que las débiles brisas que hacia mediodía vienen de las montañas ».

No vale la pena de discutir si éstos son o no, los rasgos principales de la arquitectura morisca, ni si es, precisamente « a mediodía », « durante los calores insoportables del verano », que desempeñan las innominadas montañas andaluzas el papel de ventilación que Stendhal les asigna ; pero es evidente que para describir así a España no es indispensable haberla visitado, y hasta que para disculpar a tal descripción es preferible que el que la brinda no haya conocido lo que describe.

Y ésa es seguramente la situación de Stendhal, cuando publica su libro sobre el amor.

Dice Mérimée de nuestro autor : « Nadie ha sabido con exactitud qué gentes trataba, qué libros había escrito, ni qué viajes había realizado ». Cierto.

Pero todo ello ocurría antes de la publicación de las obras de Stendhal que viene haciéndose ininterrumpidamente, desde hace más de cien años. Poseemos hoy la correspondencia, los diarios, las autobiografías, los epitafios, los itinerarios, hasta los más insignificantes papeles de Stendhal.

En ninguno de esos documentos personales hay la menor huella de andanzas de Beyle por la península con que se puedan justificar sus curiosas observaciones españolas sobre *El Amor*. Más todavía, y en descargo de la inteligencia, sino de la veracidad de Beyle ; era éste un viajero avizor, capaz de ver con sus propios ojos a las comarcas recorridas por él, poco dado a la pudibundez, por la propia cuenta, y nada res-

petuoso de la ajena, cuando de dar detalles picantes se trataba.

Si nos da una España desleída, de cromos baratos y de sociología mundana, es porque no dispone de otra; si no nos refiere las « tres o cuatro anécdotas » que dice sacrificar a la mogigatería de sus compatriotas — él que las ha contado de todos los colores de la procacidad —, es porque esas anécdotas no existen.

Así, pues, todas aquellas confidencias nada pulcras ni artísticamente necesarias, sobre las bailarinas « Del Sol » y sobre la arquitectura morisca, son « castillos en España » contemplados al resplandor « de la luna de Valencia ».

El amor tiene esas alucinaciones, y al escribir Stendhal sobre el tema, a propósito de una región por él siempre querida, creyó verla como Don Quijote veía a Dulcinea: a través de sus lecturas, de sus ilusiones, de sus esperanzas; no de una entrevista materialmente cumplida, ni después de un itinerario de aproximación material llevado a su término.

Los viajes veraces a España ocurrieron después de haberla descrito antojadizamente en el libro sobre *El Amor*. Tuviron lugar en dos ocasiones indudables: fines de septiembre de 1837 y en abril del año siguiente. Habla de la primera de ellas, en sus *Memorias de un Turista*, y de la segunda, en el *Diario del Viaje de Burdeos a Valencia*. Y conviene hacer constar, cuando de este segundo viaje se trata, que la Valencia a la cual condujo no es la Valencia española del Teatro « Del Sol » y las « brisas voluptuosas », sino la Valencia ribereña del Ródano y próxima a Tarascón, ese Tarascón que jamás queda muy lejos de la fantasía de Stendhal turista.

Ambas jornadas españolas fueron posibles por las largas

licencias que Stendhal cónsul debió a la protección de Molé, y que duraron tanto como el ministerio del protector.

Antes de pisar tierra española, ya manifiesta Stendhal el amor que siente por los que la habitan : « amo apasionadamente a los españoles ; son hoy por hoy el único pueblo que se atreve a hacer lo que le place sin preocuparse de los espectadores ». Insiste, en vísperas de cruzar la frontera : « Estimo, y lo que es todavía más, amo la vida privada del español... También estimo mucho el silencio español. Para terminar, adoro algunas escenas de sus antiguos poetas ».

Mucho de verdad había en esto último, pues entre los libros de su biblioteca trashumante y descabalada de cónsul esquivo de Civita-Vecchia, figuran una edición del *Quijote*, un tomo de obras maestras del viejo teatro español y « los orígenes » de ese mismo teatro por Nicolás Fernández de Moratín.

¿ Cuál será la reacción de huésped tan personal, enemigo acérrimo de la austeridad y del clericalismo, en tierras de hidalgos y de santos ? Escuchémosle.

Ni los aduaneros consiguieron desmontar a Stendhal de sus convicciones hispanófilas. Barcelona le parece ciudad incomparable, en la que goza del placer delicioso de « ver lo que nunca había visto » ; « la Rambla le encanta ». El español le resulta interesantísimo « porque no es copia de nadie », porque es de por sí « un tipo... y será el último de su especie existente en Europa » ; por estar totalmente desprovisto de « esa hipocresía que nunca abandona al hombre correcto de París » ; porque « está siempre dispuesto a hacer locuras de amor » ; y, finalmente, porque desprecia a « la sociedad francesa fundada en matrimonios concertados por notarios », a precio de dote.

Al año siguiente, una excursión todavía más rápida lleva

a Beyle hasta el Bidasoa y le permite asomarse a Irún y Fuenterrabía. Después de Cataluña, lo que Stendhal va a conocer de España son las adustas y devotas regiones vascas, tan distintas, por su naturaleza, de las feraces llanuras lombardas, y, por sus costumbres, del ambiente artístico, tolerante y muelle de la Milán predilecta.

Debemos creer que Stendhal llevaba por guía « al general no importa », pues todo lo que en otra parte le habría exasperado, le parece excelente.

« Los soldados españoles están llenos de naturalidad y ni piensan en representar una comedia ». Poco le importa pasar por mal francés, pero tiene que decir que « el palacete de Irún le agrada mucho más que el gran teatro de Burdeos ». A pesar de haber llegado en día de lluvia y de que los precios que le cobran por el café y la comida son los que en otra parte le indignarían, los paga de buena gana y cena, contemplando el palacete de Irún y a los soldados españoles « salvajes desbordante de coraje ». Precia el rasgo de cortesía de un soldado que le ha ofrecido fuego para su cigarro y admira la semejanza con la arquitectura antigua de « la desnudez de las iglesias de Irún y de Fuenterrabía ». Le complace tal sobriedad, por contraste con « el género gótico de Amiens que teme dejar el menor espacio sin ornamentos ».

Si compara las cosas de España con las de Francia, es siempre para preferir las ajenas, hasta cuando redundan en una mayor exhibición de piedad religiosa. Este pasaje lo demuestra: « ... el atrio, en el estilo del de Nuestra Señora de París, con mayor cantidad de figuras, pero menos ridículas quizás y a las que la furia revolucionaria no ha privado de sus cabezas ».

Donde se ve al precoz jacobino de otrora, que espantaba a

los suyos con sus manifestaciones antirreligiosas, celebrando se haya respetado a un monumento eclesiástico y prefiriendo la iglesia parroquial de Irún a la catedral de París.

Llámanle, lógicamente, la atención las mujeres, al incorregible enamoradizo. Las ve, en Irún, marchar con los pies descalzos, y, a pesar de la lluvia y del viento, llevar la cabeza descubierta, con sus cabellos anudados en trenzas que les llegan hasta los tobillos. Sorpréndele, sobre todo, la « expresión altiva de las mujeres de pescadores, en la aldea vecina. Se advierte — añade —, que saben que el amor es la ocupación principal de todos los hombres con los cuales se encuentran ».

Y éste, en labios o en la pluma de Stendhal, es el elogio más cumplido que puede hacer de una mujer, sea ella quien fuere.

A esto y a una rapidísima visión de Fuenterrabía, desolada por la guerra carlista se reducen las impresiones españolas directamente recogidas por Stendhal, en su viaje de 1838.

Poco importa, cuando el que las recibe ha creado la teoría sobre el amor como proceso de « cristalización » y cuando el definidor sirve tan admirablemente de ejemplo a la propia doctrina.

En Stendhal, el amor y el odio siempre « cristalizan ». Todo cuanto él ve, siente y percibe, cristaliza y recubre, bellamente, como en « la rama seca » de Salzburgo, a la realidad originaria. Recamando y enriqueciendo las « realidades » española e italiana ; agriando, tornando hirientes y ásperas las realidades para él antipáticas : Inglaterra, a menudo, a veces, Alemania, por momentos, Francia misma.

España está para él indisolublemente unida a lo bello y lo noble, desde que el *Quijote* lo reconcilió con la vida y con

la risa. Para él son españoles los fervores que enaltecen a la personalidad humana; los parientes a los cuales respeta; las mujeres a las que ama, sino por su nacimiento, españolas por sus sentimientos, como la misma Matilde Viscontini; españoles los libros cuya generosidad le hace llorar; españoles, héroes de la energía, « los únicos hombres que han resistido a Napoleón », su ídolo... Y quién sabe a qué extremos habría llegado el españolismo de *Arrigo Beyle, milanese*, si hubiera aceptado la invitación de visitar Madrid y de residir en el palacio condal, que le hizo la señora de Montijo, o si hubiese obtenido el consulado en España que le negó el ministro francés, duque de Broglie.

No es necesario recurrir a conjeturas para afirmar la incomparable fidelidad de Stendhal a su culto por lo español. Esa fidelidad surge de la evocación imparcial de las circunstancias y de los textos. Ocurrióle alguna vez, como en su encuentro sobre el Ródano con George Sand y Musset, renegar de Italia y de quienes devotamente la visitaban; cultivó, otras, la humorada de sentirse cosmopolita y de vilipendiar lo francés; pero nunca, ni siquiera mientras la recorría, en el momento de la posesión — que suele ser el de los desengaños —, se desdijo de su fervor por la Península.

Por eso sorprende la ausencia de una tesis universitaria sobre *Stendhal y España* y el no hallar nombre alguno ibérico en la nómina de quienes han señalado siquiera la imanación singular ejercida sobre el espíritu de Stendhal por las cosas de España ¹.

JOSÉ A. ORÍA.

¹ Pueden consultarse, al respecto, los manuales bibliográficos de Lanson y de Thième y la obra de PIERRE JOURDA, *État présent des études stendhaliennes*.

RUBÉN DARÍO EN MIS RECUERDOS

(UN SONETO INÉDITO DEL POETA)

EN BUENOS AIRES

Conocí a Rubén Darío al regresar yo de Italia, adonde había ido a estudiar pintura. Él ya llevaba aquí dos años de residencia. No tardé en vincularme al poeta, merced al siempre grato Roberto J. Payró. Rubén me dispensó su amistad y me tomó cariño, como lo prueban los dos artículos suyos dedicados a la modestísima labor de mis veinte años; artículos insertos, uno en *El Sol del Domingo* y el otro, en *La Tribuna*. El primero, el más breve, lo reproduje en mi obra *El Arte de los Argentinos*¹. Rubén Darío había llegado a Buenos Aires en calidad de Cónsul General de Colombia. Todo fué bien mientras duró el cargo consular. Pero cuando, tras la muerte del doctor Rafael Núñez, llegó la cesantía, las cosas mudaron, y no poco. Todo quedó *librado* a sus colaboraciones en *La Nación*, en *La Tribuna* y, más tarde, en *El Tiempo*, fundado y dirigido por Carlos Vega Belgrano. Cuando le conocí vivía Rubén en una casa colonial, calle Perú esquina Moreno, donde había alquilado una modesta

¹ Tomo II, páginas 121-2.

pieza amueblada. Comencé a frecuentar las reuniones nocturnas en los cafés y cervecerías: Monti, Luzio, Aue's Keller. El propio Darío define el matiz de esas reuniones, allí donde confiesa: *Se comprende que la sobriedad no era nuestra principal virtud*¹. Mi condición de abstemio me favorecía. Transcurrida la velada, salíamos Rubén y yo. El aire del amanecer, solía tener una acción en parte reparadora. Ya en su domicilio, yo me iba, para volver a la tarde. Y así durante un período nada breve. Luego mudó su residencia, y se trasladó a otra pieza amueblada de la calle Talcahuano, donde residió hasta el día de su viaje a España. No dejé de verle. Cierta vez me dijo entre bromas y veras:

— Es usted mi lazarillo. — Hice como si no entendiera.

Mucho se habló de esas reuniones, acentuando el color de sus notas irregulares. La verdad y la mentira de tales notas no ha podido negar una realidad provechosa. Quien asistió a ellas adquirió conocimientos no desdeñables por cierto, y en más de un caso llegó a familiarizarse con autores y con obras representativas de la literatura europea. Lo demás, dados los elementos constituyentes de la tribu, es fácil inferirlo. Yo no aludiré a ello en estas anotaciones recordatorias.

El vivir de Rubén Darío, rico en episodios exteriores, no lo fué menos en los de orden íntimo. Y éstos no admitían mostrarse a miradas indiscretas. Los hilos de su trama sensible se agitaban por dentro, con vibraciones atenuadas, con recelo impenetrable. Rubén no fué nunca el hombre de las confidencias, no las tuvo jamás ni para sus mejores amigos. Su *Autobiografía* debió ser, por tanto, un libro sólo abierto en

¹ *Autobiografía*, página 127.

parte, con muchas páginas en sombra y no pocas en blanco. Está escrito con desgano, muy a flor de piel. Poemas veces lo anima la fruición vital de su prosa, tan cálida siempre en los otros libros suyos. Dos causas lo explican a mi ver: el propósito de *callar cosas* y la ninguna propensión a realizarlas con el análisis. Rubén fué, repito, el hombre de las sensaciones fugaces. En ellas su estro podía condensar la sustancia poética de creaciones muy delicadas en unos casos, vigorosamente estructuradas en otros, de impulso y vuelo lírico no breve en sus muchas afirmaciones de plenitud. No fué nunca el poeta de largo respiro. Cuando intentó el poema de arquitectura dilatada — *Palenke* — o la novela de amplias dimensiones — *El Hombre de Oro* — no se logró en la prueba. Detengámonos en una declaración suya, cuya autenticidad está refrendada por más de un testimonio: *Casi todas las composiciones de Prosas Profanas fueron escritas rápidamente, ya en la redacción de La Nación, ya en las mesas de los cafés, en el Aue's Keller, en la antigua casa Luzio, en la de Monti. El Coloquio de los Centauros lo concluí en La Nación, en la misma mesa en que Roberto Payró escribía uno de sus artículos*⁴. Una circunstancia no apunta Rubén ilustrativa de su repentismo. Hela aquí: buena parte de los alejandrinos del *Coloquio de los Centauros* se los dictó a Payró en mi presencia; un dictado sin vacilaciones, claro, preciso. Rubén tenía en esos momentos un ver distante, un mirar vuelto hacia remotas lejanías, como si al evocar a los interlocutores fabulosos de su poema, estuviesen, *de verdad*, presentes en su espíritu. Rubén creía en estos remotes transmigratorios, según veremos.

⁴ *Autobiografía*, página 142.

Un caso estupefactivo de improvisación es el *Responso* inspirado por la muerte de Verlaine. Las siete estrofas de ese poema admirable fueron escritas en una mesa del Aue's Keller, en uno de esos raptos exigidos por Platón cuando el dios propicio a las musas se digna poseer al poeta y lo transporta en deliquio arrebatado de gracia. Arrebato sin violencia, por lo demás. Rubén producía sólo encendido por dentro, exteriormente calmo. A mi buen amigo el doctor Carmelo Bonet, tan sutil gustador de valores literarios, le costaba admitir la perfección de los alejandrinos y de los eneasílabos del *Responso* como brotados en uno de esos *in promptu*. Hay en ello un elogio valorativo de la mejor ley. Quien no vió a Darío componer algunas de sus poesías, difícilmente comprenderá la extensión efectiva de su don repentista. La composición toda ella, se le presentaba como ya hecha en su propio ritmo, con su movimiento interior consubstanciado. Un día le pregunté por qué pasaba de un metro a otro, e iba de los angostos pentasílabos a los alejandrinos numerosos, cuando no adoptaba la prosa rítmica a la manera de algunos simbolistas franceses; y si ese cambio era voluntario o lo sugería el contenido del tema. Y me dijo: El tema no, la composición misma. Constituye una sola cosa, un todo con la vestidura verbal. Movidó por ella, los primeros versos *salen así*, y los otros *vienen solos*. En la respuesta de Rubén, de tan profundo candor, reaparece la teoría del *Ión* y del *Fedro* platónicos.

Darío fué en extremo sensible a la crítica. Debido a ello sufrió verdaderas crisis, y ninguna tan desazonada como el mero anuncio de un juicio próximo a aparecer sobre *Prosas Profanas*. Eugenio Díaz Romero, Rouquard y yo nos hallá-

bamos junto a Darío en su habitación de la calle Talcahuano. Rubén proyectaba terminar *El Hombre de Oro*. Todo — decía — está planeado y, de hecho, construido *in mente*. Es cuestión de resolverse. Mientras Rubén enunciaba tales propósitos de trabajo, llegó Payró. Venía contrariado. Luego, tras breves reticencias, explicó a Darío el motivo de su visita. Acababa de leer, en pruebas, un artículo del profesor Matías Calandrelli sobre *Prosas Profanas*, escrito para la *Revista de Derecho, Historia y Letras*, dirigida por el doctor Estanislao S. Zeballos. El acento de Payró hacía adivinar el tono del artículo. Siguió un silencio. Rouquad, Díaz Romero y yo mirábamos alternativamente a Payró y a Rubén. Después, cual respondiendo a una pregunta no articulada por ninguno de los presentes, agregó: *El juicio de Calandrelli es severo. El comentario va de Era un aire suave... y se extiende al Coloquio de los Centauros.*

Rubén Darío replicó entonces: *el Coloquio de los Centauros... ¿ Pero es que se han escrito en español muchos alejandrinos como los de ese poema ?* Rubén no trató de disimular su profunda emoción. Pidió quedarse solo. Dijo a Payró: — Luego iré a *La Nación*, para salir juntos. Nos fuimos. Únicamente quedó Rouquad junto a Darío.

Cuando al día siguiente volví, Rubén estaba en cama. Se había acostado al irnos nosotros, la tarde anterior.

— La noticia de ayer, le sentó como un mazazo — me dijo Rouquad.

Así continuó sin levantarse aguardando la aparición de la revista, contando las horas, los minutos. Sólo pedía beber, en un estado de sobreexcitación enfermiza. Descansaba poco. Y así, durante varios días. Por fin salió la revista. Cuando Rouquad entró con ella Rubén se incorporó, extendió las

manos, buscó febrilmente el artículo causa de su tortura moral, y lo leyó *sumergido totalmente* en la lectura. Mientras iba pasando de una página a otra su rostro adquiría una expresión más tranquila, más suya, hasta llegar a la más completa serenidad. Cuando hubo terminado de leer, cerró la revista, y dijo sencillamente :

— Son puntos de vista. Y añadió, aludiendo al prólogo de *Prosas Profanas*. Todo bella cosecha.

Tan rápida mudanza tiene en psicología una explicación fácil. Tras el *shock* producido por el anuncio de Payró, embargó a Darío una idea persistente cuyas fermentaciones crecieron en la soledad inactiva. ¿Qué peligro entrañaba ese juicio? ¿Cuáles serían sus consecuencias? Por fin pudo Rubén apreciarlo por sí mismo. Allí donde creyó ver una montaña caérsele encima, sólo advirtió un juicio adverso, áspero sin duda, pero no superior en acritud a otros dedicados a su obra. De ahí el inmediato rescate de su estado normal. Estas reacciones extremas son frecuentes en los hipersensibles.

Algunos años después — no muchos — le recordé el percance en un libro juvenil, y lo hice para defender a Salvador Rueda contra quien había escrito Darío apreciaciones poco amistosas. Dije en tal circunstancia : *La crítica extremada cae por sí misma; y Rubén Darío no debiera olvidarlo, sobre todo si tiene presente la de cierto profesor con motivo de sus Prosas Profanas...*¹ Tal recuerdo no podía agradar y no agradó a mi grande y buen amigo. En mi descargo, podría yo repetir hoy las palabras de Rubén, allí donde se disculpa por haber firmado en Madrid el manifiesto contra el homenaje nacio-

¹ *A través de la España Literaria*, tomo II, páginas 238-30, Barcelona, 1902.

nal a Echegaray. Esas palabras tuyas evocan y añoran y rezan así: *Juventud, divino tesoro*¹. Por otra parte, mi mocedad aventajaba, en minoría de años, a la del poeta. Sea dicho con vistas a mayores indulgencias.

En Buenos Aires el medio ambiente no daba para más. Citábase mucho a los poetas, pero sus libros no se vendían. Las tiradas solían ser de una parvedad desoladora. Las ediciones no se sucedían. Eso vendrá después. El poeta argentino más cercano al pulso de la patria era Rafael Obligado, pese a la popularidad un tanto decorativa de Guido Spano, con su gran chambergo, con su gran melena. La poesía de Obligado era de mejor cuño y, desde luego, más perdurable. La autoctonía de su efusión poética le valió adictos entre el lector culto y el lector medio, y logró despertar resonancias en las esferas populares. Había en sus versos — hay en su poesía — ese hondo rebullir de lo auténtico, vivencias integrales donde refluye lo mejor del poeta cuando trae como signo definidor el claro timbre de una personalidad. Rafael Obligado es él y es su tierra, con su sol, con sus héroes — históricos y legendarios — y con su pampa, y sus islas, y su flora, y sus ríos y su viento. Por éste, por el pampero, siéntese adherido con mayor fuerza al suelo originario :

Que hasta soy más argentino
cuando azotas en mi frente.

Rubén admiró en Rafael Obligado los valores permanentes de esa argentinidad, por la cual viene su poesía tan reciamente vertebrada. Y por eso le quiso tanto y tanto le respetó. Mucho más tibios fueron los *intercambios* con Calixto Oyue-

¹ *Autobiografía*, página 172.

la. En rigor de verdad no se entendieron nunca. Hasta llegó a mortificarse por haber coincidido con él en un simple *hasta luego*. Acaeció ello así. La primera temporada de la compañía María Guerrero-Díaz de Mendoza fué triunfal. La sala del teatro Odeón no se vió nunca con mayor ni con mejor concurrencia. Llegó la noche de despedida, consagrada a María Guerrero. A los regalos valiosos y a la sobreabundancia de flores, se unió el homenaje de la poesía. Dos poetas deshojaron las flores de sus versos en honor de la actriz blasonada: Calixto Oyuela y Rubén Darío. La salutación terminal de ambos no traía como broche un *adiós*, sino un *hasta luego*. La coincidencia, con todo y ser baladí, disgustó a Rubén. Entre ambos, hubo también su riña de arqueros, cuyos dardos traían, a veces, una punta de veneno. Cierta día, deslizó Oyuela esta frase en un artículo suyo: *Indios embaucados con cuentas de vidrio*. El flechazo iba dirigido a Rubén y a Lugones. Frente a él, la postura de Darío era vertical, decidida y nada dispuesta a ceder terreno. Quien haya vivido la *cerrazón* de aquellos días, apreciará por sincero y verídico el alcance de esta confesión suya: *Yo hacía todo el daño posible al dogmatismo hispano, al anquilosamiento académico; a la tradición hermosillesca, a lo pseudo-clásico, a lo pseudo-romántico, a lo pseudo-realista y naturalista, y ponía a mis «raros» de Francia, de Italia, de Inglaterra, de Rusia, de Escandinavia, de Bélgica, y aun de Holanda y Portugal, sobre mi cabeza* ¹.

A propósito de *Los Raros*, un recuerdo referido a Paul Groussac. Cuando a fines de 1906, apareció esta obra, fué recibida con tibieza por quien mejor podía justipreciarla. Se

¹ *Autobiografía*, páginas 149-50.

alude aquí al juicio crítico de Groussac inserto en *La Biblioteca*¹. Rubén hizo reproducir en *La Nación* del 25 de noviembre de ese mismo año lo escrito por el autor de *Liniers*, y dos días después publicó él también en *La Nación* una respuesta a Groussac. Decía Rubén Darío, entre otras cosas: *no es pequeña ventura beber miel en la boca del león*. Miel precisamente... En realidad de verdad se contenía no poco acíbar en ese dulzor. ¿Modificaban, acaso, la sustancia negativa del artículo los granitos de incienso quemados en honor del prosista enfervorizado? Después de llamar a Rubén *heraldo de pseudo-talentos decadentes, simbólicos, estetas*, escribe Groussac: *Lo peor del caso presente, lo repito, es que el autor de Los Raros celebra la grandeza de sus mirmidones con una sinceridad afligente, y ha llegado a imitarlos en castellano con desesperante perfección*. Véase la talla de esos enanos. Incluye en la nómina a Léon Bloy, una de las glorias literarias más puras del siglo XIX francés, a quien pretende vulnerar con el calificativo de *raté*. Tras asestar mandobles a diestra y siniestra, se detiene en el autor de *L'Après-Midi d'un Faune*, y lo individualiza en estos términos: *Por fin, el apocalíptico Mallarmé ha necesitado tornarse incomprensible, para dejar de ser abiertamente mediocre: su esoterismo verbal es el cierre secreto de un arca vacía*. Al arremeter contra el *poeta maldito*, estaba Groussac en buena y mala compañía: Anatole France y Max Nordau.

Una observación marginal ahora: en *Los Raros* no existe ningún capítulo consagrado especialmente a Stéphane Mallarmé. Darío le menciona, eso sí, con acento laudatorio.

¹ En el número de noviembre de 1896.

La objeción de poeta oscuro aflige hoy a otro poeta de Francia: Paul Valéry. Tal censura le trae desazonado, y no trata él de disimularlo, según ponen de manifiesto sus muchas réplicas. Mas ¿qué importa ello al goce estético? *Il y a* — dice — *une belle partie de l'âme qui peut jouir sans comprendre*. ¿Oscuro? ¿Yo? — preguntó durante una conferencia. En todo caso — respondió — lo soy tanto como Alfredo de Musset, Víctor Hugo, Alfredo de Vigny, y no más ⁴.

Groussac desvirtuaba la materia de *Los Raros* y con ello vaciábalo de toda sustancia medular. Era una obra construída en el aire, sin los soportes necesarios para su coherente estabilidad. En arquitectura se hubiera dicho: es contraria a la ley de resistencia. ¿Faltaba algo más para anularla en su raíz? ¿Cómo pudo decir Rubén aquello de la miel en la boca del león? El propio Groussac declaró, poco después, en un segundo artículo sobre *Prosas Profanas*: Ya expresé, en ocasión reciente, todo *lo malo que pienso del señor Darío*, artículo tan poco feliz como el primero, nada ecuánime en las reticencias y dudoso en las intenciones de sus entrelineas. Lo enuncia a manera de rectificación: *Hoy diré lo bueno, para variar . . .* Pero no logra su propósito, si en verdad existe. Hay demasiadas reservas en el constante balanceo de esta Palíndia fallida. Empieza con una digresión en nada conexas con lo substantivo del tema. Cuando se decide a tratarlo es para excluir la posibilidad orgánica de un arte original en América. En principio — afirma categórico — la tentativa del señor Darío no difiere esencialmente, no digamos de la

⁴ Véase, en los bellos *Estudios Literarios* de André Maurois, el dedicado a Paul Valéry.

de Echeverría o Gutiérrez, románticos de segunda o tercera mano, sino de la de todos los *yankees*, desde Cooper, reflejo de Wálter Scott, hasta Emerson, luna de Carlyle. Pero, en la especie, dicha tentativa es *provisionalmente* estéril, como lo tengo dicho y no necesito repetirlo, porque es del todo exótica y no allega al intelecto americano elementos asimilables y útiles para su desarrollo ulterior.

Inmediatamente después de haberse mostrado tan rotundo en afirmar y en negar, se detiene y apunta salvedades con el designio — ¡por fin! — de aquilatar las aportaciones efectivas de Rubén Darío a la poética de habla española y al discurrir de la *imitación* referida a Rubén, hace distingos, y también cuando concede y escatima, escudándose en los clásicos. El artículo de Groussac está dedicado a *Prosas Profanas*; pero el director de *La Biblioteca* tiene prisa — son sus palabras — y debido a ello, toma como único ejemplo la primera poesía del libro: *Era un aire suave . . .* Y comenta Groussac: *La página es encantadora, de una gracia exquisita en su elegancia, complicada de renacimiento y pompadour.* Siguen a estos granitos de incienso algunas líneas de exégesis. *Más que imitación directa* advierte en esa poesía *vagas y múltiples resonancias*: de Verlaine, de Moréas, de Hugo. Luego añade Groussac: *Es muy difícil y aventurado mostrarse afirmativo y preciso, tratándose de un escritor tan complejo y lector tan esparcido como el señor Darío. Son muy numerosas las resonancias que convergen a su inspiración; pasa tanta gente por su camino que las huellas se confunden y, como decimos los arrieros: « el rastro está borrado ».* *Es muy probable que su complicada reminiscencia sea las más de las veces inconsciente. Creo, con todo, que ha sido intencional y perseguido el recuerdo de una joya casi ignorada de*

Paul Guigou, de metro idéntico y giro parecido, sobre todo el final:

Était-ce en Bohême? Était-ce en Hongrie? ¹

Y si me equivocase, siendo el encuentro fortuito, será la coincidencia más rara y curiosa que conozca la literatura. Así propiciaba Groussac a Darío. Su defensa podría citarse como ejemplo de esa crítica sin amor mentada por Anatole France. No agradó a Rubén. Ante el descontento de algunos amigos, subrayó el suyo propio con estas palabras:

— Así es Groussac. Sólo se desborda cuando ataca.

Es notoria la hostilidad de Groussac por todo lo español. En el artículo sobre *Prosas Profanas* la recidiva adquiere forma aguda allí donde, tras discurrir de inferioridad, hace moverse a fray Luis de León y a Garcilaso en un lirismo de tercera o cuarta mano.

En su réplica, Darío señaló los puntos débiles del artículo contra *Los Raros*, y surtió efecto. Groussac declara: *Creo que nunca reprodujo (Rubén) dicho artículo en sus volúmenes de crítica, por haberle yo pedido que no lo precediera con el mío — por su escasa importancia ².*

En la *Autobiografía*, refiere Darío los móviles del viaje a España, pero modifica el cómo y el por qué efectivos de ese viaje. La causa primera fué de orden económico. El poeta no gozaba aquí de una situación estable. Los ingresos eran reducidos, y a más de escasos, irregulares. Rubén propuso a *La Nación* computárselos en pesetas, con más un aumento. Julio Piquet tomó a su cargo el asunto. No podía brindársele

¹ ¿ Fué acaso en el Norte o en el Mediodía ?

² Véase el número de *Nosotros* consagrado a honrar la memoria del poeta. Febrero de 1916, página 151.

mejor intermediario. El viaje a España fué resuelto con gran presteza, tal como lo refiere Darío. Quien se detenga en las breves líneas donde ello se relata, y pueda penetrarlas en todo su alcance, verá a lo vivo el estado psicológico del poeta, próximo a evadirse en un acto de liberación. Decidido el viaje — *Fuimos juntos* — con Piquet — *a hablar con el señor de Vedia y con el director*¹. *Se arregló todo en seguida. ¿Cuándo quiere usted partir? me dijo el administrador. ¿Cuándo sale el primer vapor? Pasado mañana. ¡ Pues me embarcaré pasado mañana! Dos días después* — prosigue Darío — *iba yo navegando rumbo a Europa*². Y nada más.

He hablado de fuga. La fruición de evadirse absorbió en él todo otro sentimiento, siquiera sea en las horas inmediatas a la partida. No le faltaban razones. En Buenos Aires Darío había llegado a ser el no grande hombre para su ayuda de cámara. Todo resultaba aquí demasiado próximo y hartó doméstico. El pan amargo, por ajeno, y el subir y bajar pedaños de otros, había llegado a ser de reiteración angustiosa. Solía subrayarlo Darío con versos de Dante:

... *come sa di sale*
Lo pane altrui, e com'e duro cale
Lo scendere e il salir per l'altrui scale.

Cuando esto acaecía, el ciclo rubendariano se había cerrado entre nosotros. Días penosos, sin mayores alternativas, amenazaban obstruir el horizonte y oponerse a todo vuelo. Buenos Aires no era hostil; era peor: era indiferente. No fal-

¹ Dirigía *La Nación*, Bartolito, Bartolomé Mitre y Vedia, y la administraba D. Enrique de Vedia.

² *Autobiografía*, página 166.

taba la *élite*. Existían hombres egregios, espíritus de selección, mentes esclarecidas. Pero no condensaban ellos una atmósfera espiritual ni la determinaban como núcleo de cohesión, con esa unidad continuada, característica de los grandes centros trabajados por culturas cuya trama hila el tiempo, y donde cada generación deja el testimonio de sus fervores. Eran voces aisladas y actividades dispersas. Rubén Darío nos había hecho el don precioso de una sensibilidad renovada. Dijo aquí una palabra inédita. Nos descubrió lo nuevo del Viejo Mundo. Del Viejo Mundo y algo también de nuestro Continente. Pero al tocar los límites temporales precitados, su dádiva se había agotado.

Vivió y produjo casi siempre en condiciones angustiosas. Tuvo amigos, muchos, y gracias a ellos pudo persistir y subsistir. ¿Nombres? Él recordó algunos: Carlos Vega Belgrano, Luis Berisso, Mariano de Vedia, Roberto J. Payró, Julio Piquet, Ángel Estrada, Miguel Escalada, Miguelito Campo.

Cuando Rubén emprendió viaje rumbo a Europa, ya era un disminuído entre nosotros, dígame ello sin menoscabo alguno. Nadie lo advertía tanto como él. Embarcó el 3 de diciembre de 1898. Ese mismo día inicia la primera correspondencia para *La Nación* y la intitula *En el mar*. Vinieron otros artículos suyos, y más correspondencias. Rubén Darío parecía crecer en estatura con la llegada de cada correo portador de sus colaboraciones. Pocos meses después del viaje, el renombre del ausente culminó en un triunfo memorable. Debíase a la muerte de Castelar. El artículo consagrado a exaltar la elocuencia del señor de la palabra, es digno de tal varón. La resonancia de esa página estupenda fué enorme. Rubén Darío se mostró entero en la vibrante onda emotiva de tanta proeza. Todo el hombre, y todo el poeta unidos en un

solo estremecimiento: cerebro y corazón, y alta dignidad en la nobleza del arte.

Los artículos enviados a *La Nación* en poco más de dos años, fueron recogidos por el autor y publicados en París en un volumen, con el título de *España Contemporánea*.

EN FLORENCIA

Rubén Darío llegó a Florencia mientras yo disponía mi viaje a España. *La Rassegna Internazionale*, publicación florentina cuya secretaría estaba a cargo de Sem Benelli, me había encomendado una obra sobre la literatura española¹. Rubén me avisaba su arribo con una tarjeta escrita a lápiz: un saludo breve, las señas de su alojamiento y un cordialísimo *le espero para que salgamos juntos*. Se había alojado en un hotelito próximo a la iglesia de Santa María Novella. Corrí a su encuentro. Me recibió en su habitación. Terminaba de redactar un telegrama dirigido a París. Al verme dejó su asiento, y mientras me daba un fuerte apretón de manos exclamó: — ¡En Florencia! Florencia, Renacimiento, Humanismo, flor de humanidad. En Florencia, ¿quién hubiera dicho esto en Buenos Aires?

No le había visto más contento. Él, siempre parco en las expresiones comunicativas, estaba vibrante y parlero como nunca. Le pregunté cuánto tiempo permanecería en Florencia.

¹ Se alude a mi obra en dos tomos, publicada luego en español con el título *A través de la España Literaria*. Sin pizca de vanidad, cito un juicio de D'Annunzio respecto al primer tomo dedicado a la literatura catalana. Por lo novísimo de esa materia en Italia, el poeta del *Fuego* me llamó: *rivelatore dell'ardente e combatente Catalogna*.

— Unos días, no muchos. Por eso mismo deseo ganar horas. Salgamos. Ansío ver Florencia, respirarla, sorberla. Primero la ciudad, el marco, después lo otro, y lo otro ¿quién alcanza a verlo, a verlo de verdad? Rehusó tomar un coche. Quería andar, recorrer a pie las calles de la ciudad. Al salir del hotel, le indiqué Santa María Novella. Quitándose el sombrero, dijo: — Saludo en la fachada al sereno León Bautista Alberti, arquitecto y humanista. Más tarde visitaré la iglesia. Veremos a Orcagna, al presunto Cimabue, a Ghirlandaio y ¿por qué no? a Vasari. Rubén parecía un niño ante un mundo encantado. Lo miraba todo con avidez. Las construcciones renacientes de noble arquitectura, y las más antiguas, de estilo medioeval toscano. Se enfervorizaba al ver en los muros de algunos edificios las placas marmóreas con versos de Dante, alusivos a hechos sucedidos allí, en ese mismo lugar, donde los traía a plenitud de presencia el verbo del poeta sagrado.

— ¡Florencia! — repetía Darío, como si al nombrarla quisiera evocar la primavera más luminosa florecida en el curso de los siglos. Las obras y los hombres y su alteza en los testimonios multiplicados a cada paso, con una opulencia no vista ni repetida después. ¿Cómo no iba a tener educado el gusto un pueblo cuya inteligencia se nutre de tanta cosa noble? El arte está en las calles. Está en los palacios, en los templos, en las muchas estatuas de sus edificios, de sus *logias*. El baptisterio con las puertas de Ghiberti, Santa María del Fiore, el Campanile del Giotto, con las esculturas de Donatello, la Loggia dei Lanzi, con las de Benvenuto Cellini. Mármol y bronce, materia transfigurada por el genio en una de las horas más armoniosas, y como timbradas de eternidad. Rubén hablaba con emoción casi dolorosa. Sentía

la angustia de querer expresarlo todo, mientras el *desfile de la gloria* iba a reflejarse en su retina ávida.

Cuando tras un largo ir y venir, nos sentamos, para almorzar junto a una mesa de *La Tazza d'oro*, Rubén volvió a repetir :

— ¿Quién nos hubiera pronosticado este encuentro en Buenos Aires ?

— Usted mismo — le dije — al evocar nuestra hermandad remota. ¿Recuerda usted su epístola dictada a Díaz Romero ? Empezaba así :

Pagano, por poeta y por pintor pagano
En el Renacimiento fué mi amigo y mi hermano

Y continuaba usted :

Eugenio Díaz Romero, romero del ensueño...

— Es verdad. ¿Quién guarda esa epístola ?

— Díaz Romero — le dije — y por cierto muy celosamente.

Al llegar Rubén Darío a Florencia, cerníase una aureola de insólito fervor en torno a Botticelli. La buena y la mala literatura le hizo culminar en el examen comprensivo y le rebajó en la superficialidad de la moda. Nunca se le había traído y llevado con pareja superabundancia de epítetos. Abruma la bibliografía fragmentaria de aquellos tiempos. Hasta llegó a parecer oro de pocos quilates la alta adhesión del cariñoso posesivo de Miguel Ángel, allí donde habla del *nostro Botticello*, así, con o, Botticello. También se movía Darío en la onda de esos fervores.

— Ver a Botticelli y verlo aquí, en la atmósfera de sus ideaciones figurativas.

Y lo vió como él quería verlo, en la Galería de la Academia, en la Galería de los Oficios, en la Galería del Palacio Pitti ; y se extasió frente a *La Primavera*, y ante *La Adoración de los Magos* y ante *La Madonna del Magnificat*. No dejó de ver ninguna pintura del divino Sandro, prefiriendo las de inspiración religiosa a las de asunto mitológico.

— Bien — le dije — ahora vamos a la iglesia de *Ognisanti*. Hay allí un San Agustín pintado al fresco, digno de su atención. No es obra para turistas. Ya la verá usted.

Cuando Rubén se halló frente a esa obra admirable, me agradeció por haberle guiado y puesto en presencia de una *cosa tan noble*. Después, tras un silencio, con el espíritu proyectado hacia la imagen del Obispo de Hipona, comentó emocionadísimo :

— San Agustín debió ser así, debió ser así ; sobre todo el de las *Confesiones*. El artista puede realizar tales milagros. Su alma parece experimentar una especie de transmigración. Encarna en otras existencias, fugaz pero intensamente. Extrae así como del misterio formas sustanciales. San Agustín debió ser como lo vió Botticelli, con algo de extrahumano en su envoltura corporal.

Al expresar tales ideas, Rubén era angustiadamente sincero. Actuaban en él visiones — o alucinaciones — ocultistas cuyo influjo le mortifica a veces no poco. Llegó a creer en la realidad de lo ilusorio. Veamos un testimonio en extremo significativo. Dice Rubén en su *Autobiografía* — página 158 — *En Caras y Caretas ha aparecido una página mía, en que narro cómo en la plaza de la Catedral de León, en Nicaragua, una madrugada vi y toqué una larva, una horrible materialización sepulcral, estando en mi sano y completo juicio.*

Una voz de medrosa desazón acude con frecuencia a los labios de Rubén. Es la de *miedo*. *En Italia la grandeza de tanto genio creador da miedo*. En el remonte de *Piazzale Michelangelo*, una noche de magnífico plenilunio : *Vista desde aquí, la infinita mudez estelar causa miedo*. En la iglesia Santa Croce, junto a las tumbas de Miguel Ángel, de León Bautista Alberti, de Maquiavelo, de Galileo, de Alfieri, de Ugo Foscolo : esto sobrecoge, da *miedo*.

Visita a la iglesia y al Convento de San Marcos. El Beato de Fiesole y Savonarola. Rubén dice :

— Se arrepiente uno por no haber entrado aquí de rodillas... Y tras brevísimos silencio : Pero no importa porque está arrodillada el alma.

Cuando salimos del Convento de San Marcos, el sol diluía su luz de oro en la atmósfera otoñal de Florencia. Se nos ofreció la consabida *vettura*.

— No, dijo Rubén, caminemos. Y andando nos dirigimos a pie, por Vía Cavour. Vía Larga denominaban esa calle en los tiempos renacientes. Perduraba el recuerdo del fraile dominico. Por sobre la dulzura del Beato Angélico, parecía estremecer el aire la arrebatada elocuencia de Savonarola. Evocamos los efectos de su palabra enardecida sobre los oyentes cuando, tras escucharle, la muchedumbre irrumpía del templo y salía a la calle dando gritos, exaltada por el predicador profético. Entre los fieles — ¿ cómo olvidarlo ? — estaba Miguel Ángel. ¿ Qué resonancias de tales prédicas no irían a prender más tarde en las potentes figuras bíblicas del techo sixtino ?

Cuando llegamos al palacio de los Médici — ahora palazzo Ricardi — le dije sonriendo : el magnífico Lorenzo nos aguarda. Entremos, aun cuando creo que nos recibirá mejor

en su *villa* de Careggi, donde le hallaremos en compañía de Marsilio Ficino y de Policiano — bajo el signo luminoso del divino Platón.

Tras recorrer las salas del palacio y admirar en la capilla los frescos de Benozzo Gozzoli, donde se desarrolla el cortejo famoso, exclamó Rubén :

— ¡ Lorenzo el Magnífico ! ¡ Savonarola ! Debió ser de ánimo fuerte, muy fuerte el señor de Florencia para enfrentarse con el terrible inspirado y soportar el fuego de su mirada horadante.

Una estridencia. En la Biblioteca Nacional mientras el señor Uzieli, autoridad de la casa mostrábale las ediciones de la Divina Comedia, todas, desde la más rara hasta la más reciente, dije a Rubén :

— Venga, subamos a la planta alta, allí verá usted algo inesperado. Evoqué las reiteradas tentativas de la ciudad ilustre para rescatar las cenizas de su poeta. Inicia las prácticas la Señoría de Florencia en carta dirigida el año 1430 a Ostasio da Polenta señor de Ravena ; las prosigue Lorenzo de Médici, *Magnífico viro*, en 1475-76 ; las reanuda el Municipio de Florencia en 1864, siempre con resultados negativos. Cuando los restos del más alto poeta de la cristiandad fueron trasladados de una urna a otra, más digna de quien *había dado voz a los siglos*, asistió a la ceremonia el estatuario de Ravena, Enrico Pazzi, autor del monumento erigido a Dante frente a la iglesia de Santa Croce. Ello se cumplía en celebración del sexto centenario dantesco. Esa mañana del 14 de mayo de 1865 habló el último *gonfaloniere* de Florencia, y lo hizo ante el primer rey de Italia.

En Ravena, se procedió a colocar en el nuevo y magnífico

receptáculo las cenizas de Dante. Se habían puesto ambas urnas sobre un fino lienzo blanco. Y así, cuidadosamente, pasó a su destino último cuanto restaba de mortal del multánime desterrado. Terminada la imponente ceremonia, Enrico Pazzi recogió el lienzo, tomándolo de las cuatro puntas, y se alejó. Quedaban residuos en la tela preciosa. Era poco, apenas un polvillo, ¡pero era de Dante! Lo depositó en un sobre, y lo llevó a Florencia, para donarlo a la ciudad, cuya herida sangra arrepentimientos desde hace no pocas centurias. La por tantos motivos venerable dádiva de Enrico Pazzi se halla bajo cristales en la Biblioteca Nacional de Florencia. Cierta día, al mostrármela, Uzieli tomó el sobre y me lo alcanzó. Yo lo tomé, obedeciendo sin duda a un movimiento reflejo, y se lo devolví con presteza.

Llegados junto a la vitrina donde se custodiaba el sobre, le dije a Rubén :

— Aquí está: ¿quiere usted tocarlo, tenerlo en sus manos? Yo lo he tenido en las mías. La reacción de Rubén Darío fué impresionante. Retrocedió espantado, y con una voz para mí desconocida, me dirigió estas palabras, cuya dureza no se ha borrado nunca de mi memoria :

— ¿Ha tenido usted en sus manos *eso*, y no se ha muerto? ¡Es usted un hombre abominable! Quedé como petrificado. Uzieli quiso dominar la situación, y dijo con orgullo :

— A nosotros los florentinos nos impresionan menos estas cosas. Estamos acostumbrados a *manejar* grandes reliquias, sin excluir algunas relacionadas con los genios mayores de la humanidad.

Y pasamos a otras latitudes del espíritu. Uzieli le mostró a Darío la Biblia de Savonarola, con las notas marginales escritas por el impetuoso dominico. Rubén la hojeó con ve-

hemencia. Luego le indicó manuscritos de Galileo, y códices rarísimos, nunca puestos al alcance del turista común. Cuando salimos y mientras cruzábamos la Piazza de la Signoria, intenté justificarme por lo ocurrido en la Biblioteca. Pero Rubén acentuó aun más su juicio.

— Para bien o para mal, ese recuerdo estará presente en su espíritu toda la vida.

Yo quería defenderme a todo trance y aduje: sin embargo, usted *tocó* el pupitre de Savonarola en la celda del Convento de San Marcos; y hace unos instantes tuvo en sus manos la Biblia del vidente inmolado en la hoguera, aquí, en este mismo sitio — y le indicaba el lugar donde, efectivamente, se había levantado la hoguera del martirio.

— No es lo mismo, replicó Rubén.

— Y sus manos *acariciaron* en la iglesia de San Lorenzo los mármoles funerarios de la tumba de los Médicis esculpidos por Miguel Ángel.

— No es lo mismo — opuso Rubén —; esa es la vida glorificada en los cuatro símbolos del tiempo.

— La vida, sí; pero recuerde usted la carta de Miguel Ángel a Vasari, fechada en Roma el 22 de mayo de 1555: *non nasce in me pensiero che non vi sia dentro scolpita la morte*.

— A pesar de todo, no es lo mismo, no es lo mismo.

Y el hombre sensible, tenía en Darío razón una vez más. Evidentemente, no era lo mismo.

Por aquellos tiempos residía en Florencia Antonio Agresti, el autor de *La filosofía en la literatura italiana*, y de un ensayo sobre *Los prerrafaelistas*. Estaba casado con una sobrina de Dante Gabriel Rossetti, hija de William, hermano menor en algunos años de Dante Gabriel. Agresti, fundador y director de una revista juvenil, *La Boheme*, había reunido

en torno suyo a un grupo de escritores jóvenes. Yo me había vinculado a él, y traduje, para esa publicación, *El reino interior* de Rubén. El dato presupone noticias previas respecto del poeta. Existía, además, una circunstancia excepcionalmente propicia: la admiración de Rubén por poetas y pintores prerrafaelistas. El hogar de Agresti vivía en el culto de Dante Gabriel Rossetti. Manifestarse adicto a su obra importaba un gran título para captarse las mayores simpatías. Y Rubén Darío había sido uno de sus heraldos en nuestra América. Cuando le anuncié su llegada, Agresti me instó presuroso:

— Llévelo a casa. Quiero que mi señora y mi suegro le conozcan.

William Rossetti se hallaba en Florencia desde hacía algunas semanas. Se lo comuniqué a Darío, expresándole el deseo de Agresti y de la familia Rossetti. Darío creyó haber oído mal.

— ¿El hermano de Dante Gabriel Rossetti, el mejor expositor del prerrafaelismo, el traductor de *Infierno* dantesco?

— El mismo. Nos aguardan esta noche.

Al llegar a la residencia de Antonio Agresti, y al ser presentado a la señora y a William Rossetti, Darío estaba emocionado como un colegial. La acogida de los dueños de casa fué, como era lógico esperar, en extremo cordial. Se habló alternativamente en francés, en italiano, en inglés. A todos sorprendió la información del *poeta americano* respecto a la escuela prerrafaelista. Con toda evidencia, Darío estaba en lo suyo. Habló de la *confraternidad* prerrafaelista integrada por William Holman Hunt, John Everet Millais y Dante Gabriel Rossetti, cuyos postulados comentó con admirable justeza. Surgió entonces el nombre del apasionado y resuel-

to defensor de esa *cruzada renovadora*, John Ruskin. El tema venía demasiado unido a la producción literaria para no referirlo a William Morris y a Swinburne. La velada transcurrió en una atmósfera de gratas evocaciones.

Súbitamente advertimos lo avanzado de la hora, y resolvimos retirarnos.

— ¿Qué importa la hora? — decía William Rossetti —. Para estos casos el tiempo puede huir a su antojo.

Pero la discreción tiene leyes dignas de anteponerse al fervor admirativo. Al marcharnos, se nos agradeció la visita. Y como dice el poeta, también nosotros salimos *a rever las estrellas*.

Cruzamos el *Ponte Vecchio*, tendido sobre el Arno. Al comienzo de ese puente tuvo su *bottega de orafó* el bifronte Benvenuto Cellini. Rubén hizo un amplio ademán de saludo. Seguimos un trecho a lo largo del Arno. La doble línea de focos, puestos en los paredones a uno y otro lado del río, alejábanse en la perspectiva, sólo interceptada por el inmediato Ponte alla Carraia. La luz, al reflejarse en las aguas quietas, fingía un órgano luminoso. La ilusión era perfecta. Rubén y yo nos detuvimos.

— Es maravilloso — dijo.

— Si nos dejásemos llevar por la sugestión, hasta podríamos oír la música y el canto de ese órgano construido con líquidos rayos de luz.

— ¡ El canto de la luz !

— Como en la Divina Comedia. En los tercetos de Dante, la luz tiene voz. Habla y canta. Y más dulce es el canto según sea más vívida la fulguración de sus rayos.

Luego seguimos andando, y torciendo a la derecha, cruzamos las angostas calles de la ciudad dormida. En el alto

silencio de la noche, oíase resonar el taconeo de nuestros pasos. Rubén no cesaba de hablar, poniendo glosas a cuanto había visto y oído en la casa de Agresti. Cuando lo dejé en la puerta del hotel donde se hospedaba, me dijo :

— El recuerdo de esta noche no se me borrará de la memoria.

El día siguiente no fué propicio. Un hecho en sí mismo baladí, acaso contribuyera a modificar el humor de Darío. La noche anterior al regresar a mi domicilio encontré sobre mi mesa una carta de Gómez Carrillo, procedente de París. *La Nación* acababa de nombrarle colaborador, *en condiciones muy honrosas*. Al comunicármelo, Carrillo añadía a la buena nueva : *Veo colmarse una de mis ambiciones más anheladas*.

Fuí en busca de Rubén, por la mañana, según habíamos convenido. Allí le mostré la carta de Gómez Carrillo. Al enterarse de su contenido, Rubén hizo un gesto de desagrado.

— Ce monsieur là — dijo — il vient nous troubler la fête.

Después me explicó Darío la causa de su contrariedad. Carrillo y él se veían en París casi a diario. Pocos días antes de emprender su viaje a Italia, habían almorzado juntos, y nada le había dicho respecto a sus gestiones para obtener el nombramiento logrado *a sus espaldas*. Y terminó con este envío :

— ¡ Allá él !

Había determinado ir a Fiesole, la etrusca. Rubén quería dedicar un recuerdo lírico a los cipreses del Beato Angélico. Hacía un tiempo delicioso. Visitamos el convento, el teatro

romano, y desde lo alto de la colina, tan penetrada de memorias augustas, contemplamos el panorama de Florencia, tendida allá abajo, como en una cuenca maravillosamente evocadora.

— Quizá sea Florencia la única ciudad donde el pasado tenga una vida presente, como de algo no transcurrido, donde la supervivencia es, en rigor, lo vital permanente, en constante actualidad.

Y después de una pausa, durante la cual su rostro móvil denunciaba los movimientos de su espíritu :

— Pienso en lo difícil que me va a ser escribir algo sobre Florencia. He visto tantas cosas, y he pasado por tantas emociones, que no sé como haré para poner algo de todo esto en un par de artículos.

— Haga como ha hecho usted en otras ocasiones. Empiece, y déjese ir. Ya comprobará usted cómo la empresa no le resultará difícil.

— Ya veremos.

Después, como si recordara su promesa me dijo :

— Escribiré ahora las cartas de presentación que le ofrecí para algunos amigos míos de España.

Pidió lo necesario, y escribió rápidamente varias esquelas introductorias : para don Juan Valera, para doña Emilia Pardo Bazán, para don Mariano de Cavia, y una muy sabrosa para *Don Ramón del Valle Inclán*, según rezaba el sobre. Bajamos a la ciudad. Lo dejé en el hotel. Fui más tarde a reunirme con él, como se había dispuesto. Al verlo, me anunció lacónicamente : me marchó mañana, a primera hora. Roma me espera. No quiero demorar el viaje.

Antes de irse, quiso dejar una huella más de su paso por

mi espíritu, y escribió este soneto sobre el *David* de Miguel Ángel, inédito hasta hoy :

Viste el David como es bello y franco?
~~Es un~~
 En el estu la ~~esencia~~ de soberana esencia
 De la Tierra y la forma transparencia
 De lo acto, de lo noble y de lo blanco
 El Byron cojo o el Cervantes, unanco
 Cantaban esta gloria de Florencia
 Y lo que existe de divina ciencia
 En ese pectoral y en ese blanco.
 En cuanto al ojo ~~es~~ tan dominante, el bello
 Impone del aspecto y las y la redonda
 Concha de recultor que ~~empuja el bello~~ de al caballo
 Lo crepita de la brisa y de la onda,
 Triunfa una torre soberana, el cuello!
 Y una preta soberbia, la notra!

Las tachaduras — poco frecuentes en los manuscritos de Rubén — y la sintaxis de los tercetos, delatan cuán lejos estaba de sobreponerse a la turbación de su ánimo. Persistió ella en los días subsiguientes, según lo revela el no haber podido escribir sobre Florencia una sola línea. Darío juntó los artículos de su viaje a Italia en el volumen titulado *Peregrinaciones*, y en él no se habla de Florencia. Tampoco alude en su *Autobiografía* a la ciudad donde, sin embargo, vivió horas intensísimas, horas de plena y alta fruición espiritual.

EN PARÍS

Le vi en París por última vez. Lo tenía algo retraído una brava moza española, de tierra adentro. Sabedor de ello, le puse unas líneas, manifestándole el deseo de saludarlo. Me contestó sin demora.

— Venga usted mañana, por la tarde.

Al día siguiente concurrí ansioso a la cita, en horas de un invierno despacible, frío. Cuando llamé a la puerta de su piso, tras ascender no pocos peldaños, acudió la amiga del poeta. Antes de pronunciar el nombre de Rubén Darío, la saludé con un *buenas tardes* español, según correspondía. Ella contestó entre tímida y huraña :

— Téngalas usted.

Y me invitó a pasar. Crucé un pasillo poco iluminado. Tras breve andar, abrió la puerta de una habitación y se alejó. Allí estaba Rubén. Fui hacia él. Me tendió la mano sin levantarse de la silla. Estaba convaleciendo de una breve dolencia. Mi primera impresión no fué grata. A las frases de un saludo muy cordial, sucedió una pausa en verdad embarazosa. Nada sonreía en él. Pese al malestar reciente, su aspecto parecía denotar vigor. Había engordado. Sus facciones, sin ser abultadas, eran más bien llenas. Allí en torno suyo, flotaba como un hálito de tristeza. Con toda evidencia, yo no tenía ante los ojos a *mi Rubén*, el de Buenos Aires, el de Florencia. El tiempo no había transcurrido en vano. Al *regresar* de nuestro silencio, la conversación se inició sin mayor entusiasmo al principio. A trueque de ser indiscreto, quise aludir a la adusta señora de la casa :

— No parecen agradarle las visitas.

Y Rubén, bajando mucho la voz, como para invitarme a hacer lo propio :

— ¡Es celosa como un califa, pero es fiel como un perro y abnegada como una hermana de la caridad.

Darío estaba sentado junto a una mesa-escritorio. Sobre ella había libros, cuartillas en blanco, y varios paquetes traídos por el correo, sin abrir. Indicándomelos me dijo :

— Son libros procedentes de América, de latitudes diversas. No me olvidan.

— ¿ La señora lee los de usted ?

Y volviendo a bajar la voz, repuso :

— No, por suerte. No tiene la idea más remota de lo que soy. Me cree un doctor venido sabe Dios de qué Universidad, muy vaga y muy lejana.

Evoqué la semejanza, *en eso*, con otro poeta refugiado en París, Enrique Heine. Tampoco leía los libros del terrible ironista su mujer francesa, y también sorprendíanle cuando le decían de Heine *que era muy inteligente y que escribía libros muy bellos*. Heine la encontraba adorable, máxime cuando a su compañera placiale puntualizar :

— Pero yo no sé nada de ello y debo creer en lo que dicen.

Rubén rió de buena gana. Hay coincidencia en los detalles.

— La cosa — dijo — tiene su pro y su contra. Todo consiste en saber si debe uno consagrar lo mejor de sí mismo a las cosas de la tierra o seguir viviendo *la otra* realidad. Si yo no hubiera tenido el espíritu constantemente vuelto hacia los panoramas de mi ser auténtico, ¿ me hu-

biera sido posible la vida? Usted sabe que no. Si la existencia, la de todos los días, con sus vulgaridades y sus apremios, no llega a herirnos o mutilarnos, es porque nada de cuanto nos rodea, si es ajeno a la vida del espíritu, ni siquiera nos roza. El poeta, el artista, el creador de belleza, está siempre en su centro. Es un rey Midas de sus propias ensoñaciones. Todo fulgura en las luces de su diamante interior.

Rubén Darío se había rescatado en el hombre ideal. Reaccionaba contra *el otro ser que llevamos dentro*, pero que no es nuestro ser auténtico, *esencial, trascendente*.

Conducido por el hilo de sus recuerdos, se dió a evocar las cosas más lejanas. El tiempo había retrocedido. Los hechos menos significativos, los episodios más simples surgían en su memoria con una limpidez sorprendente. De pronto se interrumpió para decirme :

— No lo convido a beber por dos razones. La primera, porque usted no bebe, la segunda, más poderosa, porque aquí no se bebe.

Y bajando la voz en tono de confidencia :

— Salvo lo poquito que me llega de contrabando, y por prescripción médica. ¿Recuerda usted aquello del café Monti y de Luzio, y del Aue's Keller?

Y rió como solía hacerlo en los mejores días y en las tempestuosas noches de Buenos Aires.

Cuando me puse de pie para despedirme, se incorporó a su vez. Al tenderle la mano, la tomó para atraerme a sí, y abrazarme, mientras me decía emocionado :

— Gracias. Su visita me hizo mucho bien. Al verle entrar, fué como si toda mi juventud viniese a mi encuentro. Al soltarme de su abrazo, salí sin poder articular palabra. En el

corredor, estaba la mujer de España, Francisca Sánchez. Al llegar a la puerta me dijo :

— Vuelva usted cuando guste.

¿Había escuchado ella nuestra despedida? Ésa fué en rigor la despedida, sellada con un abrazo postrero, por cuya efusión sentí elevarse y ennoblecerse mi alma.

JOSÉ LEÓN PAGANO.

FANTASÍA SOBRE UN HOMBRE VESTIDO DE POETA

En las tardes largas y luminosas de los veranos, los jardines del Luxemburgo son una isla de paz y ensueño. Apenas llega uno que otro rumor de la estrepitosa fragua de París. El palacio duerme, cerrado y mudo. Los niños hacen navegar sus barcos por el agua de la fuente, con la ilusión de estar en un mar azotado por la brisa juguetona que pasa.

Un crepúsculo de color lila desfallece en gris opalino. Dos nubes carmesíes avanzan, como naves iracundas, sobre la cúpula del Panteón. Las sombras de los árboles transparentan en quietud sus tonos desleídos. La gente parece estar allí nada más que para sentir caer apaciblemente la noche y la melancolía.

Son los jardines más propicios del mundo para pensar y soñar en la literatura. A su alrededor están las librerías cuyas prensas imprimen los libros que decoran de belleza la cultura de Francia. Por los viales y rincones amor de amigos puso bustos y estelas de escritores. Más de una página gloriosa ha de haber nacido del encanto que emana de la arboleda y los arriates en flor.

De tiempo en tiempo se ve pasar por los caminos, con paso majestuoso, un hombre vestido de poeta. Pavoneándose en la anchura de los pantalones a cuadros, con la corbata al

aire, un chambergo de alas grandes y un círculo de guedejas negras o rubias que envuelven en nimbo de gloria un rostro altivo de soñador, camina envanecido de sí mismo, como un auténtico bohemio de campanillas. La gente casi no lo ve, porque es uno de los tantos vecinos del barrio de estudiantes, poetas y artistas. A él tampoco le interesan los burgueses silenciosos que se sientan en un banco a ver morir la tarde, conversando a ratos perdidos sobre el precio de las cosas. Cruza los jardines como un ser venido de otro universo. El traje le da la ilusión de pensar que todo lo suyo es distinto de la vida que los demás sobrellevan a ras del suelo. De noche irá a hacerse admirar en una mesa de « La Rotonde » o a dar unas vueltas de baile, con mujeres vestidas de hombre, en el « Jockey » del bulevar Montparnasse. Tal vez escriba. Tal vez sea el jefe en ciernes de un movimiento de escisión dentro del « surréalisme » o cualquier otra tendencia de vanguardia, más o menos original. Tal vez sea nada más que un muchacho bueno y vanidoso. No hace mal a nadie vistiéndose de acuerdo con la moda de sus sueños.

Conmigo logra su propósito. Lo admiro desde que lo veo venir. No se me ocurre imaginarme que pueda ser poeta de verdad. Cuando pasa a mi lado, vestido de ilusión, con un rostro diferente cada vez, pagado de su importancia, sonrío en mis adentros. Sé que es uno de los tantos que van, como él, por los vericuetos del barrio latino, disfrazados de poetas; pero soy el viajero de tierras lejanas, que llegó a París en la madurez de la vida, después de haber hermoseedo los años mozos, en rueda de amigos bohemios, soñando cosas literarias de la Francia de decadentes y simbolistas, y ese hombre es la encarnación de un símbolo. Lo adoré en la generosa plenitud de un ensueño que agrandaba espiritual-

mente nuestras almas recién salidas de la adolescencia. De ese mismo modo, vestidos como él, orondos y despreciativos, queríamos andar, por las calles del barrio glorioso de Santa Genoveva, la media docena de amigos de mi edad que en la desamparada aldea de Buenos Aires leíamos versos del *Mercure de France*, *La Plume* o *L'Ermitage*, allá por el 1895. Para muchachos líricos y fantásticos, que hallábamos maravillosas *Les Délivrescences* de Adoré Flouppette o *Le thé chez Miranda*, la existencia cotidiana de un escritor del Sena tenía que ser un cuento de hadas, estrafalario y anti-burgués. Soñábamos con cafés de artistas que noche a noche presenciaban reverencialmente las borracheras divinas del « Pauvre Lelian ». En mi ejemplar de las *Confessions* de Verlaine, que mis compañeros me envidiaban, aparecía el gran poeta, ebrio y dormido, ante un vaso de ajenjo, en un dibujo de Cazals. No teníamos otra manera de imaginar la nueva literatura de París. Jurábamos que los versos de Mallarmé eran la suma poesía, pero su forma quieta y solitaria de vivir, su alejamiento de todo ruido, nos desconcertaban. Los poetas debían ser demoníacos y rebeldes contra los cánones de la sociedad beocia y la preceptiva clásica. Nos extasiábamos pensando en la prodigiosa revolución sintáctica que produciría la aplicación integral del *Traité du Verbe* de René Ghil, que naturalmente no entendíamos. En mi cabeza, todavía adolescente, atiborrada de fantasías, bohemia y literatura eran términos equivalentes, pues mezclábamos, en extraña dosis de incoherencia crítica, la *Vie de Bohème* de Henri Murger con los *Poèmes saturniens* o el ateísmo de Adolphe Retté.

Leíamos cuanto caía en nuestras manos. Un francés, de quien me hice amigo por casualidad, conocedor a fondo del

movimiento renovador del simbolismo, sabía cuanto verso escribió aquella fecunda generación de escritores jóvenes y viejos, desde el soneto a las vocales de Rimbaud hasta los pomposos oropeles de las « delicuescencias ». Me daba, en cada encuentro en un café de la calle Corrientes, conocimientos que no hallábamos jamás en las revistas que llegaban a Buenos Aires. Llegué a conocer de memoria los nombres del baturrillo de decadentes, neo-decadentes, macabros, hirsutos, hidrópatas, brutalistas, instrumentistas, simbolistas que se cobijaban en el *Chat-Noir* del « gentilhomme-cabaretier » Rodolfo Salis. Abandonamos toda lectura que tuviese relación con otra escuela u otro tiempo pasado. La sintaxis fulgurante de Hugo sonaba todavía en los oídos y en el corazón, pero el cerebro, obediente a principios novísimos, que ordenaban despreciar al poeta de « los cuatro vientos del espíritu », dejaba a un lado al maestro que dos años antes nos deleitaba, esforzándonos en deletrear un nuevo idioma francés, que aprendíamos, con cómica seriedad, en un *Petit Glossaire pour servir à l'intelligence des auteurs décadents et symbolistes*, publicado por el « bibliopole » Vannier, en 1888, que Antonio Chaves Paz, un amigo de la infancia, compañero en los sueños, acababa de descubrir no sé en qué librería. Paco Ortiz nos deslumbró una noche con un ejemplar del *Almanach des Poètes*, 3 libritos ilustrados, que publicó allá por 1896, 97 ó 98 Robert de Souza.

Versos y prosas nos hablaban de los jardines del Luxemburgo. En una « casa de vistas » del Paseo de Julio, una tarde que no fuimos al Colegio Nacional, vi en una cámara estereoscópica una colección de fotografías de los simbólicos jardines. Aun las recuerdo como si las estuviese contemplando en aquel remoto día de los quince años. La fuente de

Carpeaux, la de Médicis, las avenidas arboladas, el estanque, las alfombras de césped tachonado de estatuas, el teatro del Odeón entrevisto a través de la reja, el Palacio del Senado, produjeron en mí la emoción de estar viendo, casi en realidad viva, lo que apenas columbraba en mis lecturas favoritas como una especie de fabulosos Campos Eliseos del arte. Fué como si la mano amiga de un Genio de las mil y una noches me hubiese arrancado de Buenos Aires, echándome de golpe en medio del verde recinto. Por primera vez aparecía ante mis ojos una imagen de cada una de las cosas que decoraban aquel universo de árboles y esculturas, por donde andaban los poetas más divinos de la tierra, según me contaba mi profesor de inglés, que a los diez años ya me infundía el amor de París, hablándome de sus amistades y sueños literarios en los jardines del Barrio Latino. Tuve la extraña alucinación de estar en el Luxemburgo, respirando un aire inverosímil, rebosante de espíritu. Habíamos ido a ver fotografías y vistas de género alegre, que despertaban una gran curiosidad en los chicos del Colegio Nacional. Mientras mis compañeros reían a carcajadas y gritaban sus impresiones sobre los grupos de mujeres desnudas que aparecían en los oculares de los aparatos, yo, que un momento antes me solazaba con su salacidad, miraba ahora, en extático silencio, la mágica aparición de los jardines. Sabía que a la sombra de sus árboles solían pasar los nombres más gloriosos del mundo: Jean Moréas, Ernest Raynaud, Raymond de la Tailhède, Stuart-Merrill, Vielé-Griffin, Adolphe Retté, Eckhoud, Henri de Régnier, Robert de Souza, André Fontainas, André Gide, A. Ferdinand Hérold, Albert Mockel, Gustave Kahn, Saint-Pol Roux, Charles van Lerberghe, Émile Verhaeren, Francis Jammes, Camille Mauclair, Henri Ghéon, Albert Saint-Paul, Georges

Rodenbach, Tristan Klingsor, con los más grandes de todos, Verlaine y Mallarmé, que llevaban a su zaga las huestes de la nueva poesía universal. Me dolía que el fotógrafo no hubiese esperado que todos estuviesen juntos allí, una mañana, para que yo pudiese adorarlos, desde el agujero de la caja, envanecido de emoción, en vez de ver por todas partes ridículos burgueses mal vestidos que mancillaban con su presencia los chorros de la fuente de Carpeaux en una de las fotografías.

Desde entonces, el Luxemburgo quedó en mi espíritu como la imagen emocional de la literatura. Mi mocedad transcurrió en la adoración literaria de Francia. Sobrevinieron las necesidades y menesteres prácticos de la vida. Por suerte no mataron los sueños primaverales. Los arrinconaron compasivamente en el íntimo altar donde las almas guardan los recuerdos mejores, que a veces reviven y alientan el paso de más de una hora que de otro modo sería larga y triste... El tiempo pasó.

Los sueños no pasaron. Cada vez que en los años de hombre llego a París, voy incansablemente a ver morir las tardes en los jardines soñados en la juventud. Tienen la fascinación de haber embellecido de felicidad mis años, a siete mil millas de distancia. En las noches de luna de Buenos Aires, era tan ardiente el ansia de llegar alguna vez a la ciudad del Sena, que un dios amigo prestaba a mi imaginación la alfombra mágica de los cuentos. Me iba a ambular en ella por los jardines del Luxemburgo, al amparo de sus arboledas, vestido de un pantalón a cuadros, una corbata flotante, un chaleco de atuendo, un amplio saco aterciopelado y un gran chambergo que cubría, en nimbo de gloria, mis guedejas rubias. Colgada de mi brazo, a pasitos menudos, iba una griseta que decía versos admirables y besaba con besos de

significación esotérica, como en las novelas del Sár Péladan. Paseaban por los viales floridos los más maravillosos escritores de Francia, declamando poemas y enlazando el talle de mujeres finas como modelos o bebedoras de néctares preparados con las recetas de Des Esseintes. Era un constante sueño absurdo, doloroso, tenaz. Me hacía vivir en mi modesta lejanía del Buenos Aires aldeano, una vida literaria que nunca existió en París. Pero la fantasía exaltada me enriquecía el alma. Cuando ahora recuerdo aquellos años apasionados, me parece estar en contacto vivo con una cosa sagrada.

El día que llegué a París por fin, los jardines del Luxemburgo me dieron generosamente mi primera emoción. Apenas crucé la reja de la calle Vaugirard, encontré al hombre de mis sueños, vestido de poeta. Un sentimiento inefable me hinchó el alma, haciéndome reencontrar al tiempo con él, a la manera de Proust. El sueño lejano se materializó en realidad viviente. El pretense bohemio, vestido como lo soñábamos con mis amigos, se alejaba por la avenida de árboles sin hojas ignorando que dos ojos maravillados devoraban su figura. Yo tenía la desconcertante impresión de estar reviviendo una vida nunca vivida. Una bocanada de aire fresco de la juventud atizó un incendio de fantasías luminosas. Después volví cien veces a los jardines, y qué sé yo cuántas hallé en ellos otro transeúnte solitario, vestido de poeta. Ninguna vez dejé de tener la misma impresión de revivir la vida que no había vivido jamás. Anduviese yo solo o en compañía, lo que apenas tuvo en los años mozos la irrealidad de un sueño aparecía en el acto al conjuro de la figura que pasaba. Hoy lo hallé otra vez, y volvió a ayudarme a « retrouver » proustianamente « le temps ».

Ese hombre va pagado de sí mismo porque se siente diferente de los demás. No ve los bancos ni las sillas donde descansa la gente que trae a los jardines, velados de crepúsculo, la somnolencia de un recuerdo, un dolor de la guerra, la quietud de su espíritu o conversaciones triviales. Pasa a mi lado como si yo no existiera, sin saber que está despertando en mí una vieja emoción. Yo, en cambio, lo veo irse como un símbolo de lo que un día fué sueño de amor espiritual en mi alma.

Así es la vida. El acto que realizamos con la desaprensiva indiferencia de lo habitual, tiene a veces una repercusión extraña a la lógica común. Disfrazarse de pintor o de poeta, y pasar por los jardines de Luxemburgo, rumbo a un café o a un miserable camaranchón, creyendo que el traje despierta la admiración de los transeúntes, puede tener, en ciertos momentos, la única consecuencia, imprevista por él, de ser la imagen animada que un cerebro, propenso a la fantasía, asocia a un mundo estrafalario de imágenes congéneres que creó un muchacho de Buenos Aires, soñando con París, en el alba de su vida. Él me ignora, pero yo soy feliz. Por ver pasar la figura de un bohemio, que tal vez sea un futuro genio de las letras, o nada más que un vulgar patán, revivo la belleza emocional intacta e inviolable que guardé en el santuario de los sueños, que siempre ennoblecen el alma.

Es la enorme significación de la literatura.

Pasé los años de mi vida viviendo en intensidad y leyendo en profundidad. Además, pensé y soñé todo lo que pude, dentro de los límites de mi cerebro, mi sensibilidad y mi imaginación. Estudié para aprender, no para enseñar. Di a mi cultura literaria, al llegar a los veinte años, y sucesivamente, una base biológica, filosófica, sociológica, histórica,

jurídica, didáctica, religiosa, sin dejar de leer siempre, sistemáticamente, junto a varias otras cosas, lo más esencial en la literatura de los países cuya lengua conozco más o menos bien. A veces, la curiosidad de un amigo me preguntó a cuál de esas ramas del conocimiento humano atribuía yo mayor importancia en mi formación espiritual. Siempre respondí que debo a la literatura, fuera de la gracia de Dios, lo mejor de mí mismo.

Lo que entra en nosotros cuando somos niños, y empezamos a asimilar, el contenido universal de la literatura, leyendo deshilvanadamente obras de imaginación, casi nunca muere. Llamo contenido universal a su proyección sobre los sentimientos y la fantasía, que nos pone en contacto con los hombres de todos los tiempos. Hace poco leí en un artículo de Fernand Vandérem esta exacta afirmación: « *L'amour des lettres est le seul amour où l'on puisse aimer passionément, sans perdre, envers l'objet aimé, ni liberté d'esprit, ni clairvoyance* ». Yo diría más aún: ganando en penetración y en libertad. Pero es menester amar la literatura apasionadamente y desinteresadamente, sin pedantería ni esnobismo. Es un amor donde nada damos y recibimos todo. Nos regala en gratuidad una máxima suma de bienes, y sólo nos pide que querramos aceptarlos en humildad, sin envanecernos de ellos.

Ya al principio del mundo reguló los actos y evoluciones de la humanidad. Desde el cuento oral de la Polinesia, que enciende sentimientos nobles o ruines en el espíritu de los oyentes, hasta la interpretación esotérica y sutil que un cenáculo de discípulos fervorosos teje alrededor de un poema de Stéphane Mallarmé o Paul Valéry, la vida entera de nuestra especie recibe de algún modo la influencia del arte literario.

Millones de hombres la eluden como individuos, porque jamás leyeron una página bien escrita, ni fueron a un teatro, ni siquiera saben el nombre de las obras más famosas del mundo. Nada importa. Viven sometidos a la literatura en cuanto cosa nutre su espíritu y eleva o rebaja los valores de la vida en forma de ideas, costumbres, afectos, repulsiones o ideales del ambiente en que viven.

La literatura es el más prodigioso medio de transformación moral que haya empleado el hombre para elevarse de la bestia al ángel. A primera vista, afirmo una exageración. La auténtica vida de los siglos lo demuestra, sin embargo. El aporte personal que trajimos al mundo, es el hilo infinito de la herencia que nos remonta a la pareja creada por Dios, ¿de qué nos hubiese servido si nacemos, por el azar de un naufragio, en una isla donde padre y madre trabajarían después, como bestias de carga, hasta dejarnos huérfanos? ¿Cómo hubiésemos defendido la tradición de cultura que traía nuestra estirpe, de generación en generación, desde los tiempos de Grecia? Seríamos hoy, con un cutis un poco más blanco, una sensibilidad tal vez un poco más fina y una estructura mental un poco más afin con la de un labrador europeo que la de un isleño de la Polinesia, unos estrictos polinesios en costumbres, sentimientos, ideales de vida. Nos faltaría el aporte que la cultura de nuestra raza nos trae gratuitamente a la cuna el día que nacemos. El lenguaje que empleo, las costumbres que sigo, los valores que atribuyo a los bienes materiales, morales y espirituales, la significación moral de los actos, las cosas que oigo, lo que pienso, lo que siento, lo que admiro, tienen una elástica relación con lo que los hombres expresaron con palabras en juicios de asentimiento o reprobación, desde que el espíritu ilumina la diná-

mica social, porque nada hay que vivifique tanto como la literatura, las soluciones que trajo la filosofía a la humanidad.

Todo eso llegó hasta mí en el rodar de los tiempos, después de perfeccionar, en sentimientos e ideas, el alma de la humanidad. Cuando hablo, pienso, siento, sueño, recojo desde que nació un eco de la voz enorme que antecedió las epopeyas de Grecia y de la India.

Originariamente, el arte literario consiste en expresar con palabras un estado espiritual que, por razones particulares a determinado individuo — vidente, profeta, amante, admirador —, no se resigna a quedarse mudo, inadvertido en el silencio del mundo interior. Es una necesidad expansiva de derramarse como una fuente llena. La retórica es el arte de transformar la necesidad en artificio.

La vida del mundo, inconmensurablemente grande, de nuestros adentros, tiene un solo espectador, que es la propia alma. Uno vive, piensa y siente en el silencio hermético de la soledad. Transmitimos apenas unos pocos estados íntimos en ciertas conversaciones, en ciertos ademanes, en ciertas congojas, en ciertas expresiones de la emoción. Lo más rico de la vida interior, lo que es más entrañablemente significativo, nace, vive y muere en el misterio de cada ser. Jamás trasciende afuera de nuestra envoltura lo mejor y lo peor de nosotros mismos. Vamos por el mundo con nuestra carga de esperanzas y angustias, sin que nadie sepa que en algún momento estamos a un paso de Dios o del Demonio. Ni el amigo más grande, ni el ser más amado, saben lo que tendríamos que decirnos en el minuto fatal en que está muriendo lo que con esa palabra no moriría quizá, o está naciendo lo que, por esa palabra, se transformará, un día, en la muerte del sueño

que ya no embellecerá jamás las moradas sagradas del alma. Las almas no se tocan a través de los cuerpos. El único confidente que Dios nos dió al crearnos es el eco interior de nuestra propia soledad. De su extraña repercusión surten las voces que nos llaman al bien o nos llevan al mal.

Hay hombres en cuyo sendero ríscoso o llano el destino puso riqueza de acontecimientos. A veces llegaron al término de una larga vejez sin haber sentido nunca la necesidad de decir a alguien una sola confidencia. Eran mudos como la planta o el animal. Vivieron de la exuberancia de su plenitud, conformes con sufrir o gozar en silencio. Su vida estaba hecha para ser actividad, y no palabra. Y callaron.

Hablar no es literatura, aunque las palabras que salen de los labios tengan profundidad y música de poema. Encender de emoción el alma de otro ser, como debió hacerlo don Juan con las mujeres de sus amores, por el encanto de su voz de oro, tampoco es literatura. Literatura es la aspiración radiante, que sienten a veces unos pocos hombres, de volcar un sentimiento o una idea que se desbordan en la masa eternamente callada de la gente de su tribu o de su pueblo.

Hay una hora inicial en que ciertas almas necesitan decir ciertas cosas, de cierta manera, a los demás hombres. Cuando piensan o cuando sienten, no pueden quedarse en silencio. Son fuentes demasiado llenas que se derraman. El primer poeta que tuvo la humanidad habló de ese modo. Su voz acompasada en el ritmo y la medida de un canto llenó la tierra de una potencia mágica, casi sobrenatural. El canto no es un lenguaje, como el grito del miedo, sino un signo de fuerza y de esperanza. El arte literario nació del signo en forma de epopeya, porque todo signo humano reviste el carácter simbólico de una transmisión de alma a alma y no

de boca a oído. Entraña una virtud de trascendencia. Por ser obra de poesía nace en la perfección musical del verso, fusión armoniosa de una idea con el único molde que le conviene en el hábito de la epopeya, poesía madre de todo pueblo.

El hombre necesita expresar en palabras sus emociones o sus pensamientos. Hasta el animal traduce con sus gritos y ademanes una expansión de sensibilidad. Ningún individuo, dotado de sensibilidad espiritual, dejó de exclamar melancólicamente alguna vez, cuando una emoción desbordaba en su alma: ¡si yo pudiera expresar lo que pienso o lo que siento! Los espectáculos de la naturaleza, un acontecimiento de la vida, un hecho desconcertante por lo prodigioso, una emoción de arte, la admiración de una grandeza, los serenos momentos en que uno se recoge en sí mismo con la impresión inefable de que se está llenando, como una urna sensible, de la belleza que desciende de quién sabe dónde, de los astros, de otras almas en éxtasis, de Dios, de todo lo hermoso, grande y puro que existe providencialmente en el universo, despiertan en la conciencia la aspiración de querer traducir en palabras la esencia del encanto. Es un ansia que viene de las entrañas de la vida. Quiere fijar en forma verbal durable lo que impasiblemente huye, y se va, como un humo, a la nada. En lo precario del instante, el alma cree ser la voz de la eternidad. Se pone a enhebrar palabras en frases que reflejan la inmaculada belleza del episodio. El espíritu en mudez prorrumpe apenas un murmullo insuficiente. Luego calla. El encanto se ha roto. La vida sigue, como antes, su curso en silencio, hablando sólo consigo en la intimidad misteriosa del espíritu. Así transcurrieron los siglos y los siglos, desde la prehistoria de la civilización, para la mayoría de los hombres, que nunca consigue entonar una voz

que exprese la riqueza, a veces maravillosa, de su mundo interior.

Una vez apareció el primer poeta en la primera raza. Era un hombre como todos, en todo, pero, cuando tuvo necesidad de hablar, habló. Su voz, movida por una fuerza extraña, moduló en sus labios, empavesada de emoción, la milagrosa música de un verso. Era el alba triunfal de la poesía, que lograba revestirse de una forma. El poeta se sintió sacudido por la potencia mágica de la inspiración. Sus ojos se abrieron desmesuradamente como si quisieran abarcar en una mirada los misterios de lo que está más allá de los horizontes del hombre. Intuyó quizá la esencia de la verdad en la significación de las cosas con relación a Dios. Reveló el secreto en la envoltura de un ritmo, que fijaba en realidad permanente de sonidos, un estado espiritual moribundo, que sin él desaparecería de la memoria, como todo lo que pasa por la vida del hombre. El canto, sonoro y vivo en la perfección musical del verso, había adquirido la potencia mágica de repetirse en sus labios una vez, otra vez, otra vez. El poeta quiso que los miembros de la tribu escucharan el canto que salía de los labios estremecidos por el hálito de un Dios. El alma se había llenado tanto de la potencia mágica contenida en sus propias palabras, de inspiración casi sobrenatural, que no cabía ya en los límites de su envoltura. Rebosaba de plenitud. El frenesí de la creación desataba las ligaduras materiales del cuerpo y expandía el espíritu por los ámbitos de la inmensidad. Era el milagro humano de la literatura.

Nadie sabrá jamás quién fué ese poeta máximo del mundo. Había nacido para crear la maravilla del verso en la expresión lírica de la emoción o en el tumulto de la epopeya. Cumplida su misión, ¿qué importa el nombre? Pudo lla-

marse de cualquier modo, pues ya llegaría para él, en la sucesión de los siglos, el sabio que en vez de admirar averiguara que Homero no fué Homero ni Shakespeare tampoco Shakespeare. Todo es anónimo, por fortuna, para la grandeza moral del hombre, en los primeros grandes siglos de esta miserable humanidad, enemiga de toda grandeza. Por eso tuvo la enorme proyección de trascender en eternidad. La gloria del rosal está en dar sus rosas, como la gloria del primer poeta consistió en crear la forma divina del verso, que es la estilización de una idea simplificada en el límite máximo de su perfección. El que inventó la rueda, la piragua, el arco del sagitario, la piedra de moler, el arado, los mil artificios e instrumentos sin los cuales no hubiese habido civilización, en su concepto material, lo mismo que los que crearon los fundamentos estimativos de la cultura, en su concepto espiritual, no tienen nombre en la historia, aunque sin ellos nuestra especie sería aún una piara, y no una sociedad que se asienta en una escala de valores jerárquicos de infinita proyección. Schopenhauer dice que: « el poeta es el hombre universal. Lo que agitó el corazón de un hombre, lo que la naturaleza humana pudo experimentar y producir en cualquier circunstancia, todo lo que hay y todo lo que fermenta en un ser mortal es dominio del poeta que abarca el universo entero ». Ésta es la transcendencia de su misión en el mundo. Por ello el poeta es el único tipo humano que nace trayendo en su vocación misteriosa la integridad de su destino. El poeta alemán Wieland lo expresó en esta fórmula exacta: « el hombre que no está seguro de su vocación puede hacerse magistrado, hombre de iglesia, hombre de Estado, guerrero, lo que se le dé la gana, pero no poeta ».

Desde que el primer poeta anónimo entonó su canto, el

hombre dejó de ser un animal solitario en el interior de sí mismo. Aquella voz se agrandó instantáneamente y retumbó en el alma de su tribu, empavesándola de emoción, también, como se empavesan en los grandes días los pueblos, las fiestas, los buques, las almas. La plenitud emocional que se instiló de golpe, misteriosamente, en el espíritu del poeta, necesitaba derramar su abundancia en el cauce colectivo de sus semejantes. Apenas se alzó la estrofa rítmica del canto en la ceremonia de los sacrificios, en la fiesta ritual, en la reunión de los guerreros, cada uno de los oyentes creyó reconocer en las palabras sus inexpresadas voces interiores, las voces ya olvidadas que jamás lograron hallar, por sí mismas, la forma cabal de expresión. La voz misteriosa y musical decía ahora el secreto de todos en un lenguaje de ritmos que alzaban los corazones y encendían los ojos de luces fulgurantes. Con su mágica potencia hacía revivir milagrosamente las esperanzas de la guerra, los espectáculos naturales, los acontecimientos de la vida, los hechos prodigiosos, las emociones placenteras o terribles, los momentos inefables en que cada uno tuvo, alguna vez, la intuición de estarse llenando, como un vaso, de la esencia que descende de los astros, de otras almas, de Dios. Fué la primera comunión de los hombres en la belleza, el sentimiento, el ideal.

¿Aconteció, acaso, porque el poeta habló, por primera vez, de ideas, emociones o esperanzas que nadie tuvo jamás en el seno de la tribu? No. Puso en sus cantos el material de todos, que eran las palabras expresivas de un estado espiritual que nadie desconocía. Pero una cosa era conocer las palabras y otra enhebrarlas en la cadencia del verso, para dar formas sonoras de expresión a la esperanza, emoción o ideal de cada uno. Cada uno se reconocía a sí mismo en ellas.

Lo que nunca hubiese podido decir sino en palabras torpes, en frases deshilvanadas, sonaba en sus oídos repentinamente en forma de perfección cabal. Su alma se encendía en luz como si él mismo estuviese entonando el canto sobrenatural que resumía translúcidamente su propia alma en el alma del poeta. Lo que era chico se engrandecía, lo que era vulgar se ennoblecía, lo que era pobre resplandecía de riquezas, lo que era nada más que humano se divinizaba.

En aquellos tiempos el hombre estaba más cerca de la realidad que nosotros. No gobernaba ninguna de las fuerzas de la naturaleza. Su vida dependía a cada minuto de la muerte que sobreviene en el ataque de la fiera o en la flecha silenciosa del rival. Todo horizonte es demasiado cercano y toda cosa es miserable, hasta la vida. Cuando aparece el poeta, el mundo cambia. Su misión consiste, como en el verso de Jean Moréas, « De couvrir de beauté la misère des choses ». Es el revelador de lo que está más allá de los horizontes del ojo y de los horizontes del alma. Los hombres vemos las cosas de dos maneras: una en montón de igualdades, otra en la particularidad que las diferencia, como una fisonomía. De lo primero nada resulta en el arte ni en la ciencia. La ciencia nace de la suma en series de las particularidades; el arte, de apoderarse, intuitivamente, de lo que hay de particular en cada cosa y en cada ser, a fin de transformarlo en representación de lo universal. En el poeta hay, como decía Goethe, un vivo sentimiento de las cosas y la facultad de expresar ese sentimiento. Sin el don de expresión nadie es artista. Es un don múltiple y desconcertante, porque todo el poeta no está en la expresión, sino en ella y en lo que ella encarna. El poeta puede expresar nada más que sentimientos que le sean personales, o sentimientos personales por cuyo intermedio hace

suya la universalidad espiritual del mundo. En el primer caso no es un poeta; en el segundo sí, porque entonces su voz, cuando sabe expresar, en armonía coherente, el misterio de lo individual, sumido en la amplitud humana de lo general, adquiere la potencia mágica que convierte en voz del hombre la palabra lírica o épica del gran poeta.

Desde el día que nació, por gracia divina, el más trascendente atributo humano, después del amor de caridad que nos eleva verticalmente a Dios, el hombre conoció por primera vez el sentimiento de admirar una obra maestra. Admirar es reconocer en sí mismo el valor de haber sabido comprender. Toda admiración de lo espiritual ennoblece al admirador. Siente engrandecida y dignificada su inteligencia, que antes no fué capaz de penetrar por sí misma la significación de los signos. Flaubert mostró en forma material esa sagrada misión del arte creador: « L'artiste doit tout élever; il est comme une pompe, et il a en lui un grand tuyau qui descend aux entrailles des choses, dans les couches profondes. Il aspire et fait jaillir au soleil en gerbes géantes ce qui était plat sous terre et ce qu'on ne voyait pas ». La admiración equilibra ese acto de succión espiritual. Nace de su virtud la inmortalidad del poema.

Desde aquel día pasó un tiempo largo. Cada hombre de la tribu repetía, repetía, repetía, los versos del canto que sonó una vez en el sacrificio, la fiesta o después de la batalla, como si fuese la boca de todos. Lentamente la admiración degeneró en costumbre y en rito. Se escuchaban y se entonaban los versos del poema como una decoración de la ceremonia, o roturando la tierra. Llegó una hora en que los hijos, los nietos, los choznos de la generación que oyó brotar de los labios del poeta las

palabras ritmadas del canto, descubrieron, además, que eran incompletas y pobres. No decían todas las cosas que bullen en el alma, y que siendo siempre iguales, son siempre distintas de padres a hijos. Traducían desmañadamente los secretos que cada uno esclarece a veces, de una manera casi divina, en el silencio repleto de la propia intimidad. El poema adolecía ahora de la chocante presunción de querer ser tenido por un oráculo. El poeta que lo compuso recibió en su alma al nacer el don soberbio y fatal de generalizar toda impresión suya en la inmensa caja de resonancia de su pueblo. Ahora ya no hallaba eco en nadie, por ser común a todos. Carecía del esoterismo inicial, que cada uno de sus vecinos interpretó a su manera, como expresión de algo auténticamente suyo, porque la continua repetición de las estrofas había aclarado sus más recónditas significaciones. Sobre todo, estaba compuesto en una lengua ya desusada y torpe.

Un día se alzó de nuevo otra voz enorme en el silencio espiritual de la tribu. La antigua desapareció olvidada. De tiempo en tiempo la repetían algunos ancianos. No concebían que el mundo pudiese modificarse a tal extremo que aparecieran, sin necesidad, nuevas formas de la belleza, del ideal y del ritmo. La generación rebelde no los escuchaba siquiera. El poema recién nacido expresaba aspectos del hombre y de las cosas, diferentes de los que inspiraron la vieja canción. Descubría más profundos sentimientos universales del alma. Decía verdades mejor entendidas por la muchedumbre, absorta en otros problemas esenciales. El hombre vivo y actuante aparecía más cercano a la realidad actual, intuída por otra forma de sensibilidad. La tribu volvió a escuchar, generación tras generación, el encanto de la nueva voz que resonaba en toda alma como si fuese originariamente suya.

Lo mismo que la otra vez, cuando cada individuo, bajo el manto estrellado de la noche inmensa y silenciosa como el misterio, se ponía a soñar o a pensar en los peligros del mundo, en la significación de la vida, en la fatalidad de la guerra, extasiado de amor, atormentado de pasiones, ardiendo en la persecución de un ideal, atraído por la hermosura o el desconcierto del cosmos, o pasmado ante lo que está más allá de la sensación o del conocimiento, hallaba siempre en el canto del aedo el eco tumultuoso de sus ansias. La voz del mago le traducía sonoramente en palabras lo que él nunca lograba expresar con la minúscula voz de sus adentros. Era lo inexpressable, otra vez, revelándose al mundo del espíritu en frases, medidas y ritmos.

Otra vez el paso de las generaciones volvió a agotar la significación del poema. Se alzó de nuevo otra voz, y después otra y otra. La lengua se hizo más precisa y más ágil, el pensamiento se afinó en relaciones tortuosas y sutiles, el sentimiento se descompuso en matices y urdimbres de correspondencias morales de más en más íntimas y fecundas. Las distintas facultades del espíritu se fueron fijando en una especie de tesoro hereditario. La sociedad particular de los hombres lo transmitía, a través de los altibajos de sus vicisitudes, en forma de patrimonio de la humanidad, por encima de las fronteras de tribus y pueblos.

Pasaron los siglos. Al estado inicial, constituido por la reunión de unos pocos clanes, sucedió la nación, que crece en torno a una ciudad hegemónica. La civilización perfecciona entonces la técnica de los menesteres humanos. El idioma es también un instrumento. La perfección verbal que alcanzan los pueblos en los momentos de su mayor grandeza, dió más tarde a cierto individuo el medio de poder expresar

estados espirituales, sin que existiera en él la necesidad irremediable de desbordarse como un vaso demasiado lleno, que tuvieron las grandes voces atávicas. Por ser inteligente y fino, advirtió que el poeta reverenciado por las muchedumbres, a la manera de un Dios, usaba de procedimientos que prestaban a sus cantos la virtud de conmover o exaltar las almas de tal manera que ni el sacerdote mismo disponía de idéntico poder mágico para entrar en el corazón de los hombres, transfundido en ensueño y en acción, porque la palabra, en labios del poeta, tenía el don de ser, a un mismo tiempo, oráculo dominador y emoción estética. Quiso aprender a imitarlo, para ser como él. Estudió su técnica y sus medios de expresión. A fuerza de paciencia, escribió un canto que disimulaba con fórmulas la falta de la llama interior de la inspiración. Así nació la retórica, que es el aprovechamiento industrial de la literatura. Desde ese momento ya no se pudo distinguir, con facilidad, quién escribía para dar cuerpo de palabras al exceso emocional que lo desbordaba y quién hacía una profesión del arte de decir. Nuestro tiempo, dada la decadencia que sigue a los siglos de oro, señala el punto extremo de la confusión entre arte auténtico y arte retórico.

La técnica da al hombre de talento el medio de convertir la literatura en profesión, aunque no haya nacido con el arte cabal de escribir. No es un reproche sino la comprobación de una verdad. Los primeros poetas conocidos en las diversas formas de la cultura, Hesíodo, Homero, los autores de las desmesuradas epopeyas indias, las sagas nórdicas, las canciones de gesta, transvasaban la plenitud de su abundancia en una obra que se convertía en voz de una raza y una época. « La parole est un acte. C'est pourquoi j'écris », dijo Ernest

Hello. El que escribe porque la palabra es un acto, no lo hace para deleitarse sino para manifestarse, como el rosal en primavera. Su cualidad culminante es la aspiración, única medida humana de la idea de valor. Lo que se aspira, no lo que se tiene, es lo que valemos. Aspirar a un alto y noble ideal nos iguala a la grandeza de los grandes, aunque no logremos realizarlo, porque la vida se nos cruza en el camino, como a un Edgar Poe. Los primeros poetas cantaron para transfundir en los hombres de su lengua su espíritu más sutil en percibir las relaciones de las cosas, más complejo por estar dotado de facultades que intuyen la universalidad de lo particular, más profundo en su capacidad de penetrar la esencia de la realidad, más oracular en su adivinación de la voluntad divina que rige al hombre.

Pero aspirar no es realizar. Los primeros poetas tuvieron que disponer de una fuerza de expansión creadora, a lo Hesíodo, Homero o Dante, para lograr vencer la resistencia de un idioma que carecía de moldes sintácticos y de flexibilidad en la representación verbal de estados, sentimientos e ideas, aunque esta doble dificultad existe en todos los tiempos. Nada menos que Goethe, maestro de perfección en verso y en prosa, dijo con melancolía, en el esplendor de su genio: «yo hubiese sido quizá un gran poeta, si la lengua no se hubiera mostrado indomable». Es la valla de todo artista en la expresión de la forma verbal, musical o plástica que aspira a dar al mundo. Quiere eternizar en una forma absoluta y definitiva, que quede invariable por los siglos de los siglos, sin una palabra, nota, color o línea de más ni de menos, lo fugaz del minuto que pasa por las cosas de la naturaleza o por los estados, sentimientos, ideas y episodios de la criatura humana. Lo milagroso del arte es que a veces lo consi-

gue, a pesar del grito desesperado de Goethe, que le salió del alma. El arte del creador es de naturaleza divina. De otro modo moriría en la humillación de su ideal. Sabe que sólo por la belleza de la forma puede dar a sus símbolos un valor de eternidad, pero la sola forma, en su máxima perfección, no agota lo que su aspiración columbra como contenido y fin de la obra. El arte por el arte no es su meta, sino la armonía espiritual de lo creado con su creador, en función de vida y en proyección de eternidad. No hay arte humano posible sin esas dos nociones coincidentes de eternidad y vida.

Los primeros poetas retóricos, en el sentido de arte realizado sobre una base de procedimiento intelectual, nacieron dotados de la disposición, transmitida por el estudio de anteriores modelos, de saber crear las formas externas de la belleza literaria. Provocaban artificialmente en sí mismos un estado emocional o intelectual que era semejante, a veces, en apariencia, al del gran poeta creador. En virtud de una técnica de transposición de los valores formales, pudieron producir obras sin necesidad de que el impulso inspirador surtiese de las entrañas exuberantes del ser interior, en una especie de gravidez en ansias del alumbramiento. Su sistema equivale al del actor en el teatro. Se apodera de un tipo, por medio de la imitación, y se encarna en él, vistiéndose de un cuerpo y de un alma que no son suyos.

La retórica no merece el desprecio con que los románticos la vapulearon en su guerra contra el clasicismo, que era fácil de ganar, porque ya no era arte sino « manera ». Hugo miente cuando dice que puso « un bonnet rouge au vieux dictionnaire ». Antes que él lo habían hecho magníficamente en Francia un Montaigne, un Ronsard, un Bossuet, en Inglaterra un Shakespeare, y en España casi todos sus escritores,

desde el Arcipreste de Hita. Lo que Hugo hizo fué conocer y usar a fondo la riqueza de su idioma, empleándola de tal manera en su asombrosa potencia verbal, que Louis Veuillot pudo decir que *La chanson des rues et des bois* es « le plus bel animal qui existe en langue française ». La retórica es el arte de estudiar las palabras, las formas y los géneros con un triple propósito : corregir los defectos más comunes de la composición, favorecer la perfección verbal, dictar las reglas más adecuadas para que la obra se ajuste al estilo, al contenido y al fin que exige el tema. Lo malo de la retórica está en pretender, a veces, condenar o justificar el verdadero arte creador, en nombre de un principio moral, social o filosófico extraño a la literatura. Lo bueno, en cambio, no necesita siquiera ser señalado. Algo enseña siempre a cualquier escritor, por grande que sea, y sólo perjudica al mediocre que ignora su mediocridad.

El estilo en todas las formas del arte, literatura, música, pintura, escultura y arquitectura, es un sello de personalidad coherente y tenaz. Se puede decir de él que su ideal consiste en no hacerse notar, en carecer de existencia propia. El esfuerzo mata al estilo. No está en la rareza del vocabulario, ni en la tensión de la frase, ni en la frase corta, ni en la frase larga, ni en el régimen de la sintaxis, ni en el orden, ni en el desorden, ni en la humildad, ni en la decoración fastuosa. Clemenceau decía con verdad que « le style est un arabesque ; ça n'est pas l'affaire d'un mot, de deux mots, de dix mots ; c'est une affaire d'ensemble et de construction générale ». Flaubert, que le sacrificó su vida en pertinaz aspiración, dijo también que « le style est autant *sous* les mots que *dans* les mots. C'est autant l'âme que la chair d'une oeuvre ». Todo estilo tiene el pudor del silencio, como las grandes almas. Por ello no es

producto de retórica sino impronta de personalidad. Muestra al desnudo los temperamentos, a través de la contextura de la frase y de su anatomía sintáctica. El estilo es una verdadera anatomía de músculos, tendones, articulaciones, huesos, sinoviales, nervios, venas, arterias y todo lo demás, incluso una forma y una fisonomía, pero es la anatomía de un cuerpo vivo, en función fisiológica normal. Hay estilos varoniles y femeninos, concisos y caudalosos, de soldado y de petimetre, nobles y plebeyos, ágiles y pesados, nerviosos, decorativos, substanciales, claros, atormentados, retorcidos, de músculos de atleta, de piel de mujer. Todo lo que es un hombre, por dentro y por fuera, está en el estilo. Nadie lo crea, aunque a veces algunos lo aparenten ante quienes no saben qué es un estilo. Los Goncourt, que no lo tenían, quisieron tenerlo. Fabricaron « l'écriture artiste ». No es un estilo sino una manera de dar a la frase un valor sintáctico, equivalente, en sus efectos, al que tienen el volumen, la línea y el color en las artes plásticas. Por ser manera no era estilo, pues toda manera es negación de personalidad.

De la retórica nacen las escuelas. El genio es siempre original y dominador.

Lo original no es la manera rara, distinta nada más que por querer ser distinta. La « originalidad » es la palabra más maltratada que conoce la historia del arte. Los griegos, en la escultura, la entendieron en el sentido de perfección, que es el más auténtico y fecundo. En la Edad Media tuvo el sentido de diversidad de expresión en la unidad de propósito. De ese modo cada uno edificó, esculpió o pintó, de acuerdo con su libre albedrío, los pasos del sendero que conduce al hombre a Dios. En el Renacimiento tuvo también el sentido de perfección, pero dentro de un sistema de ideas que hace del

individuo el centro del universo. Desde la renovación traída por el romanticismo, hasta hoy, lo original es lo que quebranta el vínculo de continuidad entre lo pasado y lo presente y entre lo presente de ayer, lo presente de hoy, y el colmo de lo presente, que se llamó « futurismo », por alarde de originalidad.

Ser original, a fuerza de querer ser distinto, consiste en hacer, precisamente, lo contrario de lo que se quiere. Esto me recuerda un viejo cuento. Un príncipe preguntó a un alquimista si era cierto que había hallado la piedra filosofal. Le contestó que sí. El príncipe quiso conocer la fórmula. Se la dieron en el acto. Consistía en mezclar esto y aquello y lo de más acá y lo de más allá, pero, era menester que en el momento mismo de juntar los componentes, el que quería extraer el oro de todas esas cosas no debía pensar en Dios. Como, naturalmente, para no pensar en Dios, tenía que pensar en Él, desaparecía el encanto diabólico de la mezcla y la evasiva piedra filosofal no era útil al pobre príncipe para nada. Lo mismo les pasa a los originales del arte, a fuerza de querer serlo. No pueden dejar de tener presente, en cada verso o en cada pintura, el modelo que no quieren ver. Olvidan que todo hombre recibe al nacer la influencia del mundo que lo rodea, y que dura hasta el fin de sus días. Lo único nuestro, lo que nos diferencia de los demás es el genio, la inteligencia, la voluntad, la fuerza, la energía, la delicadeza de nuestra sensibilidad, la profundidad de nuestra intuición en lo natural, lo humano o lo divino, todo lo que constituye, en una palabra, nuestra personalidad, que es sólo nuestra, aunque, en un fino análisis, hallamos también en ella algo o mucho que debemos a nuestros predecesores y a nuestros contemporáneos. ¿Quién sería original en la manera de caminar, que

como el genio y la sintaxis de un idioma, es común a todos? El que anduviese a saltitos por la calle, o de costado, a recu- lones, de rodillas o en punta de pies. Si en ese momento pasa una mujer que camina como todos, poniendo en su andar la esbeltez elástica y graciosa de ciertos cuerpos, todos los ojos la admiran porque su movimiento tiene la originalidad de la belleza que nada iguala y con nada se confunde. Lo original casi siempre es lo corriente, con un invisible signo de distinción, que es el talento, la elegancia o la personalidad. Nace, naturalmente, de la sinceridad, que nadie crea con artificios, si no la tiene, ni re-crea con oropes si la perdió.

El genio es dominador. Vive aislado espiritualmente en su propia soledad, rica y vasta. No busca a nadie. Leonardo de Vinci dijo orgullosamente: « si tu sarai solo, tu sarai tutto tuo ». Gracias a su don supremo de la intuición, sabe que todos han de venir a él más tarde, aunque sea después de su muerte. La verdad que trae y la forma que la reviste serán en adelante la verdad y la forma para los demás. Los retóri- cos, los admiradores desinteresados, los segundones de la literatura van al genio como al molde único de todas las for- mas, como a la matriz que contiene en su plenitud todos los gérmenes y todas las verdades. Fuera de los admiradores que sólo buscan admirarlo para sentirse más grandes, los demás olvidan que no se rehace jamás la obra de un genio. El genio es un rey que crea su pueblo, decía Sainte-Beuve. Conoce a fondo su fuerza y su proyección. El genio es lo máximo de lo que puede el ser humano, aunque está infinitamente lejos de lo divino. Flaubert lo definió en una frase admirable: « Au-dessus de la vie, au-dessus du bonheur, il y a quelque chose de bleu et d'incandescent, un grand ciel immuable et subtil dont les rayonnements qui nous arrivent suffisent à ani-

mer des mondes. La splendeur du génie n'est que le reflet pâle de ce Verbe caché ».

Las escuelas benefician a las artes plásticas, pero perjudican siempre a la literatura. Son nada más que arte de la imitación o de la glosa. No conocen otro horizonte que el que se divisa desde las bajas atalayas del cenáculo. Después aparecen los dogmas del exacto pensar y los códigos retóricos del perfecto decir. La literatura se hace receta y rito cuanto más desafortadamente grita que su única norma es la libertad y que su altísimo ideal es la muerte de todo resto « pasadista ».

Es una consecuencia de un fenómeno natural: la división de los hombres en infranqueables jerarquías espirituales. Las diferencias que los separan, en cuanto al poder intuicional de la inteligencia para comprender o penetrar los enigmas de la vida, son grandes y hondas. De ser a ser hay distancias mayores que de un escarabajo a un plesiosaurio. Hay tantas especies humanas como tipos de mentalidad y sensibilidad. A cada una corresponde una adecuada amplitud del horizonte en la visión interna. En millones de seres el horizonte está donde alcanzan los cinco sentidos. El poder del genio fué inconmensurable en los grandes siglos creadores de la humanidad actual. Byron pudo decir en el *Don Juan* que « las palabras son cosas, y basta una gota de tinta caída como un rocío sobre una idea para producir lo que hará pensar a millares y quizá a millones de hombres después ». El genio sabía, entonces, que la constante gravidez de su alma contenía infinitamente más formas, pensamientos y ritmos de los que alcanzaría a dar en el curso de sus horas. Hoy es una voz cuya potencia mágica tiene la misma virtud inútil que el *Albatros* del poema de Baudelaire, porque las muchedumbres son ciegas, sordas y mudas a la belleza y a la aspiración.

Prefieren en *Also sprach Zarathustra*, como en mil episodios corrientes de la vida, las contorsiones del volatinero a la verdad absoluta que trae al mundo el nuevo profeta. Viven más de acuerdo con el triunfo de un negro boxeador en los Estados Unidos que con saber, por una voz del cielo, que acaba de nacer en París otro Homero u otro Shakespeare. Es natural. El hombre moderno tiene mentalidad de masa y sensibilidad de masa. La literatura sigue teniendo un gran valor en la cultura del hombre contemporáneo, porque una minoría de individuos, que alguien llamó « the passionate few », otros la « élite » o flor y nata del « individuo-persona », Stendhal los « happy few », admira todavía a los grandes nombres muertos de lo pasado y a los nobles escritores actuales que dignifican su profesión. La crítica literaria sólo elogia a los « *membres de sa coterie* », porque toda escuela es venal y corta de vista.

Para dar a la literatura su verdadero sentido, es menester tener en cuenta que todo gran escritor apenas da al mundo una parte exigua de su tesoro. En primer lugar, es lentísimo el hilo de palabras que el cerebro alcanza a decir, aún con la abundancia de un Víctor Hugo, en el azar de las horas que pasan. Vive siempre en el terrible dolor de su impotencia para dotar al universo de su imaginación de la vida externa que insufló en unos pocos personajes, temas o episodios de la obra ya hecha. Su poder creador, por desmesurado que sea en un Shakespeare, equivale al reflejo que deja la concavidad del cielo en un gota de rocío. El más rico y certero don de expresión es rudimentario y torpe comparándolo con las palabras que el gran escritor necesita para urdir los filamentos sutiles de las correspondencias que complementan cada idea en el cerebro, a la manera de prodigiosas telas de

araña. La vida es corta. Sin embargo, por la limitación jerárquica de los espíritus, la obra del genio, que es apenas una minúscula gota del mar universal de su alma, aparece a los ojos de los discípulos y admiradores como si abarcara la totalidad de lo humano. No saben nada de lo que quedó inexpresado en sus adentros, y que era mucho mayor que lo que pudo decir. Es la tragedia del creador. Basta suponer lo que hubiese conseguido dar al mundo un Edgar Poe, si la ignominia de su muerte no apaga en plena juventud su maravillosa imaginación creadora. Siempre hubiera sido poco, pues las inmensas alas de su genio tentacular, sumido a un mismo tiempo, en cada obra suya, por arte mágico, en la más resplandeciente fantasía, en la realidad psicológica y material del escenario, en la lógica inflexible de la reflexión, en la pasmosa claridad sensorial de la palabra en la frase, en el arte de hacer visible lo invisible, hubiesen volado quizá por regiones que hasta hoy siguen inexploradas en la literatura universal, a pesar de la influencia que tuvo en grandes escritores de Francia.

Dice un refrán africano, en concisión gráfica: « por temprano que te levantes, el camino ya te ha precedido ». Puede aplicarse a la idea de la continuidad en las culturas. No sería exageración agregarle: « por tarde que mueras, el camino seguirá ». En los veintitantos siglos de literatura escrita que nuestro tiempo conoce, sólo sobreviven los poetas en cuya obra destellan las formas substanciales de la vida. Dante, Milton, Shakespeare, Goethe parecen inspirados directamente por ella, aunque cada uno la vea al trasluz de su propio concepto del mundo. La vida es la única fuente de juventud del arte, porque es distinta de ser a ser, de lugar a lugar, de generación a generación. El que se hunde en sus entrañas

trasciende del tiempo y del espacio, vinculándose con el camino que lo precedió en lo pasado y con el que lo seguirá en lo futuro. La vida, según los estados de cultura o de civilización, puede ser definida como una permanente sucesión de materialidad que se espiritualiza y de espiritualidad que se materializa. El ámbito de las ideas y las creencias gira en tumulto orquestal con la regularidad de una ley. Todo deja en cada hombre inteligente y sensible una huella de su paso, porque no hay generación que no sea una continuidad material y espiritual de los sueños, la fe, los mitos, costumbres, leyendas, religiones que existieron en las generaciones precedentes.

El genio es, quizá, quien más recibe de lo pasado, porque es mayor su don de asimilación de las formas substanciales de la vida ; pero, al mismo tiempo, por recibirlo a través de la enérgica autonomía de su personalidad, asimila nada más que lo consubstancial con ésta. De ello proviene el atributo de la originalidad de sus creaciones. En el discípulo no existe. Ve la obra del genio como un término insuperable. En cambio, el que no es discípulo sino admirador, puede estar dotado de una vigorosa personalidad y no se esclaviza a nadie.

Siendo la literatura, desde que comenzó, el rebalse de un alma demasiado llena en otras almas que se fecundan por el contacto espiritual de sus obras, como las tierras del Padre Nilo, sus admiradores aislados, que nunca forman una escuela, descubrían poco a poco, a fuerza de admirar con los ojos abiertos y la atención despierta, que la obra del genio era solamente un nuevo atributo de la inexhausta variedad humana. Abarcaba apenas una corta porción de la vida espiritual que rebulle en todo ser, a medida que el alma se cla-

rifica y parece agrandarse en la contemplación estética o religiosa del universo. Más allá de sus fronteras visibles quedaban desamparadas casi todas las demás cosas del mundo. Presentían la inminente aparición de una nueva fuerza creadora de formas, símbolos y ritmos, que realizaría una síntesis más perfecta de lo que no tuvo cabida, hasta entonces, en los poemas de ningún poeta. Llegaba el creador esperado. Derramaba su alma en cantos, himnos, o palabras proféticas, que sonaban con la eterna voz balbuciente de la humanidad. Al morir el poeta, volvía a nacer otra generación de discípulos, enclaustrados también en una nueva escuela ritual, donde comentaban y glosaban los textos sagrados del gran aedo en un expurgo fino y sabio. Los admiradores a su vez, exaltaban sus obras de acuerdo con su propio gusto, difundiendo su amor en el pueblo. Arnold Bennett explica bien este fenómeno en su libro *Literary Taste*, refiriéndose a Shakespeare: « Without that persistent memory-jogging the reputation would quickly fall into the oblivion which is death. The passionate few only have their way by reason of the fact that they are genuinely interested in literature, that literature matters to them. They conquer by their obstinacy alone, by their eternal repetition of the same statements. Do you suppose they could prove to the man in the street that Shakespeare was a great artist? The said man would not even understand the terms they employed. But when he is told ten thousand times, and generation after generation, that Shakespeare was a great artist, the said man believes not by reason but by faith. And he too repeats that Shakespeare was a great artist, and he buys the complete works of Shakespeare and puts them on his shelves, and he goes to see the marvellous stage-effects which accompany *King Lear*

or *Hamlet*, and comes back religiously convinced that Shakespeare was a great artist. All because the passionate few could not keep their admiration of Shakespeare to themselves ». (« Sin ese persistente estímulo de la memoria, la reputación caería rápidamente en el olvido, y el olvido es la muerte. La minoría selecta de los admiradores apasionados no lo logran sino a causa de que se interesan sinceramente en la literatura, porque la literatura es importante para ellos. Vencen sólo por su obstinación, pues repiten eternamente sus mismas afirmaciones. ¿Suponéis que podrían probar al hombre del común que Shakespeare fué un gran artista? Ese individuo ni siquiera comprendería los términos que emplean, pero, cuando se dice diez mil veces, generación tras generación, que Shakespeare fué un gran artista, dicho hombre lo cree, no por un acto de razón sino en virtud de la fe. Entonces él también repite que Shakespeare fué un gran artista, compra las obras completas de Shakespeare, las pone en sus anaqueles, va a ver los maravillosos juegos escénicos que aparecen en *El Rey Lear* o *Hamlet* y vuelve a su casa religiosamente convencido de que Shakespeare fué un gran artista. Y todo esto acontece porque la selecta minoría de los apasionados admiradores no son capaces de gozar para sí mismos de su admiración por Shakespeare »). Esta eterna historia de los grandes genios literarios se repite y se repetirá, desde que hay mundo, de generación en generación, por fortuna para la humanidad.

Es el fenómeno más constante de la literatura. Por falta de entusiastas admiradores, y porque Malherbe, en cambio, tuvo, desde Boileau, la consagración de la admiración oficial, un extraordinario poeta, como Ronsard, tuvo que esperar en Francia, durante dos siglos, que un gran crítico

universal lo redescubriera. Salvo casos raros como éste, que comprende también, aunque en grado menor, la fama de un Góngora, una sucesión natural de grandes obras, activas escuelas de discípulos y aislados coros de admiradores, tejen la trama de la permanente transmisión y renovación de la literatura a través de los tiempos y los pueblos.

No es el único factor de su desarrollo. Hay otros, no menos importantes, que derivan de los atributos más significativos de la idea de hombre.

En épocas primitivas, cuando la escritura era un difícil instrumento de comunicación, porque el sistema registrador — ladrillo o piedra — no tenía la levedad del papiro, pergamino o papel, sólo el ritmo y la memoria transmitían los poemas de hombre a hombre. La palabra no era un signo visual, una cosa. Se identificaba espiritualmente en el oído egipcio, indio o griego en forma de vibración musical de una idea. Bastaba oírla, y ya se fijaba en la vastedad sensible del mundo interior, como una realidad viviente, alada y sutil, que acompañará perdurablemente las vicisitudes del alma. El poeta era entonces el verdadero taumaturgo. La potencia mágica de su voz daba a la forma del poema, con la sugestión del ritmo, una increíble fuerza de acción sobre las muchedumbres. El rapsoda trashumante, venido de quién sabe dónde, llegaba a la aldea y las gentes se convocaban a su alrededor, para escuchar las viejas palabras homéricas. La voz del cantor debía temblar de emoción al percibir que las estrofas fulguraban en el recogimiento espiritual del silencio. La comunión de las almas era perfecta. Una cosa sagrada se instilaba en cada uno, venida de lo que hay más allá de las fronteras del espíritu. Los sentimientos se transfiguraban. Los hombres se engrandecían y se purifi-

caban en la ilusión de estar oyendo palabras misteriosas que no debían venir de un hombre, igual a ellos, sino de la divinidad que regula los actos de la vida.

La escritura hizo perder al poema cantado por los rapsodas el contacto fecundo con la muchedumbre. Las palabras se fijaron en letras inmóviles. El ritmo se convirtió en pura cualidad métrica. Los sonidos dejaron de ser la vestidura que encendía la emoción en la cabal inteligencia de la idea. El alma colectiva del auditorio ya no participó más en el estado milagroso de comunión entre la voz de un genio y el ideal de una nación.

Así murió la riqueza espiritual del idioma. Fué más técnico pero menos expresivo de los atributos esenciales de las cosas. Ya nadie pudo transformar un vocablo pobre en término significativo. Cesó la colaboración ideológica de los siglos en torno al valor figurativo de las representaciones verbales. En los tiempos de la oralidad pura, la voz y el ademán prestaban a las obras, declamadas frente al pueblo, la pompa solemne de la tragedia, el tumulto guerrero o el leve trémolo de fronda de la canción bucólica. El talento de un rapsoda, que tuviese también alma de poeta, o la fantasía de un repetidor, enriquecían al poema original con la versión de una lengua más ágil, de una sensibilidad más fina, de una razón más poderosa. La colectividad entera colaboraba de ese modo en la libertad sin trabas de cada interpretación individual, perfeccionando incesantemente el monumento literario.

El poema, la canción o el himno se transformaban en materia siempre nueva. Jamás envejecían del todo. Veinte generaciones griegas vistieron humildemente de un ropaje de nueva vida las epopeyas de Homero. Sobre el edificio levan-

tado por el genio, cada cual venía, con unción sagrada, a restaurar la injuria de los años. Vocablos muertos, ritmos defectuosos, comparaciones falsas, metáforas torpes, olvidos del viejo Homero cuando dormitaba, eran reemplazados, destruidos, colmados por el amor de un pueblo a través de nuevos tiempos, nuevas costumbres, nuevos ideales. También las canciones de gesta, las leyendas irlandesas, las sagas, llegaron a nosotros en versiones tan diferentes unas de otras, que los críticos más sagaces apenas descubren hoy, a fuerza de inmensos trabajos de erudición, la trama original de la forma madre.

El medio manual de la escritura modificó la acción de las grandes obras. Ya sus poetas no recibieron la inagotable colaboración anónima de un pueblo. Algo más se perdió también, no menos grave.

En tiempo de la pura oralidad, el oyente, para escuchar bien, tenía que olvidarse del resto del mundo. El espíritu acendrabá en la atención sus mejores facultades. A medida que el canto pasaba por el oído se fijaba en la memoria. La voz, la energía, el ademán del rapsoda, ante los ojos en éxtasis, hacían desfilar los héroes y los dioses. La muchedumbre veía materialmente a Ulises, Patroclo o el matador de Héctor. Las palabras se hacían espíritu y vida en los adentros de cada uno, como el aire que se respira y el alimento que nutre. Al usarse la escritura, desapareció la asamblea en que un cantor y su auditorio formaban la unidad de un solo sentimiento en acción. La mente pudo descansar a su antojo en cualquier punto del canto, segura de que las palabras estarían dócilmente, cuando quisiera, al servicio de sus ojos y su atención. Ya nadie podía modificar un término, rejuvenecer un giro, perfeccionar una metáfora. El texto auténtico lo

desmentía en el acto. El poema dejó de vivir en el alma de los hombres como realidad palpitante de vida alada y sutil. El ritmo fué apenas la leve vestidura cerebral de un concepto, en vez de ser, como antes, una armoniosa y profunda vibración musical. La comunión de las almas no transfiguró ya los sentimientos. ¿Cómo podía hacerlo, si desaparecido el rapsoda, el juglar, el trovador, el *minnesinger*, el bardo antiguo, que convocaban a los hombres a escuchar, con el espíritu en tensión, la belleza que fluía del hontanar sagrado de su boca, la muchedumbre unánime se dispersó, para siempre, en una incoherente pluralidad de individuos?

Así llegó a nosotros la vieja literatura. Los siglos hicieron la selección lenta de lo durable y lo transitorio, lo inmortal y lo vano. Generación a generación, la humanidad recogió los mendrugos y esplendores de su mejor herencia. De ellos brotó un día el Renacimiento. Los hombres nuevos, olvidando que toda grandeza y toda perfección del alma vienen de la gracia de Dios, pensaron, sintieron y obraron en nuevas formas de vida, porque en los viejos tiempos un hombre impuso a los demás, en una obra de arte, su manera antigua de pensar, de sentir o de obrar, derramando sobre ellos, en lluvia de palabras, el ansia incontenible de su efusión creadora.

Es el milagro de la literatura. Lo que una vez pasó, en estado emocional, por el espíritu de un artista de la palabra, que escribió o cantó, vive todavía hoy en los que son dignos de pensar o sentir como él, si la fuerza de su genio o un azar del destino salvó su obra de la catástrofe inherente a todo lo humano, que es el olvido total.

Mucho de lo que es el hombre lo debe a la literatura. Sus creaciones son para nosotros, aunque no lo sepamos, realida-

des más vivas e inteligibles que las de los seres baldíos a quienes conocemos y tratamos día a día. El arte intuye o abarca infinitamente más que los cinco sentidos y la razón de pura base lógica que tiene la mayoría de los seres, aislados en la callada penumbra de su soledad sin sueños ni contactos con lo invisible. El arte es a un mismo tiempo vida y visión intuicional de la vida. Sumido en ella, la esclarece para todos; alejado de ella, anula la obra que sólo vivirá como forma baldía. El que no es artista percibe como unidades separadas las cosas y los estados del hombre. El artista aplica el arte de distinguir sin separar, función suprema que ejerce la inteligencia en las preferencias del corazón, pues no hay gran obra en que no se fusionen armoniosamente ambas facultades creadoras. De esa armonía nace el poder mágico de transmisión, por comunicación, que tiene la literatura.

Poemas, ensueños, ideales, consejas, leyendas, visiones, crónicas, dramas, fantasías, son los materiales que se amontonan sucesivamente en la fábrica perenne del alma colectiva que definimos con el nombre abstracto de humanidad. Los lleva de individuo a individuo una hermandad de buhoneros invisibles que venden, en forma de palabras y de ideas, las baratijas maravillosas del misterio, de la belleza, de la realidad profunda, del ensueño, de la glorificación de lo sensible por lo ideal. Ideas y palabras se instilan gota a gota en nosotros, después. Se transfunden en vida de nuestra vida. En el más apasionado amor de un amante, que cree estar diciendo a su amada lo que brota de su corazón en pureza de intimidad, palpitan en idénticas palabras y ternuras, los sonetos de Petrarca y las trovas de Provenza. A fuerza de rodar por el mundo siglos y siglos transformaron en prosa

sentimental el vocabulario y la urdimbre de las pasiones amorosas que nos conmueven todavía. Si pudiésemos desnudar al hombre de cuanto obra en él, como influencia literaria atávica, aunque nunca haya leído un libro ni escuchado la declamación de un poema, sólo quedaría en nuestra presencia, atónito y mudo, un pobre animal de carne y hueso, ardiente de apetitos y concupiscencias.

La idea de Dios es el más activo símbolo de purificación moral que haya intervenido en la evolución ascendente del ser humano. Para el filósofo ateo, el sabio naturalista o el exégeta de textos sagrados, proviene de la forma inicial que un poeta dió a la abstracción del misterio cosmogónico en la aurora del alma. Para otros hombres, no menos sabios ni de menor cautela en la exploración de los sentimientos religiosos que mueven, desde la remota antigüedad, los procesos de la cultura, proviene de la fuerza histórica de la revelación que transmite a su pueblo, por designio providencial, un poeta profético, legislador y conductor. De ahí que la filosofía de los Upanishads de la India, la Biblia de los hebreos, los Evangelios del Cristo Jesús, sean, para los sostenedores de las diversas creencias y filosofías, literatura de la revelación, de la intuición, de la razón, de las metafísicas helénicas del cristianismo, de lo que se quiera. A pesar de que su fin nada tiene que ver, en absoluto, con los caracteres de la obra literaria, tienen los atributos de la literatura, en la más alta comprensión del término. Hay en su contenido espiritual lo que cabe en la idea de hombre, en la idea de vida, en la idea de Dios, expresado en forma que mueve al ánimo a la misma admiración que el tema lírico o épico de los grandes poemas. Los libros sagrados no fueron escritos para retratar a Dios, ni para revelar sus atributos, ni para

definir sus elementos, sino para iluminar el corazón del hombre con el sentimiento del amor a Dios y para ofrecer a su inteligencia las pruebas lógicas, históricas y cosmogónicas de que por la vía de ese amor se llega a la felicidad suprema, ya por la disolución del alma en lo infinito, ya por la purificación del alma en el sometimiento a la voluntad de Dios.

Son literatura, pues. Lo mismo que los poemas del aedo, aunque con proyección más vasta, alta y perdurable, hicieron pensar, sentir, ansiar, soñar a la humanidad desamparada y absorta ante los abismos de la vida y la muerte, del bien y el mal, de los castigos y las recompensas, de la libertad y la fatalidad. Todas las voces del alma suenan en la polifonía de esos inmensos poemas religiosos en prosa. Expresan anhelos eternos y unánimes del ser que va por el mundo, desde que oyó las palabras de la caída: *eritis similis Deo*, revistiendo sus actos irremisiblemente de estos dos elementos que sólo eluden los santos y los justos: la idea de sabiduría y el amor a la locura. Cada uno de nosotros halla en sus palabras un eco de lo que teme o lo que aspira, lo mismo que en la literatura. Los hombres que redactaron el Viejo y el Nuevo Testamento eran hombres como él, y a veces poetas de los mayores del mundo, que dieron a la palabra una suntuosidad de expresión y una vastedad de contenido humano que ninguna otra voz igualó ni igualará, porque en algún momento sopló en sus oídos la inspiración del Espíritu Santo. Sabían, además, por una larga experiencia profética, que colmó de dones sobrenaturales a su sabiduría, que todo lo que debe acabar es corto o se ha acabado ya. Los Evangelios del Cristo Jesús son la suprema literatura del hombre, porque nadie es capaz de concebir ni expresar, a no ser que lo inspire la Tercera Persona de la Santísima

Trinidad, lo que dice al alma, en su profundidad de abismo, una sola de las palabras o uno solo de los actos de la vida del Hijo consubstancial con Dios.

Literatura es el arte inútil de ensartar palabras en frases sonoras y brillantes, dicen los hombres prácticos que desdennan la literatura, por ser nada más que un pasatiempo de bohemios sentimentales y ociosos. Quizá tienen razón. Pero entonces, no hay en la vida humana absolutamente nada que no sea literatura. Para el sabio que investiga experimentalmente los hechos, el filósofo será, como decía Claudio Bernard: « un homme qui fait une philosophie avec toutes les généralités des sciences, c'est-à-dire qui raisonne sur ce que font les savants pour se l'approprier », pues « c'est une distraction utile pour l'esprit de causer philosophie après avoir travaillé ». Para el filósofo que considera a la ciencia experimental como una representación ordenada del conjunto de los hechos susceptibles de ser comprobados, el hecho aislado no es nada en sí y sólo por medio de la hipótesis, esto es, de una idea general destinada a ser sustituida por otra y otra cada nuevo día, se llega a obtener una aproximación a la verdad, pero nunca la certidumbre de la verdad, porque la verdad total no puede basarse sino en el conocimiento de las causas primeras y las causas finales, lo que la ciencia se niega a sí misma, con razón. La filosofía y la ciencia, pues, son obras de un tipo de imaginación distinto a la imaginación de la literatura, pero no menos desafortado a veces. ¿Cuál es, en el fondo, el objeto de la filosofía? Comprender lo incomprendible como incomprendible. ¿Cuál el de la ciencia? Abarcar en leyes generales lo comprobable, para inducir luego las leyes de lo improbable, pero sabiendo qué es lo comprobable y qué es lo improbable. ¿Cuál el de la

literatura? Expresar lo inexpresable como inexpresable. Son tres planos distintos de la idea de lo útil. La ciencia es útil en cuanto al conocimiento material del mundo, no en cuanto al conocimiento del hombre en la entraña del eterno misterio de su psicología y de sus actos. La literatura es útil en cuanto a lo segundo, y no a lo primero. El problema que desdeñan los hombres prácticos consiste en saber si es más útil o no conocer al sujeto que al objeto del conocimiento.

Dejemos a un lado estos problemas que nadie resolverá, mi viejo amigo de los años mozos, que me hiciste soñar en Buenos Aires con el hombre vestido de poeta en París, y volvamos a ti, de quien nada sé. Es hora ya de que termine mi divagación. Desde Tales de Mileto la humanidad viene construyendo toda clase de sistemas de filosofía, sin que ninguno se mantenga en pie, salvo el maravilloso espíritu filosófico que consistió en querer formarse cada autor una síntesis coherente y racional sobre las cosas y las relaciones del universo a fin de comprender su manifestación sensible y su significación. Desde el Renacimiento, también, y especialmente a contar del siglo XVIII, la ciencia, que es nada más que una aproximación a la verdad, obtenida por el empleo cabal de métodos objetivos, que dan al hombre el conocimiento de lo que cae dentro del ámbito de lo experimentalmente verificable, quiso transponer, a veces, en la opinión de algunos autores filosóficamente científicos o científicamente filosóficos, según los casos, ese límite estricto, olvidando que la ciencia postula la existencia de un « incognoscible », que está más allá de lo conocible. El error de método y de principio era evidente. A pesar de ello se dió a la ciencia, en forma dogmática, la misión de intervenir en la organización social, en los fundamentos éticos de la conduc-

ta, en el misterio del ser, en la justificación de las religiones, en la fuente psicológica de los actos, con lo cual se llegaba a esta conclusión paradójica: lo incognoscible no es de la misma naturaleza que lo misterioso, y, en consecuencia, no siendo posible explorar lo incognoscible, que es lo que jamás se podrá conocer, se conoce, sin embargo, la esencia y los límites de su naturaleza. Es un estupendo absurdo lógico. Tú no incurres en él, mi querido fantasma de poeta, y consagras tu vida a buscar la solución del misterio de lo humano en relación con lo eterno, con ayuda de tu sensibilidad, que es el más absoluto incognoscible del universo para la ciencia objetiva, y el más maravilloso medio intuicional de que dispone el hombre para explorar el misterio de lo material y lo espiritual. Hablemos de ti, pues, antes que te pierdas para mí en las sombras de la noche y de tu vida.

¿Quién eres tú, que pasas a mi lado, por los jardines del Luxemburgo, vestido o disfrazado de poeta? Si quisiese hacerlo no podría preguntártelo, porque tú mismo no lo sabes. Si eres un poeta, que Dios te bendiga. Si no, que Dios te bendiga también, porque tu disfraz te viste de la más hermosa ilusión que puede enaltecer la vida. Es una prueba de altura querer que el mundo crea que eres un creador de belleza y de ritmos. Otros elegirían, en nuestros tiempos, un traje de millonario o de atleta. Por eso eres un símbolo para mí. Tener en tus manos todos los trajes del mundo, y elegir para engalanarte, el disfraz de un desventurado forjador de rimas sin editor de campanillas, ni público comprador, ni crítico amigo, es una ingenuidad digna de ser recompensada con el don del genio.

Eres a mis ojos un destino que empuja la vida por delante. Representas la literatura, fuerza creadora de almas, que a

su vez llenarán el mundo de sueños y de realidades. Tal vez ya comenzó a abrir el camino de la tuya. Tal vez nunca escribirás un verso, porque tu espíritu exquisito preferirá el deleite de soñarlos como puras formas de música sin palabras. Tal vez seas un genio en ciernes, del que hablarán el día de tu revelación todos los críticos del mundo, como le sucedió a Byron después de Childe Harold : « me desperté famoso ». ¿Quién sabe nada de nada en el destino de un hombre ? Puedes ser un Shakespeare, que nació otra vez para ser mil veces más vasto. Puedes ser un Poe, que retorna a la vida para escribir las obras que truncó la muerte. Puedes ser Wilhelm Apollinaris Kostrowitzky, que vino al mundo a ser un gran poeta, quizá, y por haber querido hacer de la farsa un trampolín de la gloria, inventando disfraces de artista supremo para un « *Douanier* » Rousseau, un « cubista » Chirico, un Barzun, « auteur de la plus importante réforme littéraire de tous les temps : la simultanéité Poétique », y su propio disfraz de *Guillaume Apollinaire*, acabó siendo, nada más que el creador del « poème-conversation » y el ágil volatinero de *Alcools* y *Calligrammes*. Todo puedes serlo, mi admirado transeúnte, que vas rumbo a todas partes y a ninguna. Tus caminos son como los de Rainer María Rilke, que acabo de leer hoy mismo, en un diario de París. Mientras tú pasabas, pensé que fueron escritos para ti :

*Chemins qui ne mènent nulle part
entre deux prés,
que l'on dirait avec art
de leur but detournés,
chemins qui souvent n'ont
devant eux rien d'autre en face
que le pur espace
et la saison.*

Eres la ilusión que todo lo colma. Por no tener voz tienes todas la voces del alma, desde la del primer poeta, hijo de nadie, hasta la de Paul Valéry, hijo de cuantos vivieron entre el primer poeta y Stéphane Mallarmé, con una teoría sobre la forma rítmica y evocativa de la poesía absoluta. Por ser todos, eres ninguno. Con razón, la gente que te ve pasar ni siquiera te mira. Tal vez este señor que está sentado frente a mí, bebió contigo anoche « chez Baty » en el bulevar Montparnasse, su pinta de vino, y sabe que te vistes a lo poeta sin haber leído nunca un verso, pues te disfrazas para enamorar a la modistilla cuya ventana se abre, frente a la tuya, en la rue Condé, casi al lado del *Merçure de France*. Tal vez no te conoce, y no te mira porque te desprecia, presintiendo que eres un poeta de verdad.

Yo soy el único que te mira con admiración. Fuiste en mi alma un sueño que duró treinta años. Más de los que tienes tú, misterioso transeúnte. Soy el extranjero — el meteco, como tú dirías, — a quien todo asombra en la ciudad que soñó de niño, cuando te soñaba también a ti, en su tertulia de bohemios. Por ello se humedecen de alegría, al divisarte, mis ojos emocionados. Cada vez que te veo me haces pensar en la significación de la literatura.

Dios quiera que siempre creas tú también en ella. La vida es dura para el artista de la palabra, si es un poeta delicado y profundo, personal y universal. El poeta vive de un ensueño que la realidad contradice dolorosamente. Se evade de ese drama eterno del ensueño herido, expresándolo en las palabras del poema con optimismo de vencedor o con la infinita angustia del vencido. Si yo fuera tu amigo, aunque tú te creyeses y yo te creyese también, el mayor poeta del universo, te diría algunas cosas, que quizá conozcas mejor

que yo. Que mi audacia no te asombre. Desde que era niño vivo en la literatura, por más que nunca quise publicar nada de lo mucho que escribí. La causa no te interesa.

Si eres poeta de verdad, debes tener, como todos, desde que hay literatura, una teoría estética de orden general. La gente llama a esto una escuela; yo no. Creo, con Flaubert, que « quand un vers est bon, il perd son école ». A pesar de tu estética, haz tus versos a la medida de tu aspiración y de tu genio. Es la única estética del creador. A fin de justificar tus principios, no achiques a los grandes maestros, que ya no están en el mundo para defenderse de tus varapalos. No olvides que ningún escritor acepta sino las doctrinas estéticas cuyos principios ya están en él. Hay muchas maneras legítimas, mi presunto gran poeta, por contradictorias que aparezcan entre sí, de soñar el sueño de cada vida de hombre, que todos vemos por el minúsculo tragaluz de nuestra celda material. Los enanos son los únicos que gozan de ver a los gigantes achicados. Tampoco escribas manifiestos, que den nombres de clasificación infinitesimal a las creaciones y formas del arte, porque el poeta, cuando es poeta, es más universal que el particularismo de su escuela. Pon tu alma en tu obra, y échala a rodar por el mundo sin el pregón de un código de fórmulas. ¿Te acuerdas del principio de Dufrenoy, que antes se enseñaba, aunque no siempre se aplicaba en las academias del siglo pasado: *Dispositumque typum non lingua pinxit Apelles* (Apeles no pintó con la lengua sus hermosas obras)? Funda en él tu estética, mientras confíes en tu genio. El día que no sirvas para nada, olvídale, e inventa un *ismo* o una *ista* más. Recuerda lo que decía nada menos que Picasso, el famoso malabarista de la técnica pictórica, cuando alguien llegaba hasta él para exponerle una

nueva teoría sobre la obra de arte : « dila con pinceles y colores ».

En la historia de la literatura hay un hecho que no podrás negarme. En ningún gran poeta la « poética » vale más que el poeta. Ni siquiera en Edgar Poe, a pesar de *The Philosophy of Composition* y *The poetical principle*. Hay más caminos naturales del alma para alcanzar la poesía, que poéticas para llegar a ella. La primera y única condición es la de ser poeta ; lo demás viene dado por añadidura. No se hace obra de arte con las solas manos, ni con mano y cerebro juntos, y mucho menos con la lengua se pinta, sino con el espíritu en éxtasis o en emoción. Si leíste tu Aristóteles u oíste hablar de él, tal vez recuerdes este voto que brilla como un principio admirable : que el espíritu esté en el fondo y en el principio de cada cosa.

Trabaja hasta que tus manos y tus ojos se te gasten. Necesitas estudiar tu lengua, como el general el arte de ganar la batalla en su infinita variedad de elementos e instrumentos. Ponte a escribir el día que venzas la rebeldía de la palabra. Necesitas el auxilio de tu más fina inteligencia y de la prodigiosa facultad de Hugo para discernir cuándo el presuntuoso adjetivo « nupcial, » por ejemplo, que unido al sustantivo « viaje » daría apenas una rima descolorida a una estrofa, fulgurará por los siglos en *l'ombre était nuptiale, auguste et solennelle*. Para alcanzar las cumbres de la expresión, los genios utilizan los diccionarios, el alma de una lengua y sobre todo los tentáculos de correspondencias de su sensibilidad, en el sentido baudelairiano, con mayor frecuencia que los escritores mediocres. Dicen que una vez se asombraron ciertas personas de que un pintor famoso dibujara la preciosa figura de una niña en cinco minutos escasos,

a lo cual el maestro contestó: no hay en este esbozo los cinco minutos que ustedes cuentan con el reloj, sino los cincuenta años que pinto para aprender a pintar. Para el hallazgo cabal de una palabra debes hacer lo mismo, mi transeúnte ilustre. Lo único que no sirve para hallarlas, son las reglas.

Perdóname este curso de pedantería. Antes de callarme del todo, quisiera hacerte una pregunta, por si te alejas a ser nadie otra vez. Quizá mañana estarás harto de ponerte el traje de poeta, y cruces este lugar del Luxemburgo vestido como todos, como Paul Valéry o Paul Claudel, por ejemplo. Por si mañana no eres nadie, hoy que eres, para mí, la ilusión pura, la perfección de la ilusión, ¿podrías decirme cuál es el atributo que distingue a tu imaginación entre los otros tipos de imaginación que hubo hasta hoy en el mundo?

Piénsalo bien. Si eres discreto y sabes tus humanidades, no puedes ignorar que las revoluciones literarias, desde que la literatura embellece y engrandece la vida del hombre, fueron nada más que metamorfosis sucesivas de la imaginación. Las diferencias en las literaturas de pueblos vecinos, en cambio, provienen de la clase de imaginación. Es como si hubiese en ellos un poder mágico que las determina. En los pueblos germánicos del Norte una alucinante fantasía de ensueño. En los latinos del Sur una intensa profundidad de visión. En Rusia una realidad misteriosa que es menester percibir a fuerza de una imaginación mística y desaforada. En Francia unas pocas voces de alto vuelo lírico y un tímido aletear a ras del suelo. Cada individuo y cada nación es, literariamente, una expresión de *lo que* imagina. Yo veo, comprendo y ahondo nada más que *lo que* imagino, porque de acuerdo con

la fórmula de Taine, tenemos las necesidades de nuestras facultades del mismo modo que tenemos las necesidades de nuestros órganos.

Ofrece a dos escritores el mismo argumento: un hombre a quien los libros se le metieron en la cabeza. La imaginación de Cervantes, irá a dar en el acto a Don Quijote de la Mancha, en una serie de aventuras asombrosas de cuya maraña surge, en proyección de símbolos universales, la lucha del ensueño heroico con la inmediata realidad social; y la imaginación de Alfonso Daudet creará a Tartarín de Tarascón, personaje de gran aldea, cuya fantasía humilde no invade el ámbito entero de lo humano sino la materialidad de un viaje del cual vuelve con un par de animales y un baobab en una maceta. Preséntales a Marlowe, admirable poeta, y a Goethe, poeta, sabio y hombre, el tema de Fausto, y sólo queda un solo Fausto, en proyección de símbolos universales, que es la sumidad de Goethe. Dile a Víctor Hugo que resuelva el problema del misterio, que está adentro y más allá de toda vida y de todo acto de conciencia, en el comienzo y en el fin del placer, del dolor, del bien, del mal, de ansiar inefablemente ser espíritu puro o de alcanzar inexorablemente el estado de pesimismo en que el alma sólo aspira, como en *La Tentation de Saint-Antoine*, a esta síntesis de la única protección que hay para la vida del espíritu: « j'ai envie de voler, de nager, de beugler, d'aboyer, de hurler, je voudrais avoir des ailes, une caparace, une écorce, souffler de la fumée, porter une trompe, tordre mon corps, me diviser partout, être en tout, m'émaner avec les odeurs, me développer comme les plantes, couler comme l'eau, vibrer comme le son, briller comme la lumière, me blottir sous toutes les formes, pénétrer chaque atome, descendre jusqu'au fond de la nature,

être la matière ». Víctor Hugo te contestará en el acto, con su resplandeciente alquimia verbal de visionario :

*Il n'est point de brouillards, comme il n'est point d'algèbres
Qui résistent au fond des nombres ou des cieux,
A la fixité calme et profonde des yeux.*

Presenta en seguida el problema del misterio a Baudelaire, visionario de las pocas esperanzas y de las infinitas angustias del alma, y te responderá :

*La Nature est un temple où de vivants piliers
Laisserent parfois sortir de confuses paroles ;
L'homme y passe à travers des forêts de symboles
Qui l'observent avec des regards familiers.
Comme de longs échos qui de loin se confondent
Dans une ténébreuse et profonde unité,
Vaste comme la nuit et comme la clarté,
Les parfums, les couleurs et les sons se répondent.*

Todo es símbolo, para nosotros, en la naturaleza y en el alma, porque somos incapaces de extraer la esencia de nada, en la historia o en la vida, sino por medio de la virtud del símbolo. A veces es la fusión de una imagen y una idea; a veces la de una forma y un sentimiento. Por ser la figura de un concepto, lo representa. Es el elemento inteligible de la comprensión en la inteligencia. La poesía es un sistema organizado de símbolos, en un poeta, por el don evocador de la palabra, en otro por la magia analítica de los sentimientos propios o extraños, actuales o antiguos, de tono lírico o de tono épico.

Llamamos imaginación a la manera de organizarlo. Entre dos poetas, señala un límite infranqueable que se manifiesta principalmente por el tono de su estilo. Hugo no puede ima-

ginar sus símbolos de las cosas sino como masas de antítesis enormes, porque se considera a sí mismo a la manera de un arpa « *Mise au centre de tout, comme un écho sonore* », que se conmueve y profiere sus palabras, de milagrosa perfección sensorial, al más leve soplo que llegue a sus cinco sentidos visionarios del lado de cualquiera de « *Les quatre vents de l'esprit* ». El soplo se transforma instantáneamente en símbolo vivo de la cosa que pasó por las cuerdas del arpa, « *Car le mot, qu'on le sache, est un être vivant* ». Baudelaire no puede imaginar las cosas sino como correspondencias que se establecen entre la angustia desesperada de estar repitiendo en la vida la abominación del pecado original y el arpa del mundo, que le responde, como un eco monótonamente igual, la eterna queja que llora contra sí mismo, en su dolor o en su placer, y su eterna aspiración a Dios, que nunca encuentra el sendero de la subida. Por ello Hugo, como los ecos de las montañas, que se igualan al sonido inspirador, mide a Dios con la medida de sus palabras, que ven y oyen y huelen y gustan y tocan las cosas, los sueños, las ideas, las almas, los destinos y el misterio original; y por ello Baudelaire, al cantar a los grandes pintores de sus *Phares*, dice, como poeta, en nombre de otros exploradores de lo infinito, más humildes que Hugo, que su obra

*C'est un cri répété par mille sentinelles,
Un ordre renvoyé par mille porte-voix :
C'est un phare allumé sur mille citadelles,
Un appel de chasseurs perdus dans les grands bois !
Car c'est vraiment, Seigneur, le meilleur témoignage
Que nous puissions donner de notre dignité
Que cet ardent sanglot qui roule d'âge en âge
Et vient mourir au bord de votre éternité.*

Perdóname, traje que pasas con poeta, o sin poeta adentro, que venga a hablarte de poetas de Francia en los jardines donde alguna vez ellos mismos enfrentaron y deformaron la realidad del mundo y los símbolos del misterio con la proyección de su imaginación. Es mi derecho de lector y de admirador de la poesía. Además, tú eres mío, y debes escucharme. Piensa que fuiste creado en mis sueños adolescentes, cuando el hombre futuro estaba elaborando en las entrañas del niño el castillo espiritual donde transcurrirán después sus años. Como te veo a ti hoy, con mi don grande o mezquino de imaginación psicológica, hubiera querido ser yo. Después te volví a crear, ya no tanto con mis sueños nuevos, sino con mi cultura de hombre, que debe mucho a la literatura, cuando te vi pasar por primera vez, en estos mismos jardines, rumbo a la nada o a todo. Eras idéntico al de entonces. Tenías la misma grandeza genial, el mismo don de la palabra resplandeciente por su exacta y significativa posición musical en la frase, el mismo poder de revestir la idea de su forma plástica cabal, la misma magia de la imagen que da contorno y color a la más alada o leve repercusión de un instante en la tornadiza movilidad del alma, la misma aspiración a un ideal absoluto de belleza inmaculadamente pura, el mismo valor de símbolo de la eterna poesía, y qué sé yo cuántas cosas más.

Supón ahora, amigo mío, que una noche futura, en mi Buenos Aires, una revista de París me traiga tu retrato, con este mismo traje de tus pascos por el Luxemburgo, y a su pie un poema tuyo de sin igual hermosura. ¿Por qué no? ¿No aparecieron así, de golpe, los sumos poetas de la humanidad, absolutos en la manifestación verbal de su quimera? La quimera del ideal es la más alta condición de la

poesía, por ser la fuente de fe en las almas dignas de ser portavoces de lo divino. Nace de los mejores atributos de este corazón nuestro de donde mana siempre, en los elegidos de Dios, la humildad en la adoración de lo sagrado, la energía en la ternura santificante del amor y la suntuosa alegría que decora las plantas cuando cumplen su destino de dar al mundo la perfección de la flor. Para alcanzar tu quimera, poeta mío, debes sufrir en la desamparada soledad de tu amargura, por no poder igualar la vida a la potencia de símbolo del ensueño. Todo gran poeta, cuando no lo degrada la ambición de querer agradar a los hombres, sirviendo subalternamente las pasiones de su hora y de su medio, tiene un alma exclusivamente poética. Su facultad predominante, entonces, es el poder de sentir; y sufre más que ningún otro ser, el deseo victorioso de no dejar nunca de sentir ni de expresar. Por eso mismo halla en su dolor, en su batalla contra la impotencia de la expresión en perfección de sonido, sentido y contenido, en su quimera de alcanzar el ideal de lo inexpresable en los sentimientos y en las cosas, el consuelo de saber, como decía Flaubert, que si la obra es digna de la aspiración, tendrá su eco y lugar en el mundo en seis meses, o en seis años, o después de la muerte, lo que nada importa.

No desmientas a tu traje, transeúnte de mi amor adolescente. Por él está creando mi imaginación este tejido de divagaciones, en tono quizá demasiado altisonante. Acaban de hermoear, a fuerza de escribirlas en admiración y agradecimiento, tres de mis mejores días de París. Así son los azares de nuestras extrañas correspondencias. Enlazan a veces, en momentos de exacerbada y lógica fantasía, la caída de una hoja a una teoría cósmica. Es sistema de artista que se coloca más allá de donde viene la sensación. Teófilo Gautier de-

cía que de veinticinco personas que entran en un salón, casi no llegan a dos los que ven el color del papel. Las correspondencias de las cosas con el espíritu son absurdas o reales según el enfoque de nuestra capacidad imaginativa. Es la magia de la literatura. Pobre del que no la ama como tú y como yo. El hada mala le llevó a su cuna el peor de los regalos. La piltrafa de felicidad que la vida niega a algunos, hasta en los sueños, porque no saben soñar por sí mismos, la hallan en la literatura. El que no sabe evadirse de la vida con su auxilio es el peor de los desventurados. Dios concedió al hombre muy pocas maneras de evadirse de la infinita amargura o del pavoroso tedio de la vida. Son de toda clase, de acuerdo con nuestra naturaleza, que es, en el fondo, la causa material o espiritual del destino. Pueden ser, enumeradas sin orden, el sometimiento libre del alma a Dios en amor de caridad; el trabajo que nos escamotea la contemplación del mal; el sueño que embellece la vida por dentro aunque por fuera ésta nos repugne; el libro que nos hace conocer y vivir la felicidad espiritual que la realidad nos negó; el abismo del pecado o del vicio que después nos harta; forjarse un alma muy templada, que sabe abstenerse queriendo y esforzarse sufriendo. Los demás se someten, como el caracol o la araña, a lo que la vida quiere, porque gozan, en mansedumbre, el ansia de vivir como se puede, con tal de vivir. ¿Vivir? ¿Es eso vivir, para un ser humano? El que vive así, no gana nada. Tendrá la permanente angustia del minuto que pasó, del minuto que está por pasar, y del minuto que pasará, porque lo espera ya la muerte. Tú también la tendrás. Pero de esa angustia de toda vida de hombre, extraerás un adarme de poesía que embellecerá mañana, por la magia de la literatura, un minuto siquiera de la vida de otro caminante hacia la

muerte. Sé poeta, aunque te cueste para serlo, la maldición de tu madre, el odio del mundo, el desprecio sádico de tu mujer. En pago de ello gozarás el derecho resplandeciente de decirle a Dios que lo bendices por haberte dado la gloria de embellecer de poesía un minuto en la vida de otro hombre, que tal vez se acuerde de ti al morir.

Si de todos modos vamos a la muerte los que denostan la literatura, los que tejen de belleza y aspiración el dolor de vivir y los que sabemos extraer de los libros la página que siempre consuela o ayuda a soportar la tragedia del misterio, carga tú sobre tus hombros, transeúnte de mi viejo amor, el destino de no humillar tu espíritu a que sirva la pobre ambición de morir rico o con honores de oropel. Humilla tu vida a la necesidad de sufrir en soledad y en humildad, para que tu espíritu se purifique en la aspiración y se desparrame sobre los tiempos en forma de belleza bienhechora. Todo lo demás, fuera de Dios, no merece siquiera el desamparado dolor de vivir. Sigue mi consejo, futuro gran poeta.

Para renovar este diálogo, de una sola voz, con el hombre vestido de poeta, que me hace revivir misericordiosamente los sueños que creí muertos, antes de llegar a París, en la lejana alba del espíritu, cada vez que vuelvo a la ciudad adorada en la flor de mi adolescencia, voy muchas tardes seguidas al parque en que rumorean las fuentes, cantan los pájaros, juegan los niños, se besan los amantes, pasean seres silenciosos, descansan ancianos tristes que parecen columbrar la muerte de los últimos soles, pasan artistas de verdad y caricaturas de artistas. El barrio latino, por donde anduvieron Inocencio III, el padre de la Universidad de Santa Genoveva, y Dante, el poeta sumo, respira en la limpieza perfumada de

sus arboledas. El estrépito del turismo internacional casi nunca deslustra la quietud espiritualizada de los jardines. Sólo allí tengo la ilusión de creer, mientras fallecen las tardes del Luxemburgo, que sentado en mi silla, con los ojos abiertos hacia adentro del alma, estoy en comunión más íntima con la misión de París que en sus calles de lujo, sus tinglados del placer, sus bulevares cosmopolitas, su feria de las vanidades. Y nada más que porque pasa a mi lado, con rumbo a su multánime destino, el hombre vestido de poeta que quise ser y no fui.

JUAN P. RAMOS.

París, agosto del 1925.

INTERLUDIO

FILOSOFÍCULA

Yo canto al ser multánime que flota
en los senos sin fin del Universo,
atómico y total, Uno y Diverso,
espíritu y materia, Océano y gota.

Que a las estrellas da su luz remota
y al par gobierna mi destino adverso,
y es ritmo musical en cada verso
y vibración fugaz en cada nota.

Forma cambiante, de la eterna esencia,
de las cosas oculta inteligencia ;
pensamiento de amor, sangre de herida,
carne que muere y alma que perdura,
creador potente, mísera criatura,
no sé cómo llamarte, Dios ó Vida.

LA OLA

Lenta se forma en la pleamar serena ;
ondula al avanzar, rompe en cascada ;
salta la espuma, y al volver calmada
deja sus albos copos en la arena.

O bien, hirviente, su chasquido sueña,
y la planicie líquida, encrespada,
contéplase en montañas trasmutada,
y es hoy tan brava, cuanto ayer fué buena.

A veces verde oscura, gris pizarra,
blanca, cuando se vuelca y se desgarrá,
o azul celeste con matices rojos,

siempre acompaña y el soñar retiene ;
amiga, arrulla ; hostil devora, y tiene
el reflejo cambiante de tus ojos.

TARDE

Bate el mar, blandamente, la escollera ;
Rojo se pone el sol, declina el día,
se levanta del sur la brisa fría,
flota sobre el torreón una bandera.

La campana que el Angelus tañera
hace poco, en la iglesia de María,
pareció que tocaba la agonía
de la tarde, muriendo en la ribera.

Las barcas arribaron a la playa ;
la luz se esfuma en la indecisa raya
del horizonte gris, azul y verde.

Tiñe el ciclo un reflejo de amapolas
y una gaviota cruza, que se pierde,
en la cresta espumante de las olas.

ABRIL

Ya el otoño, en el parque disminuído
el verde de las frondas amortigua.
Vierte la tarde gris su luz exigua
desde un cielo sin sol, empobrecido.

Este, que ha poco fué, roble tupido,
calvo levanta una silueta ambigua,
de efímeras grandezas atestigua
hoy que no puede cobijar un nido.

Sopla la brisa, el bosque se estremece ;
al capricho del viento que las mece
y encaminadas a su triste ocaso,

las hojas secas, en su loco vuelo
giran y caen en copos sobre el suelo
para morir, crujiendo, a nuestro paso.

OCTUBRE

Hoy el cielo profundo reverbera,
y la mañana azul, tibia y florida,
difunde la alegría de la vida
y entona la canción de primavera.

Gorjea mi calandria prisionera
en su rústica jaula suspendida.
Con un claro verdor, de savia henchida,
retoña en mi balcón la enredadera.

El aire, grávido de polen, vibra
y su mensaje fecundante libra.
Bulle la fuerza que llamamos ciega

por ignorar su orientación sublime,
y la Naturaleza hierve y gime
como una hembra amorosa que se entrega.

CLARO DE LUNA

El fulgor nacarado de la luna,
el campo baña con etéreo oleaje
y destaca las líneas del paisaje.
El parque duerme al pie de la laguna.

Siguiendo de la brisa la fortuna,
la vislumbre se filtra entre el follaje
y teje con la sombra un fino encaje.
La plata gris del cielo cunde en una

pálida y espectral monotonía.
Y junto a ti, recojo la poesía
de esta hora de ensueño, en el derroche

de tus pupilas verdes y serenas,
y me envuelve ritmado por tus venas
el augusto silencio de la noche.

AL PASAR

Destiñe el cielo su postrera grana
entre nubes de nácar y violeta ;
turba el silencio de la tarde quieta
el crujido habitual de tu persiana.

A la luz que agoniza, en la ventana
apareces con mimos de coqueta,
fina como una santa de viñeta,
frágil como una flor de porcelana.

Una serpiente de oro tu desnudo
cuello circunda con fulgor rojizo ;
te asomas a la vieja balaustrada,

y al inclinarte en un gentil saludo,
brilla, bajo la noche de tu rizo
un relámpago verde en tu mirada.

TERNURA

Yo quiero entre los dos mi dulce amiga,
tejer un lazo misterioso y tierno,
el lazo amante que las vidas liga,
invisible y real, frágil y eterno.

La esperanza fugaz que mi alma abriga,
de flores cubre mi desnudo invierno ;
si es tiempo, no me dejes que prosiga,
después despertaría en el infierno.

Si se encuentran tus ojos con los míos
¿por qué brilla esa chispa en tu mirada?
¿por qué, por qué, si entre los dos no hay nada?

Si es por ventura una quimera amarnos,
si he de sufrir al fin por tus desvíos,
¿para qué vernos más?, ¿para qué hablarnos?

QUIZÁS

Si en vez de ser la vida senda oscura
que debemos seguir de hito en hito,
fuera el espacio abierto al infinito
de un ensueño de amor y de ventura.

Si en vez de obedecer nuestra cordura
a la ley que los hombres han escrito,
rompiéramos el círculo maldito
que aprisiona el querer y lo tortura.

Si en vez de simular indiferencia
para aquietar tu tímida conciencia,
clamase mi pasión con ansia loca,

Quizás su ardiente soplo te abrasara,
y sobre el rojo incendio de tu boca,
lo que hoy no puede ser, se realizara.

EPÍSTOLA

Una carta de amor te escribiría
con las sandeces que el cariño ensarta,
si de tal tema no estuvieras harta
y no supieras ya lo que diría.

Si mi pasión te rinde pleitesía
tu íntimo rumbo de mi afán se aparta,
a qué escribirte entonces esa carta ?
¿ esa carta de amor a qué vendría ?

A estrellarse otra vez, estéril, loca,
como se estrella el mar contra la roca ;
a buscar de la duda la asechianza,

a perderse de lleno entre la bruma,
a edificar sobre la hirviente espuma,
a cansar con su queja, a la esperanza.

QUERELLA

El humo tenue del cigarro escrutas
sentada frente a mí, hostil y esquivia.
Un arabesco azul, en las volutas,
retiene tu mirada pensativa.

El temblor de tus manos diminutas
traiciona tu emoción, que al punto aviva,
el recuerdo de estériles disputas
por donde al odio nuestro amor deriva.

Como fué no sabemos, pero es cierto
que la ilusión de nuestra vida ha muerto ;
y mi alma herida está, su ardor deshecho,
ahogada en el afán de mi congoja,
como esa blanca rosa que en tu pecho,
uno a uno sus pétalos deshoja.

EPITALAMIO

Pálida virgen que agitó el deseo
en las fuentes profundas de la vida ;
hoy marchas, ruborosa y conmovida
tras de la antorcha frágil de Himeneo.

Te diste al vencedor en el torneo
que abrió tu corazón, y ya vencida,
esperas la caricia presentida
que enciende tu perfil de camafeo.

Recibiste, mujer, un don divino ;
esposa y madre te ordenó el destino,
y en tu seno fecundo, se convierte

lo efímero del ser, que sufre y pasa,
en el seguro eterno de la raza,
por el amor, que triunfa de la muerte.

INVOCACIÓN

Detente un punto, eterna pasajera,
dulce visión, efímera, indecisa,
tenue como el suspiro de la brisa,
del Mundo de los sueños, mensajera.

Detente por favor, dame siquiera
la promesa falaz de tu sonrisa,
para creer mi espíritu precisa
de tu mentira un átomo, quimera.

Quimera sí, que tal es vuestro nombre
fe y esperanza, amor y poesía.
Porque es la triste condición del hombre,

Confiar ingenuo a la ilusión su suerte,
embriagarse en su propia fantasía,
y llegar engañado hasta la muerte.

ILUSIÓN

¡ Bendita seas, Ilusión ! Tu engaño,
es realidad que alienta y vivifica ;
tu manto azul, que la verdad salpica,
es coraza y sostén, luz y abrigo.

Tú ciegas y conduces, y el rebaño
triste de humanidad, sufre y abdica ;
por ti, sólo por ti, se dignifica
el ansia de vivir, año tras año.

Madre de la esperanza y la alegría,
oro del pobre, del dolor consuelo,
caridad del Creador a la criatura,

un ideal de ensueño y poesía
escondes en los pliegues de tu velo,
¡ Ilusión, ilusión, falaz ventura !

¡EHEU FUGACES!

A Jean Paul.

Ya nuestra breve juventud declina,
y en los umbrales de la edad madura,
retener pretendiéramos la pura
onda de vida, que huye peregrina.

Pero en vano, Jean Paul. Mente divina
la suerte humana reguló segura,
y el espectro senil que nos tortura,
paso a paso, implacable, se avvicina.

En la hoguera fatal de la existencia
queda un rescoldo exiguo : la conciencia,
y al par de diestro artífice de alquimia,

extraigo del crisol, como un tesoro,
nuestra vieja amistad, fuerte y eximia,
Presente de oro de los años de oro.

MATÍAS G. SÁNCHEZ SORONDO.

ORÍGENES DE LA POESÍA GAUCHESCA

1. El estudio de nuestra poesía popular ofrece dos manifestaciones sustancialmente diferentes : la tradicional y la gauchesca. La tendencia vulgar tira a confundirlas en un solo cuerpo, pero la crítica debe evitar esa confusión. La edad, el caudal temático, la zona geográfica de dispersión, el carácter popular son distintos en las dos.

La poesía tradicional, en nuestro país, en toda América, remonta a los días de la conquista y colonización ; es lo español de los romances viejos y las antiguas canciones de los siglos xvi y xvii, con los arrastres del siglo xv ; trasmite la sustancia lírica de los villancicos y las coplas, y la épica de los cantares heroicos y caballerescos ; se conserva en las provincias andinas y norteñas, derramada en sus valles y montañas ; se anastomosa, en cada región, con las corrientes de la vida criolla (costumbres, sensibilidad) y adquiere una fisonomía propia, un carácter lugareño, de expresión anónima, que refunde lo añejo con lo nuevo en otras populares.

La poesía gauchesca es posterior en casi tres siglos ; recibe de la tradicional, en la herencia de la lengua, una porción considerable de las ideas y los sentimientos, pero tiene originalidad propia, fuertemente acentuada ; se apodera de

un nuevo escenario, que es el campo abierto, y de un tipo nuevo, que es el gaucho, y funda en ambas fuentes la razón de su existencia ; se desarrolla en la llanura inmensa, a uno y otro lado del Plata, y alcanza en la inspiración de poetas individuales una expresión popular que puja por extenderse a todas partes como expresión nacional.

Al establecer estas diferencias sustanciales entre la poesía tradicional y la gauchesca debemos reconocer también que, en el aspecto formal, ambas tienen muy notable semejanza de lengua, una manera castiza caracterizada por el predominio del arcaísmo y de las formas prosódicas vulgares, e identidad del metro octosílabo y de la estrofa, que son los de la copla y el romance español.

2. Como toda cuestión de orígenes, la de la poesía gauchesca es también un tanto oscura.

Carecemos de una documentación abundante y segura que nos permita seguir el proceso de formación del ambiente poético antes de aparecer las manifestaciones de arte individual. Lo más remoto de esos orígenes puede fijarse en el último tercio del siglo XVIII. Son los datos costumbristas que, en 1773, nos deja Concolorcorvo acerca de los campesinos coloniales, que él llama gauderios (*Lazarillo de ciegos caminantes*, caps. I, VII). Estos rústicos, gozadores de la vida, cantan y se acompañan con la guitarra. Obsérvese bien que lo que cantan son, por una parte, coplas aprendidas y estropeadas inconscientemente y, por otra, coplas inventadas, de sensibilidad propia. En ese repertorio, pues, aparecen juntas la transmisión oral de los abuelos y los padres, es decir, lo tradicional español, y la invención original, provocada por nuevos elementos de vida. Las muestras de esta poesía cam-

pesina, que nos ofrece Concolorcorvo, son espejo del sentimiento personal, rústico y grosero, que se desfoga con el amor y la sátira y revela la composición psicológica, todavía desafinada, de un medio primitivo. En estos ensayos iniciales lo más importante de recoger y anotar es la forma de competencia en que se empeñan unos cantores con otros: en ella está el antecedente histórico y literario de la poesía payadoresca, que forjará después ambiente propio, y del payador que, rivalizando con otro, se impondrá por sus recursos superiores de ingenio.

3. La vida real de nuestro campesino de la colonia, la vida de la llanura, que se sustenta regaladamente con la riqueza de las fuentes naturales y está exenta de las preocupaciones sociales y políticas, se concentra por entero en la actividad del campo y se reparte entre el cultivo de la tierra, que es lo menos, y la atención de los ganados, que es lo más. De esta actividad procede el carácter dominante de las costumbres gauchescas. Una primera sensación de la grandeza del escenario en que se derrama la tenemos con sólo poner los ojos en el mapa y contemplar esa llanura inconmensurable que abarca la región pampeana y la meridional de Córdoba, las cuatro provincias del litoral, las tierras uruguayas de la otra banda del Plata. Una nueva sensación, de mayor asombro, nos produce la evocación histórica de esa naturaleza bravía, que el gaucho tenía que asimilarse y dominar con los resortes de su vida física: campos abiertos, selvas y ríos, fieras y perros cimarrones, toros y vacas salvajes, potros y yeguas alzados, distancias longuísimas que separan una estancia de otra.

Efectivamente: desde los primeros documentos coloniales

del siglo xvi hasta la *Memoria* del virrey Vértiz, de 1784, podemos seguir las alternativas de la vida campesina en nuestro país y asistir a la lucha cotidiana que el hombre debe sostener con la inmensidad del campo y de los ganados cimarrones para reducirlo todo, por la sagacidad y el brazo, a una suerte de estancia que permita la organización de la familia y la seguridad de la propia existencia. Esa lucha adquiere tales contornos a principios del siglo xvii que don Diego de Góngora, gobernador del Río de la Plata, se ve obligado, en 1622, a solicitar el permiso real para autorizar la matanza de los ganados en los campos santafesinos, en vista de esta información: « el grande multiplico y cría de los ganados silvestres cimarrones, de cavallos, yeguas y bacas, y cómo se podrá poner remedio para que no haga daño a los plantíos lo que ay que responder es, que es tanta la cantidad destes ganados que ay en esta tierra, que aunque huviera en ella una grande población y república, que no se ocupara más, de día y de noche, que matar y comer deste ganado, no es pusible que se hechase de ber ni conozca dimi-nución ». (*Rev. de la Bibl. Nacional*, 1941, v, 158). Todavía encontraremos en los últimos poemas gauchescos, como realidad de la época, la extensión dilatada de los campos y la exuberancia de los rebaños y manadas.

La estancia, la heredad criolla, es el centro humano de la familia campesina: en ella toda la vida de relación gira alrededor de la actividad del campo, de las faenas ganaderas y del porvenir social que de esto dimana.

De este ambiente de realidad, que se ha ido creando necesariamente con nuestros usos y costumbres rurales, se extraen los primeros temas de la literatura gauchesca. Aparecen en esbozo dramático a fines del siglo xviii. Pocos años después

de Concolorcorvo un autor anónimo escribe *El amor de la estanciera*, que nos ha sido conservado ¹. El versificador de este sainete es, a todas luces, un español, renovado en el medio campestre, que quiere llevar al teatro el color local y la lengua de los paisanos. El amor, como pasión humana, y su secuela de celos, disputas, agravios, rechazo y reconciliación, sirve de nudo de la acción y sostiene el interés del diálogo. Un matrimonio de criollo y europea (contraste de procedencia) tiene que casar a su única hija Chepa, joven y hacendosa. Chepa es la estanciera. La pretenden, al mismo tiempo, un portugués y un gauchito (contraste de origen para el sentimiento de los padres). El marido prefiere al criollo; la mujer, al extranjero. La moza se conforma con la elección materna. Por lo pronto la impresiona mejor un mercader rumboso que un hombre de campo (contraste social). La diferencia de origen y condición de los pretendientes acarrea la disputa entre los esposos. Esta oposición de pareceres es una valoración intencionada del sentimiento regionalista. La madre, en favor del portugués, concluye: « al fin, es hombre de España »; el padre, prendado del criollo, opone: « más vale un paisano nuestro / aunque tenga cuatro trapos », y hace la alabanza de las maestrías y los dones de Juancho, el yerno elegido, que es gauchito por entero: es enlazador, volteador, jinete ejemplar, dueño de parejeros, hacendado de vacas, toros y novillos, « que es lo que hemos menester ». Con este epifonema del elogio el buen padre asienta el amor sobre el interés y decide la voluntad de la esposa y la hija en favor del criollo. En definitiva, Chepa,

¹ Lo publicó en 1925 Mariano G. Bosch, asignándole conjeturalmente la fecha de 1787.

la moza vaquera, será la mujer de Juancho. Y la boda se celebra en una fiesta con baile, a la cual ya se dice *fandango*, como se dirá después en toda la poesía gauchesca. El gozo paterno entrega a los depositados un voto de felicidad campesina : « Dios les dé un hijo morrudo/ para que guarde el ganado ».

Pues bien : todo este enredo dramático no es lo importante ni lo característico del sainete anónimo ; es sólo lo univversal, lo común, que puede darse, como situación humana, en cualquier literatura. Lo de primer plano y realmente valioso para los orígenes de la poesía gauchesca es allí lo típico, ya bastante colorido, del campo argentino. Aquella trama es el pretexto que el autor se propone para introducir, con incisiva intención, en las alternativas del diálogo, las costumbres regionales, las cosas de la estancia, la preponderancia de la ganadería, los gustos de las gentes campesinas : en suma, lo gauchesco. Me detengo un instante en este aspecto porque aquí aparecen en relieve, mezclado lo hispánico con lo criollo, los temas iniciales de nuestra poesía, los objetos y vocablos preferidos del paisano, sus imágenes y comparaciones predilectas, la absorción de todas sus potencias por la actividad predominante del caballo.

En efecto : el campo que tenemos a la vista es el de los ganados ; en él hay manadas y reses sueltas, potros, yeguas y potrancas, toros y vacas, novillos y terneras ; el ganadero tiene entablada su tropilla de caballos ; no faltan en la nomenclatura el redomón, el parejero, el mancarrón ; la variedad de los pelajes es rica : un alazán, un bayo, un cebrunito, un gateado, un pangaré, un picaso, un castaño, un rosillo, un moro, un melado, un tordillo, un rosado, un zaino, una yegua malacara y una potranca overa ; el bañado y el pajonal son refugio de los animales ; si éstos se extraviasen,

su dueño los reconocerá por la marca, a la que llama *yerro*; finalmente, se descubre aquí el hábito de los paisanos de dibujar en el suelo la marca de propiedad, como lo hace después con las ajenas el viejo Vizcacha en el poema de Hernández.

El tema de la cocina criolla, aludido siempre en la poesía con algún plato tradicional, aparece en el sainete y nos da la serie de las comidas succulentas que el gaucho pondrá, a horas distintas, en la mejor mesa: olla cocida (no le llaman aún *puchero*), charque guisado con menudos (todavía no le dicen *chatasca*), carnero hervido y carnero asado, mazamorra, locro de gallina; condimento de sal y ají, machacado a mano en el mortero.

Reproduzco, al exponer estos temas, los nombres de las cosas, usados por el dramaturgo, para que se estimen en cierto grado la originalidad y la persistencia de la lengua hispano-criolla en la poesía gauchesca.

Veamos, por fin, como aspecto que toca a la sensibilidad poética, algunas imágenes y comparaciones que demuestran, desde la primera hora, la tendencia espiritual del paisano a asociarlo todo con el caballo, resorte esencial de su vida. Brotan, impregnadas de realismo, de un alma enamorada. El rústico Juancho, sintiendo la fuerza de su pasión por Chepa, ve que el amor es *un caballo desbocado*, imposible de sofrenar; cuando mira a la estanciera tiene más bríos que *un potro chúcaro*, enlazado por primera vez; para él los ojos de la amada son *espuelas que le pican los ijares*, y, ahora que la tiene en sus manos, puede decirle que en vano *ha corcoveado*, pues al fin es su mujer¹.

¹ Muy pocos son los manuscritos de la primera hora de nuestro teatro, que se conservan en la Biblioteca Nacional. Era mayor el número de los existentes entre sus papeles viejos, pero desaparecieron, en gran

4. La masa general de nuestros campesinos coloniales, por la naturaleza del medio en que se mueve, es de hombres sueltos y trashumantes. En documentos de los siglos xvii y xviii es común denominarlos genéricamente *moços perdidos* y *gente ociosa*, por no estar sujetos a la disciplina de un oficio regular, ni en el campo ni en la ciudad. En la última de esas centurias el individuo de tal condición recibe nombres diferentes. La serie es ésta : gauderio, changador, vagabundo, camilucho, gaucho. Es un campesino de índole propia y hábitos arriesgados, jinete de potros, criado a la intemperie, curtido en el peligro, desjarretador de toros salvajes, contrabandista, cuatrero. De los diversos nombres particulares se impone, al fin, el de *gaucho*, que asume en sí todas las cualidades del campesino diestro, fuerte y valeroso. En la década final del xviii la voz *gaucho*, adoptada pocos años antes, es ya corriente y pasa del habla oral a los documentos escritos. Con este principio de categoría literaria del vocablo lo que nos interesa conocer es la categoría del tipo renovado, una valoración efectiva de la aptitud personal del gaucho.

parte, cuando la institución tuvo que abandonar su antigua sede de la calle Perú y Moreno. Manos zafias los arrojaron al arroyo. De aquí recogió algunos Bosch con el plausible intento de darlos a luz. En el mismo año que publicó *El amor de la estanciera*, único del siglo xviii, editó también *Las bodas de Chivico y Pancha*, sainete de 1823, que reproduce y enriquece notablemente el caudal de cosas y palabras gauchescas de su antecesor, aunque todavía con visible impronta de lo español. Con todo, ese esbozo dramático queda ya a distancia de los orígenes de la poesía gauchesca, pues aparece cuando Hidalgo, muerto en 1822, había recogido y poetizado el espíritu y la lengua de los gauchos de la emancipación. Los más, conservados en la Biblioteca, que tienen alguna relación con este género de poesía, son del primer tercio del siglo xix. Pero de todo punto de vista ofrecen muy escaso interés al investigador. Tal ocurre con los legajos 7455, 7567, 7727 y 7857.

Entre los reconocimientos de esa aptitud provechosa para el bien común, que pueden leerse hasta 1805, ninguno me parece más elocuente que el de don Diego de Alvear, que escribía en 1791: « Una milicia, constituida sobre el pié de montura, lazo y bolas de los *gauchos* o *ganderios* (así llaman a los hombres de campo)... podría sacar alguna ventaja sobre el sable de la caballería de Europa » (*Diario*, en Groussac, *Anales*, I, cap. I, 320).

Éstos son los nuevos tipos que, levantando su nivel civil, irrumpen con denuedo heroico en la primera invasión inglesa de 1806. Vienen en masa de los pagos de Morón, Luján y Pilar; forman en la caballería de Pueyrredón, entran en pelea, se arrojan sobre los cañones enemigos, retroceden, huyen, se rehacen, vuelven, vencen. Desde entonces andan en las páginas de la historia. La proeza se repite en 1807, segunda invasión, y a buen tiempo pudo escribir Mariano Moreno: « La defensa de la colonia se hizo sólo con los valientes gauchos de Buenos Aires ».

Las gentes coloniales, fieles a su monarca Carlos IV, experimentaron repentinamente como un sacudimiento social y político. En todos se despertaba un fuerte sentimiento de amor a la tierra nativa; en muchos, la conciencia de una patria nueva. Ambas cosas influyen fecundamente en el gaucho, se apoderan de su espíritu, le anuncian otro ideal de vida y lo lanzan, en seguida, a las luchas de redención. Cuando llega la hora, en 1810, el gaucho acepta su nuevo destino, marcha en la primera fila y arrostra todos los sacrificios de la cruzada libertadora. Hasta entonces había vivido con el amor a la tierra natal pero súbdita, que era todavía lo español; ahora, sentía anhelos de una patria propia, sólo suya, que es lo argentino.

Con este cambio social y político el gaucho asume otra categoría en la realidad y en la poesía regional. De este hecho sacarán inspiración de acento personal los poetas gauchescos, de Hidalgo a Hernández.

5. Pero el sentimiento heroico que, en uno u otro grado, vivifica la poesía gauchesca durante medio siglo no ciega, de ninguna manera, las fuentes primitivas del canto; antes bien, se las puede observar en corrientes fecundas de renovación y enriquecimiento. Frente al campo, que excita la sensibilidad poética con elementos nuevos, está ahora la ciudad, que aporta notas de contraste al cuadro de la vida. El campo y la ciudad se complementan necesariamente en la actividad económica, pero reclaman sus fueros propios y se rechazan en la poesía. El gaucho y el pueblero son adversarios: se miran con repugnancia instintiva, pero no se acometen de hecho. El arma es la sátira. Esta aversión entre el tipo urbano y el rústico, prosopopeya de la cultura contra la ignorancia, es sobre todo, recurso poético que da color y vivacidad al contraste de los sentimientos personales, y así aparece ya en la poesía española de sabor popular, en Juan del Encina, en Lucas Fernández, en Torres Naharro. Cuando el pastor sayagués, abandonando el hato y la cabaña, entra en la ciudad con los aderezos del pellico, los zaragüelles y el zurrón, y se expresa en su lengua rústica, provoca la risa de las gentes y es objeto de burlas y repelones. El villano tiene motivos para zaherir después a los de la ciudad ⁴. Lo mismo en la poesía

⁴ Los rústicos españoles en esos tres poetas son idénticos a los que la historia señala casi en la misma época. Ufanos de su genealogía pastoril aparecen con blasón nuevo en tierras de América y provocan también la burla de las gentes urbanas:

«Viendo el padre Bartholome de las Casas los males que hazian los

gauchesca : cuando el paisano baja al pueblo con paso inestable, porque sólo sabe andar a caballo, su chiripá, su poncho, sus botas de potro, su hablar campesino promueven la algazara de todos y el atrevimiento de muchos. En todos los poetas gauchescos hay ejemplos regocijantes de tal situación. En Hernández tiene acento de filosofía grave: « Canta el pueblerito... y es pueta ; / canta el gaucho... y, ¡ ay Jesús ! / lo miran como avestruz, / su inorancia los asombra » (*MFiero*, II, 49-52).

Y, ¿ qué opone el paisano a ese comportamiento del hom-

españoles a los yndios salió de allí [Cumaná] y se fue a España y pidió a Su Magestad de merced le diese en thenencia aquellas tierras... Y que los hombres que avia de llevar avian de ser casados, y que los avia de honrar con franquezas y señaladas mercedes, porque fuessen señalados, y que él mismo yria con ellos... De manera que Su Magestad le dió doscientos (aunque otros dizen que fueron quatrocientos) labradores, los quales todos fueron señalados con unas cruces rojas en los pechos, y hordenados cavalleros conosciados ; a los quales todos dió dineros y mucho matalotaje y navios para proseguir su viaje, y assi luego se mostraron briosos y alentados, mostrandose cavallerosos. Los que se mostraron más con altivez y entonados fueron Pedro Mingo, Juan Martin, con otros, sin acordarse de la aguijada, ni de los bueyes y corderitos, ni del brinco ni respingo que davan al tiempo que tiravan el aguijada, sino que andavan muy lomienhiestos los domingos y fiestas, con muchas plumas en las gorras eoloradas, y el Padre reverendo en medio dellos. Y al fin se embarcaron todos en Sevilla, llevando por delante a sus mugeres, y muchos recaudos que les convenia llevar, de mucho vizcocho, vino y jamones, con otras muchas cosas de regalo..., y con esto hizieron vela hasta que llegaron a Cumaná. Los primeros que saltaron en tierra fueron Pedro Pasqual, Alonso Garcia, Pedro Cejudo, Juan Manajo y Hernan Beços, con otros, y luego salieron María Menga, Theresa Diaz, Sancha Garcia, Juana Luenga y María Lopez, con otras. Assi como llegaron, el capitan Gonçalo de Ocompo y los que con él estaban los rescibieron muy bien, aunque se burlavan dellos y de su manera de vestir... » (P. GUTIÉRREZ DE SANTA CLARA, *Historia de las guerras civiles del Perú*, lib, I, c. II, 36-37).

bre de la ciudad? La sátira socarrona, que hiere de muerte la incomprensión e inhabilidad del ciudadano ante las cosas privativas del campo, « porque esto tiene otra ciencia ». Y como no se penetran sus misterios sin el sufrimiento de las fuerzas de la naturaleza y el dominio del caballo, que al pueblerito le faltan de origen, el gaucho toma desquite, que le basta, con enrostrarle inopia y llamarle despectivamente marica y maturrango. En esa desdeñosa estimación está incluído el gringo, que es el extranjero asimilado a los hábitos del pueblo.

Esta ojeriza se manifiesta paralelamente en la poesía y en la historia, y no es lo menos como punto de observación; sólo que en la poesía, más depurada siempre en los sentimientos, es un resorte de gracia, que obra en la imaginación y no violenta el espíritu, mientras que en la historia es una pasión de odio, una fuerza viva que opera y se resuelve en reacciones de clase. Y así, al tiempo que los poetas, hasta Ascasubi, hacen tema literario de la repulsión entre gauchos y puebleros, Artigas y Güemes, Rozas y Quiroga, caudillos intolerantes, arrastran al gauchaje y le infunden animadversión contra el hombre de la ciudad, nativo o extranjero ⁴.

Retornemos al campo. Es la fuente natural de la poesía gauchesca. De ella surgieron, como vimos, los primeros

⁴ De esta realidad social se hace cargo Alberdi en las *Consideraciones* que dirige en 1839 al general Lavalle. La 5ª alude a los extranjeros: « Es en el pueblo y no en la campaña ni en las provincias donde el extranjero goza de más simpatía. Las masas campesinas y provinciales no transan jamás con lo que es extranjero; su patriotismo es puramente local y consiste en el odio a lo que no es del suelo nacional ». Las consideraciones 6, 12, 14, 24, 28, ilustran sobre el espíritu de la campaña contra el pueblo (Cf. A. JUSTINIANO CARRANZA, *La Revolución del 39*, Bs. Aires, 1880, p. 123).

temas. La realidad nos presentó, entonces, al campesino primitivo debatiéndose con los ganados cimarrones en la inmensidad de la llanura, a uno y otro lado del Plata. Quien desee renovar ahora la sensación de grandeza de esos campos y de las fuerzas vivas que obran en ellos desatadamente puede leer, en orden de tiempo, junto a las páginas de Azara, de Alvear y de Aguirre que toman las cosas en nuestra propia tierra, la *Memoria geográfica* (1785) de Andrés de Oyarvide, el *Informe al Virrey* (1790) de autor anónimo, y la *Memoria de los hacendados de Buenos Aires y Montevideo* (1794) al ministro Gordoqui, que tratan las cosas de la tierra uruguaya, y en todos esos documentos verá « estancias llenas de gauchos », peones que, sin permiso, hacen manzana de vacas y sacan corambre, asaltos al ganado del rey, conducción de innúmeras manadas con sus crías, correrías de jinetes en campo ajeno.

La poesía gauchesca renueva este fondo temático y lo enriquece con otros aspectos. Todavía repercuten en el *MFierro* la vastedad pampeana y la abundancia del ganado: « Tendiendo al campo la vista / no vía sino hacienda y cielo » (I, 215-6); « Todo es cielo y horizonte / en inmenso campo verde! » (II, 1491-2). Pero, ahora, la presencia de la estancia reduce la perspectiva. La actividad del trabajo concentra fuerzas dispersas. Aparecen tipos de aptitud especial. Cada uno tiene su jerarquía. Un ganadero acaudalado es el patrón de la estancia; a él obedecen el mayordomo y el capataz, y a éstos el peón, el arriero, el enlazador, el esquilador, el domador. Todos son gauchos, todos jinetes, todos domeñan el campo y los ganados. No saben leer, porque no tienen escuela; no saben orar, porque no tienen iglesia; pero la estancia disciplina su energía física, les afina el sentimiento de

la naturaleza, les da un orden de vida. La concentración colectiva de estas aptitudes viriles se hace, por estío y primavera, en la esquila y la yerra. Asistimos en tiempo propicio al bautismo de las ovejas, de las vacas y los potros. La yerra, sobre todo, es la expresión de la pujanza gauchesca. Se practicaba ya, en 1628, al solo efecto de poner la marca de fuego en los animales del ganado mayor. Ahora tiene proporciones de fiesta campesina, que celebra con emulación de la energía el bienestar de todos: es el desbordamiento de la habilidad musculosa y del optimismo de la vida. De estos tipos nuevos y de estas cosas renovadas se apodera la poesía gauchesca para acrecentar el caudal de sus temas ¹.

¹ Antes de la conquista española los indígenas de América usan dos voces propias, *zabana* y *pampa*, una antillana y otra quichua, para designar la llanura de extensión ilimitada. Los conquistadores de la primera hora introducen y aplican el español *estancia* a la heredad o predio que se recorta en tales campos, fuera de poblado, y se destina a cultivos agrícolas y ganaderos con el trabajo de los indios y negros. El término *estancia* y su derivado *estanciero*, generalizados en toda América, aparecen, en 1514, en el *Repartimiento de la Isla Española*, que hicieron los licenciados Pedro Ibáñez de Ibarra y Rodrigo de Alburquerque. Allí se ordena que dos vecinos antiguos de cada pueblo « fuesen por las *estancias* y asientos de los caciques, e rescibiesen juramento de los mineros y *estancieros* y otras personas que tienen cargo de los (dichos) indios » (*Colección de documentos inéditos para la historia de América y Oceanía*, I, 50). Cuervo, si bien tardíamente, repara en la americanización inicial de los dos vocablos españoles y asienta una observación exacta: « Puede decirse que la Española fué en América el campo de aclimatación donde empezó la lengua castellana a acomodarse a las nuevas necesidades, Allí se llamó *estancia* a la granja o cortijo, y *estanciero* al que en ella hacía trabajar a los indios » (*El castellano en América*, 73). Cuervo autoriza su afirmación con algunos textos del P. las Casas, que frecuentemente alude a la estancia americana, y otros del cronista Fernández de Oviedo. Parecerá extraño, después de esto, que el insigne filólogo no incluya en ninguna edición de sus *Apuntaciones críticas* las palabras *estancia* y *estanciero*.

Pero, esos hombres y esos objetos, el campo y el gaucho, ¿no tienen sombras que sobrecojan y replieguen el pensa-

ciero, ajenas ya del sentimiento español por su contenido regional y su valoración nueva. Pero él mismo confiesa, en 1903, su escaso contacto con la evolución lingüística en los países de América al tiempo de publicar la segunda edición de las *Apuntaciones*: «Por ese tiempo no tenía yo mayor conocimiento del estado del castellano en América, fuera de mi patria, ni había meditado sobre el particular» (*BHispanique*, Bordeaux, 1903, V, 58). A pesar de haber hecho después sagaces observaciones en primorosos estudios acerca del lenguaje hispanoamericano, sin excluir a los poetas gauchescos, Cuervo no reparó la omisión de ambos vocablos en su libro clásico.

A las citas de *estancia*, que Cuervo adujo, Henríquez Ureña agrega múltiples indicaciones de otros autores, a saber: Hernán Cortés, Díaz del Castillo, Cieza de León, licenciado Echagoyen, Alonso de Zuazo, Juan de Castellanos, Lope de Velazco y Fr. Reginaldo de Lizárraga. (*El Español en Santo Domingo*, Bs. Aires, 1940, p. 42, n.).

Allego, por mi parte, nuevos textos de los siglos XVI y XVII, en contribución al estudio histórico, que aun falta, de la estancia criolla de América. Cada autor suministra referencias particulares de la estancia para el conocimiento de su índole y estructura en el país conquistado. La cronología indica el año de la composición de los textos y no el del hecho histórico que, casi siempre, adviértase bien, es de tiempo anterior.

1518. A. DE ZUAZO: «que Su Alteza me haga merced de una de sus *estancias* que acá tiene [en Santo Domingo], con las grangerías que en ella hay..., porque no hay sino gallinas e maíz e algunos ganados, e yuca» (*Carta a monsieur Xevres*, en *Col. doc. inéd. de Amér. y Oceanía*, I, 331).
1520. H. CORTÉS: «rogué al dicho Montezuma que en aquella provincia de Malinaltepeque [en Méjico]... hiciese hacer una *estancia* para V. M. / estaban sembradas (a los dos meses) sesenta hanegas de maíz y diez de frijoles, y dos mil pies de cacao; / pusieron hasta mil y quinientas gallinas, sin otros aderezos de grangerías» (*Cartas*, IV, 94).
1539. F. DE MONTEJO: «para ello (la jornada) empeñé mis haciendas... y vendí mis *estancias* y ganado [en Honduras], demás de otros dineros que me prestaron» (*Carta al Emperador*, en *Col. doc. inéd.*, II, 236).

miento ? Me parece de gran interés conocer las propias reflexiones del gaucho. Están en una olvidada página de Muñiz,

1547. A. ENRÍQUEZ : « a las casas del campo [en Puerto Rico], a do tienen sus haciendas, llaman *estancias*. Hay muchas y muy buenas » (*Vida y costumbres*, en *Col. doc. para hist. de España*, LXXXV, c. XLII, 237).
1552. C. DE MOLINA : « los valles y las tierras donde moraban [los indios del Perú] están vacíos de hombres y muy llenos de ganados y *estancias* de los españoles » (*Relación*, en *Libros raros y curiosos*, XXI, 269).
1553. C. DE LEÓN : « muchas y hermosas *estancias* [en Perú], que son a la manera de las que llamamos en nuestra España alcañías o cortijos ; tienen los españoles en ellas sus ganados » (*Crónica*, c. XXX, 99).
1555. FR. T. DE MOTOLINÍA : « Quanto a las *estancias* de los ganados [en Méjico] ya casi por todas partes se an sacado los ganados que hacian daño, especialmente los ganados mayores, no por falta de grandes campos, mas porque los traian sin guarda » (*Carta al Rey*, en *Col. doc. inéd.*, XX, 194).
1568. B. DÍAZ DEL CASTILLO : « que hiziessen (los soldados) una gran *estancia* de cacaguatales y maizales [en Méjico], y pusiessen muchas aves de la tierra, y otras grangerías que avia de algodón » (*Historia verdadera de la conquista de la N. España*, c. CIII, f. 82, v.).
1569. LIC. ECHAGOYAN : « Los labradores de estos ingenios y *estancias* [en Santo Domingo] son negros, porque solamente el mayordomo y mandador son españoles, y algunos maestros de hacer azúcar... El ganado de esta tierra es mucho... multiplicaba al tercio... se hallaban cuatrocientas mil vacas de rodeo. Quanto al ganado ovajuno... serán hasta cincuenta mil cabezas, y tres mil cabras, y las yeguas y mulas y caballos monteses son sin número » (*Relación de la Isla Española*, en *Col. doc. inéd.*, I, 16).
1571. D. FERNÁNDEZ : « los tyranos se retraxeron a una *estancia*, de hato de ganado, que es media legua de la ciudad » (*Historia del Perú*, P. II, lib. 1º, c. IX, f. 14).
1573. A. DE ZORITA : « en otras partes [en Méjico] están (los indios) tan cercados de *estancias* de ganado mayor, y son tantos los daños que dellos reciben, que lo poco que siembran se lo comen y destru-

que reproduce el hablar espontáneo de un paisano de 1840 :
« Mire, eñor, el campo es lindo, el campo da hambre, da

yen, porque anda el ganado sin guarda... » (*Breve y sumaria Relación*, en *Col. doc. inéd.*, II, 29).

1579. SARMIENTO DE GAMBOA : « En la isla [Santiago] no se da trigo, pero dase ganado vacuno y ovejuno /... hai algunos ingenios de azúcar y heredades de maíz /... hai otras nueve islas en su contorno que no tienen pueblos, sino *estancias* de ganado y heredades de algodón y frutas y mieses » (*Viaje al estrecho de Magallanes*, 360).
1586. CALVETE DE ESTRELLA : « se intimó a los Oidores [en Perú] para que no tuviesen grangerías ni *estancias*. /... vendió el uno dellos una chacara que tenía, en la cual, con dos negros y un par de bueyes, pensaba de coger trigo para el gasto de su casa » (*Relación*, en *Col. Escrit. Cast.*, II, lib. V, c. I, 342).
1594. J. DE PINEDA : « tiene [Quezaltenango] dos *estancias*,.. y en estas *estancias* tienen los vezinos... myllpas de cacao » / « tyene [Tequecistlan] buena comunydad y una *estancia* muy buena de yeguas de donde sacan potros que venden » (*Descripción de la provincia de Guatemala*, en *Col. lib. y doc. hist. de Amér.*, VIII, 436, 47).
1607. ANÓNIMO : « Las *estancias* de ganado vacuno y la cría y aprovechamiento dél son de alguna más importancia, porque se hallan en todo el distrito setenta y dos *estancias*. Unas dellas son estables, que tienen huerta y platanar y árboles, y biven en ellas españoles, mulatos y negros. Otras son mudables, hechas solo para asistir a sementeras de maíz... » (*Descripción de Panamá y su provincia*, en *Col. lib. y doc.*, VIII, 171).
1626. FR. PEDRO SIMÓN : « cuatro mil ducados..., de ayuda de costas para los gastos de la gente de las conquistas, que pudiese repartir a los pobladores, solares, tierras y *estancias* de pan y ganados [en Colombia] según la calidad de cada uno... » (*Noticias históricas*, P. II, not. 1ª, c. VIII, 29).
1639. RUÍZ MONTOYA : « no siembran [los indios, en Paraguay], pero cogen de los sembrados de los españoles, hurtando lo que pueden, y muy de ordinario entran en las *estancias* de ganados y matan lo que quieren » (*Conquista espiritual*, c. VIII, 40).
1640. REQUEJO SALCEDO : « se salió al campo muchisima gente aquella

sueño y da sé. Está cubierto de flores que incanta y que son una maraviya ; tiene agua en los médanos y lagunas,

noche a poblar las huertas, *estancias* y hatos, que en los alrededores de la ciudad havia » ; / Los términos donde se han hecho *estancias* y grangerías son grandes, porque la tierra es dispuesta para ello ; hanse plantado muchas frutas de Castilla, como granadas, uvas y membrillos... » (*Relación histórica y geográfica de la provincia de Panamá, en Col. lib. y doc. hist. de Amér., VIII, 47, 73*).

1646. FR. A. DE OVALLE : « tiene aqui [en Maule] un religioso convento la relijion de San Agustin para ayuda de los españoles, indios y negros que habitan las riberas y valles de este rio, que son muchos, divididos en varios lugares, que son como aldeas y se llaman *estancias* » (*Histórica Relacion del Reyno de Chile. lib. I, c. VIII, 39*).
1653. FR. B. COBO : « con esta mudanza de Lomas y Sierra [en Perú] se mantienen muchos hatos y *estancias* de ganado mayor que hay en los Llanos » (*Hist. del Nuevo Mundo, lib. 2º, c. XV, 187*).
1662. F. JARQUE : « con las vacas podrían (los misioneros) entablar entre aquellos montes [en Paraguay], fértiles de yerba, una *estancia* » (*Vida del Padre A. Ruíz Montoya, lib. I, c. XXI, 283*).
1676. FR. P. DE OVALLE : « porque solemos ir a las *estancias* cercanas [en Guatemala] a pedir por Dios algun sustento, por no tenerlo, ha escrito contra mí y el P. de Guevara, diciendo no asistimos en los pueblos, y que nos andamos vagueando de *estancia* en *estancia* » (*Razón del estado, en Col. lib. y doc. hist. de Amér., VIII, 382*).
1684. A. DE SOLÍS : « Tenía Francisco de Montejo [en la isla de Cuba] cerca de la Habana una de las *estancias* de su repartimiento ;... sería bien acercarse a ella y proveerse de algunos bastimentos... » (*Historia, I, 286*).

Los datos relativos a la estancia en el Río de la Plata serían materia de un capítulo especial. Por lo que hace a nuestro país hay que partir del *Repartimiento* de Garay (1580), que adjudica *suertes de estancia* a los pobladores. Desde un principio la estancia argentina se caracteriza por el desarrollo portentoso de la ganadería, fundamento de nuestra economía rural.

que cuanto más se bebe de eyas da más sé : en el campo se puede decir que no encomodan el frío ni el calor ni los in-sestos. A pastizales ¡Virgen santísima !, en cuatro ías se ponen potentes los mancarrones, gordazos e capaúra. Va uno trompesando en cerriyos, lindos pa mangruyar a los indios, toíta la vía enemigos de los cristianos : si paese el ñor echó su bendisión sobre aqueyos campos, pa ricriación de sus creaturas. Agora bastimentos, pa qué es platicar : hai que es barbaría ; hai mulitas, pelúos, gamas, quirquinchos, venaos, liones, perdices ; güevos y pichones de toos los pájaros en las lagunas, en los guaicos y entre las pajas ; en fin, de too bicho. Bagualáa, hai que da mieo ; avestruzáa, eh pucha !, avestruzáa, hasta esir basta. En los campos toos los achaques se curan, hasta la tis. En eyos naides ha visto mágicas ni cosas malas ; sólo en la sierra, isen los antiguos que había salamancas y músicas toítas las noches, pero ni eso hai agora siquiera. E día el campo es de uno, y e noche no hai cosa más linda que dormirse sobre las caronas, al ruído e las pajas. En fin, no se le haga faula ; en los desiertos olvida el hombre hasta la ingratitú e mala correspondiensa e las mujeres.

Pero, ñor, no hay que fiarse en toos esos halagos, porque el campo es también engañoso como la sirena. Él atraí al hombre, lo encanta y lo aquerencia, pero al fin él se lo come. El más gaucho viene, por último, a dejar ¡sus güesos blanquiando entre las pajas o a oriyas de una laguna ! » (*Escritos*, pág. 254).

He ahí el miedo del gaucho, que le achica el corazón. El sentimiento de la naturaleza le crea también una mezcla confusa de sentimientos religiosos y supersticiosos. La vastedad pampeana, el misterio de los fenómenos naturales, el trueno, el rayo y el relámpago lo sobrecogen y llenan de terror.

« Cuando la tormenta pasa — dice Sarmiento — el gaucho se queda triste, pensativo, serio, y la sucesión de luz y tinieblas se continúa en su imaginación » (*Facundo*, c. II). La poesía gauchesca refleja esos estados de alma : colora y vigoriza sus temas con la alegría y el dolor del hombre de campo.

Una última fuente, de corrientes nuevas, sale de la vida del desierto. El escenario es infinito : empieza al sur del Salado, en las fronteras de las estancias, y se dilata hasta los aldeaños de la Cordillera. El desierto es el dominio del indio. Cuando éste perdió su pavor al caballo de los españoles, dejó de andar a pie y se hizo jinete insuperable, se alzó a mayores y fué el enemigo mortal del cristiano ⁴. Las incursiones

⁴ La visión del caballo en sus propias tierras produjo en el indio americano un sentimiento de estupor. El hecho se reproduce en todas partes, desde las provincias de Castilla del Oro hasta las del Río de la Plata, cada vez que los españoles entran a la conquista. Los cronistas no dejan de apuntarlo durante el siglo XVI. He aquí algunos testimonios : « Fué tanto el miedo que los indios [del Darien] cogieron de las yeguas que, huyendo dellas, se encaramaban en los árboles, de manera que no había quien les hiziese abaxar » (ESPINOSA, *Relación* (1516), en *Col. doc. inéd.*, II, 499). / « los cavallos son los que han de sojuzgar y lo que los indios universalmente temen » (ÁLVAR NÚÑEZ, *Relación* (1555), I, c. XXV, 94). / « Era cosa muy de ver quán temidos eran los cavallos por todos los indios de aquella tierra y provincia [Paraguay], que del temor que les avian les sacavan al camino para que comiessen muchos mantenimientos, gallinas y miel, diziendo que porque no se enojassen que ellos les darían muy bien de comer » (PERO HERNÁNDEZ, *Comentarios*, I, c. VII, 173). / « en las guerras con los naturales han sido gran parte los cavallos para conseguir la victoria, los cuales, con sola su vista, ponían gran terror y espanto a los indios. La admiración que los cavallos causaron a los indios, luego que los vieron, excede a todo encarecimiento ; porque en casi todas las provincias de la América tuvieron al caballo y al caballero por una sola cosa, pensando que estaban unidos... Quedaban como fuera de sí, de estupor, viendo correr un español a caballo... » (COBO, *Historia*, II, lib. X, c. II, 350).

primeras que, en el transcurso del siglo xvii, hacen los salvajes, penetrando en las chacras para destruir las sementeras y arriar los ganados, son ensayos de las invasiones organizadas que luego se llevarán a los pueblos nacientes. Todavía tienen ese carácter preparatorio los asaltos de los indios a los campos y vecinos de Santa Fe, de que da cuenta el sargento mayor don Pedro de Arizmendi, en 1718, al gobernador de Buenos Aires. Pero con tales tanteos los bárbaros se han asegurado de la debilidad del gobierno y de la condición indefensa de las ciudades, y esto es lo bastante para organizar el malón en regla. Entonces los pampas y los ranqueles se adueñan del desierto y preparan sus planes de devastación. Las tribus tienen una organización política y militar, única en su género; el cacique, el capitanejo, el adivino, la hechicera, la chusma, todos tienen jerarquía propia y una misión, así en la guerra como en la paz. Al promediar el siglo xviii están en terrible efervescencia. En 1738 hacen irrupción en los pagos pingües de la Magdalena; en 1742 y 44 asaltan Luján y Cañada de la Cruz, «matando, cautivando y, a un mismo tiempo, robando las casas y haciendas de campo», dice el informe del Cabildo de ese año de 1744. De aquí en adelante, hasta que llegue la hora de su completo exterminio en 1879, los pampas y ranqueles proseguirán en su insolencia de entrarse a sangre y fuego en las estancias y los pueblos.

El desierto, la tierra adentro, es el terror de las gentes civilizadas: allí maquinan la perfidia, la traición y la alevosía del salvaje contra el poder de la autoridad constituida y la vida pacífica de la ciudad; allí paran y se destruyen los ganados, que son riqueza de todos, arrebatados en número infinito de las estancias; allí padecen de miseria y de dolor,

esperando la muerte, los cautivos cristianos ; el odio de las chinas perversas apresura los días de las mujeres blancas ; la arrogancia de los indios crueles agota el sufrimiento de los hombres civilizados.

La poesía gauchesca, desde Ascasubi, acrecienta el acervo de sus temas con la vida del desierto y la furia desatada y mortífera del malón.

6. Que el gaucha es músico y poeta a su manera lo vimos en la manifestación incipiente de los campesinos del siglo XVIII, que componían coplas y se acompañaban con la guitarra. Es lógico pensar que esta actitud individual debió florecer después más fecundamente con otras sensaciones de la vida y otros estímulos. La sensibilidad poética, excitada por una actividad más compleja del mundo gauchesco y los azares de la patria, en la primera mitad del siglo XIX, podría alimentar la vena lírica y heroica del nuevo cantor. Y así fué. Un individuo anónimo, un gaucha típico, dotado de memoria, de inventiva y disposición para el canto, surge de la muchedumbre y asume el destino de avivarla, en todas partes, con el recuerdo de los hechos hazañosos o los infortunios de otros hombres y con las alternativas de su existencia personal. Es el cantor de la primera hora de la anarquía y convulsión de nuestras fuerzas sociales, recuadrado por Hidalgo : « así yo, de rancho en rancho / y de tapera en galpón/ ando, triste y sin reposo, / cantando con ronca voz, / de mi patria los trabajos, / de mi destino el rigor » (*Diálogo*, vv. 77-82).

Hay que revisar la divulgada opinión de que este gaucha cantor es un juglar o un recitador frío que busca su pitanza. Muy al contrario, este músico original, que canta con voz propia y se acompaña con la guitarra, es un gaucha apasio-

nado y activo en los sucesos que refiere, un actor de guapezas, de osadías y desgracias personales, que procura impresionar a sus oyentes en rueda, inflamarles el corazón, arrancarles admiración y aplausos y, al fin, nótese bien, contar con el amparo y la protección de los más, si el caso llega, para no caer en las manos de la justicia perseguidora.

Los testimonios de estas andanzas del cantor anónimo nos han quedado en Sarmiento y en Muñiz. Ambos escriben coincidentemente en 1845; el uno, en Chile; el otro, aquí; el primero, lejos del ambiente, a impulsos de recuerdos literarios y de una intuición genial; el segundo, en el propio medio, con observación directa de las cosas y con emoción personal.

Oigamos a Muñiz: «el gaucho... refiere, en su estilo fanfarrón y parabólico, sus aventuras... Cuenta hiperbólicamente cuántos tajos ha dado en sus pendencias desaforadas; la burla que hizo de la justicia y, tomando con irónica mansedumbre permiso de las damas presentes, refiere el caso en que, por desleal, castigó a una mujer cortándole el pelo; el baile en que trozó las cuerdas, sólo por buscar camorra o por desquitarse del tocador, que le arrebatava las miradas o los aplausos de algunas de las asistentas...; y el susto que recibieron los concurrentes cuando, habiendo apagado las velas del fandango, ganó la puerta, con el facón en la mano, e impuso pena de la vida al que atravesara los umbrales» (*Voces*, n. 97). Aquí están, como se ve, los temas de invención, las arrogancias personales con que el cantor descubre y muestra de cuerpo entero su yo.

Oigamos a Sarmiento: «El cantor anda de pago en pago, «de tapera en galpón» (este verso prueba que el autor leyó a Hidalgo), cantando sus héroes de la pampa, perseguidos por

la justicia, los llantos de la viuda, a quien los indios robaron sus hijos en un malón reciente, la derrota y la muerte del valiente Rauch, la catástrofe de Facundo Quiroga y la muerte que cupo a Santos Pérez». Y más adelante: « El cantor mezcla entre sus cantos heriocos la relación de sus propias hazañas. El año 1840, entre un grupo de gauchos, a orillas del majestuoso Paraná, estaba sentado en el suelo, y con las piernas cruzadas, un cantor que tenía azorado y divertido a su auditorio con la larga y animada historia de sus trabajos y aventuras. Había ya cantado lo del rapto de la querida, con los trabajos que sufrió; lo de la *desgracia* [es decir, un homicidio] y la disputa que la motivó; estaba refiriendo su encuentro con la partida y las puñaladas que en su defensa dió, cuando el tropel y los gritos de los soldados le avisaron que, esta vez, estaba cercado » (*Facundo*, c. II).

Sarmiento renueva los temas de invención gauchesca, apuntados por Muñiz, y agrega los narrativos de sucesos históricos. La alusión a los pampas, que todo lo arrasaron en los malones terribles de 1829 a 1831; la muerte de Rauch, rayo de la espantable caballería, lanceado por los mismos indios; el asesinato de Quiroga y el fusilamiento de Pérez, jefe de los emboscados asesinos, evocan hechos de la anarquía argentina, que no van más allá de 1835.

Estos cantores anónimos, estimulados por la simpatía popular de su misión, debieron multiplicarse en número y disputarse los sufragios de los gauchos. De aquí nació una competencia de los ingenios afamados, que debía concluir en el triunfo del más agudo y excelente para el público. Éste fué por antonomasia el payador. Su categoría es mucho más alta que la del simple cantor. La alcanza en la contienda, que es la payada, con el vigor de la inspiración y el adiestramiento

de la agilidad mental. El arte de payar, como lo describe Muñiz, tiene singulares caracteres y exigencias: « Improvisar, entre dos, cualquier asunto, cantándolo en verso contradictorio al son de dos guitarras. La dificultad principal para ambos vates consiste en la prontitud inmediata de redargución; en el deber tan forzoso, casi siempre, de versificar sobre materia alusiva a la expuesta por el contendor, y en la necesidad de ceñirse al consonante del último verso de aquel que es, para ambos, regularmente un cuarteto » (*Voces*, n. 17). Se comprende así sin esfuerzo que ese ejercicio de repentizar ante los gauchos apasionados diese al triunfador, como apunta Muñiz, « el más esclarecido prestigio y la más alta nombradía ». En este encumbramiento la fama popular ha puesto a Santos Vega. Nadie puede documentar hoy su vida corporal y su obra poética. Es un nombre y un símbolo, una fuerza y una gracia misteriosa en la creación del payador, que tienden a exaltar los orígenes de la poesía gauchesca.

EN TORNO DEL MONÓLOGO DE HAMLET

LA VIDA Y LA MUERTE

La grandeza del teatro de Shakespeare reside en su « humanidad » ; esto es, en que sus personajes sienten, piensan, obran, odian, matan, perdonan y se arrepienten como simples seres humanos. No hay monstruos en ese teatro magnífico, que es todo un mundo creado por el genio de un hombre extraordinario. No hay monstruos de bondad ni de maldad, de excelsitud ni de perversión. Y no porque el gran poeta haya ahorrado la presentación de situaciones hondamente trágicas, ni porque falte en su teatro la mayor diversidad de caracteres. Todo ello existe, pero es humano. El lector de la obra inmortal como el simple público auditorio, se reconocen o reconocen a sus prójimos en los personajes en escena. No concibió Shakespeare esos seres impecables, dechado de perfecciones, que sólo están movidos por una virtud suprema y en quienes no entró jamás ningún sentimiento opuesto a rasgos tan sublimes. Ni hay en sus obras ese otro « tipo literario », a que han dado como aquél tanta boga las novelas inferiores y el teatro convencional, el tipo del clásico « traidor », sólo movido por la envidia o el rencor contra todo y contra todos. Cuando Shakespeare muestra a un hombre bueno o a una mujer virtuosa, los presenta en medio de

las pasiones y los intereses de la vida, y los hace reaccionar según las notas esenciales de cada temperamento, sin disimular sus naturales defectos e inevitables desfallecimientos. Y lo propio cuando presenta un personaje inclinado al mal y agitado por bajas pasiones. Hay siempre una razón lógica que explica su conducta, que muestra el fundamento de su proceder. La única excepción que pudiera señalarse es la de Cáliban. Cáliban es en realidad un monstruo. Pero no puede olvidarse que *La Tempestad* es una comedia fantástica, en que los seres aéreos y los espíritus del bien y del mal, y las situaciones fabulosas, le imprimen un carácter especial, lo que explica largamente la personalidad de Cáliban que es más que todo un símbolo. Alguna vez se ha incluido también en ese número por algunos espíritus desavisados a Yago, el personaje siniestro de *Otelo* que explota la ingenuidad del Moro de Venecia hasta llevarlo al crimen contra su propia felicidad. En una obra espléndida, como pintura de ambiente y de caracteres, Ramón Pérez de Ayala ha hecho desfilar los personajes del terrible drama y ofrecido una explicación tan lógica y simple del desarrollo de éste, como que se halla puesto en boca de una mujer sin cultura, pero con un instintivo y profundo conocimiento de las cosas de la vida. *Troteras y Danzaderas* de Ayala, ha de quedar en la literatura como una magnífica interpretación de *Otelo*, a la par del *Wilhelm Meister* con que Goethe nos legó su visión propia del espíritu y el carácter de Hamlet.

El príncipe de Dinamarca es la más alta expresión humana de la duda. Es un carácter dotado de una perfecta unidad, como todos los de Shakespeare, lo cual no quiere decir por cierto que no reaccione en diferente forma ante situaciones diversas, o cuando se halla en otros tantos estados de espíritu.

Ello no obstante, la tragedia a que da el nombre porque es su propia tragedia, es tan rica de matices y de sugerencias, que apenas existe uniformidad entre los críticos para señalar los tonos de ese carácter y los móviles de muchas de sus acciones. ¿Hamlet amaba realmente a Ofelia? ¿La fuerza que dirige sus pasos sólo es el fantasma de su padre, o la profunda convicción del crimen cometido de consuno contra éste por su tío y su propia madre? ¿La locura que simula Hamlet concuerda un tanto o no con un real desequilibrio producido por el conocimiento del crimen? Éstas y otras interrogaciones se formulan los críticos, y no siempre concuerdan en las conclusiones a que arriban.

No es el caso de intentar decir la palabra definitiva. Basta el hecho consignado de la disparidad de opiniones entre autoridades magistrales para que se convenga en que sería absurdo pretender otra cosa al abordar el tema que discurrir sobre cosas bellas y gratas al espíritu, poniendo en ellas, por de contado, la inevitable nota personal, que no tiene, no puede tener, mayor valor que el de un juicio más, respecto a una de las cuestiones más interesantes surgidas en la atmósfera del mundo de Shakespeare que es un deleite respirar.

El monólogo es la clave de la tragedia. Sin entrar a hacer una incursión en el origen del argumento de Hamlet, extraído de una de las más antiguas sagas escandinavas, cabe decir desde luego que el monólogo es totalmente una creación de Shakespeare, tanto por su estructura como por su fondo. Y el monólogo como dicho por Hamlet es una interpretación magnífica del carácter de Hamlet.

A raíz del monólogo aparece Ofelia, quien tiene con su amado la violenta y amarga escena en que Hamlet la desengaña definitivamente, con sus arranques e incoherencias. El

príncipe dominado en absoluto por la misión de venganza que las circunstancias le han impuesto, comienza por hablarle desaprensivamente, para decirle luego con escepticismo pero con bondad: « Véte a un convento ¿por qué has de ser madre de pecadores? ». Y luego, antes de repetir una y más veces el doloroso consejo, lo hace reposar en estas palabras desilusionadas pero generosas: « Aunque seas tan casta como el hielo y tan pura como la nieve no escaparás a la calumnia »; para terminar diciendo: « Véte, véte a un convento! ». La correlación entre esa escena y ese monólogo pone a la luz cómo para Hamlet su amor por Ofelia es inferior en absoluto a los sentimientos y pensamientos que lo dominan por entero. Desde luego, el monólogo no hace mención alguna de Ofelia. Las palabras « the pangs of despised love » no se refieren por cierto al amor de Hamlet, aunque pudieran referirse al amor de Ofelia. En este último caso ello sería una comprobación más de que la desilusión amorosa no aumentaba su propia vacilación para obrar, y que sólo se hacía reflexiones de carácter absolutamente general al imaginar el dolor que causaría a Ofelia por lo que inmediatamente habría de ocurrir. Por lo demás, el monólogo es por su naturaleza una serie de razonamientos en voz alta y en ellos no acusa Hamlet una sola incoherencia de las que comete cuando no habla para sí mismo o se dirige a Horacio, su amigo preferido. Habla entonces con una lucidez extraordinaria y sus palabras son en ese pasaje más que nunca inmortales. Por ello, el monólogo aclara dos de los problemas planteados: el equilibrio moral de Hamlet y su falta de amor por la pobre Ofelia.

La otra interrogación formulada, sobre la influencia en Hamlet del espíritu de su padre, que se aparece ante él armado de todas armas, se halla también contestada por el monó-

logo en forma definitiva y concluyente. El punto tiene doble interés, pues se vincula estrechamente a un tema más general: cuál es el sentido de lo sobrenatural en Shakespeare, dado que el problema se plantea no sólo en Hamlet, sino también en Macbeth, en Julio César, en Ricardo III, sin contar con los espíritus fantásticos que aparecen en *La Tempestad* y en el *Sueño de una Noche de Verano*. Desde luego, es necesario establecer si lo sobrenatural ha sido presentado por Shakespeare en las cuatro tragedias, con un significado común, o si en cada una de ellas tiene carácter diferente. Si se toman por ejemplo las apariciones de Hamlet y de Macbeth, encontramos que ellas presentan hasta semejanzas de situación: Hamlet ve la sombra o el espíritu de su padre, y su madre no; Macbeth se aterroriza ante el espíritu de Banquo, que nadie ve en su derredor, ni aun la reina, quien es exhibida así por el genio del poeta como incapaz de arrepentirse del crimen cometido ni de medir su enormidad. Por eso un autor dice: « La prueba más concluyente del poder de la imaginación es que los espíritus sean visibles para Hamlet y Macbeth ». Los « espíritus » en el mundo de Shakespeare no significan sino la corporización física de las imágenes conjuradas por una vívida fantasía, y su aparición sólo es visible para aquellos que tienen una excitable imaginación. La fría Gertrudis no ve el espíritu de Hamlet; la fría, insensible Lady Macbeth no ve al de Banquo. Se ha objetado que es ésta una teoría caprichosa porque Marcelo y Bernardo, que son simples soldados, ven el espíritu de la víctima de Claudio, y sería arbitrario considerarlos dotados de una imaginación excitable, aparte de que también lo ve Horacio, a pesar de su carácter escéptico, y de que afirmó que el « espíritu no aparecería ». En realidad, ello nada prueba. Un hombre, sea soldado

o no, puede poseer una verdadera hipersensibilidad, y ésta no depende de convicciones más o menos arraigadas como las de Horacio, sino del temperamento individual. Además, el siglo de Shakespeare fué un siglo supersticioso, y nada de extraño tiene que soldados supersticiosos pero ignorantes, y quizás supersticiosos por eso mismo, padecieran una alucinación a altas horas de la noche y creyeran ver en medio de ella al rey, cuya muerte tenía necesariamente que haber impresionado el ánimo de todos sus soldados. Habría que convenir en que los « espíritus » han sido presentados arbitrariamente por el genio de Shakespeare sin responder a criterio alguno o que el punto de vista contrario es inatacable. Lo sobrenatural no es así un hecho objetivo sino subjetivo. Es claro que el autor ha tenido que dar formas humanas a esos espíritus, para que el público comprenda el sentido de las apariciones, pero de ello no se sigue que Shakespeare los considerara dotados de realidad, pues entonces carecería de sentido que para los otros personajes en escena no fuesen visibles. Las palabras que pone Shakespeare en boca de Bruto, al desvanecerse la sombra de Julio César, comprueban esta teoría de lo subjetivo en lo sobrenatural en Shakespeare: « Now I have taken heart, thou venished »...

El carácter de Hamlet, o más bien, su temperamento, explica dramática y realmente que en su imaginación sensible viviera la imagen del espíritu de su padre. Por eso el « espíritu » es un elemento de acción de grande importancia en la tragedia de Shakespeare: porque lo sobrenatural está así íntimamente ligado a lo natural. Bradley lo señala en su ya clásica obra *Shakespearean tragedy*: « cualquiera que haya sido la intención, el resultado es que el fantasma no sólo afecta la imaginación como la aparición de un rey muer-

to que desea el cumplimiento de « sus » designios, sino como la representación de un poder oculto final, el mensajero de la divina justicia para instigar la expiación de las ofensas que aparece imposible a los hombres descubrir o vengar, un símbolo de la conexión del limitado mundo de la experiencia ordinaria con la vasta vida de la cual no es sino una apariencia parcial ».

Por lo demás, lo sobrenatural ha sido así presentado por Shakespeare no sólo con una admirable relación con el carácter del personaje central, sino como parte substancial de la estructura de la obra. Aparte de la influencia moral que una revelación de ultratumba pudiera tener sobre la débil voluntad de Hamlet para llevarlo a la acción, no debe dejarse de recordar que nadie en la corte de Dinamarca podía revelar al príncipe el asesinato de su padre cometido por su sucesor en la corona y en el amor de su madre. De ahí, que lo sobrenatural juegue una función dramática trascendental en el desarrollo de la obra, de cualquier punto de vista que se la considere.

Pero tampoco es posible atribuir a lo sobrenatural una influencia exclusiva sobre el espíritu de Hamlet. Desde luego, el desventurado príncipe no da fe a sus propios sentidos y recurre a la representación de la muerte de Gonzago para desenmascarar al Rey Claudio y conocer por fin la verdad. Y además : el monólogo nos demuestra que lo que lo agita en esa exteriorización de sus pensamientos, de sus sentimientos, de sus interminables dudas es en él más potente que la sombra de los aparecidos. Más aún : tan hondo es su ensimismamiento que contiene el monólogo esta aparente contradicción con las escenas anteriores a que se ha hecho referencia al hablar de la muerte, pues a pesar de todo lo ocurrido se

refiere a la muerte como a « la ignorada región de cuyos ámbitos jamás tornó el viajero ».

No hay en realidad contradicción porque en ese momento aun duda Hamlet de que la sombra sea realmente el alma de su padre o un espíritu infernal. Y su duda es total y abarca todo lo que cae bajo la acción de sus sentidos. Está encerrada en estas palabras que dirige a Horacio en lo más agudo de su crisis: « Hay más cosas entre el cielo y la tierra, Horacio, que las que sueña tu filosofía ». Y tal vacilación, tal duda, es lo que da carácter y vida al monólogo inmortal. La duda es a la vez lo que define a Hamlet como hombre, y aunque él reniega de ella, tiene que reconocer que la reflexión mata en el hombre todo impulso.

« Y las grandes empresas se aniquilan, cuando el nombre de acción no han alcanzado ».

Y así termina el monólogo porque esos dos versos finales son el resumen de su pensamiento. Como lo dice Schiller, « quien reflexiona mucho, obra poco ». Hamlet es un espíritu profundamente reflexivo. Y si algo fuera necesario decir para demostrarlo bastaría recordar la profundidad de sus pensamientos, especialmente en el monólogo. Y porque reflexiona mucho y hondamente, carece de las condiciones de lo que se llama « un hombre de acción ». Por eso no obra sino cuando está aguijoneado por circunstancias de hecho, que se le presentan a pesar suyo y que lo precipitan a la acción. Y ello es lo que hay de más trágico en el héroe de la tragedia.

Esa traducción del monólogo que va a continuación, es una mera tentativa de verter a nuestro idioma esa página inmortal: inmortal porque puede desprenderse de la obra como una pieza independiente, porque sus razonamientos son eternos como el bien y el mal, y porque además de ello, son

la definición de un alma humana, y quizá debiere decirse « del alma humana ». Se ha hecho la traducción en el mismo número de versos del original. Y si se intenta en verso es porque ésa es la única manera de acercarse a la forma en que el poeta cantó a la duda, si es lícito expresarse así. El verso no es susceptible de « traducirse » sino en verso. Si un verso es puesto en prosa, aún en el mismo idioma original, la forma de expresión habrá variado substancialmente. Por eso el que traduce debe « re-crear » usando de los mismos medios del autor. Recoge de éste no sólo el pensamiento y las palabras con que se expresa : debe recoger también los medios de expresión. Eternamente se dirá esta verdad vieja : que la traducción no es nunca como el original. El pintor que copia un cuadro, se vale exactamente del mismo procedimiento del autor. El traductor de una poesía no puede hacer lo propio, porque los colores varían en los diferentes climas. Y los climas son los idiomas. Por eso la traducción no será nunca como el original, y menos que nunca si el original es de Shakespeare. Pero el traductor que ponga amor en su obra, no debe rehuir las dificultades sino afrontarlas, sin otro afán que la belleza.

El monólogo está escrito en versos blancos. Pero el verso inglés tiene un ritmo de que no es susceptible el español sino en forma fragmentaria y por ello defectuosa. El verso inglés se mide por pies acentuados, de modo que puede prescindirse de la rima sin que deje de percibirse su acentuado ritmo. El verso blanco español no cuenta con ese auxilio poderoso y por ello en la traducción que va a leerse se ha empleado la rima asonante en los versos pares, como un medio de substituir la estructura del original. Macpherson en su traducción integral de la obra shakespiriana se ha sujetado en

absoluto al original. Pero ello hace desmerecer su admirable versión española, que constituye por lo demás un esfuerzo gigantesco, no reconocido por cierto por la crítica que se muestra a veces desdeñosa e indiferente ante obras cuya magnitud no todos pueden alcanzar.

He aquí el monólogo de Hamlet :

Ser o no ser : la gran cuestión es ésta :
 ¿ Es más noble que el alma sufra el dardo
 Y el golpe rudo de la vil fortuna
 O contra un mar de angustias se arme, en cambio,
 Y frente haciéndoles las aniquile ?
 Morir, dormir, no más. Y si pensamos
 Que en un sueño concluimos con las penas
 Y tormentos fatales que ha heredado
 La carne... ¡ cómo no desear tal sueño !
 Morir, dormir, dormir, soñar acaso,
 Tal el peligro... el sueño de la muerte
 ¿ Qué ensueño nos traerá cuando perdamos
 La envoltura mortal ? ¡ Ésa es la causa
 De que los males nuestros vivan tanto !
 ¿ Pues del tiempo el azote quién sufriera,
 Del déspota el ultraje y de los vanos,
 Los desmanes de amor, al juez tardío,
 Del empleado el orgullo, y el escarnio
 Que de los necios la virtud recibe
 Pudiendo la quietud haber logrado
 Con un desnudo acero ? ¿ Quien cargara
 Con fatiga y sudores ese fardo,
 Si el temor al misterio de la muerte —
 La ignorada región de cuyos ámbitos
 Jamás tornó el viajero — no le hiciera
 Perder la voluntad y soportarlo
 Antes que huir hacia ignorados males ?
 ¡ Cobardes así ha hecho a los humanos
 La conciencia, y así el primer impulso

Ante la reflexión cae en desmayo,
Y las grandes empresas se aniquilan
Cuando el nombre de acción no han alcanzado !

Estas reflexiones de Shakespeare sobre la muerte, se completan con otras sobre la vida e implícita está la correlación entre uno y otro tema, en el monólogo mismo. Como corresponde a la naturaleza de esos temas, el poeta habla de la muerte en una tragedia, y de la vida en una comedia. Pero dicha comedia no es por cierto una obra ligera y regocijada. Falta el elemento trágico, pero es amarga como un drama moderno.

Measure for measure que es la comedia de la referencia, ha sido traducida literalmente como « Medida por medida ». Pero tal expresión no es usual en español, y no da idea del pensamiento del poeta. *Measure for measure* quiere significar : « con la misma vara que midas, serás medido ». Una traducción exacta de ese título de la comedia sería : « Ojo por ojo » ... Bien : en dicha comedia el Duque de Viena simula un viaje y entrega el gobierno a uno de los hombres de más alto prestigio de la ciudad. El Duque permanece en ella disfrazado con el propósito de ver de cerca cómo proceden sus súbditos y especialmente el delegado del gobierno. Éste condena a muerte a un hombre, llamado Claudio, por un delito que podría titularse de libertinaje. La sentencia no se cumple porque para ello vela el Duque, con tanto mayor motivo cuanto que descubre que el mismo delito y con circunstancias que lo agravan, es cometido por su propio delegado. Pero disfrazado de fraile hace una visita en su celda al condenado, y le formula profundas reflexiones sobre las miserias de la vida. Completan admirablemente este parlamento las reflexiones profundas sobre la muerte, del

monólogo. En éste no hay ninguna referencia directa al poder de Dios ; ello es tanto más notable cuanto que en el primer monólogo de Hamlet (Acto I, escena II) ése es su primer pensamiento : « ¡ Oh, si esta carne demasiado sólida se disolviera resolviéndose en rocío ! ¡ Oh, si el Eterno no hubiera fulminado su condenación contra el que se mata a sí mismo ! ¡ Oh, Dios ! ¡ Oh, Dios ! ¡ Cuán vanos y vacuos e inútiles me parecen todos los usos de este mundo ! ». Hamlet, en sus reflexiones filosóficas del segundo monólogo no atiende ya a los mandatos de Dios. Sólo considera la naturaleza misma de las cosas. Y lo propio ocurre en « Medida por medida ». El Duque, aunque vestido de fraile, no habla para nada de Dios. Sin dejar de mantener sus palabras, como las de Hamlet, una perfecta unidad con el desarrollo de la obra, son más del autor que del personaje que las pronuncia. Y ello es en realidad lo que constituye su mayor grandeza. El parlamento del Duque, que va a leerse, es un verdadero « Apóstrofe a la vida ». En él como en el monólogo, aparece el genio de Shakespeare sobreponiéndose a todo convencionalismo teatral. Al hablar el poeta de la Vida y de la Muerte trata temas eternos, pero ambos pasajes pueden suprimirse de las obras en que figuran sin que se modifique el desarrollo de la acción. Sólo Shakespeare puede en esa forma elevar si cabe la belleza y grandiosidad de sus dramas. En cuanto a « Medida por medida » es dable preguntarse : ¿ por qué el Duque lanza ese magnífico apóstrofe ? ¿ Para inclinar al condenado a la resignación ? Quizá. En ese sentido tiene relación con lo que el Duque dice en seguida a Claudio, que está tan en contradicción con lo que dice a su hermana Julieta que impetra por su vida, y con lo que el mismo Duque piensa, como su conducta ulterior lo demuestra. Es que ese Apóstrofe, como el monó-

logo, son más grandes, si cabe, considerados aisladamente que como partes de un todo. Y en ese sentido el uno es el reverso del otro, sin que sea dado decir cuál es el anverso.

He aquí el apóstrofe del Duque :

Ante la muerte muestra tu entereza,
Y la vida lo mismo que la muerte
Más dulce habrá de ser. Dile a la vida
Encarándola, así : « si te perdiese
Perdería una cosa que tan sólo
Los insensatos conservar pretenden.
Un hálito al fin eres, sometido
A los dictados del poder celeste
Que a tu mansión aflige a cada hora ;
Tú eres de la muerte tal juguete
Que luchas por huirle en su carrera
Y vas a ella sin embargo, siempre.
No eres noble, que a costa de ruindades
Lograr pudiste el bienestar que sientes,
Y pues te arredra el dardo tan pequeño
Del gusano más vil, no eres valiente.
El sueño es para ti el mejor descanso
Que a menudo provocas, pero temes
Torpemente a tu muerte que es un sueño.
Tú ni eres tú misma, ya que debes
Tu existencia a millares de partículas
Que del polvo salieron ; y no puedes
Ser feliz pues tu propio bien desdeñas
Y codicias aquel de que careces.
No eres constante ; tu exterior varía
Como la luna en fases diferentes.
Si eres rica, eres pobre : como el asno
Que cae al peso de su carga ingente,
Tú llevas tu riqueza una jornada
Y a su merced descárgate la muerte.
No tienes ni un amigo : tus entrañas

Que te llaman su reina, — efusión leve
 De tu cuerpo —, maldicen a la lepra
 A la gota y al reuma, porque quieren
 Que concluyan contigo más a prisa.
 Juventud ni vejez tampoco tienes :
 Con ambas, adormida sólo sueñas
 Tras probar los manjares que apeteces,
 Ya que tu misma juventud bendita
 Lo mismo llega que vejez endeble,
 A mendigar al cabo esa limosna
 De la decrepitud y sus chocheces.
 Y cuando eres ya vieja y estás rica
 Ya en ti pasiones ni belleza esplenden
 Y ya sin fuego, sin afectos casi,
 De tus riquezas disfrutar no puedes ».

¿ Qué es eso, entonces, que llamamos vida ?
 En ella empero, escóndense mil muertes
 Y a más la muerte misma que tenemos,
 Y pone fin a todo mal terrestre.

El Apóstrofe y el Monólogo se completan admirablemente. Son ambos, el producto de un escepticismo pesimista, que Shakespeare expresó genialmente, y que por fin concretó en estas palabras supremas de Macbeth : « La vida no es más que una sombra que pasa : un pobre comediante que se agita y se afana durante una hora en la escena, y del que nada se oye luego : es un cuento contado por un idiota, lleno de furia y estrépito, y que nada significa ».

MARIANO DE VEDIA Y MITRE.

EL TEMA DEL AVE, DEL SUSPIRO O DEL PAPEL MENSAJERO

La búsqueda de piezas de literatura tradicional llevada a cabo directamente de boca del pueblo en distintos países de Iberoamérica nos ha proporcionado un valioso material documental para probar que la gran familia Iberoamericana tuvo en los siglos xvii, xviii y primera mitad del xix un solo acervo literario tradicional, que vino a constituir para los pueblos de América una fuente emocional común. Véanse a este respecto los materiales recogidos por Vicente T. Mendoza y Aurelio M. Espinosa, en Méjico; por María Cadilla de Martínez, J. Alden Mason y Rafael Ramírez de Arellano, en Puerto Rico; por José María Chacón y Calvo, en Cuba; por José E. Machado, en Venezuela; por Antonio José Restrepo, en Colombia; por León Mera, en Ecuador; por Ricardo Palma, en el Perú; por Rigoberto Paredes, en Bolivia; por Ramón A. Laval, Julio Vicuña Cifuentes, Eugenio Pereyra Salas y A. Acevedo Hernández, en Chile; y por último véase la pléyade de diligentes buceadores de la tradición espiritual brasilera. En todas estas preciosas colecciones veremos que los pueblos de América han arrullado sus niños con los mismos cantares de cuna, les han hecho jugar los mismos juegos, las mismas rondas y cantar las mismas rimas infantiles; y aun más, los mozos han dicho los mismos

cantares de amor. Los hombres maduros han reflexionado los mismos cantares conceptuosos y los viejos y viejas han acertado las noches de invierno refiriendo los mismos cuentos y los mismos refranes ; y, todos en fin, chicos y grandes, han rezado las mismas oraciones allá en Méjico, como acá en el Tucumán. La razón de esta unidad está en que España conquistó a América simultáneamente, de un soplo le infundió su alma y es cualidad del alma la unidad.

El patrimonio espiritual de aquellos hombres venidos con Hernán Cortés a Méjico, con Pizarro o Almagro al Perú, con Valdivia a Chile, con Pedro de Mendoza al Río de la Plata, o con Rojas y Nuñez del Prado al Tucumán, provenía de los siglos xv y xiv, porque el caudal de conocimientos del campesino u hombre del pueblo es siempre viejo, arcaico. Se forma espontáneamente, por noticias llegadas a él en cadena de recuerdos de padres a hijos. Las creaciones literarias o científicas de sus contemporáneos no le alcanzan porque no está educado para ellas y porque no le interesa saberlas. Él aprehenderá la sabiduría de sus antepasados en su casa a sus padres y abuelos, en la iglesia, en la calle, en la plaza, o en la feria, cuando no en el taller o en el cuartel.

El pueblo español del siglo xvi trajo un caudal de romances, de canciones, de glosas, de letrillas y coplas tan inmensamente rico que aún en estos años en que está muriendo nuestra tradición nacional por efecto de la inmigración europea y de la escuela pública completamente ajena a ella, todavía nos ha sido posible encontrar en nuestras provincias del Tucumán más de 23.000 cantares tradicionales llegados, como dijimos, en cadena de recuerdos de padres a hijos desde los primeros tiempos de la colonización.

Un análisis, hasta hoy somero de nuestro acervo poético-

tradicional, nos ha revelado la existencia de restos a veces imperceptibles, por así decirlo, de romances y cantares medioevales. Decimos : casi imperceptibles porque en ocasiones son apenas dos versos encerrados en una copla los únicos recuerdos conservados de un romance o de una canción.

Años atrás hallamos en La Rioja esta copla :

¡ Quién pudiera comer uvas
Y refrescos de granada
Y comerse limas verdes
Adentro de una empanada !

Los versos en cursiva nos revelan el romance viejo del *Prisionero*, cuyo comienzo es : *Que por mayo era por mayo*. El prisionero dice :

.....
Escribir quiero una carta
A mi hermana la mayor
Que me envíe una *empanada*,
No de truchas ni salmón,
Más de una *lima sorda*
Y de un pico cavador
.....

Canc. de Constantina, n° 2.

En estas dos coplas obsérvense los versos en cursiva :

Yo soy paloma del cerro
Que voy bajando a la aguada,
Con las alitas la enturbio
Por no beber agua clara.

Canc. Popular de Salta, n° 2710.

De los altos minerales
Baja una paloma al agua,
Con las alitas la enturbia
Por no beber agua clara.

Catamarca.

Ellas nos enseñan que por aquí anduvo el romance de *Fonte Frida*, pues los versos citados pertenecen a él.

.
 Que ni poso en ramo verde
 ni en prado que tenga flor
Que si el agua hallo clara
Turbia la bebía yo.

Así hay una veintena de coplas que recuerdan otros tantos romances viejos tradicionales en otros tiempos en nuestros pueblos del interior.

Como la inundación anega los árboles de un prado, el tiempo y la indiferencia han anegado el de los romances tradicionales, de tal modo que algunos de ellos apenas si dejan ver un ramito de la copa para mostrar que allí está el árbol.

Lo que pasa con los romances sucede con las canciones medioevales; a veces se han salvado los versos de alguna porque han formado parte de una copla tradicional.

Al lado de estos restos reveladores de la existencia de romances y canciones medioevales, hallamos con harta frecuencia temas de la poesía medioeval española conservados en glosas y coplas que prueban la neta filiación hispánica de nuestra poesía tradicional.

Hasta ahora hemos podido señalar un centenar de temas medioevales que agrupan en torno suyo alrededor de mil cantares tradicionales, y es de esperar que aumente el número cuando los estudiosos españoles desentrañen, como han hecho Julio Cejador y Dámaso Alonso, ese mundo de cantares tradicionales en los siglos medios que se guardan en los copiosos archivos de la Madre Patria. Con ese precioso mate-

rial a la vista es posible estudiar la extraordinaria vitalidad de la lírica hispánica, cuyas últimas flores están ya muriendo en América.

El tema de los « Signos que aparecerán el Día del Juicio Final », cantado por Berceo en el siglo XIII; el de la « Disputa del alma con el cuerpo » de « La revelación del ermitaño », del siglo XIV; el de la « Disputa del amante y del gallo », que nos viene de Luciano y que fuera cantado por Fernán Pérez de Guzmán y Álvarez de Villasandino (n.ºs 553 y 554 del *Cancionero de Baena*) en el siglo XV; el tema de las « Propiedades que el dinero ha », el de la « Lucha de don Carnal con doña Cuaresma », del Arcipreste de Hita, y cien más que, como dijimos, hemos catalogado ya, son comunes en las colecciones hechas en América. De todos ellos trataremos en un libro especial preparado para demostrar las excelencias de nuestro acervo poético tradicional. Por ahora, y a manera de anticipo, presentaremos el tema medioeval del *ave*, del *suspiro*, del *papel*, etc., *portadores de un mensaje de amor a la dueña*.

Tapia, poeta del siglo XV, tiene un cantar hecho, *estando ausente de su amiga*; de él tomamos los siguientes versos:

Id, mis *coplas* desdichadas,
 trobadas por mi dolor
 con mis males concertadas,
 sacadas y trasladadas
 de las entrañas de amor,
 a do fuy por mi ventura
 el mas firme enamorado,
 a do tienen mi cuidado
 por mi triste desventura
 ya olvidado.

.....
 Foulché, *Canc. del Siglo XV*, n.º 797.

Juan Álvarez Gato tiene otro cantar sobre el tema :

Pues no sufren mis porfías
ni callar ni dezir nada,
sed vos, tristes *coplas* mías,
mensajero y embaxada.
Y corre, llega temprano,
que aunque no sepays dos guío,
plazerá a Dios soberano,
y quiça de mano en mano
llegares a dos envío.

Y, *coplas* tristes, llorosas,
hechas con tanto dolor,
sy os hallardes tan dichosas
que llegues a su poder,
dezilde lo que sentistes
de mis secretas pasiones,
pues que vodes que os hezistes
con muchas lágrimas tristes
que borran vuestros renglones

.

Foulené, *Canc. del Siglo XV*, n° 80.

Repárese que el poeta intencionalmente no dice al mensajero donde vive su dueña.

Costana tiene un cantar, también hecho *estando ausente de su amiga* :

Yd, vos *coplas* damargura
en quien yo mi mal profundo
escribo y mi gran tristura
contando mi desventura
yd, señoras, por el mundo
e sufrid cualquier tormenta
yendo con este concierto
que llevais

hasta llegar a quien sienta
el dolor de mí que muerto
me dexais.

.

Canc. General de II. del Castillo, f. LVI, v.

Garci Sánchez de Badajoz canta así :

Id, mis *coplas* venturosas
a ver la gran hermosura
delante quien las hermosas
parecen la noche oscura
e todas las otras cosas

.

FOULCHÉ, Canc. del Siglo XV, n° 1076.

Para los poetas citados, los portadores del recado amoroso
son las *coplas* ; para Jorge Manrique es un *mensajero* :

Ve, discreto *mensajero*
delante aquella figura
valerosa
por quien peno, por quien muero,
flor de toda hermosura
tan preciosa :
y mira quando llegares
a su esmerada presencia
que resplandece,
do quiera que la hallares
tu le hagas reverencia
qual meresce.

.

Si vieres que te responde
con amenazas de guerra
segun se,
dile que te diga donde
su mandato me destierra
ca allá yré :

Y si por suerte o ventura
te mostrare que es contenta
 qual no creo,
suplica a ssu hermosura
que a su servicio consienta
 mi desseo.

Foulché, *Canc. del Siglo XV*, n° 464.

Para Hernán Mexía el portador del recado es, en un principio, alguien que va por el camino y luego el *suspiro*. Hablando con este último dice :

¡ Oh, *suspiros* de amargura
si fuesse yo donde vays,
este mal de mi ventura
no estaria de tristura
qual vosotros la dexays !
.....

Foulché, *Canc. del Siglo XV*, n° 156.

Para Diego López de Haro, una *carta* es la portadora del mensaje :

¡ *Carta*, pues que vais a ver
a mi dios de hermosura
si triste os querrá leer
contadle mi gran tristura !
.....

Canc. General, f. XLVI.

Suárez, poeta del *Cancionero General* de Hernando del Castillo, habla con el *papel* y le instruye en lo que ha de decir a su dueña. Este detalle es interesante porque lo veremos luego en algún cantar de los nuestros.

Anda, ve con diligencia,
triste *papel*, do te mando,
y llega con reverencia

ante la gentil presencia
de quien quedo contemplando.
Si preguntare por mi
responderás con desmayo
— « Señora, quando partí
con más passiones le ví
que letras conmigo trayo »

Desque digas el tormento
tan amargo en que me dexas
remira con ojo atento
cómo hace sentimiento
de mis angustias y queexas.
E mira si se entristece
si pierde o cobra color
y mira si te aborrece
y mira si mengua o cresce
en su gesto la color.

E mira si te rescibe
con desdén o afición
y mira bien si concibe
el daño de quien te escribe
amorosa compasión.
Mira si huye de ti
si te ve (o) si le olvida
mira si hace de si
despues que della partí
mudanza con la partida.

FIN

Mira si tiene plazer
mira sus tristes enojos
y mira por conocer
su querer y no querer
lo que mas miran sus ojos.

E mira bien en quejar
 lo que de mi daño sea
 mira que sepas contar
 lo que podiste mirar
 quando con ella me vea.

Cancionero General, f. LVIII, v.

Suero de Quiñones manda también un recado amoroso a su dueña pero no declara quien lo lleva, y Asenjo Barbieri, en su *Cancionero Musical de los Siglos XV y XVI*, publica un cantar en el que el *pensamiento* sirve de embajador; es así:

*Pensamiento, ve do vas
 pues sabes, donde te envío
 y dirás cómo eres mío*

GLOSA

.

 Si dijeren donde vas
 quien eres, o quien te envía;
 de mi parte le dirás
 que buscas ell alegría;
 y entonces comenzarás
 la razón con que te envío;
 no tardando volverás,
 sin hacer otro desvío,
 y dirás cómo eres mío.

(Nº 99).

Ya hemos visto algunos cantares medioevales sobre las *coplas*, el *mensajero*, el *suspiro*, la *carta*, el *papel* y el *pensamiento* portadores de una querella de amor a la dueña; ahora veamos los cantares tradicionales que perpetúan este tema en tierra de América.

Principiemos por México. El erudito investigador de los cantares tradicionales de aquel gran país, don Vicente T. Mendoza, gloria del folklore mejicano, tiene en su preciosa colección, todavía inédita, de cantares del pueblo, una glosa en la cual es la *carta* la portadora del mensaje de amor. Esta glosa anduvo también en la memoria de nuestro campesino, porque encontramos una décima de ella, en 1933, en Tucumán; figura en el *Cancionero* de aquella provincia bajo el n° 683.

La cuarteta es española. Rodríguez Marín la trae en *Cantos Populares Españoles*, así:

Papelito venturoso,
 ¡ quién fuera dentro de ti,
 para darle mil abrazos
 al ángel que te ha de abrir!

(N° 3565).

La circunstancia de haber sido esta glosa tradicional en los extremos de Hispanoamérica hace pensar en un origen común, que fuera española como la cuarteta.

He aquí la glosa mejicana:

¡ Oh, dichosa carta escrita,
 Quién fuera dentro de ti,
 Para darle mil abrazos
 Al ángel que te ha de abrir!

GLOSA

¡ Piedra imán de mi querer
 Resplandor de claridad,
 Sabrás que tu amante está
 En un puro padecer!
 Sabedor no puede ser

De tu deidad exquisita,
Mas quisiera ser la tinta :
Algún consuelo tuviera.
¡ Quién fuera la oblea siquiera,
Oh, dichosa carta escrita !

¡ Papel, serás venturoso
Porque llegas a lograr
La mano en que vas a dar !
¡ Quién fuera el papel dichoso !
Ya que me dejas penoso
Desamorado de ti,
Dale memorias de mí
Con gratitud singular.
Pues, para poderla hablar,
¡ Quién fuera dentro de ti !

Dile que en su ausencia muero
Y no puedo tener vida,
Que es mi pena tan crecida
Que sólo morir espero :
Dile que mi muerte infiero
Sino me miro en tus brazos
O que haciéndome pedazos
Yo mismo darne el castigo.
Papel, quien fuera contigo
Para darle mil abrazos.

Niña hermosa, en la ocasión,
Te remito ese papel,
Y recibirás con él
Alma, vida y corazón.
Papel, tú darás razón
Cómo yo me hallo al morir ;
En fin tú le has de decir
Mi tormento y mi penar.
¡ Ah, quién le pudiera hablar
Al ángel que te ha de abrir !

En Puerto Rico, J. Alden Mason, recogió esta otra glosa sobre el tema, y nadie se extrañe de que el pueblo cante siempre en glosas porque ella ha tenido más duración que el romance en la memoria del pueblo de Hispanoamérica.

Como en la glosa mejicana, en la portorriqueña el mensajero es el papel.

*Papel, si puedes llegar
donde yo no pueda ir,
claro le vas a decir
que no la puedo olvidar.*

GLOSA

Papelito, anda ligero,
véte pronto y en seguida,
y dile al bien de mi vida
que para mi no hay consuelo ;
dile que yo me desvelo
entre la pena y el mal ;
le puedes comunicar
cuales son mis sentimientos,
explícale mis tormentos,
papel, si puedes llegar.

Papel, decidle a mi bien
que de mí tenga piedad,
que vea el tiempo que va
que mis ojos no la ven ;
que si le parece bien
que ausente pueda vivir,
y que me mande a decir ;
que engañado no me tenga
si ha de ocupar la vivienda
donde yo no pueda ir.

Papel, dile la verdad,
 comunícaselo así,
 que si ella me tiene a mí
 como yo la tengo acá ;
 pues que vea el tiempo que va
 que ya me voy a morir ;
 no me verá divertir
 hasta que no la consiga,
 y es mal que en mi no se olvida ;
claro le vas a decir.

Y sin que falte la voz
 dile todo mi sentir,
 y que me mande a decir
 si cuento con ella o no ;
 con una bonita voz
 le puedes comunicar ;
 dile todo mi penar
 para que se atemorice,
 y a más de esto me le dices
que no la puedo olvidar.

Journal of American Folklore, n° 55.

Don Antonio José Restrepo, en Colombia, halló una otra canción sobre el tema en la cual el *suspiro*, como en el caso de Hernán Mexía, es el mensajero de amor. Dice así :

*¡ Ay pobre suspiro mio :
 Cuando te apartas de mí,
 No quisiera más de ti
 Que hallarme donde t'envío !*

GLOSA

Mensajero a quien confío
 Mis íntimos sentimientos
 Vuela en alas de los vientos,
¡ Ay ! pobre suspiro mío.

Y a aquella de quien oí
Promesas que no merezco,
Cuéntala lo que padezco
Cuando te apartas de mí.

Si tú lograras así
Asegurar su firmeza,
En medio de mi tristeza
No quisiera más de ti.

Porque temo su desvío
Y de mi suerte el encono,
Y otra dicha no ambiciono,
Que hallarme donde te envío.

Canc. de Antioquia, pág. 425.

Repárese ahora el parecido que tiene con la canción de Suárez esta glosa tradicional en las provincias del Tucumán.

¡ VUELA, PAPEL VENTUROSO !

*¡ Vuela, papel venturoso,
A las manos que te mando ;
Si acaso no te recibe,
Volvete, papel, volando !*

GLOSA

¡ Anda papel, violento,
A ver mi querida dueña,
Y dile que ausente de ella
Para mí todo es tormento !
Dile que estoy sin aliento,
En un terrible despojo ;
Y dile que vivo ansioso
Por saber cómo le va.
A ver mi prenda, qué hará,
¡ Vuela, papel venturoso !

A las manos que yo adoro,
 Irás con toda atención,
 Y le dirás de que yo
 Por su ausencia gimo y lloro ;
 También le dirás que ignoro
 La vida que está pasando.
 Deseo la halles gozando
 De toda felicidad.
 Papel así les dirás
A las manos que te mando.

Si acaso la vida mía
 Hace desprecios de ti,
 Papel, te puedes venir
 Lleno de melancolía.
 Trayendo en tu compañía
 Una pena tan terrible,
 Para mí será sensible
 Ver mi suerte en ese estado.
 Sin duda, me habrá olvidado,
Si acaso no te recibe.

Vuelve, papel, al momento,
 Después que con ella hables,
 Y dile que en mí se ve
 El llanto y el sufrimiento.
 Obsérvale el movimiento
 En lo que esté conversando ;
 Ve si te está despreciando,
 O te trata con buen modo.
 Para que me cuentes todo,
Volvete, papel, volando.

Canc. Popular de Tucumán, n° 684.

Al citar el cantar de Álvarez Gato observamos que en él no se quiere indicar las señas de la niña ; ahora véase la cuarteta

de esta glosa tradicional entre nosotros : también, como en aquélla, no se quiere dar al mensajero las señas de la dueña.

ANDA, PAPEL, COMO PUEDas

*Anda, papel, como puedas
A las manos de mi dueña ;
Supuesto que acertarás,
No te quiero dar sus señas.*

GLOSA

Turbado el entendimiento,
Me veo fuera de mi ;
Pensando tan sólo en ti
Mucro y no sé lo que siento.
Hoy me veo sin aliento
Pensando sólo en tu estrella.
Quiero escribirte, luz bella,
Enviándote los suspiros,
A buscar sólo tu alivio
Anda, papel como puedas.
.....
Vuela, vuela, pensamiento,
A ver ese corazón ;
Enséñale mi pasión,
Mi alegría y mi contento.
No te muestres violento
Al llegar a donde vas ;
Y a mi dueña le dirás
Que te manda un fino amante.
Esta señal es bastante,
Supuesto que acertarás.
.....

Canc. Popular de Tucumán, n° 286.

En el cantar de López de Haro observamos que el poeta dialoga con el mandadero ; véase aquí un caso semejante :

ANDA, PAPEL DESGRACIADO

*Andá, papel desgraciado,
Que el vivir me es imposible.
Yo sé que ha de morir firme
Mi pecho desamparado.*

GLOSA

Anda, papel, y llegá
A lo de mi bella aurora.
Entra y dile a esa señora :
— Enviado he venido acá.
— ¿ Quién te manda ?, te dirá,
Cuando te hayas presentado.
Con un genio descarado
Te ha de estar aborreciendo ;
Tal vez te saldrá diciendo :
¡ Anda, papel desgraciado !

Le dirás que yo te mando,
Y avísale cómo me hallo ;
Dile que hace muchos años
Que por ella ando penando,
De día y noche llorando,
En desconsuelo terrible,
¡ Ay ! arriesgando morirne
Con la esperanza perdida.
Dile que me dé la vida
Que el vivir me es imposible.

Si la hallas de buen semblante
Le has de pedir el contesto
No tardes de volver presto,
Que aquí tengo de aguardarte,
Y le dirás que constante
Por ella estoy a morirne ;

Mi vida no es apacible
 Sin ella, mi bella aurora,
 Y tú dile : — Mi señora,
 Yo sé que ha de morir firme.

Anda, papel, y llegá
 A ver mi bella consorte ;
 Dile que hablo con los montes
 Cuando no la puedo hablar
 Que de sólo suspirar
 Un cruel desmayo me ha dado
 Y que casi he expirado ;
 Que espero que me consuele ;
 Que no permita que quede
 Mi pecho desamparado.

Canc. Popular de Tucumán, n° 287.

También fué tradicional en Tucumán una glosa en la cual un *pajarillo* es el portador de las querellas del amante. La glosa a que aludimos parece haber sido tradicional en Colombia, porque don Antonio José Restrepo pone una nota a la cuarteta dando a entender eso. La versión de la cuarteta recogida por Restrepo dice :

¡ Pajarillo mensajero
 de aquel angel que yo adoro,
 dile a mi dueño que lloro
 que la quise y que la quiero.

La nota agrega : « Esta bellísima redondilla sirve de base a otra glosa en décimas de entonación completamente calderoniana. ¡ Cuánto sentimos no haber podido consultar a un negro viejo ». etc. *Canc. de Antioquia*, pág. 168.

La glosa en cuestión dice :

PAJARILLO MENSAJERO

Pajarillo mensajero
De aquel ángel que yo adoro,
Dile a mi dueña que lloro
Porque la quise y la quiero.

GLOSA

Con ese pulido pico,
 Dile a aquel ángel hermoso
 Que la salud que yo gozo
 A sus pies la sacrifico.
 Así te pido y suplico
 Me le digas verdadero,
 Que yo por su amor me muero.
 Todo comunicalé,
 Que el parte te pagaré
Pajarillo mensajero.

Pajarillo, a mi favor,
 Le dirás a mi querida
 Que es la planta más lucida
 En el jardín de mi amor.
 El olvidarle es dolor ;
 Esto es porque yo no ignoro :
 Ese favor que yo imploro
 Un llanto amargo me cuesta,
 Anda y trae la respuesta
De aquel ángel que yo adoro.

Anda y dile mis dolencias,
 De mis males infinitos,
 Que el alma triste da gritos
 Sumergida en larga ausencia.
 Que tenga de mi clemencia
 Y me guarde su decoro,

Con ese tu pico de oro,
Comunícale mi estado,
Y si te pregunta qué hago,
Dile a mi dueña que lloro.

Y le dirás que me muero
Con la esperanza perdida,
Que Dios le guarde la vida,
Que yo para mí la quiero.
Dile a ese precioso cielo
Que constante le seré (*sic*)
Que siempre le serviré (*sic*)
Y nunca la olvidaré (*sic*)
Porque la quise y la quiero.

Canç. Popular de Tucumán, n.º 371.

En esta otra glosa el enamorado manda un *¡ Ay de mí !* :

AHÍ TE MANDO UN ¡ AY DE MÍ !

*Ahí te mando un ¡ ay de mí !
Del alma, mortal suspiro ;
Él te dirá si respiro
Sólo ayes lejos de ti.*

GLOSA

Porque veas mi frenesí,
Mi pena, angustia y dolor,
Y te duelas de mi amor,
Ahí te mando un ¡ ay de mí !

De verme vivo me admiro,
Siendo tan cruel mi tormento,
Que llega a ser cada aliento
Del alma un mortal suspiro

Él bien sabe que me miro
 Sin alivio ni consuelo ;
 Y, dando ayes por tu cielo,
El te dirá si respiro.

Por fin, el alma te di.
 Y el ser firme te juré,
 Es justo que mi amor dé,
Solo ayes, lejos de ti ?

Canc. Popular de Salta, n° 324.

Canc. Popular de Tucumán, n° 435.

Por fin, en esta última canción, el mensajero es un *beso* :

Desde aquí te envío un *beso*
 Y ansío que llegue a ti,
 Para que estando a tu lado,
 Nunca te olvides de mí.

Él te dirá que estoy triste,
 Sin consuelo en mi dolor,
 Marchitas las ilusiones
 Como deshojada flor.

Te dirá que el cruel destino,
 Me ha condenado a llorar,
 Mas, mis penas y alegrías
 No te quisiera contar.

Cantando paso los días,
 Cantando sé suspirar,
 Cantando mi triste vida,
 Quisiera al cielo volar.

Y cuando deje esta tierra,
 Te voy a esperar allí,
 Para que me des el beso
 Que en este mundo te di.

Canc. Popular de Salta, n° 334.

A más de glosas y canciones de otro tipo sobre mensajeros de amor, hay numerosas coplas que perpetúan el tema ; para no alargar más esta noticia, citaremos pocas :

Suspiro, si acaso fueras
 Donde está el bien de mi vida,
 Le dirás cómo mantengo
 Con la esperanza la vida.

Catamarca.

Vuela, *papel* venturoso,
 En alas de mi pasión,
 Llévale un triste suspiro
 A mi infeliz corazón.

Catamarca, n° 1001.

Anda, dile, *pajarillo*,
 A quien causa mis tormentos,
 Que llorando estoy su ausencia
 Por horas y por momentos.

Salta, n° 1526.

Andate, *papel*, volando
 A donde está mi querida ;
 Si te pregunta si lloro,
 Dile que todos los días.

Salta, n° 1526.

Andate, *papel*, volando
 Donde está mi corazón ;
 Si te pregunta si lloro,
 Dile : — Sin consolación.

La Rioja, 3063.

Andate, *papel*, volando,
 Volá sin intermisión.
 De aquel corazón ingrato
 Traeme contestación.

Salta, n° 1528.

Mensajeras de alegría
 Son las *flores* que te envió ;
 En vez de llevar fragancia
 Llevan el cariño mío.

Salta, n° 1569.

¡ *Palomita* mensajera,
 Con un hilo colorado,
 Decile a mi corazón
 Si yo soy su bien amado !

Salta, n° 1571.

Lleva, *jilguero* constante,
 En tu pico este papel,
 Para que pueda mi amante
 Pasar la vista por él.

Salta, n° 1566.

¡ Vuela, vuela, *pajarillo*,
 Vuela, vuela; picaflor,
 Anda dile a mi querida
 Que me muero de dolor !

Salta, n° 1586.

¿ Para dónde, *pajarillo*,
 Vuelas tan precipitado ?
 Llévamele este suspiro
 A mi bien idolatrado.

Salta, n° 1572.

Esto digo porque es cierto :
 Mando mi *suspiro* y va
 Al lugar donde ella vive
 A ver los pasos que da.

Salta, n° 877.

Pajarillo que en el monte
 Compadecís mi aflicción,
 Decile al dueño de mi alma
 Que me llora el corazón.

Jujuy, n° 2370.

Palomita blanca, blanca.
 Color de la blanca nieve,
 Llevale esta carta pronto
 No tengo quien me la lleve.

Jujuy, n° 2371.

Vuela, vuela, *papelito*,
 Vuela, vuela contra el sol ;
 Anda y dile a mi querida
 Que aquí está su corazón.

Tucumán, n° 1544.

Anda y dile a mi vidita,
Papel, con comedimiento,
 Que mi vida es un martirio,
 Vivir sin ella es tormento.

La Rioja, n° 3066.

¡ Ay, ay, ay, mi *jilguerito* !
 ¿ A dónde se encontrará :
 En brazos de ajeno dueño,
 Si de mí se acordará ?

La Rioja, n° 3069.

Digalé que no le escribo
 Porque no tengo papel
 Y que tengo corta tvisa,
Fulanito, digalé.

La Rioja, n° 3081.

¡ *Pajarillo* amoroso,
 Por Dios te pido
 Que me digas si sabes
 Del dueño mío !

La Rioja, n° 3100.

Pajarillo dichoso,
 Que vas y vienes,
 Para mi alma que llora
 ¿ Noticias tienes ?

La Rioja, n° 3101.

Pensamiento que vuelas
 Más que las aves,
 Llévale este suspiro
 A quien ya sabes.

La Rioja, n° 3102.

Si mis *suspiros* no llegan
 A tu pecho, cielo mío,
 Recibe mi corazón
 En la carta que te envió.

La Rioja, n° 3114.

¡ Vuela, *papel* venturoso,
 Más venturoso que yo,
 Que vas a ver a mi negra,
 Que verla no puedo, no !

La Rioja, n° 3124.

¡ Vuela, vuela, *golondrina*,
 Que tú sabes mi sentir ;
 Anda y decile a mi amiga
 Lo que no puedo decir !

La Rioja, n° 3125.

JUAN ALFONSO CARRIZO.

Buenos Aires, 28 de septiembre de 1943.

LA LEYENDA DEL GUÍA BLANCO *

ANTECEDENTES HISTÓRICOS

En un pequeño poblado del departamento de San Carlos, que llaman *La Ovejería*, a casi tres mil metros de altura sobre el nivel del mar, y situado al sur de la altiplanicie de Cachi-Pampa, tuve oportunidad de hospedarme, durante una cacería de guanacos, en el ranchito de un pastor lugareño. En la pieza principal había un breve oratorio adornado con cintas, papeles y flores de colores vivos; algo así como un altarcito doméstico en el que ardían unas velas ante la efigie ecuestre de Señor Santiago el Mayor, patrono de España, el que comparte con San Felipe el patronazgo de la ciudad de Lerma.

El amable huésped, cabeza de aquella cristiana familia, me explicó entonces cómo, en vísperas de Santiago, el 24 de julio de cada año, se reunían desde temprano en su casa los vecinos del lugar y en número de cincuenta jinetes, entre varones, mujeres y niños, emprendían viaje al pueblo de San Carlos, — capital del departamento, — en cuya antigua iglesia el señor cura le rezaba una misa al Santo Caballero y les dedicaba un sermón a los feligreses del altiplano. Desde

* Del libro en preparación: *Folklore de Salta*.

tiempo inmemorial, por tradición de familia, el que guarda en su domicilio la sagrada efigie se denomina : *el Esclavo*. *El Esclavo* custodia, además, el estandarte con las insignias del Santo y su patriarcal cometido consiste en mantener la devoción de sus convecinos, la cordialidad cristiana bajo la advocación del Patrono, y procurar que no falten ofrendas florales y luminarias en el oratorio.

El culto de Santiago el Mayor, es, pues, en los valles calchaquíes un resabio de la conquista espiritual de España. La leyenda que aquí publico y que recogí en 1930, de boca de un arriero, en el pueblo de Cachi, atestigua la honda influencia que en las sencillas almas de aquellos montañeses dejó el culto católico predicado por franciscanos y jesuitas y es una prueba más en favor de la teoría según la cual la actual población de Los Valles, aún la más arisca y serrana, está fuertemente mestizada de sangre goda.

Suele ocurrir que los arrieros calchaquíes que fueron llevando ganado en pie hasta la estación Calama, en Chile, tengan urgencia de regresar a sus valles por el camino más corto ; y entonces, desandado el desierto de Atacama, salvada al regreso la Cordillera Real por los pasos obligados de Socompa o del Losal de Lari, a más de cinco mil metros de altitud, una vez que se hallan en territorio argentino y descienden a La Puna, se orientan por senderos de herradura, rumbo a sus hogares, dejando a trasmano el ancho camino de las remesas herradas, por el que llevaron a paso de tortuga sus recuas de novillos gordos. Desde el límite chileno hasta La Poma, hasta Seclantás o Molinos, nuestros arrieros, montados en fuertes y andadoras mulas, pueden hacer el viaje en cinco o seis jornadas. Un equipo de tres arrieros trae, por lo común, otros tantos animales de remuda, en cuyos

lomos acomodan alforjas de provisiones, barrilitos de aguardiente chileno, quizá pieles de zorro y de vicuña, mantas y frazadas; a estos animales, ligeramente cargados, les llaman ellos: maleteros; y es voz castiza.

En invierno y en verano, durante el día, cuando el cielo está limpio, el clima de la altiplanicie andina es espléndido. Si uno permanece expuesto a los rayos directos del sol, experimenta un agradable calor que templará un tanto el vientecillo frío que comienza a soplar hacia mediodía. Pero si se refugia uno en la sombra, experimenta al punto la sensación de un baño de hielo. Si observamos un poco, a la sombra de las matas de iros, — pastos duros, — en las vegas o junto a las lagunas, donde el sol no asienta, hallamos capas de escarcha que, a medida que el sol las alumbra se derriten sin mojar la arena, porque pasan bruscamente al estado de vapor; tan grande es la sequedad de la atmósfera hacia los cuatro mil metros de altura sobre el mar.

Ahora bien: ni en verano ni en invierno una travesía de la Cordillera está exenta de peligros. En cualquier estación del año las granizadas y las tormentas de nieve se producen cuando menos se espera y su intensidad y duración son imprevisibles.

No sucede lo mismo en los pasos de Los Andes por Mendoza, por San Juan o Catamarca. Es que al oeste de Salta la altiplanicie andina mide más de quinientos kilómetros de ancho. No es de extrañar entonces que los arrieros que regresan de Chile, tomando senderos poco frecuentados, corran el riesgo de perder la huella y verse obligados a buscar refugio al resguardo del viento, si la tormenta se desencadena... y así permanecen hasta que Dios quiera, expuestos a perecer de hambre y de frío. Perderse en Los Andes, en medio de

una tempestad de nieve, es un drama que alguna vez ha ocurrido y su desenlace no siempre fué venturoso.

En las situaciones desesperadas interviene lo maravilloso. El hombre, ser débil, no obstante su audacia, vese a menudo anonadado por las terribles fuerzas cósmicas; y él opone a su ciego desenfreno la fuerza espiritual que transporta montañas, aquieta tempestades y señorea los elementos: opone a la naturaleza la fe en lo sobrenatural. Su profundo y humilde sentimiento religioso le sugiere visiones, imaginaciones, recursos salvadores, que no son sino la objetivación de poderosas reservas espirituales. Sucede, pues, cuando los arrieros se pierden en la Cordillera, que se les aparece a ocasiones, en los momentos más graves, el Guía Blanco; un caballero misterioso y mudo, eficaz mensajero de los poderes divinos a quienes el devoto cristiano se encomendó al verse en peligro.

La del Guía Blanco es una leyenda que se ha difundido en la América española del norte y del sur, desde los primeros días de la conquista, entre la población blanca y la mestiza. El Guía Blanco protegió a los soldados de Cortés en la primera batalla que tuvieron con los indios tlascaltecas; el Guía Blanco se aparece a la familia de don Gregorio Bazán, cuando extraviada cerca de Esteco y perseguida por los salvajes, fué amparada por un grupo de españoles que venían en su busca desde Santiago del Estero.

Pueden leerse las notas que acompañan este artículo. La leyenda que puse en romance y que un muchacho, hijo de un arriero, les narró a sus hijos en Cachi, cuenta, pues, una antigüedad de 400 años.

NOTAS SOBRE « EL GUÍA BLANCO »

Me dice Juan Alfonso Carrizo, a quien pregunté qué noticias tenía del asunto, en carta del 26 de julio de 1943 : « puedes ver una preciosa referencia al Guía Blanco, identificado perfectamente como Santiago Apóstol, en el relato de la *guazavara* hecha por los indios a Don Juan Gregorio Bazán sobre el río Mojotoro o Ciancas, el 18 de agosto de 1570. Muerto Bazán y su yerno, la mujer de Bazán, su hija casada y sus hijas menores y nietos que venían de España por Lima, se vieron sin guía que los condujera a Esteco, — Nuestra Señora de Talavera, — situado entonces a ocho leguas al Sur del Quebrachal, — Anta. En esa oportunidad fué guía, vestido de blanco, Santiago Apóstol. Puedes ver el asunto en las páginas 230 y 283 de : Gobernación del Tucumán. Probanzas de Méritos y Servicios de los Conquistadores. Tomo segundo de la Colección de Publicaciones Históricas de la Biblioteca del Congreso ; publicación dirigida por Roberto Levillier. Por si acaso no tuvieras a mano este libro, te transcribo la parte perteneciente :

« El ítem IX del Interrogatorio, dice : Yten si sauen que doña catalina de plasencia muger legitima del capitan juan gregorio bazan y doña maria bazan su hija legitima de los sobredichos y Juan Gregorio bazan y esteban de padraza e doña francisca bazan de pedraza que son muger, hija e nietos del dicho Juan Gregorio bazan, se escaparon huyendo de la dicha guerra en sus caualllos e mulos solos con un negro que se llama Francisco Congo con solo lo que trayan vestidos siendo niños los dichos nietos y la dicha doña Francisca de leche e sin traer de comer vinieron cincuenta leguas que hay

de purmamarca a la ciudad de nuestra señora de talauera por fuera de camino perdidos muchos días comiendo rrayzes que les crecauan los indios e *no les hazian mal diciendo que vien una figura blanca en el ayre* que les espantaua digan lo que sauen (pág. 230).

« Como después de la guazavara no quedó otro acompañante de la pobre familia que el negro criado, éste declara y dice, refiriéndose a la pregunta IX : A la nobena pregunta dixo que este testigo es el Francisco congo que dice la pregunta y es el que vino con las dichas mugeres e sus hijos dende el dicho desbarate hasta la ciudad de talauera huyendo de los yndios sin traer que comer ni vestir más de lo que tryan encima en solos sus caualllos e mulas e que este testigo trya en brazos a la dicha doña Francisca guiando a las dichas mugeres y niños esperecidos de hambre que ya no bian sustentandose solo con yerbas y cardones del campo y estuvieron sin comer otra cosa mas de quinze dias y en este tiempo caminando hacia la ciudad de talauera sin saber donde iuan ni porque camino caminaron hasta que toparon con gente de la dicha ciudad que los venian a socorrer y cuando huyeron este testigo con las dichas mugeres los yndios vinieron en su seguimiento cuatro dias con sus noches sin rreposar ni parar y no les hizieron mas por que este testigo echaua mano a una espada que traia e les amenazaua diciendo no se llegasen a ellas porque los auia de matar y a esto siempre vio este testigo e las dichas mugeres *un hombre cauallero en un cauallo blanco* que no conocian quien era e siempre entendian que era un pedro gomez de balbuena que auia escapado del dicho desbarate huyendo que solia venir en un cauallo rucio al cual por entender que era él todo el camino le yban dando voces llamandole diziendole aguarde señor pedro gomez espe-

remos y socorramos de estos enemigos que yba adelante guiando como un tiro de arcabuz que no le podrian conocer bien que este testigo entiendo que era el bienaventurado santiago o san anton a quien tomo por su abogado y le llamaua por horas y momentos que le favoreciese y ayudase sacandole de aquel temerario peligro y asi lo tiene por cosa cierta porque el dicho pedro gomez con los demas soldados a toda ligera e syn parar en muy breve tiempo dijeron que se auian puesto en la dicha ciudad de talueva donde supo que no pudo ser él sino uno de los que tiene dicho a quien asimesmo se encomendauan las dichas mujeres con grandísima debosion y esto es lo que saue de esta pregunta como persona que lo vio ser e pasar asi como ella se declara. (Pág. 281 y 282).

Léase Hernán Cortés, por Salvador de Madariaga, cap. 9º, pág. 160, donde dice :

« De la primera embestida hirieron a setenta españoles. Bernal Díaz del Castillo dijo al Capitán Ordaz : « Paréceme que podemos apechugar con ellos, porque verdaderamente sienten bien el cortar de las espadas y estocadas y por esto se desvían algo de nosotros, por temor dellas y por mejor tirarnos sus flechas y varas tostadas y tantas piedras como granizos » ; pero Ordaz no creyó oportuno el consejo, pues luchaban los españoles a uno contra trescientos. Sólo los caballos podían salvarles. Después de angustiosa espera, la caballería — constituída por trece jinetes, — muy rezagada por haber tenido que rodear unas ciénagas, apareció en escena y los indios, creyendo que eran nuevos seres humanos de cuatro pies, se dieron a la huida, no sin herir primero a cinco jinetes y tres caballos. Esta llegada súbita y dramática de los jinetes floreció más tarde en una leyenda que Gómara, — López de, — puso en circulación transfigurando a la caba-

llería de Cortés en un jinete misterioso que para unos fué Santiago y para otros San Pedro. « Pudiera ser — comenta Bernal Díaz, — que los que dice el Gómara fueran los gloriosos Apóstoles Señor Santiago o Señor San Pedro, e yo como pecador no fuese digno de lo ver. Lo que yo entonces vi y conocí fué a Francisco de Morla en un caballo castaño, que venía juntamente con Cortés ».

ROMANCE DEL GUÍA BLANCO

Por la cordillera vuelven
de Chile para su pago,
dos arrieros calchaquíes
en buenas mulas montados.
Al cabo de siete días,
de viajar por despoblado,
en un puesto de Las Cuevas
aquella noche harán alto.

A media tarde el salar
de Hombre Muerto van cruzando.
Las maleteras puntean
adelante al trote largo.
Avanzan los remeseros
uno tras de otro, al marchado,
cantándoles las lloronas
en el gran silencio blanco.

El viento del sur arrecia,
el viento de junio, helado,
que arrea nublados negros
sobre el inmenso altiplano.

Aumenta la cerrazón,
retumban truenos lejanos,
la nieve corre en cendales
volanderos por el campo.

Allí, para su colete,
dicen, al verse apurados,
un rezo de caminantes
de los arrieros de antaño.

Virgen Santa, cumbre arriba
y cumbre abajo he andado,
nieve y arena he comido,
socórreme en despoblado.
Permite que vuelva a ver
pronto mi casa, mi pago,
mi mujer y mis hijitos
tal y cual los he dejado.

Ya no distinguen la senda.
Ya las riendas aflojaron.
Ya las mulas, ateridas,
caminan trastabillando.
Parémonos compañero,
hasta que pase el nublado !

Paran de espaldas al viento,
y bajo sus calamacos,
aguardan horas mortales,
mientras los sigue tapando,
la noche con manto negro,
la nieve con poncho blanco.

Tascan las mulas el freno,
patean el suelo escarchado,
las orejas en la nuca
y entre las piernas el rabo.

Cuando al fin el viento cesa,
la oscuridad y el nublado
no permiten ver la tierra
ni el horizonte a diez pasos,
ni los rastros de las mulas
cargueras que se fugaron
y que a estas horas sin duda
a Las Cuevas arribaron.

Y allí están, los remeseros,
allí prenden un cigarro,
refuerzan el acullico,
echan a pecho un buen trago.

« Despejará con el día
— piensan, y de rato en rato,
conversan o cabecean
en sus monturas clavados.

Al filo de media noche
las mulas han relinchado,
lo mismo que cuando sienten
almas en pena o espantos.

¡ Alerta, los remeseros !
¡ Alerta! y oyen el claro
retintín de unas espuelas
en el gran silencio blanco.

Y ven salir de la niebla,
como de niebla formado,
un jinete en una mula
de grandor desmesurado.

Bufan las mulas medrosas,
y de los dos el más guapo,
¿Quién va? — pregunta. El viajero,
callado, pasa de largo.
Entonces los calchaquíes
el sombrero se han quitado.
Santiguándose, murmuran :
¡ El Guía Blanco ! ¡ El Guía Blanco !

Sobre la nieve, los rastros
de la fantasma quedaron.
Sobre la huella se largan
los rudos hombres rezando.

¡ Virgen Santa, de tus hijos
piadosa te has acordado !
que por guía nos mandaste
sin duda al Señor Santiago.

Marchan las mulas de firme,
ganosas, estornudando,
y con el alba a las casas
de Las Cuevas han llegado.

JUAN CARLOS DÁVALOS.

APUNTACIONES

SOBRE

EL DICCIONARIO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

¿Cómo me agradaría que fuese el Diccionario oficial de la lengua? Quizá lo mismo que a más de uno de los lectores de estas líneas. Ellos también, al hojear alguna de las ediciones del libro académico, se habrán encontrado, sin duda, con sombras o lagunas y habrán deseado que la ilustre Institución matritense tomase las providencias contra ellas. Celebraré mucho que lo que paso a exponer brevemente coincida con lo que otros pensaron al respecto.

¿Cómo, en mi humilde opinión, debiera ser el Diccionario?

Claro está que no me refiro a su clase: a si debiera ser alfabético, fonético, pictográfico, simbólico, por ideas afines, ideológico, por raíces o familias, etc. Sobre el particular, ha discurrido ya extensa y doctamente don Julio Casares. Léase el macizo discurso que pronunció el 8 de mayo de 1921, para su recepción solemne en la Real Academia Española. A la distancia de veinte años ese discurso cobra actualidad al aparecer incorporado a las *Obras completas* de Casares, precisamente en el volumen V, que lleva por título

general *Nuevo concepto del Diccionario de la Lengua y otros problemas de lexicografía y gramática*. La erudita exposición es elogio y apología convincente del tipo de « diccionario ideológico ». Y a fe que el autor no se ha quedado en mero teorizador, porque acaba de regalarnos, como fruto maduro de muchos años — « cinco lustros corridos » — de labor benedictina, un precioso *Diccionario ideológico de la lengua española*.

Ante esta obra, ¡ cuánto no se alegrarían los primeros plañeadores de léxicos de ese estilo : los italianos Jacobo Pergamino (1601) y José Barbaglia (1845), los ingleses David Booth (1835) y P. M. Roget (1852), los franceses Juan B. Boissière (1862) y Elías Blanc (1882), el alemán D. Sanders (1878), etc. !

El insigne Secretario Perpetuo de la R. Academia Española nos ha dado un instrumento en nada inferior y, por más de un respecto, indiscutiblemente superior a vocabularios análogos tan estimados como el *Dictionnaire des idées suggérées par les mots* de Pablo Rouaix, el *Dictionnaire analogique (repertoire moderne des mots par les idées, des idées par les mots)* de Carlos Maquet, el *Vocabulaire par l'image de la langue française* de A. Pinloche, el *Nomenclatore scolastico* o *Vocabolario delle idee* de Palmiro Prémoli, el *Diccionario de ideas afines* de Eduardo Benot, el *Diccionario ideológico* de Enrique Gómez Carrillo y Alfonso de Sola, y algunos otros. Lo que veo en varios de estos y echo de menos en el de Casares, son buenos grabados ilustrativos, que indudablemente acrecerían la excelencia del reciente trabajo.

Pero, a todo esto, caigo en la cuenta de que he cedido a vulgar digresión. Sin embargo, aunque algo fuera de mi propósito, no me arrepiento de que con ello puedo dejar cons-

tancia de la admiración con que he recorrido las páginas de una obra de tantos quilates.

Y sin más disculpas, vuelvo al carril.

Al preguntarme a mí mismo : ¿Cómo me agradaría que fuese el Diccionario?, no pensaba yo sino en el diccionario común, tradicional : el alfabético de la Academia Española, sea el mayor, sea el manual ilustrado. Aunque otros linajes de diccionarios traigan la recomendación de muchas ventajas, es obvio que difícilmente podrá prescindirse del diccionario alfabético. Más de la mitad del mentado *Diccionario ideológico* de Casares es un diccionario alfabético abreviado, indispensable para definir las voces del primero.

Pues, ese Diccionario alfabético oficial me agradaría, ante todo, bien limpio de sus deficiencias actuales, inevitables puesto que de obra humana se trata : omisiones de palabras y acepciones, errores de ortografía y acentuación, inexactitud de no pocas definiciones, etimologías aventuradas, referencias históricas erróneas, faltas de uniformidad, ambigüedades, inconsecuencias, olvido de signos indicadores de accidentes gramaticales o clasificación, contradicciones ya en el mismo texto, ya con su *Gramática* o con su *Diccionario Manual*, etc., etc.

Desearía luego que adoptase algunas, que, a mi entender, serían mejoras de carácter práctico, con las cuales el léxico académico se convirtiera en un libro más útil y, por lo mismo, más interesante que lo ha sido hasta ahora. Ya en otra oportunidad y lugar me permití señalar muy sumariamente unas pocas. Tornaré aquí a insistir en ellas y agregaré otras más que vaya recordando, y el lector dirá si no son recursos auxiliares de bien decir y bien escribir, cuya inclusión en el

Diccionario agradecerían especialmente los no muy versados en achaques gramaticales y en casticidad de giros.

1º PLURALES.

Nadie ignora que muchos titubean en la pluralización de no pocos vocablos y entonces, frecuentemente, no acertando con lo correcto, caen en feos errores.

¿No se oye, dice y escribe a menudo 'clubs', como plural de *club*, a pesar de que la Academia en su *Gramática* condena esa forma que « repugna a la índole del idioma español »? Si en el Diccionario, al final del artículo *club*, se añadiera, abreviadamente, v. gr.: *pl. clubes*, cesaría toda indecisión.

Lo mismo, para tantas otras dicciones: *sofá, álbum, maní, milin, cinc, bambú, déficit, lay, ají, sordomudo, ciempiés, chalet*, etc.

(Y permítaseme aquí un paréntesis para la última voz. ¿No es deseable que la Real Academia reconsidere la forma *chalet* y, pues nadie pronuncia su *t* final, nos dé la realidad castellanizada *chalé*? ; Si esa *t* ni suena en el francés, de donde se ha traído! ¿Hemos de ser más católicos que el papa? ¿Y acaso no ha desaparecido ese final de otras voces pedidas al mismo idioma, como *corsé, cabriolé, bidé, minué, tupé, paletó, calicó*, etc.? Teniendo entonces en el singular *chalé*, más natural y fácil fuera decir en plural *chalés*, como decimos *corsés, cabriolés*, etc., que no *chaletes*, el cual, por raro y antipático que parezca, es el plural legítimo del actual *chalet*. Y cierro el paréntesis.)

Es evidente que para algunos vocablos habría que indicar: *pl. no tiene* o *pl. invariable*.

2º FEMENINOS.

A veces la duda o el error nace del género. No cuesta mucho prevenirlos poniendo, por ejemplo :

<i>hijodalgo</i>	<i>fem. hijadalgo.</i>
<i>sordomudo</i>	<i>fem. sordomuda</i>
<i>modista</i>	<i>Observación: el 'modisto' es error ; dígase el modista.</i>

3º DIMINUTIVOS Y AUMENTATIVOS.

No es raro el error al intentar formar estos grados de significación en muchas de las voces del léxico. Pues, póngase al fin la forma correcta, v. gr. :

<i>sol</i>	<i>dim. solecito.</i>
<i>cuenta</i>	<i>dim. cuentecita.</i>
<i>mano</i>	<i>dim. manecita.</i>
<i>cuerpo</i>	<i>aum. corpazo.</i>
<i>valiente</i>	<i>aum. valentón.</i>

4º SUPERLATIVOS.

Igual procedimiento se seguirá para algunos superlativos especiales o irregulares, como serían los de *nuevo*, *áspero*, *magnífico*, *católico*, *sumario*, etc., en cuyos correspondientes artículos, tras la abreviatura *superl.* o *sup.*, se pondrían las formas pertinentes: *novísimo*, *aspérrimo*, *magnificentísimo*, *catolicísimo*, *sumarísimo*, respectivamente; o la doble forma, si la hubiera, como para *bueno*, *bonísimo* y *óptimo*.

Para ciertas palabras, convendría quizá indicar: *No admite dim.*, *aum.*, *sup.*, según los casos.

5º IRREGULARIDADES VERBALES.

En los verbos irregulares, indíquense las formas que se apartan de la conjugación regular. Para ello bastaría enun-

ciar la primera forma anómala de los tiempos que pueden considerarse como primitivos (presente, pretérito indefinido y futuro de indicativo), porque es sabido que cualquier irregularidad que se dé en estos, se reproduce en sus respectivos derivados, a saber :

las del presente pasan al imperativo y al presente de subjuntivo ;

las del pretérito indefinido, a las dos voces del pretérito imperfecto de subjuntivo y al futuro imperfecto del mismo ;

las del futuro imperfecto de indicativo, al potencial simple.

Según esto, las irregularidades del verbo *caber* se sintetizarían así : *irreg.* : *quepo, cupe, cabré*, formas fundamentales, que sugerirían las de otros tiempos : *quepa él, yo quepa ; cupiera, cupiese, cupiere, y cabría*.

Para *hervir*, se indicaría : *irreg.* : *hiervo, hirvió*.

A veces el imperativo añade a su anomalía, análoga a la del presente de indicativo, otra peculiar, casi siempre por apócope. Podría señalarse entre paréntesis, a continuación del presente ; v. gr. : de *salir*, *irreg.* : *salgo (sal tú), saldré*.

Cuando el gerundio participa de la irregularidad del pretérito, podría también seguir a este en un paréntesis, como en el caso de *reñir*, *irreg.* : *riño, riñó (riñendo)*.

El participio irregular podría ir al final, del mismo modo : así en el caso de *poner*, sería : *irreg.* : *pongo (pon tú), puse, pondré (puesto)*.

Para *decir*, que tiene todas las irregularidades anteriores, se abreviaría así : *irreg.* : *digo (di tú), dije (diciendo), diré (dicho)*.

Se advierte que esta manera de abreviar obedece al deseo

de ahorrar espacio, y se explicaría en oportunas advertencias preliminares.

6° ACENTUACIÓN DE VERBOS.

Otro punto importante, en lo atinente a verbos, es conocer la acentuación correcta de no pocos.

¿Debe decirse *agrío* o *agrío*; *me glorío* o *me glorío*; *desahucio*, *desahucio* o *desahucío*; *evacuo* o *evacúo*, etc.? Esta indecisión es propia particularmente de los verbos terminados en *iar* y *uar*, y se obviará con sólo que la Academia añada: *acent.*: yo *agrío*, yo *me glorío*, yo *desahucio*, yo *evacuo*, etc., para cada caso.

7° VERBOS EN « UÍR ».

Siguiendo la opinión y práctica de Bello, Cuervo, Isaza, Ortúzar, F. Restrepo, Robles Dégano y otros, no hay diptongo en la terminación *uír* del infinitivo, y, por lo tanto, la *u* y la *i* deben pronunciarse en dos sílabas distintas.

Si la Real Academia está por lo mismo — declaración explícita no se ve en parte alguna, salvo para el verbo *huír*, que, según ella, se pronuncia *hü-ír* —, debe marcar con acento ortográfico (y mejor fuera con crema) verbos como *huír*, *concluír*, *destituír*, *destruír*, etc., como hacen los autores citados, y como ella misma hace con *oír*, *reír*, *freír*, *desleír*, etc., y aun con los derivados de los primeros: *huida*, *concluido*, *destituible*, *destruible*, etc. Si nó, cabe preguntar ¿por qué la tilde en estos derivados y nó en sus infinitivos? ¿Es que, opinando acaso diversamente de los mencionados maestros, sostiene que en el infinitivo no hay diptongo y sí en las formas derivadas? Esta, en realidad, parece su práctica, si atendemos, además, a cómo descompone en sílabas el verbo *ins-*

truir, esto es : *ins-truir* (dos sílabas), como puede comprobarse en el párrafo 497 de su *Gramática*.

La ausencia de esa tilde o crema en el infinitivo autoriza la pronunciación que priva en muchas partes, por ejemplo, entre nosotros, de las dos vocales concurrentes en una sola sílaba. Pero nosotros, consecuentes, aplicamos la misma pronunciación a los derivados, aunque, por imitar a la Academia, pintemos en estos la tilde. En mi práctica personal, creo ser más consecuente pintando la tilde en el infinitivo, como los autores citados, lo mismo que en los derivados.

¿ No sería de desear una definición en este pleito ?

8° RÉGIMEN O PREPOSICIONES DEL VERBO.

Otro objeto de perplejidades es la preposición con que deben construirse muchos verbos, participios y adjetivos. ¿ Por qué no señalar las preposiciones propias de cada uno de estos ?

Así, por ejemplo, para el verbo *descollar* podría agregarse : *prep.* o *rég.* : *descollar EN ingenio*. — ENTRE, SOBRE *otro*.

Para el participio *preferido* : *preferido DE alguno*. — ENTRE *otros*.

Para el adjetivo *sospechoso* : *sospechoso A alguno*. — DE *herejía*. — EN *la fe*. — POR *su comportamiento*.

9° NOMBRES PROPIOS.

No alcanzo por qué la Real Academia y, con ella, otros vocabulistas no registran en sus diccionarios los nombres propios. ¿ No son acaso también estos patrimonio del idioma, especialmente los de persona y los geográficos de países de habla hispana ? ¿ O es que estos dichos nombres nunca se

pronuncian, acentúan o escriben mal? ¡ Vaya, si hay nombres por ahí, que salen de labios y de plumas tan maltrechos, que han de achacar su infortunio al desdén con que se los trata, como si de nadie fueran !

¿ Quién no ha visto escrito — botones para muestra — *Rudecindo* y *Rudesindo*, *Hortensia* y *Hortencia*, *Felicita*, *Felicitas* y *Felicitas*, *Hermójenes* y *Hermógenes*, *Heliodoro* y *Eliodoro*, *Ciriaco* y *Ciriaco*, *Béjar* y *Bejar*, *Coimbra* y *Coimbra*, *Práxedes* y *Praxedes*, *Fabiola* y *Fabiola*, *Óscar* y *Oscar*, *Judit* y *Judith*, *Órcadas* y *Orcadas*, *Ezequiel*, *Ezequiel* y *Exequiel*, *Jerónimo* y *Gerónimo*, *Genaro* y *Jenaro*, *Irineo* e *Ireneo*, etc. ? ¿Cuál es la forma correcta? ¿La primera, la segunda o ambas?

El femenino de *Félix* ¿es *Felixa* (o *Félix*), *Félix* (invariable), *Felisa* o *Feliza* ?

Espésanse aún las sombras cuando se trata de nombres extranjeros, históricos o clásicos, personales o geográficos, no sólo antiguos de Grecia, Roma y otras partes, sino también modernos, que el uso ha españolizado. ¡ Cuánta anarquía en su escritura y acentuación !

Haga la docta Corporación valer el magisterio que se le reconoce : oriente, enseñe. Reúna esos nombres en tabla alfabética y agréguelos a su Diccionario como apéndice, o, mejor aún que en apéndice, intercáelos en el texto, donde lo mande la inicial.

10° GENTILICIOS.

A continuación de los nombres propios geográficos, pondría yo los gentilicios correspondientes, máxime cuando los radicales de primitivo y derivado no son idénticos.

Ejemplos : a *Gerona* seguiría : *gent. gerundense* ; a *Buenos*

Aires : *gent. bonaerense*; a *Cerdeña* : *gent. sardo*; a *Teruel* : *gent. turolense*, etc.

11° DICCIONES Y GIROS VICIOSOS.

Tampoco debieran faltar observaciones sobre vicios de dicción y elocución.

Por ejemplo, después de definir la voz *sendos*, *das*, puede añadirse: *Observ.* : *Es vulgarismo usarlo en singular* : 'sendo, da', y con el significado de 'grande', 'vasto', 'desmesurado'.

Después de *apercibirse* : *Observ.* : *En la acepción de 'notar', 'advertir', 'observar', 'columbrar', etc., es galicismo.*

Después de *directriz* : *Observ.* : *Sólo se emplea aplicado a nombre femenino* : *línea directriz*, y *nó plano directriz*. *Pertenece al tecnicismo geométrico.*

12° ARCAÍSMOS.

Entiendo que debe darse cabida a mayor número de arcaísmos en el Diccionario mayor.

« ¿Más arcaísmos? » dirá alguno. « ¿Para qué? ; Si no faltó quien aconsejara la eliminación, por inútiles, de los que ya registra! »

Pues, mal consejo. ¿Inútiles los arcaísmos? ¿Serán acaso más útiles las voces de germanía, que abundan en el léxico? Si tenemos necesidad de estas para entender pasajes de escritores que reproducen el habla hampesca española, no menos la tenemos para comprender y saborear plenamente los textos más o menos antiguos, cuyos lectores, afortunadamente, aumentan día a día. Son voces de venerables monumentos del idioma; el Diccionario debe ayudar a descifrarlas para la cabal apreciación de estos. ¡Cuántas veces, además, son los antiquismos medio excelente para explicar la forma

actual, significación y origen de muchas palabras en uso ! Ahí está, si uó, el verbo *desahuciar*, que se explica en sus aspectos semántico, morfológico y prosódico por las formas antiguadas *afuciar*, *afiuciar*, *fiucia* y *fiducia* ; ahí están *mes-ter*, *juglar*, *codicia*, etc.

Aun en el *Diccionario manual* debieran incluirse los más corrientes.

13° NEOLOGISMOS.

¿Qué decir de estos sino lo que ya tantos han dicho : que no deben faltar los que sean necesarios y, juntamente, expresivos y bien amoldados, morfológicamente, a la índole de la lengua ?

En este punto, más que en otros, es preciso dar con el justo medio : ni inflexibilidad, ni relajación, sino sabia discreción.

Los neologismos que exigen tratamiento más severo son, no hay duda, los de traza foránea. Para los vernáculos o nacidos de otros términos de nuestra lengua y formados legalmente, mayor condescendencia.

14° TÉRMINOS DEPORTIVOS.

Nadie ignora la importancia y auge que el deporte va cobrando doquiera. Todos los días se nos mete en casa un nuevo juego de ultramar y, claro está, con su jerga bárbara. ¿Por qué no prevenir el arraigo de esta, ofreciendo cuanto antes la terminología castellana correspondiente ? ¿O se reserva el remedio para cuando la peste ha cundido tanto que es ya ineficaz por tardío ? Aquí también viene de perilla el « *Remedium amoris* » de Ovidio con sus conocidos versos :

*Principiis obsta ; sero medicina paratur
quum mala per longas convaluere moras* (V. 91, 92).

Si el léxico se adelanta con vocablos y locuciones nuestras precisas y breves, los impertinentes advenedizos no pasarán de la puerta.

15° ARGENTINISMOS.

¿Y los argentinismos? Si por *argentinismo* entendemos una voz o giro exclusivamente nuestro, no es tarea baladí individuarlos de modo que no nos discutan la atribución otros países. Mas si con ese nombre designamos voces o giros que no constan en el Diccionario y se usan en la Argentina — siquiera tal vez se usen también en otras partes —, la cosa es más hacedera, y esta es la acepción con que aquí la empleo.

Pues, en mi modesto sentir, esta clase de términos y expresiones deben incorporarse al léxico oficial, siempre que hayan logrado difusión y arraigo y, sobre todo, cabida en nuestra producción literaria.

Análogo derecho compete a voces más humildes, de la conversación, del hogar y del pueblo dignos, que podrían denominarse *familiarismos* o *popularismos*.

Lo que ninguna persona sensata debe tolerar son los *vulgarismos*, *plebeyismos* y *lunfardismos*, que sólo podrían recogerse para desmedro o desprestigio de nuestro lenguaje y cultura. Algunos de estos, tomados de no se sabe dónde, se le colaron al Diccionario académico de la última edición, y es muy de esperar que no reaparezcan en la próxima. Será también oportuno que los debidamente aceptados figuren calificados con la nota de *fam.* (familiar) o *pop.* (popular), puesta junto a los que sean una u otra cosa.

¡Cuántas voces nuestras bien significativas y, además, legítimas — como vástagos sanos del tronco español — espe-

ran la carta de reconocimiento oficial! ¿Qué les falta para ello, por ejemplo, a *argentinidad*, *argentinar*, *elogioso*, *cordillerano*, *jujeño*, *marplatense*, *paranaense*, *puntano*, *platense*, *portuario*, *suplencia*, *alumnado*, *brillazón*, *hachador*, *potrillo*, *andinismo*, *andinista*, *partidismo*, *canillita*, *talar* (bosque de talas), *quebrachal*, *querandí*, *quichuismo*, *talerazo*, *tilinguería*, *tilingada*, *cordobesada*, *ascensorista*, *matear*, *tironear*, *correntada*, *bahiense*, *cortapapel*, *peritaje*, *balconear*, *viborear*, *cuatrimestral*, *reconsiderar*, *violetal*, *yermal*, *seibal*, *yuyal*, *churrasquear*, *mocionar*, *sesionar*, *responsabilizar*, *educacional*, *muchachada*, *yerbatero*, *zapallar*, *escrituración*, *obstaculizar*, *politiquero*, *politiquería*, *orquestal*, *suellista*, *ponchazo*, *oxigenación*, *guadaloso*, *guarangada*, *serruchar* y tantos otros que debo dejarme en el tintero.

Nada digamos de los nombres de procedencia indígena u onomatopéyica, indicadores de cosas de la tierra, como *matra*, *mistol*, *churrinche*, *pangaré*, *pichincha*, *zamba*, *pingo*, *ranquel*, *ranquelino*, *burucuyá*, *gualicho*, *pilcha*, etc.

¿Es justo que una nación — digase lo mismo de cada uno de los demás países hispanohablantes — tenga menos derecho a llevar sus vocablos al Diccionario común que la menor de las provincias de España? Afortunadamente, puede afirmarse que la Real Academia de hoy parece comprender mejor las cosas y estar dispuesta a proceder en este asunto con más recto y amplio criterio.

16° ACENTOS ORTOGRÁFICOS SUPERFLUOS.

¿Sería mucho pedir que la Real Academia accediese al fin a la sugestión de tantos tratadistas y a la práctica de mucha gente culta, suprimiendo un buen número de acentos

ortográficos o tildes completamente inútiles, como en los pronombres *este, ese, aquel* — que, en oficio análogo, no tienen por qué diferenciarse de los demás pronombres — ; en los monosílabos verbales *fué, fuí, dió, vió* ; etc. ?

17° Podría alguien agregar a estas indicaciones otras similares y de mayor interés. Yo, entre tanto, para terminar, me permito aún señalar dos reparos de orden puramente material, tipográfico o de disposición de las voces en el léxico.

a) UBICACIÓN DE LA «RR».

A la letra *rr* concierne el primer reparo. Lo formuló ya don Rufino José Cuervo, en nombre de una comisión especial de la Academia Colombiana, en sus *Observaciones sobre el Diccionario de la Real Academia Española*. La edición observada es la undécima, esto es, la de 1869. Las *Observaciones* se publicaron en el primer tomo del *Anuario* de la conspicua corporación bogotana. Quien tuviere interés en conocerlas por entero y no diere con dicho *Anuario*, puede acudir a las *Disquisiciones filológicas de Rufino José Cuervo*, dos tomos de 1939, en que el notable poeta y filólogo Nicolás Bayona Posada incluyó dichas *Observaciones* con diversos estudios sueltos del gran humanista.

Allí don Rufino, después de sostener que la *rr* es tan distinta de la *r*, como lo es la *ch* de la *c*, y la *ll* de la *l*, así en lo escrito como en la pronunciación, agrega textualmente : « Parece, pues, que no hay razón para tener la *rr* por un agregado de dos *eres*, ni por consiguiente para que, al ordenar en el Diccionario los vocablos por el alfabeto, se proceda como si lo fuera. Con los que tienen *rr* debiera hacerse lo que se hace con los que tienen *ll*, y convendría que en las

venideras ediciones del Diccionario se siguiera la regla de agotar la *r* y seguir luego con la *rr* ».

La observación, o no llegó a conocimiento de la R. Academia, o esta no creyó oportuna la innovación, porque en las cinco ediciones que se han ido sucediendo hasta hoy, persiste la práctica de 1869, en cuanto a la *rr*: « todo está como era entonces ». Y, sin embargo, la advertencia de Cuervo es muy razonable y no ha perdido actualidad, porque facilitaría innegablemente la búsqueda de dicciones con *rr*.

Según ella, la voz *cirrípedito*, por ejemplo, no se intercalaría entre *cirolero* y *ciruela*, sino que debiera terminarse antes toda la serie de voces con la combinación inicial *cir*, y sólo después de la última de estas, que en el *Diccionario* de hoy es *cirujano*, empezaría la serie de las que llevan la inicial *cirr*: allí, *cirrípedito*.

Similarmente, *porra* no iría en pos de *porquezuelo*, sino de *¡ porvida !*; ni *sarracénico* después de *sarpullir*, sino de *sartorio*, etc.

Esto hace tiempo que se practica con la *ll* y aun con la *ch*, a pesar de lo que se observa todavía en diccionarios de otras lenguas. ¿ Por qué esta diversidad de procedimiento para la *rr* ?

b) INICIALES MAYÚSCULAS.

El segundo reparo ignoro si ha sido formulado ya por otros, aunque bien pudiera presumirlo, pues tan natural se me antoja. Me refiero a las letras mayúsculas iniciales con que presenta el Diccionario todas las voces que encabezan sendos artículos.

¿ Qué se deriva de esto ? La duda acerca de si muchas, por

lo menos, de esas voces deben escribirse siempre con mayúscula inicial. Y con la duda, ha nacido el exorbitante abuso de esa suerte de letra.

Abro el Diccionario en diversas páginas, y leo: *Sol*, *Luna*, *Biblia*, *Norte*, *Sur*, *Mayo*, *Zoilo*, *Lázaro* (por 'pobre andrajoso'), *Septentrión*, *Dios*, *Acrópolis*, *Héjira*, *Eplón* (por 'el que come y se regala mucho'), *Botánica*, *Pentecostés*, *Cuaresma*, *Zodiaco*, etc., todas con mayúscula inicial. ¿Cuáles de estos vocablos deben escribirse siempre con mayúscula inicial, y cuáles con minúscula al no encabezar la cláusula? Fácilmente saldría uno de la duda, si la Academia decidiese estampar todos esos vocablos con inicial minúscula, a excepción de los que necesariamente llevan siempre mayúscula. ¿Hay cosa más factible? No es posible suponer que se vacile en determinar los casos de obligatoriedad de la mayúscula y, para salir del paso, se recurra a la táctica actualmente en uso, que, al parecer, no compromete al que la emplea.

CONCLUSIÓN. NOVEDAD.

Quien ha tenido la paciencia de leer esta simple charla escrita — aun concediendo que no son tan disparatadas las apuntaciones propuestas — no dejará quizá de ponerles un pero: « Bien, pero... ¡ todo esto es una novedad ! »

¡ Novedad ! ¿ Y mala es acaso la novedad ? ¿ O es que será preferible anquilosarse, como hoy se dice ? ¡ Ah, nó ! Si la novedad reporta provecho y significa progreso, ¡ bienvenida sea, particularmente cuando, como esta, llega sin grandes trastornos y trabajos !

Por otra parte, no hay en esto tanta novedad como de pronto pudiera parecer. ¿ No la practicó ya, parcialmente a

lo menos, don Miguel de Toro y Gómez en su entonces *Nuevo Diccionario enciclopédico ilustrado de la lengua castellana*? La edición que tengo a la vista es la décima, de 1921, y es probable que aun en las anteriores haya hecho lo mismo.

¿No lo viene realizando, con mayor amplitud, Miguel de Toro y Gisbert en el tan apreciado *Pequeño Larousse ilustrado*, que a esas breves informaciones de carácter práctico debe sin duda en gran parte la preferencia que ha merecido sobre otros léxicos manuales?

¡Pero si la misma Real Academia ha empezado a hacerlo en su *Diccionario manual e ilustrado de la lengua española*, con beneplácito unánime de cuantos, al consultarlo, se encuentran con la solución autorizada de tantos problemas idiomáticos! Es de esperar que lo que acaso ha hecho como un ensayo — muy feliz, por cierto — en el *Diccionario manual*, lo extienda, ampliándolo de acuerdo con el volumen mayor que se le consiente, al *Diccionario mayor*. ¿No cree la Academia que este con ello ganaría inmensamente en interés y vería, por lo mismo, multiplicarse el número de los que lo soliciten?

Mas, sobre todo, la docta Corporación daría con ello positiva eficiencia al magisterio docente que le corresponde y vigorizaría la defensa del lenguaje, amenazado hoy más que nunca en su corrección, integridad y pureza.

Un Diccionario así sería más que hasta el presente la verdad del simbólico crisol de su escudo, la realización de su mote heráldico: « Limpia, fija y da esplendor ».

RODOLFO M. RAGUCCI, S. S.

PALIQUES FILOLÓGICOS

DE LA INEXTRICABLE SELVA DE LOS APELLIDOS

En aquello de los apellidos se sorprende riquísima veta para estudios de gran interés. Particularmente en las repúblicas americanas de habla española, debido a la mezcla de sangre de estirpe latina, han tomado fácilmente carta de naturaleza apellidos propios de otras lenguas, que han pasado a ser considerados como castellanos. Frecuentes son los casos de traducción de apellidos extraños al idioma español — o de modificación de los mismos a fin de españolizarlos mejor —, por haberse hecho su pronunciación un tanto difícil.

En pasada centuria, un editor o impresor de origen germano, transformó su apellido cuando se resolvió a permanecer en el Perú, y llamóse del Río. Cierta comerciante hubo, en otra república, que se hizo llamar arbitrariamente Tercero; como hubo en México un político que se transformó en Guadalupe Victoria, y surgió en Nicaragua el formidable liróforo que se autodenominó Rubén Darío, sin que el Victoria del primero tuviese que ver algo con el apellido del político — que fué Fernández —, como poquísima relación había entre el apellido Darío y el de los García nicaragüenses. El Gran Mariscal peruano don Ramón Castilla refiere en sus apuntes autobiográficos que uno de sus apellidos —

el de Marquesado — primitivamente fué Marchese. No son pocos los Braun que en otrora fueran Brown, los Blanco que antaño eran White, los Gaspar provenientes de Gaspard y los Colina que ayer llamábanse Hill.

Caprichos personales y fusión cordial con familias de cada país han determinado, pues, en no corto número, el aumento de los apellidos que se suponen hoy españoles o que sinceramente admitimos como verdaderamente castellanos. Y decimos castellanos y no españoles, ya que en la Península ibérica existen multitud de denominaciones familiares que emanan no tan sólo de las dos Castillas sino también de las regiones éuskara, catalana, valenciana, gallega, etc.

Y no es ni puede ser reprochable la acogida que bríndase a apellidos de idiomas afines del español, si se tiene en cuenta que en el territorio ocupado por la madre patria conviven españoles y lusitanos, y que, verbigracia, en la región de Galicia se hace cuesta arriba distinguir en dónde termina lo español para dar paso a lo portugués, y viceversa.

No olvidemos, asimismo, la influencia de España — por razones de dominio que en ayer algo remoto se produjo — en determinadas comarcas de Italia, lo que hizo que se entronicen allí apellidos españoles y que se españolicen unos cuantos apellidos italianos. Y, en fin, téngase presente que en pueblos geográficamente alejados de España establecieron, hace siglos, decenas de miles de judeo-españoles cuyos apellidos conservan hasta hoy las grafías genuinas aun cuando cada cual los pronuncie de acuerdo con la índole de su idioma.

Rememorando lo apuntado, no sería mucho atrevimiento afirmar que el ochenta por ciento de los apellidos importados — que se consideran exóticos pero que de buena gana

se han admitido como españoles —, originaron en España. Así por ejemplo: Benjamín, Donato, Israel, De Roberto, Jacob, Ulrico, Andrea, Miranda, Augusta, Silvestre, De Muro.

En lo de denominar a los individuos de nuestra especie, casi siempre han primado razones circunstanciales y en gran mayoría arbitrarias. Y no digamos por lo que se refiere a apellidos. Hasta en nombres propios o de pila. Un viejo patriota del Perú, Zavala de apellido, hubo entre nosotros, que hizo bautizar como Junín a uno de sus hijos, y como Ayacucho al otro. Vive en Lima un periodista argentino que tiene un vástago nacido en suelo peruano, y que deseara de testificar a este país sus afectos, impuso el nombre de Calhude, en el bautismo, a ese niño. Otros llaman Atahualpa a sus hijos, y también Huáscar, Manco, Bolívar, Pizarro. El famoso general ecuatoriano Eloy Alfaro impuso a vástagos suyos los nombres de Olmedo y Colón, y a sus hijas Esmeralda, Colombia y América. El poeta limeñísimo Acisclo Villarán hizo que sus hijas fueran Aglae y Eufrosina, como Talía era el nombre de su consorte. En fin, es cosa común encontrar personas que se llaman Lincoln, Napoleón, Víctor Hugo, Nelson, Scipión, Garibaldi, Lautaro, Martí, Yegros, Artigas, Newton, Arquímedes, Fresia o Morazán; y Santander, Cicerón, Numa Pompilio, Caupolicán, Morelos, Guacolda, Amílcar y Lempira, o Franklin, Enriqueillo, Renán, Washington, Ricaurte, Sucre, Grocio, Pumacahua y de otras mil maneras que recuerdan a celebridades de la Historia — universal o vernácula —, de la leyenda y aun de la mitología. En un artículo referente a Mussolini se dice que el progenitor del dictador de Italia, fervoroso admirador de Juárez, quería hacer bautizar al hijo con este nombre, y

que hubo de llamarle Benito porque Juárez no es voz que consueña con la indole del lenguaje italiano.

Por lo que respecta al Perú, no poco influyen los curas indoctos sobre la población autóctona, porque suelen aconsejar a los padres de los niños moros y a los adultos neófitos en la religión católica, la adopción de nombres y hasta de apellidos — en afán incohonestable de eliminar los que tienen sabor aborigen — inspirados en la nomenclatura eclesiástica. Por eso, en pueblos indígenas, nos encontramos con multitud de hombres y mujeres que responden a los nombres de Asunción y Asunciona, Ascensión y Ascensiona, Corpus y Corposa, Macabeo y Macabea, Cuasimodo y Cuasimoda, Septuagésimo y Quincuagésimo con sus respectivos femeninos; y abundan quienes llámense Pascua, Natividad, Resurrección, Transfiguración, Exaltación, Encarnación, Purísimo o Purísima; o tropezamos con un Regis, un Asís, un Alcántara, una Casia, un Capistrano, una Lourdes o un Padua. En villorrio vecino de Cajabamba fuimos testigos de la pugna de progenitores y padrinos por bautizar a un pequeño como « Dotor », y no Doctor por ser éste equivalente — lo que no deseaban — de médico.

También ocurre entre pueblos neopaganos que, impulsados por cierta cristianofobia, denominan a los recién nacidos con expresiones o palabras pertenecientes al agro o a la naturaleza en general. Hay Arado, Lago Helado, Buey sin Fatiga, Semilla de Trigo, Cerro Fértil, Agua Muerta, Cacto Gigantesco, Lluvia Bienhechora, etc. Lo que no se diferencia perceptiblemente de los nombres que llevan hoy los salvajes de nuestra Amazonía o de la Patagonia, y gentes de tribus canadienses o australianas.

Pero volvamos a los apellidos.

Constituyen una intrincada selva. Investigar su origen es como para muy fácilmente extraviarse.

Un apellido que parece ser de origen no remoto — el de Darío —, ha servídole al erudito nicaragüense Juan de Dios Vanegas para hacer interesantes revelaciones. Refiere que hubo a principios del siglo XIX, allá en Nicaragua, un caballero llamado Darío Mayorga, a cuyos hijos, « por la costumbre nuestra de designar a los miembros de la familia con el nombre del jefe », nombróseles « los Darío ». Y así, don José Manuel García, padre de Rubén Darío, fué conocido como Darío; y lo propio ocurrió con doña Bernarda Darío; apellido éste desprendido, a su vez, del de Mayorga, por haber sido tronco de la familia el mencionado don Darío Mayorga. Y lo que sucedió con los García sucedió con los Sarmiento; y tanto que en la partida bautismal de Rubén Darío figura el poeta como hijo de doña Rosa Daríos (así, en plural) y no de doña Rosa Sarmiento. Hoy los descendientes de Rubén continúan apellidando Darío, y el apellido — si antes no lo hubiese habido — quedó establecido en Nicaragua definitivamente.

Por el caso que acabamos de tratar es dable intuir la formación o el origen de muchos otros apellidos que proceden de nombres de pila. En el Perú conocióse a persona llamada Elías Elías y Elías, verbigracia.

Pero ocurre también que algunos apellidos, por la fuerza de determinadas circunstancias, o por razón de costumbre, pasan a transformarse en nombre de pila. El Presidente mexicano de 1920 y tantos, don Plutarco Elías Calles, no es conocido por la generalidad como general Elías sino como general Calles, en tanto que su hermano, que era Cónsul de México en Nueva York, es para el común de las gentes don Alfredo

Eliás. En el Perú tenemos el típico caso de los señores Eliás de Bonnemaïson. Uno, don Manuel, héroe del «Huáscar», muchos años Cónsul General en Buenos Aires y más tarde Ministro en Bolivia y cerca del Mikado, no es llamado Eliás sino exclusivamente por el segundo apellido, Bonnemaïson. Por analogía puede mencionarse a la familia peruana Julio Rospigliosi, cuyos miembros han convenido, según se ve, en llamarse meramente Rospigliosi, y recuerdan el primer apellido con una simple J, ya que antaño se supuso que Julio no era un apellido sino nombre de bautismo.

¿Que todo esto es arbitrario? Tal vez... Pero por arbitrariedad han producido muchas metamorfosis análogas. El dictador del Paraguay Rodríguez de Francia ha pasado a la Historia tan sólo como Francia. Rosas, el célebre gobernador de Buenos Aires, no es por nadie conocido como Ortiz de Rosas. El «cojo» Santa Anna, dictador de México, apenas si es por alguno que otro mencionado como López de Santa Anna. Tuvimos dos presidentes en el Perú que suprimieron uno de sus apellidos: Nicolás de Piérola, a quien sólo los eruditos reconocen como el antiguo Fernández de Piérola, y Manuel Candamo, que abandonó el apellido viejo de González de Candamo. Una cumbre del pensamiento entre nosotros, Manuel González Prada, en sus últimos años gustó de abolir su apellido González y significaba su nombre escribiéndolo así: Manuel G. Prada. Pocos, en fin, en España o fuera de España, nos hablan de los Fernández de Moratín — al referirse a don Nicolás y a don Leandro —, y sólo mencionan a los Moratín.

Decíamos, pues, que han ido surgiendo nombres de pila o bautismo, derivados de apellidos, como surgieron apellidos de nombres de bautismo.

Estos últimos son ya numerosos, muchísimos, y van en aumento. A extremo tal que su número excede a los de algunas categorías o grupos que se admiten por quienes han clasificado tras concienzudo estudio los nombres familiares, particularmente entre los hispanoamericanos. Y así, por ejemplo, se advierte que su cantidad es mayor que los alusivos a « señores de pan y labranza » o que los « histórico-burlescos ».

Viene a continuación una nómina pacientemente hecha, con suma probidad, de apellidos que corresponden a nombres de pila, algunos de los cuales es indudable que originaron de lenguas extranjeras. Fruto, tal lista, de observaciones hechas en nuestros viajes por diversos países americanos, se ha enriquecido con la revisión de algunos documentos, como escalafones militares y navales; llamamientos de conscriptos, matrículas de contribuyentes y estudios de carácter genealógico.

La nómina excede de 450 nombres y es poco menor de 500. Y al recorrerla han acudido a la mente aquellos versos fáciles de uno de los ingenios peruanos más fecundos — « El Murciélago », o sea don Manuel Atanasio Fuentes —, que exclamó, al comienzo de su hoy rarísimo folleto « El Purgatorio de Nombres o sea Extravagancias de Apellidos » (Lima, 1883):

Hace días, Toribio, que me aqueja
curiosidad bien rara y bien extraña
que ni dormir sin inquietud me deja.

¿ No me dirás, amigo, con qué maña,
pudieron ciertos hombres, en lo antiguo,
tomar algunos nombres? Gran patraña

Me dirás te pregunto : pero amigo,
la cuestión es difícil ; es problema
que resolver no puedes ; te lo digo

A fe de caballero, sin que tema
me ganes un depósito o apuesta ;
escucha, pues, escúchame con flema,

Que el escuchar, amigo, poco cuesta,
aunque haya relación que, por cansada,
es poco divertida y aun molesta.

Bueno es advertir que hasta hoy admítase una clasificación de los apellidos en dieciséis grupos o categorías, lo que encontramos incompleto, pues ya se verá que dentro de la clasificación no tienen cabida ni los que corresponden a nombres de bautismo, ni los que se refieren al cuerpo humano, a los centros urbanos, a los colores, etc.

He aquí las dieciséis agrupaciones admitidas hasta la fecha :

I. *Patronímicos*, como López, Pérez, Rodríguez, Estévez, Sánchez, Ramírez, González, etc., que equivalen, según lo más aceptado, a hijo de Lope, de Pedro, de Rodrigo, de Estevan, de Sancho, de Ramiro, de Gonzalo, etc.

II. *Nombres de santos*, como Santa María, Santa Cruz, San Juan, Santibáñez, San Hermenegildo, San Pelayo, Santa Clara, Sanmartí, etc.

III. *Modos de subsistir*, como Zapatero, Sastre, Marino, Herrero, Tejedor, Criado, Pontonero, Molinero, Tinajero.

IV. *Jerarquías militares o eclesiásticas, dignidades*, etc., como Capitán, Abad, Obispo, Alcalde, Coronel, Mariscal, Mayor.

V. *Motes y alcuñas*, como Cabezudo, Morral, Abarca, Rico, Bermejo, Grueso, Largo, Blanco, Rubio, Moreno, Pesado, Espantoso, Redondo.

VI. *Cualidades morales, grados de parentesco o alcuñas del espíritu*, como Bravo, Galán, Valiente, Dulce, Cortés, Sobrino, Nieto, Bello, Hermoso, Malo, Bueno.

VII. *Basados en naciones, provincias, ciudades*, como Francia, Asturias, España, Toledo, Madrid, Lima, Alemán, Navarro, Málaga, Portugal, Valenciano, Soriano, Cuba.

VIII. *Referentes a plantas*, como Nogales, Rosales, Avellaneda, Alsina, Parra, Palma, Perales, Lechuga, Castaños, Pino, Romero, Ramos, etc.

IX. *Referentes a animales*, tales como Lora, Cordero, Gato, Cuervo, León, Carnero, Águila, Conejo, Lobo. Tal vez dentro de este grupo podría darse cabida a los que denotan órganos del cuerpo humano, como Dedo, Cabeza, Cuello, Barriga, Lengua, Busto, Cabello.

X. *Alusivos a señores de pan y labranza*, como Labrador, Castellanos, Quintero, Pacheco, Caporal, Mayoral, Adalid, Guarda.

XI. *Referentes a los astros, a fenómenos que estudia la meteorología, a objetos de arte*; tales, verbigracia, Luna, Estrella, Estela, Sol, Rayo, Cuadros, Bustos, Mármol, etc.

XII. *Los que refiérense a objetos agrestes*, como Arenas, Cerro, Montes, Piedra, Selva, Ríos, del Río, Bosque, Roca, Guijarro, Breña.

XIII. *Los formados por agregación de palabras*, como Lamonja, Buenacuenta, Delmonte, Villaespesa, Casanueva, Buendía, Lasplazas, Montesdeoca, Villacorta, Valdemoro, Lavalle, Tressierras, Villanueva, Peralta, Paniagua, Rocafuerte, Villamar.

XIV. *Los histórico-burlescos*, que van haciéndose ya un tanto raros, como Gamoblanco, Tirabeque, Cascarrabias, Enriquillo, Pagano, Pęrogrullo.

XV. *Alcuñas de nacimiento, de señorío o conquista, de jurisdicción o de nobleza*, como Marqués, Príncipe, Duque, Conde, Medinaceli, Ladrón de Guevara, Osuna, Fernández de Córdoba, Fernández de Oviedo.

XVI. *Los alusivos a la historia*, como Mendizábal, Maldonado, Las Casas, Argüelles, Alcalá, Villegas, Argüelles, García de Paredes, Tagle, La Gasca, Navas, Navarrete.

Como obsérvase en la clasificación que antecede, han echádose al olvido los apellidos correspondientes a nombres de bautismo. Y si tiénese en cuenta su no corto número, valdría la pena considerarlos en grupo aparte.

Conozcamos ahora el resultado de no pocos minutos de provechoso recreo, que representan muchas horas de trabajo, y démos principio a la nómina por los apellidos pertenecientes a la primera letra de nuestro alfabeto, a fin de facilitar su mejor catalogación, y... digamos con nuestro Fuentes,

Ya verás, pues, Toribio, amigo caro,
 que en esto de escoger los apellidos
 fueron nuestros abuelos atrevidos
 y desplegaron un antojo raro.,
 Pues hay nombres que son bastante exóticos ;
 los hay también botánicos, geológicos,
 los hay arquitectónicos, zoológicos,
 sin que falten alguno estrambóticos.
 Los hay a más hidráulicos y estáticos,
 políticos y físicos, poéticos,
 prosaicos, filarmónicos, estéticos,
 náuticos, geográficos y enfáticos,
 artísticos también y hasta anatómicos ;
 algunos conocidos específicos,
 sin que se echen de menos astronómicos...

Aarón ; Abad ; Abigail ; Abraham ; Adrián ; Agapito ; Agar ; Agustín ; Alba ; Alberto, apellido que hemos conocido, también, como *San Alberto ; Albertos*, que acaso sea transformación del italiano *Albertis ; Alcántara ; Alegre ; Alegría ; Alejandro ; Alejos ; Alejo ; Alfonso ; Alonso ; Allamira ; Alvaro ; Amable ; Amadeo ; Amado ; Amador ; Amalio ; Amaro ; Ambrosio*, que también hemos visto como *San Ambrosio ; Ana*, en la forma de *Santa Ana*, y también de *Santana y Santa Anna ; Anacleto ; Andrea*, no extraño entre familias de origen italiano ; *Andrés y San Andrés ; Ángel ; Angeles ; Aniceto ; Anselmo ; Antenor ; Antolín ; Antón ; Antonino ; Antonio y San Antonio ; Apolinario ; Apolonio ; Aquilino ; Aquino ; Arcesio ; Argüello ; Arnaldo ; Arnao y Arnaos ; Arsenio ; Artemio ; Artemisa ; Artidoro ; Arturo ; Ascensio ; Ascención ; Ascencio ; Asencios ; Asmodeo ; Asunción ; Atila ; Augusta ; Augusto ; Aurelio y De Aurelio ; Aznar*.

Bailón ; Ballasar ; Bárbara ; Bartolomé y San Bartolomé ; Bartolo ; Basilio ; Bautista ; Belén ; Beltrán ; Benedicto ; Benito, Don Benito y Dombenito ; Benjamín ; Bernabé y De Bernabé ; Bernal ; Bernaldo ; Bernardo y De Bernardo y Debernardo ; Bernardino ; Bernardito ; Berta, que no pocos escriben *Bertha ; Bienvenido ; Blanca ; Blancas ; Blanco ; Blas ; Bonifacio ; Braulio ; Bruno*, y también *San Bruno y Sambruno ; Buenaventura*.

Calisto o Calixto ; Camilo ; Capistrano ; Cardenio ; Caridad ; Carlín ; Carlos, y hay también *Carlo*, que consideramos de origen italiano ; *Carmelino ; Carmelo ; Carmen*, pero siempre precedido de la contracción del ; *Casilda ; Casio ;*

Catalina ; Catalino ; Cecilia, y también Santa Cecilia y Santacilia ; Celedonio ; Celio ; César, casi siempre precedido por la preposición de ; Cicerón ; Ciro ; Clara y Santa Clara ; Claro ; Clemente y San Clemente, o Sanclemente, y también De Clemente ; Clotilde y De Clotilde ; Concepción ; Concha y De la Concha ; Constante ; Constantino ; Constanzo ; Cora ; Cornelio ; Coronado ; Cosme ; Crescente ; Crisanto ; Crisóstomo ; Crispín ; Crispiniano ; Crispulo ; Cristina ; Cristino ; Cristóbal y San Cristóbal, o San Cristóval ; Cruz, y De la Cruz, y Santa Cruz y Santacruz ; Custodio.

Dámaso ; Damián y San Damián ; Darío ; David ; Dediós ; Delfín ; Demócrito ; Demófilo ; Demóstenes ; Deogracias ; Diego, De Diego y San Diego ; Dimas ; Dina ; Dioscórides ; Domingo y Santo Domingo, y hasta Santodomingo ; Donato y De Donato ; Dora ; Dositeo ; Dulce.

Eduardo ; Eduwiges y Edwigis ; Efraín ; Eglantino ; Eleazar ; Elías ; Eliecer y Eliécer ; Elisa ; Eliseo ; Elvira ; Emerenciano ; Emilia ; Emilio ; Encarnación ; Eneas ; Enrique ; Escolástico ; Escoto ; Estacio ; Esteban o Estevan, y San Estevan ; Estela ; Estrella ; Eudoxio ; Eulalio ; Eulogio ; Eustaquio ; Evangelista.

Fabián ; Fabricio ; Facundo ; Fanor ; Fé ; Federico ; Fedoro ; Felipe y San Felipe, y también De Felipe ; Felizardo ; Félix, Fermín ; Fidel ; Fidelino ; Filemón ; Filiberto ; Fina ; Flor, La Flor, De la Flor ; Florencia ; Florencio ; Florentino ; Florián ; Francisco, De Francisco y San Francisco ; Franco ; Frutos ; Fulgencio.

Gabino ; Gabriel ; Galileo ; Galo ; Gamboa ; Ganimedes ; García ; Gaspar ; Gastón ; Genaro y De Genaro ; Geraldo ; Gerardo ; Germán ; Gerundio ; Gil ; Gilberto ; Gimeno ; Ginnés ; Glicerio ; Gonzalo y De Gonzalo ; Gracia ; Graciano ; Gregorio ; Grimaldo ; Guadalupe ; Gualberto ; Guillén ; Guillermo ; Gutierre ; Guzmán.

Héctor ; Henrique ; Herberto ; Heriberto ; Hermenegildo y San Hermenegildo ; Hermógenes ; Hernando ; Higinio ; Hilarío ; Hilarión ; Hipólito ; Huberto ; Hurtado.

Ignacio y San Ignacio ; Ildefonso ; Indalecio ; Infanta ; Infantas ; Infante ; Inocente ; Iris ; Ismael ; Israel.

Jacinto ; Jacob ; Jacobo ; Jaime y Jaimes ; Javier ; Jeremías ; Jerónimo ; Jesús, pero precedido por la preposición de ; Jimena, que también lo escriben Ximena ; Jimeno ; Jinés, San Jinés y Sanjinés ; Joaquín, precedido por la preposición de ; Jordán ; Jorge ; José, siempre como San José ; Josefo ; Juan, San Juan y Sanjuán ; Juanes ; Julia ; Julián y San Julián ; Julio ; Justiniano ; Justino ; Justo ; Juvenal.

Laura, y más comúnmente De Laura, lo que nos inclina a suponer que tratase de apellido originario de Italia ; Laurencio ; Lautaro ; Lázaro ; Leandro ; Leocadio ; León ; Leonardo ; Leonidas ; Leopoldo ; Leovigildo ; Libia ; Liborio ; Librada ; Librado ; Lindauro ; Lindo ; Lindolfo ; Lino ; Lope ; Lorenzo ; Loreto ; Lucas ; Lucía y Santa Lucía ; Luciano ; Lucino ; Lucio ; Lucho que, como es sabido, simboliza uno de los diminutivos íntimos de Luis ; Lupercio ; Luque ; Lutgardo ; Luz.

Macario ; Macedonio ; Magdaleno ; Mamerto ; Manuel ; Marcelo ; Marcial ; Marcos ; María, De María, Demaría y Santa María o Santamaría ; Mariana, Marín ; Marina, La Marina y también Soto la Marina ; Marino ; Mario ; Marte ; Martel ; Martín, De Martín, Martí, San Martín, Sanmartí y San Martí ; Masías ; Mata ; Matas ; Mateo ; Mateos ; Matías ; Maura ; Mauricio ; Mauro ; Mavila ; Maximiliano ; Maximino ; Máximo ; Melecio ; Mercedes, casi siempre en las formas De Mercedes y De las Mercedes ; Miguel, De Miguel, San Miguel y Sanmiguel ; Mina ; Miranda, bastante común como nombre de pila en Italia ; Modesto ; Mónica.

Narciso ; Natalio ; Natividad ; Nazareno ; Nazario ; Nepomuceno ; Neptalí ; Neri ; Nerio ; Néstor ; Nicandro ; Nicanor ; Nicéforo ; Nicolás ; Nieve ; Nieves ; Noé ; Noel ; Nolasco ; Nolberto ; Norberto.

Obdulio ; Octaviano ; Octavio ; Oliva ; Olivia ; Olivo ; Olivos ; Onofre ; Orlando ; Oscar.

Pablo ; Pablos ; Pantaleón ; Parcemón ; Pascasio ; Pascual ; Pastor ; Patricio y Patrizio ; Paúl ; Paula y De Paula ; Paulino ; Paz ; Pedro, San Pedro y Sampedro ; Pelagio ; Pelayo y San Pelayo ; Perfecto ; Perla ; Pina ; Pinzón ; Pío ; Plácido ; Pola ; Polidoro ; Práxedes ; Primitivo ; Priscilo ; Procopio ; Próspero ; Prudencio ; Prudente.

Quintín ; Quirino ; Quiterio.

Rafael y San Rafael ; Ramiro ; Ramón, De Ramón y San Ramón ; Raúl ; Raymundo ; Recaredo ; Regina ; Regino ;

*Regis ; Reina ; Reinaldo ; Reinaldos ; Remo ; Remos ; Renato ; René ; Reyes ; Reymundo ; Ricardo ; Roberto y De Roberto ; Roboán ; Rodrigo ; Rolando ; Roldán ; Román , y también San Román ; Romildo ; Romualdo ; Rómulo ; Roque ; Rosa , De Rosa , De la Rosa , La Rosa ; Rosalindo ; Rosas ; Rosario y Del Rosario ; Rubén ; Rubí , Rudecindo ; Rufino ; Rusbaldo ; Ruth ; Ruy . En la letra R se observa un apellido curioso que hemos sorprendido en tierra de Ayacucho , y es *Rosapérez* .*

Saba ; Sabas ; Sabelio ; Sabino ; Saladino ; Salomé ; Salomón ; Salustio ; Salvador ; Samuel ; Sancho ; Sandalio ; Santiago ; Santiagos ; Santos y Todos Santos o Todosantos ; Sara ; Saturio ; Saúl ; Sebastián y San Sebastián ; Secundino ; Segundo ; Serafín ; Serapio ; Severiano ; Severo ; Silvano ; Silverio ; Silvestre ; Silvio ; Simeón ; Simón ; Sixto y Sisto ; Solano .

Tadeo ; Telmo ; Teobaldo ; Teodorico ; Teódulo ; Teófilo ; Terencio ; Teresa y Santa Teresa ; Timoteo ; Tito ; Toribio ; Tomás y Santo Tomás ; Tomé ; Torcuato ; Tranquilino ; Trinidad ; Tristán ; Tulio .

Ubaldo ; Ubaldino ; Ulises .

Valentín ; Valeriano ; Valerio ; Velasco ; Venancio ; Ventura ; Venturino ; Venturoso ; Verónica ; Vicente ; Victoria ; Victoriano ; Victorica , forma de diminutivo muy frecuente en pueblos serranos del Perú ; Victorino ; Victorio ; Víctor ; Vidal ; Vidalón , que sería aumentativo de Vidal ; Virgilio ; Virgino ; Viola ; Viriato ; Viterbo .

Zacarías ; Zenón ; Zózimo .

Hasta aquí llega el motivo del presente palique. Acaso sorprenda en lejanas latitudes el apreciable número de apellidos acaudalados, muchos de los cuales no son comunes. Obsérvese, empero, que ninguno de ellos tiene características de voz aborigen, esto es, americana.

Ya se manifestó que párrocos de poco escrúpulo imponen a los bautizados caprichosos nombres — inspirados en el calendario más que en el santoral —, y que tal norma de conducta aplicase no solamente al nombre del nuevo cristiano sino aun al apellido; sobre todo, si, como es harto frecuente, expresa la madre al sacerdote que su hijo es de progenitor ignorado. No atina, ante tal situación, el indocto cura, a perpetuar en ese niño el nombre materno, sino que del calendario lo extrae. Y ese niño, más tarde tronco de familia, hace prosperar en su minúscula comarca un apellido que es invención exclusiva del sacerdote.

ENRIQUE D. TOVAR Y R.

ÍNDICE DEL TOMO XII

(1943)

ADVERTENCIA.....	VII
IBARGUREN, CARLOS, <i>El sentido nacional en nuestra literatura</i>	I
OBLIGADO, CARLOS, <i>Patria</i>	7
ÁLVAREZ, JUAN, <i>¿A quién corresponde el gobierno de nuestro idioma?</i>	17
ARRIETA, RAFAEL ALBERTO, <i>En un ejemplar de « Los Consuelos », de Esteban Echeverría</i>	25
BANCHS, ENRIQUE, <i>Averiguaciones sobre la autoridad en el idioma</i> ..	29
CAPDEVILA, ARTURO, <i>El pintor Octavio Pinto</i>	57
DÍAZ, LEOPOLDO, <i>A Buenos-Aires</i>	63
ECHAGÜE, JUAN PABLO, <i>La mujer frente al varón en la literatura y en la vida</i>	69
FERNÁNDEZ MORENO, B., <i>Figuras del polvo y la garúa. El paisano García</i>	93
FRANCESCHI, GUSTAVO J., <i>Yo maté</i>	97
GIL, MARTÍN, <i>Nuestra Cruz del Sur</i>	113
GIUSTI, ROBERTO F., <i>Fernando de Rojas. Su obra de humanidad española y de arte renacentista</i>	121
HOÜSSAY, B. A., <i>El hombre de ciencia</i>	143
MARASSO, ARTURO, <i>Melampo</i>	151
MARTÍNEZ ZUVIRÍA, GUSTAVO, <i>Esperar contra toda esperanza</i>	189
MELIÁN LAFINUR, ÁLVARO, <i>Calixto Oyuela y la crítica argentina</i> ..	215
ORÍA, JOSÉ A., <i>Stendhal y España</i>	233
PAGANO, JOSÉ LEÓN, <i>Rubén Darío en mis recuerdos. (Un soneto inédito del poeta)</i>	249
RAMOS, JUAN P., <i>Fantasia sobre un hombre vestido de poeta</i>	281

SÁNCHEZ SORONDO, MATÍAS G., <i>Interludio</i>	337
TISCORNIA, ELEUTERIO F., <i>Orígenes de la poesía gauchesca</i>	347
VEDIA Y MITRE, MARIANO DE, <i>En torno del monólogo de Hamlet.</i> <i>La vida y la muerte</i>	373
CARRIZO, JUAN ALFONSO, <i>El tema del ave, del suspiro o del papel</i> <i>mensajero</i>	387
DÁVALOS, JUAN CARLOS, <i>La leyenda del guía blanco</i>	413
RAGUCCI, S. S., RODOLFO M., <i>Apuntaciones sobre el Diccionario de</i> <i>la Real Academia Española</i>	425
TOVAR Y R., ENRIQUE, <i>Paliques filológicos. De la inextricable selva</i> <i>de los apellidos</i>	443

ESTE TOMO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN LA IMPRENTA
Y CASA EDITORA « CONI », CALLE PERÚ 684
EL DÍA 28 DE MARZO DE 1944

PERIODICAL

THIS BOOK IS DUE ON THE LAST DATE
STAMPED BELOW

RENEWED BOOKS ARE SUBJECT TO
IMMEDIATE RECALL

Library, University of California, Davis

Series 458A

PERIODICAL

Nº 739298

Academia Argentina
de Letras.
Boletín.

AS78
B55
v.12

LIBRARY
UNIVERSITY OF CALIFORNIA
DAVIS

